

# DAMISELAS A LA VENTA, CAMISETAS EN APUROS

Noelia Jiménez  
Cinta Ferré



# Damiselas a la venta, Camisetas en apuros

Noelia Jiménez  
Cinta Ferré

**Damiselas a la venta, camisetas en apuros.**

©Edición julio de 2019.

©Noelia Jiménez Sangüesa y Cinta Ferré Rodrigo.

ISBN: 9781084107731

Sello: Independently published

Diseño de portada y aquetación: Noelia Jiménez Sangüesa.

Corrección: Arantxa Murugarren.

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la copia total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico sin el permiso escrito y firmado del propietario y titular del Copyright.

## **ÍNDICE.**

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[EPÍLOGO](#)

# PRÓLOGO

A Kenai y Malai nunca les gustaron las flores.

Ni siquiera las silvestres, esas que son bellas no porque tengan cuidados especiales, sino porque crecen libres y saben defenderse ante cualquier adversidad.

Sus padres, quienes se dedicaban a la jardinería y cultivaban flores de todo tipo para decorar enormes jardines, les habían intentado transmitir desde bien pequeños su amor por estos maravillosos y pequeños seres. Para sus progenitores las flores tenían alma; “No hay nada mejor que dejarse aconsejar por ellas cuando se trata de amor”. Su padre solía decirles esa frase y ellos la recordaban continuamente. De hecho, sus padres se habían conocido años atrás en un invernadero, cuando ambos buscaban desesperadamente las semillas de una flor de loto asiática, una flor muy exótica y difícil de encontrar. A pesar de sus innumerables esfuerzos, no fueron capaces de hallar lo que buscaban, pero encontraron el amor verdadero.

Como muestra de agradecimiento hacia la pasión que había unido sus corazones, decidieron que su primer hijo se llamaría Malai, que significaba guirnalda de flores. No sabían entonces que tendrían dos hijos a la vez. Así que, cuando el primero de los gemelos salió del vientre materno, fue apodado con dicho nombre, mas al llegar el segundo, ocho minutos después, decidieron que los nombres debían compaginar entre sí. Por esta razón, fue llamado Kenai, ya que estos rimaban y a la madre de los pequeños le había parecido gracioso que compartieran algo tan simple como eso.

El nombre tributo que habían escogido para su primer hijo, resultó hacer mucho daño a los hermanos. Este era objeto de muchas burlas por parte

de sus compañeros de clase, por lo que Malai empezó a despreciar el maravilloso mundo de las flores. Kenai, por su parte, bien por influencia de su hermano, bien por empatía, las empezó a odiar tanto como aquel. Los gemelos consideraban que la jardinería no iba con ellos y creían que las habladurías de sus padres se debían a algún tipo de demencia que aún no había sido diagnosticada.

Con tan solo seis años, decidieron arrancar todas las flores que tenían en el jardín y cortar aquellas que sus padres habían plantado meticulosamente para decorar su hogar. Unos años después, cuando tenían doce, pusieron matarratas por todo el invernadero con la esperanza de que allí no volviese a crecer ni una planta más. Esa travesura les costó a sus padres una gran inversión y, como consecuencia, les castigaron sin ir a la excursión de final de curso antes de pasar al instituto. Desde aquel momento, se limitaron a odiarlas en silencio. Con el paso de los años, desarrollaron la habilidad mental de fingir una gran alergia al polen para evitar ir al invernadero a cuidar de las plantas, asistir a las convenciones de flores, ferias y exposiciones a las que solían acudir sus padres y de este modo seguir mostrando un poco de rebeldía contra la profesión que su familia había escogido y deseaba que ellos siguieran.

A Kenai y Malai nunca les habían gustado las flores, hasta que las conocieron y no pudieron evitar enamorarse de ellas.

# CAPÍTULO 1

La semana en que Camelia y Dalia dijeron a sus respectivas familias que se mudaban a Kioto, fue un verdadero caos. Los padres de la primera se lamentaron por la inesperada pérdida de su única hija y los de la segunda, se alegraron enormemente por la valentía de la chica. Los días que precedieron a la inesperada noticia, fueron una verdadera verdadera locura, ya que tuvieron que hacer compras urgentes y buscar apresuradamente un piso que se pudieran permitir. Llevaron todo a cabo con la ilusión de empezar una nueva vida. Lo más difícil, además de la inminente separación de sus familias, fue empaquetar los libros. Las chicas tenían numerosas estanterías y cajones con volúmenes de todo tipo y, viendo que se iban a trasladar a la otra punta del mundo y tardarían en volver a casa, querían llevarse las historias que las habían acompañado a lo largo de sus vidas. Sin embargo, no podían llevárselos todos. La elección fue dura e implicó algunas lágrimas, pero al final se dieron cuenta de que eso no era fundamental. Estaban persiguiendo su sueño y lo estaban haciendo juntas, eso era lo más importante.

Las dos amigas siempre habían tenido la esperanza de poder montar una librería juntas, bien lejos de España, país en el que habían nacido y crecido. Cuando vieron la oportunidad de llevar a cabo su idea en Kioto, no lo dudaron ni un solo segundo. A pesar de todo, tenían muy claro que las oportunidades no caían del cielo ni los sueños se cumplían pidiendo deseos a las estrellas, tal y como ellas habían creído cuando eran pequeñas. Así que cuando tuvieron la suficiente madurez para empezar a idear sus planes de futuro, lo cual fue antes de lo previsto, se pusieron manos a la obra. Trabajaron como becarias en diversas librerías y bibliotecas, trabajos de fin



de semana o de verano poco remunerados pero que les permitían estar un poco más cerca de sus metas. Investigaron sobre las posibilidades de abrir un negocio en España, pero no era una tarea fácil y, al descubrir que en otros países daban más facilidades, la idea de aventurarse a conocer otros lugares empezó a cobrar fuerza sin posibilidad alguna de que nadie las convenciera de quedarse en su ciudad natal.

—De verdad os marcháis, ¿no? —sollozó la madre de Camelia, mientras sostenía la mano de su hija a la entrada del aeropuerto.

—Prometednos que llamaréis y que no dejaremos de estar en contacto —añadió la madre de Dalia, quien sostenía a su pequeña entre sus brazos y le besaba la cabeza.

Ambas mujeres deseaban ver a sus hijas triunfar y perseguir sus sueños. Soñaban con que fueran las mujeres libres y valientes que ellas habían criado, pero el deseo de que sus pequeñas prosperasen como personas fuertes e independientes no hacía que la despedida fuera menos dura.

—Nos vamos, pero la distancia poco importa cuando de verdad se quiere a alguien —Dalia llevaba días hablando sobre ello con su madre, así que una vez más le recordó que se marchaban, pero no porque no quisieran a sus padres o no se sintieran queridas por ellos. Se iban porque gracias a su cariño y a todo lo que les habían enseñado, no eran la clase de persona que se queda esperando qué pasará el día de mañana, sino que luchaban para que ese día fuese increíble y afrontaban que pudiese no ser así.

— Y nosotras os queremos más que a nada —terminó de decir Camelia, quien después de darse un abrazo colectivo con sus padres, cogió de la mano a su amiga y, juntas, empezaron a caminar hacia las taquillas para facturar sus maletas.

...

Camelia y Dalia se conocieron antes de nacer, cuando sus familias coincidieron en la sala de espera del hospital, a punto sus madres de dar a luz. Desde que tenían uso de razón les habían contado que, mientras esperaban a ser atendidas y sufrían las contracciones propias de un inminente parto, se confesaron los nombres de sus pequeñas, dándose cuenta de que ambas iban a tener el nombre de una flor. En ese momento fueron conscientes de que las niñas tendrían un vínculo especial e inquebrantable, pues no creían posible que una coincidencia así pudiera tener lugar y enseguida lo atribuyeron al destino. La primera nació el 24 de junio de 1994 a las once de la noche y la segunda, el 25 de junio a las dos de la madrugada. Desde entonces no se han separado.

Habían crecido juntas en el mismo barrio, pues resultó que las dos mujeres eran casi vecinas a pesar de no haberse encontrado nunca antes del nacimiento de sus hijas. Habían aprendido a jugar, a montar en bici y habían descubierto lo que significaba la verdadera amistad, esa que es capaz de superar cualquier barrera. Dalia inició su primera experiencia amorosa con tan solo doce años y poco después lo hizo Camelia. Unas semanas más tarde cuando el chico de la primera le dejó, la segunda no pudo evitar deshacerse de su primer amor para acompañar el sufrimiento infantil de su amiga. Unos años más tarde, al cumplir los dieciséis, el novio de Camelia la dejó para irse con la chica que les había hecho siempre la vida imposible, Amber. Dalia, al enterarse, cubrió la moto del muchacho con huevos y plumas, dejándole así un bonito regalo difícil de olvidar. Pocos años después, cuando ambas sufrieron su primer desamor de verdad, estuvieron apoyándose la una a la otra hasta que consiguieron levantar cabeza.

Al cumplir la mayoría de edad, habiendo empezado la carrera y conseguido un trabajo estable en una biblioteca, reforzaron la idea de que compartían el mismo sueño: montar su propia librería. Cuatro años más tarde,

cuando terminaron juntas la carrera de filología, decidieron alquilar un piso y vivir una nueva aventura. Permanecieron en el mismo apartamento durante tres años y comprendieron que jamás podrían volver a separarse. Habiendo viajado y disfrutado de su adolescencia juntas, pensaron que el siguiente paso debía ser más grande.

—No te lo vas a creer —le dijo Dalia a Camelia cuando soltó las llaves de casa contra la mesita de cristal, ocasionando un gran estruendo—. He encontrado un local para montar nuestra librería lo suficientemente lejos para olvidarnos de todo y empezar de cero.

—Dime que no hay que cruzar el charco —Camelia no cuestionó la idea de su amiga. Aunque le aterraba la idea de alejarse de sus padres, sabía que lo necesitaba para dejar de ser su niña pequeña.

—No, pero será imposible volver a casa incluso para las fiestas — Dalia sonrió con esa mueca inocente que la caracterizaba, esa actitud que hacía que las locuras y la impulsividad de Camelia se viesan controladas.

—¡Suéltalo ya!

—He firmado el contrato de un local en Kioto, Japón. Nos vamos en dos semanas.

Las chicas empezaron a gritar a causa de la felicidad, pero pronto los nervios hicieron acto de presencia; ¿cómo se tomarían aquella noticia sus padres? ¿Cómo encontrarían un piso tan rápido? ¿Cómo organizarían el viaje? Y, lo más terrorífico de todo, ¿serían capaces de levantar un negocio desde sus cimientos?

...

La llegada a Kioto fue mejor de lo que jamás hubiesen esperado. Después de catorce horas y cuarenta minutos de vuelo hasta Osaka, donde

estaba el aeropuerto más cercano y tras hora y media de viaje en autobús, llegaron al que sería su nuevo hogar más cansadas de lo que recordaban haber estado en su vida.

El piso que habían encontrado, se adaptaba perfectamente a sus necesidades y estaba a tan solo dos calles del local donde empezarían su ansiado sueño. Tenía dos habitaciones grandes con cama doble, una pequeña cocina que se unía al salón comedor exclusivamente con una barra al estilo americano, dos baños pequeños aunque totalmente equipados y una terraza lo suficientemente grande como para poner una mesa y dos sillas donde poder pasar largas tardes de cháchara.

La primera semana la dedicaron a decorar y organizar su piso y montar la librería. Habían conseguido el apoyo de una multinacional que valoraba enormemente a los jóvenes que se arriesgaban en sus proyectos, la cual les envió los suficientes ejemplares para empezar con su negocio. El tercer día que acudieron al local para terminar de limpiarlo, se encontraron con un enorme camión que les traía los libros prometidos por la editorial para comenzar su gran e inesperada aventura. Aunque al principio sólo habían conseguido cubrir dos cuartas partes de las estanterías que habían montado con sus propias manos, pronto los habitantes de Kioto y alrededores escucharon la noticia y empezaron a acudir diariamente a adquirir libros. La multinacional, feliz de haber conseguido sacar partido a su inversión, les mandó más ejemplares a fin de cubrir todas y cada una de las librerías.

Camelia siempre había soñado con escribir sus propias historias, esas que le hubiese gustado leer. Gracias a las innovadoras ideas de esta en decoración y a la habilidad de Dalia para relacionarse, la voz se extendió hasta la capital y les ofrecieron un préstamo para ampliar la librería. Compraron el local de arriba y transformaron la tienda en un negocio de dos plantas. Los clientes empezaron a acudir en masa.

—¿Preparada para un nuevo día? —Dalia miraba con una gran sonrisa a Camelia. Habían conseguido cumplir su sueño y, lo mejor de todo, lo habían hecho juntas.

—Mientras estés a mi lado, estaré preparada para cualquier situación que la vida quiera ponernos ante nuestras narices.

Con una sonrisa dibujada en sus labios, se tomaron de la mano y se dirigieron juntas a la puerta de la librería, esperando que aquel día fuese tan espectacular como cualquiera de los anteriores.

Aunque había pasado casi medio año desde que habían llegado a Kioto, a pesar de que habían vivido toda la vida juntas, sin separarse ni un solo segundo la una de la otra, nunca se habían sentido tan unidas como en aquel momento. Lo que habían logrado era muy grande, no cualquier jovencito de veinticinco años lograba mudarse, abrir un negocio y darlo a conocer con éxito en tan poco tiempo.

Era cierto que en aquel momento contaban con la atención de la multinacional que les proporcionaba los libros, pero cuando se lanzaron a aquella aventura no sabían si conseguirían el apoyo que habían tenido hasta el momento. No había nadie a quien pedir ayuda si la necesitaban, no contaban con ninguna persona que les pudiese echar una mano si fallaban y, lo peor de todo, sabían que volver a España con el rabo entre las piernas solo les serviría para recibir miradas de consolación por parte de sus familiares.

Al principio, cuando llegaron, tuvieron miedo. El pavor que les daba fracasar se hacía notorio con cada minuto que pasaba. Los primeros días fueron muy duros, apenas tenían material para llenar las estanterías, la librería no era conocida y habían utilizado sus ahorros para comprar el local, las estanterías y los pocos adornos de los que disponían. Estuvieron tentadas a abandonar en varias ocasiones, pero aguantaron y unos meses después empezaron a ver como su esfuerzo tenía recompensa.

—Dalia, ¿cuándo crees que podremos hacer un poco de turismo? Desde que llegamos lo único que hemos hecho es ir de casa al trabajo y del trabajo a casa —Camelia se dejó caer en el sofá, quitándose los zapatos a continuación para masajear sus cansados pies. Estar todo el día de pie en la librería era criminal—. Estoy empezando a aburrirme de lo lindo.

—Espero que esto cambie pronto, la rutina empieza a cansarme — Dalia siguió los pasos de su amiga, no sin antes sacar dos Coca-Cola del frigorífico y extendiéndole una a la chica—. No somos mujeres de estar haciendo lo mismo, eso lo hemos sabido todo el tiempo.

—Tienes razón, ¡si nos cambiamos el color del pelo cada dos por tres porque nos aburrimos!

Ambas se echaron a reír a carcajadas a sabiendas de que lo que había dicho Camelia era totalmente cierto. Las dos amigas no eran dos aficionadas a seguir un horario, ni una rutina y nunca habían tenido una vida monótona. Desde que tenían uso de razón habían intentado hacer de cada nuevo día una gran aventura y, hasta aquel momento, lo habían conseguido sin ningún problema. Pensaron que mudarse a la otra punta del mundo sería el detonante que cambiaría su vida. Estaba claro que había cambiado, pero esperaban mucho más, aunque no sabían qué, de aquella experiencia que habían decidido emprender. En un primer momento se plantearon si había sido buena idea dejarlo todo y escaparse lejos para seguir su sueño, pero nunca pensaron que sería tan difícil cumplir sus altas expectativas respecto al negocio.

Cuando llegaron a Kioto jamás imaginaron que esa maravillosa y misteriosa ciudad, les traería algo que sería difícil de abandonar.

## CAPÍTULO 2

Los meses que siguieron a la llegada de las chicas a la ciudad de Kioto fueron un sueño hecho realidad. Aunque el trabajo en la librería era agotador, hasta al punto de decidir que harían tres días de descanso a la semana; sábado, domingo y lunes, Camelia y Dalia no podían estar más orgullosas de todo lo que habían conseguido. Siendo martes, les tocaba empezar la rutina y no podían estar más contentas de hacerlo. A las ocho de la mañana salieron de su apartamento, completamente listas para enfrentarse a un nuevo día de trabajo. No sabían lo que ese día les depararía, pero estaban seguras de que no dejaría de entrar y salir gente del local durante toda la jornada.

Al llegar, empezaron a preparar todo para que estuviese en orden cuando los clientes empezasen a llegar. Últimamente habían atendido a muchos ciudadanos de la capital o de ciudades cercanas, por lo que parecía que su trabajo iba a ir viento en popa. Una vez que lo tuvieron todo listo, con las persianas subidas y las luces de ambas plantas encendidas, las cámaras activadas para poder vigilar la segunda planta sin tener que estar de arriba para abajo, y el ordenador puesto en marcha, colgaron el cartel de abierto. La puerta era de cristal, como dos de las paredes del local, una de las razones por las que Dalia se decidió por ese establecimiento y no por otro. A ambas les costaba mucho estar encerradas entre cuatro paredes y pensó que ver a la gente pasar por delante de la librería les haría más llevadero estar allí metidas durante horas.

Poco después entró el primer cliente, buscando un diccionario de japonés a francés. Los clientes continuaron desfilando uno tras otro hasta que entró Takeshi, un cliente habitual que venía todos los martes sobre las once.

Había acudido cada semana a verlas, normalmente se llevaba uno o dos libros con él, pero en ocasiones iba solo para ver a las chicas y hablar un rato con ellas. Camelia y Dalia estaban encantadas, Takeshi rondaba los setenta y cinco años, aunque tenía la vitalidad de un chico de veinte. Tenía el cabello blanco recogido en una coleta como los antiguos samuráis y una sonrisa que conservaba todos los dientes, algo muy raro teniendo en cuenta su edad.

Takeshi se había casado con una española que le había enseñado el idioma, pero que desgraciadamente se había ido demasiado pronto. Quizá por eso les tuviera tanto cariño a las chicas, le recordaban los buenos años que pasó junto a su adorada mujer. La había conocido cuando eran un poco más jóvenes que las muchachas y estaban llenos de la vitalidad propia de los adolescentes.

Ese día se acercó al mostrador con un libro sobre mitología japonesa, mientras sonreía ampliamente.

—¿Sabíais que en la mitología japonesa existen cuatro bestias sagradas que nos protegen? —les contó a las chicas, esperando que ese dato le regalase un buen rato de charla. Tanto Camelia como Dalia negaron con la cabeza. Se apoyaron en el mostrador y esperaron expectantes a escuchar lo que su amigo tenía que decir.

—Los japoneses creemos que hay cuatro bestias que guardan los cuatro puntos cardinales: Genbu, la serpiente guardián del Norte; Byakko, el tigre blanco guardián del Oeste; Sukazu el ave Fénix guardiana del Sur y Seiryu, el dragón azul guardián del Este, respectivamente. Estas dos últimas, protegen los puntos cardinales desde la misma ciudad de Kioto. ¿No os parece algo maravilloso? —las muchachas apenas habían dicho nada, se habían quedado anonadadas con la información que les acababa de dar su amigo. Camelia tenía la boca ligeramente abierta, mientras el codo de Dalia fue resbalando libremente por el mostrador hasta que su cara casi besó la madera. Suerte que



no lo hizo, solía ser bastante torpe y hubiese perdido sus preciosos dientes—. Bueno, flores de Loto, mientras el ave Fénix, el dragón azul y yo estemos aquí, nada malo puede pasaros. Es una promesa de guerrero —les dijo guiñando un ojo y llevándose la mano al corazón, demostrándoles así que siempre estaría a su lado cuando le necesitasen.

Charlaron sobre otras muchas cosas un rato más, les encantaba la compañía de Takeshi y les hacía la vida mucho más fácil. El hombre les dijo que había conocido a una mujer un año mayor que él, pero que se estaba enamorando como un niño pequeño de ella. Les contó qué en una de sus últimas citas la había llevado al templo y le había confesado sus sentimientos. Las chicas se alegraron muchísimo y quisieron saber más de ella, pero Takeshi prefería seguir con el misterio al menos durante un tiempo más. Así era él, siempre las dejaba con la miel en los labios. De esa forma, se aseguraba de que siempre tuviesen ganas de volver a verle. Media hora más tarde se despidió como era habitual en él, diciendo «cuidaos» en su idioma natal.

—*Ki o tsukete*, florecillas.

Él era el único en Japón que las llamaba así. De hecho, desde que se habían ido de casa, era el único que se refería a ellas de esa forma. En el momento en que dijeron que se iban del continente, sus padres dejaron de llamarlas por ese apelativo cariñoso. Aunque al principio los de Dalia se habían mostrado muy receptivos con la noticia, no podían evitar pensar que la distancia les acabaría separando de su hija. El hecho de que Takeshi les llamase así les recordaba a casa y por eso se lo permitían y se lo agradecían, les hacía sentir bien.

El resto de la mañana y la tarde fueron tranquilos. A última hora entró

una chica de unos quince años buscando un libro romántico, uno de esos que puede llegar a ser empalagoso. Había sido una buena jornada, no tan ajetreada como otras veces, pero no habían parado en todo el día y habían obtenido un gran beneficio. Todo les iba bien y no podían sentirse más orgullosas.

Dalia tenía unas ganas terribles de llegar a casa para prepararse un buen baño de espuma y sales minerales y pescar un buen libro, de esos que cogían de vez en cuando de la librería. Últimamente se había decantado por una autora de su país de origen. El libro trataba de una chica que descubre que es un hada, o algo así, no conseguía recordarlo bien puesto que les había llegado hacía un par de días y solo había tenido ocasión de leer la sinopsis. Estaba deseando poder empezar cuanto antes. Camelia, por su parte, quería llegar a casa para poder poner por escrito todas esas ideas que revoloteaban en su cabeza y de las que no podía parar de hablar con su compañera. La chica se despertaba y se iba a dormir cada día con ideas nuevas, como redecorar el piso o ampliar la librería. Aunque, las que más se aglomeraban en su mente eran las que posteriormente, sin lugar a dudas, llenarían las páginas de varios libros que serían maravillosos.

Tras asegurarse de que el cartel indicaba que el local ya no estaba abierto, que habían apagado las luces y cerrado correctamente con llave, se dirigieron a su hogar, paseando por las bonitas calles asiáticas. Una pareja se estaba besando en la esquina de enfrente de la tienda y las chicas no pudieron evitar mirarlos. Sintieron repulsión al verlos tan acaramelados en plena calle, pero también envidia. Para ellas era muy difícil, aunque se sentían bien en aquel instante, ver gente enamorada y no pensar en cómo sería su vida con alguien a su lado que las quisiera tal y como eran.

—Takeshi enamorado, las chicas acudiendo a la librería como locas a buscar libros de amor y esa pareja de allí dándose el lote como si no hubiese un mañana: ¿será una señal? —Dalia miró a su hermana de distinta madre con

una sonrisa pícaro.

—¿Una señal de que el mundo se va a la mierda? Sí, sin lugar a dudas —respondió con contundencia Camelia—. Creía que a ti tampoco te interesaban estas cosas. Si me dices que tienes un flechazo por el idiota del piso de abajo me veré obligada a dejar de ser tu amiga con efecto inmediato —apuntó Camelia con los ojos medio cerrados, intentando parecer amenazante. Las dos jóvenes no pudieron evitar estallar en carcajadas—. Te lo digo en serio, quien avisa no es traidor.

Ambas continuaron riendo hasta haber recorrido un par de calles más. En un momento determinado, hasta tuvieron que pararse y recostarse contra una casa para evitar caerse de culo al suelo.

—¡No! No es eso, ¡por Dios que ascazo! En primer lugar no creo en los flechazos ni en los amores a primera vista, es solo que parece que el universo nos dice que el amor está a punto de tocar a nuestras puertas —Dalia extendió los brazos como intentando abarcar todo el espacio posible.

—O simplemente significa que la gente necesita más historias de amor para sentirse realizada. Lo que se traduce en más ventas, lo que a la vez significa más dinero para nosotras —dijo Camelia señalándose en un gesto cómico.

—Puede, o puede que sea otra cosa —Dalia se encogió de hombros, dispuesta a no despachar las ideas que habían aparecido en su mente tras la historia de Takeshi y al ver a la pareja liándose frente a la librería.

—Tonterías. Venga, saca las llaves que estamos llegando a casa y no quiero perder más tiempo, necesito sacar el embotellamiento de ideas que tengo en la cabeza cuanto antes o acabaré silbando como una tetera de agua hirviendo.

Por alguna extraña razón, Dalia era la responsable de llevar siempre las llaves del piso cuando salían juntas. Esa costumbre se remontaba incluso a

antes de mudarse a Japón. No hace falta decir que ambas tenían una copia, pero siempre era Dalia quien se encargaba de abrir y cerrar la puerta.

Cuando por fin estuvieron dentro del apartamento, sus planes quedaron suplantados por unos cómodos y ridículos pijamas y una sesión de karaoke, en la que se dedicaron a cantar aquellas canciones que las habían acompañado en su juventud. Empezaron por un mix de las canciones de la serie *Glee*, seguido por la banda sonora de *Camp Rock* hasta llegar a repasar, de arriba abajo, los álbumes de *Selena Gómez* y *Demi Lovato*.

Después de aquello, prepararon la cena, que consistía en una ensalada verde y unas pizzas que hicieron ellas mismas, teniendo ya la masa comprada y donde solo había que añadir los ingredientes que quisieran una vez que la hubieran estirado. Mientras estas estaban en el horno, Camelia hizo una sesión de *Skype* con sus padres para contarles los progresos de su última novela, dato con el que sus progenitores se sintieron muy orgullosos, y Dalia empezó ese libro que la tenía tan intrigada, sumiéndose en una aventura de la que le sería difícil desconectar.

¿Cómo podían haberse quedado dormidas las dos justamente ese día? Dalia se había acostado casi a las cuatro de la mañana, pues no había sido capaz de parar de leer hasta que sus ojos empezaron a escocerle. Camelia, por su parte, no había puesto a cargar el móvil y este había muerto en mitad de la noche. Eran un completo desastre y por eso se complementaban a la perfección. Aquel día tuvieron que abrir un poco más tarde, suerte que eran sus propias jefas, de lo contrario seguramente ya no estarían trabajando allí.

Ese día llegaban varios paquetes y habían quedado con el repartidor antes de abrir la tienda. Lo peor de todo aquello no fue el hecho de saber que

la habían cagado, sino que fue el móvil de Dalia el que las despertó cuando el repartidor de libros la llamó con la voz cargada de urgencia.

De un salto salió de la cama, corrió a despertar a Camelia y encendió el reproductor del comedor, el que hacía llegar la música a toda la casa. Las chicas adoraban ese chisme, ya que les hacía levantarse siempre de buen humor y con ganas de enfrentarse a un nuevo día. Ambas se vistieron con lo primero que encontraron, sin demasiados miramientos ni *pijerías*. Total, todos sabían que la moda no era lo suyo. Se lavaron los dientes y se peinaron, alzando su larga melena en una coleta alta, como había hecho Camelia o recogéndola en trenzas, como había hecho Dalia. Ya se preocuparían más tarde del desayuno, seguro que encontraban algo en alguna panadería cercana a la librería.

En poco más de media hora estaban las dos saliendo del apartamento y bajaban corriendo las escaleras, sin tener demasiado cuidado de dónde ponían los pies.

—¡Mierda! Mis llaves, me las he dejado. Ahora vuelvo —exclamó Camelia cuando ya llegaban a la puerta que conducía a la calle.

—¿Pero qué estás diciendo ahora? ¡Si de todas formas siempre abro yo!

Antes de que Dalia pudiese ni siquiera empezar a protestar por las ocurrencias de su amiga, Camelia ya estaba corriendo escaleras arriba. Dalia la esperó apoyada en el marco la puerta principal. Por suerte, Camelia no tardó más de dos minutos en reunirse con ella.

—Pero si no las usas, ¿se puede saber qué te ha dado esta mañana? —se exasperó Dalia, mientras salía del portal y caminaba mirando hacia atrás a su amiga para poder comunicarse con ella. Se conocían tan bien el camino que podían hacerlo con los ojos cerrados.

—Pero me gusta tenerlas, me da seguridad —contestó la otra

guardándolas rápidamente en su bolso—. ¿Y podrías por favor caminar mirando al frente? Me pones nerviosa cuando haces eso.

A Dalia le encantaba sacar a Camelia de sus casillas y provocarla un poco con sus pequeñas manías. Así que, girando completamente su cuerpo y quedando frente a frente con su amiga, dio unos pasos más mientras le sacaba la lengua e intentaba poner los ojos bizcos, sin obtener ningún éxito. Nunca conseguía mover los ojos o las cejas a su antojo, pero estaba siendo capaz de hacer reír a su amiga después del odioso despertar que habían tenido.

Cuando decidió que ya había molestado a Camelia lo suficiente, giró de nuevo y volvió a caminar como las personas normales, pero se topó con un muro. Bueno, más que un muro, era un chico. En cuestión de segundos había perdido la capacidad de hablar y ni siquiera pudo moverse; ¿aquellos ojos eran reales o llevaba lentillas? No tuvo la oportunidad de descubrirlo, pues otra voz se le adelantó y la atmósfera se quebró por completo.

Malai y Kenai aterrizaron en Osaka a las seis de la mañana; estaban hechos un cuadro. Aunque los muchachos en un principio habían pensado que en Japón en pleno junio no haría tanto calor como en España, tuvieron que deshacerse de las finas chaquetas que habían llevado en el avión para no pasar frío. Al salir al exterior del aeropuerto, se dieron cuenta de que no tenían ni idea de a dónde tenían que dirigirse para coger el autobús que los llevaría a Kioto. Tras varias charlas muy ridículas y vergonzosas con algunos de los guardias que hablaban inglés, lograron encontrarlo.

Tenían por delante una hora aproximadamente y, para colmo, el vehículo no tenía aire acondicionado. Aquello iba a ser una tortura. No sabían que lo que les esperaba al llegar a la ciudad sería todavía peor.

Las calles de Kioto estaban repletas de gente que salía de sus casas para dirigirse al trabajo o abandonaban algún pub, que ya cerraba, después de haber pasado toda la noche de juerga con los amigos. Malai y Kenai llevaban sus mochilas y maletas a cuestas. Hacía casi una hora que caminaban sin rumbo, o bien todas las calles eran iguales ya que tenían la impresión de haber pasado varias veces por la misma, o bien estaban dando la vuelta todo el rato por la misma manzana. El caso es que parecía que se hubieran perdido. Kenai estaba dispuesto a pedir ayuda, ya que era la única opción que les quedaba. Se habían quedado sin batería en el móvil durante el trayecto en autobús y sus baterías portátiles estaban descargadas, así que no podían hacer uso de *Google Maps*. Por otro lado, Malai no quería reconocer que podía haberse equivocado, así que intentó guiarse hasta el hotel con un mapa de la ciudad que habían adquirido en el aeropuerto.

—En serio Malai, no pasa nada por preguntar, nadie va a pensar que eres menos hombre.

—En eso te equivocas hermanito, podemos solos con esto —apuntó mientras giraba el mapa, puesto que hacía un buen rato que lo estaba mirando al revés—. ¿No hemos llegado hasta aquí? Pues llegaremos al hostel como que me llamo Malai.

—Hemos llegado hasta aquí porque los agentes del aeropuerto nos han dicho qué autobús debíamos coger y desde entonces no hemos hecho más que dar vueltas —dijo Kenai dándose la vuelta y empezando a caminar hacia atrás—. ¿Lo ves? Preguntando se llega a Roma.

—Pero no queremos llegar a Roma, queremos llegar a un maldito hostel en una ciudad japonesa donde es imposible leer una indicación correctamente, ya que todo está escrito en jeroglífico —le contestó, mostrando su enfado—. Y anda recto y mirando al frente, ¿quieres? Te vas a caer.

Kenai estaba harto de que su hermano, siendo el mayor de los dos por

tan solo ocho minutos, lo tratase como a un niño pequeño. A regañadientes, se dio la vuelta para seguir caminando de frente, solo para dejar de ver la expresión amargada de su hermano mayor. En ese momento, el destino, la casualidad, o como le queráis llamar, le hizo darse de bruces con una pequeña chica de cabellos castaños y ojos grises. Sin que apenas le diese tiempo a pedir perdón a la muchacha, quien le miraba con la disculpa asomándose en sus ojos. Otra muchacha, algo más alta, de cabellos negros y ojos verdes, apareció como una exhalación y se interpuso entre ellos.

—¡Eh! —gritó esta mientras le daba un pequeño golpe en el pecho con un dedo acusador, girándose un momento para comprobar que su amiga estaba bien y volviendo a mirar al muchacho con los ojos cargados de furia—. ¡Mira por dónde vas gilipollas!



## CAPÍTULO 3

—¿Pero de qué coño vas? —un muchacho de cabellos rizados de un castaño claro y ojos azules, se acercó al chico al que Camelia amenazaba, se plantó frente a ella y la miró fijamente a los ojos—. Tu amiga es una despistada, no ataques a mi hermano por sus errores.

—¿Disculpa? —Camelia estaba cada vez más enfadada, no podía creer que el muchacho se lo tuviese tan creído. Miró al otro chico que, a diferencia de su hermano, parecía mucho más tranquilo y relajado. Este, tenía el cabello ondulado, siendo menos rizado que el de su gemelo, aunque del mismo color. Sus ojos eran también azules, pero algo más claros, dándole un aspecto angelical que el otro no compartía en absoluto—. Tu hermano —dijo marcando bien la última palabra, dando a entender que, si no fuese porque eran completamente iguales físicamente, jamás lo hubiese creído—, es quien iba caminando de espaldas —y aunque eso era cierto, Dalia había chocado en el momento en que volvía a caminar de frente, pero eso era algo que Camelia jamás admitiría en voz alta.

—¿Podéis calmaros? —Kenai entró en acción, mirando a Dalia para disculparse con una sonrisa y volviendo la vista hacia los otros dos, quienes parecían querer matarse con una sola mirada—. Malai, deberías darles las gracias. Ellas hablan nuestro idioma y pueden ayudarnos.

—Claro que hablan nuestro idioma, imbécil —Malai miró a su hermano como si este fuese estúpido, luego las señaló con la obviedad asomando en sus ojos—. ¿No ves que no son chinas?

—No, no somos chinas —dijo Camelia, apretando los puños a ambos lados de su pequeño cuerpo—. En todo caso, seríamos japonesas, inculto —

esto último lo dijo en un susurro despectivo dirigido a su amiga, pero los chicos pudieron escucharlo perfectamente.

—Camelia, no importa —intentó intervenir Dalia—. No ha sido culpa de nadie. Y todos estamos bien, así que...

—Y una mierda, ha sido culpa de este. Y su hermano, que es un encanto —dijo Camelia, interrumpiendo a su amiga con la voz teñida de puro sarcasmo—, se está metiendo con nosotras. Además de suspender en geografía, seguro que también suspendía ética y valores.

Tanto Kenai como Dalia no pudieron esconder una pequeña risa y miraron a sus compañeros mientras negaban con la cabeza, estaban más que acostumbrados a espectáculos así. Camelia, al fijarse mejor en Kenai, agachó rápidamente la mirada, sintiéndose avergonzada. El muchacho era realmente apuesto y no es que su hermano no lo fuese, ya que eran absolutamente iguales, pero Kenai desprendía una bondad y una tranquilidad que a Camelia le llamó le inspiró confianza. Perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta de las miradas que se echaban Dalia y Malai. Sonrió para sus adentros y, cuando su amiga la miró, sus mentes conectaron. Podían hacer grandes cosas con aquellos dos muchachos.

La voz de Kenai las sacó de su conexión mental y no pudieron hacer otra cosa más que romper su vínculo y prestarle atención al chico.

—Soy Kenai —se presentó este, mostrando una sonrisa perfecta—. Y este es mi hermano, Malai —al decir el nombre de su hermano, le hizo un gesto con la cabeza para que se acercase a ellos y este lo hizo sin mostrar mucho interés.

—Yo soy Dalia —la chica sonrió de medio lado, tirando del brazo de su amiga para acercarla al grupo—. Ella es Camelia.

—Es un placer conocerlos —al igual que la vez anterior, Kenai habló por los dos, dejando entrever que su hermano no era demasiado sociable.

Exactamente igual que Camelia.

—No puedo decir lo mismo —susurraron al unísono Malai y Camelia pero al parecer no tan bajo como habían pretendido, ya que sus acompañantes les escucharon y se sorprendieron de su sincronización.

—¿Qué os trae por aquí? —Dalia intentó cambiar de tema y, como siempre, se mostró interesada por conocer a todo el mundo. Era por esa razón por lo que la librería había alcanzado la fama que tenía en aquel momento.

—Estamos estudiando ingeniería aeronáutica. Bueno en realidad, ya hemos acabado —explicó Kenai y, al ver la expresión de asombro de las chicas, se apresuró a explicarse—. Es la segunda carrera que hacemos. Primero fue ingeniería química. No somos unos antisociales, pero nos gustaban las dos y fuimos incapaces de decidirnos —Kenai sonrió y las chicas siguieron mostrando su cara de asombro; tenían que poseer un coco increíble—. Hace solo un par de semanas que hemos terminado el grado y hemos decidido aprovechar nuestro último verano de libertad antes de tener que buscar un trabajo estable y empezar una nueva etapa en el mundo de los aburridos y monótonos adultos.

—Entiendo —Dalia sonrió una vez más, estaba fascinada—. Así que, ¿sois unos cerebritos? —todos rieron, pero enseguida Malai negó y habló por primera vez.

—Kenai lo es, yo tengo la suerte de ser constante y tenerle todo el día pegado a mi culo —pasó su brazo por encima de los hombros de su hermano, mostrando así el afecto que sentía hacia él.

—Entonces, te pareces mucho a Camelia —esta le dio un leve empujón a Dalia, provocando que Kenai y ella riesen. Camelia y Malai ni siquiera hicieron una mueca que se pareciese a una sonrisa, no podían soportar que los hubiesen comparado. Ellos no se parecían en nada, o al menos eso es lo que querían creer.

—Ya que parece que sois de por aquí, ¿podrías ayudarnos a buscar el hostel *Kotoha Kiyomizu*? —dijo Kenai intentando cambiar de tema, mientras leía con dificultades el nombre del hostel del papel donde lo había anotado. Malai le echó una mirada cargada de odio, pero su hermano no se dio ni cuenta, o al menos eso es lo que quiso aparentar.

—Estáis bastante lejos. Está cerca de la parada de autobuses —Dalia sonrió, indicando con el dedo la dirección por la que los chicos habían venido —, donde paran los que vienen del aeropuerto de Osaka.

Malai y Kenai miraron con cara de pocos amigos el camino que habían seguido para llegar hasta allí. Habían estado caminando durante casi una hora, arrastrando sus maletas y cargando con sus mochilas en busca del maldito hostel y lo único que habían hecho era alejarse cada vez más de su destino. Kenai le dio un mochilazo a su hermano en el brazo derecho, dándole a entender que tenía razón y que tendrían que haber pedido ayuda cuando él lo propuso.

—Podemos acompañaros, si queréis —se ofreció Dalia, recibiendo una mirada de desprecio por parte de su amiga Camelia.

—¿No te acuerdas de por qué hemos salido de casa? —Camelia la miró como si esta fuese idiota, entonces su amiga sonrió.

—Así que, ¿este es vuestro edificio? —preguntó Malai con una sonrisa maliciosa dibujada en sus labios.

—Sí, pero no os penséis que es gran cosa —Dalia sonrió y se volvió hacia su amiga, pidiéndole que fuese un poco más amable con los recién llegados—. Claro que me acuerdo Camelia, pero podemos ir más tarde, ya sabes que siempre dejan los paquetes a buen recaudo en la frutería del señor Sota.

Parecía que a Dalia ya se le había olvidado que se habían levantado con retraso y que el repartidor las había despertado con sus llamadas y les

había gritado que estaba esperándolas para darles los paquetes con los nuevos libros, los cuales ya deberían estar ocupando sus estantes. Camelia, aunque refunfuñando, asintió y los cuatro juntos emprendieron el camino hacia el hostel donde los chicos se iban a hospedar durante los próximos tres meses.

Camelia iba en cabeza, ignorando por completo a Dalia y Kenai que hablaban animadamente y a Malai, que les seguía unos pasos por detrás. Lo único que quería era llegar cuanto antes y volver a la librería para empezar a ordenar el camión de libros que les había llegado. Camelia era muy constante con su trabajo y sabía que, si no empezaban pronto, al día siguiente no tendrían las cosas listas para los clientes.

—Tendríamos que estar en la librería ordenando las cajas de libros, esto nos pasa por cazurras —Camelia se reprochó a sí misma el hecho de haberse ido a dormir tan tarde la noche anterior y de no haber descansado lo suficiente—. Y lo que nos faltaba, que Dalia se levante con ganas de ayudar a dos idiotas que no saben leer un mapa —la chica iba dando puntapiés a todas las piedras que encontraba por el camino. Haciendo eso, y caminando con las manos metidas en los bolsillos y los hombros caídos, parecía que acababa de caer sobre ella la peor de las catástrofes.

Detrás de ella escuchó las risas de Dalia y Kenai y sintió celos. Siempre había envidiado la capacidad de su amiga para hacer nuevas amistades, mientras ella era incapaz de hacerlo por mucho que se esforzase. Quizá podría haberlo intentado con Kenai, quien parecía más amable, pero nunca podría hacerse amiga de alguien como Malai, ese maleducado y gruñón seguro que no les daría las gracias ni aunque le fuera la vida en ello. Por otro lado, Malai estaba pensando justamente lo mismo. De los dos hermanos, él siempre había sido el más arisco y reservado. En todos los aspectos, excepto en cuanto a mujeres se refería. Malai era el típico chico al que consideraban un Don Juan, aunque jamás había tratado mal ni rebajado a ninguna mujer.

Simplemente había disfrutado todo lo que había podido, dejando que fuesen ellas las que lo pidieran. Mirando a las dos chicas, no pudo evitar pensar que alguien como Dalia le iría bien para darle un cambio a su vida, le tranquilizaría y quizá conseguiría que empezase a ser más abierto con los demás. En cambio, Camelia, tenía esos ojos retadores que serían capaces de hacerle cometer cualquier locura, incluso más de las que ya estaba acostumbrado a llevar a cabo. No, mejor quedarse con la chica tranquila y cariñosa y no con la fierecilla que encaminaba el grupo hacia el hostel con una postura comparable a la del famoso pato Donald cuando se enfada.

—Hostia bendita, encima que tenemos que retroceder lo hacemos bajo el mando de la sargento toca huevos —dijo para sus adentros Malai mientras caminaba mirando al frente y fijándose en cada movimiento de Camelia, intentando no reírse a la par que la imitaba sin que nadie se diera cuenta.

Por otro lado, Kenai y Dalia conversaban ajenos al malestar de sus otros dos compañeros y agradecidos de haber encontrado a alguien con quien poder darse un respiro entre tanta *niñería*.

—¿Siempre es así? —Dalia miró hacia atrás para comprobar que Malai los seguía. Vio que lo estaba haciendo con la vista fija en el frente y las cejas fruncidas.

—¿Y tu amiga? —Kenai soltó una pequeña risa, provocando que la chica se echase a reír. Ambos asintieron, estaba claro que tenían mucho que aguantar en su día a día.

—Es diferente cuando la conoces, pero le cuesta mucho abrirse — Dalia miró con sumo cariño a su mejor amiga, quien seguía caminando sin mirar atrás.

—Puedo decir lo mismo de Malai, hay que saber cómo llevarlo.

—¿Llevarlo cómo a un perro? —Dalia le miró de reojo esperando su reacción y, al cruzar sus miradas, ambos estallaron en una carcajada—. La que

nos ha caído, ¿eh?

—Sí, pero no cambiaría a mi hermano por nada del mundo y apuesto a que tú piensas lo mismo de Camelia —Dalia miró a Kenai con una sonrisa, compartía esa sensación.

—No sé qué haría sin ella.

Unos cuarenta minutos más tarde llegaron a las puertas del hostel y se miraron. Dalia y Camelia estaban de frente a la puerta principal, mientras Kenai y Malai le daban la espalda a la misma. Dalia miraba sonriente a Kenai y Camelia y Malai se fulminaban con con los ojos. Esta intentó contener sus impulsos, pero supo que si no hablaba pronto, acabaría explotando.

—Ahora que los niñitos ya están sanos y salvos, ¿podemos volver a nuestras importantes obligaciones? —Camelia no había cambiado su cara desde que Dalia había decidido que sería buena idea acompañar a los muchachos—. Creo que son lo bastante mayorcitos para apañárselas sin niñeras —y dicho aquello, emprendió el camino de vuelta a la librería, despidiéndose con una sonrisa y un asentimiento dirigidos únicamente a Kenai e ignorando por completo a Malai.

—Quizás, si fueses un poco más agradable, hasta me parecerías guapa —gritó Malai burlándose de ella, mientras las chicas se alejaban para poner rumbo a la librería y poder llevar a cabo el trabajo que tenían pendiente.

A Camelia no le gustó en absoluto el comportamiento del chico, pero no quiso darle muchas vueltas al tema, pues temía descubrir la causa de tal aversión. Por su parte, Dalia seguía en una nube mientras caminaba por las calles de Kioto, pensando todavía en las miradas que le parecía haber visto en los gemelos; agradecimiento, cariño y esperanza de volver a verse.

## CAPÍTULO 4

Otro día más en la oficina, aunque aquel fue muy diferente a cualquiera de los que habían vivido desde que habían llegado a Kioto. Fue mucho peor incluso que cuando tuvieron que convertir un simple local en la famosa librería que había llegado a ser. El día anterior se les había hecho muy tarde después de acompañar a aquellos dos chicos al hostel. El repartidor se había cansado de esperarlas así que dejó los libros en la frutería del señor Sota como en alguna otra ocasión. Cuando llegaron a la frutería vieron una nota del señor Sota en la que ponía que había tenido que abandonar su negocio para hacerse cargo de su hija enferma y no volvería hasta la tarde, por lo que no podrían recoger los libros hasta entonces, así que solo les quedó la opción de atender a los clientes como cualquier día normal.

Ese día tuvieron que levantarse a las cinco de la mañana, ya que tenían que llegar pronto a la librería si querían que todo estuviese más o menos en orden para cuando llegasen los primeros clientes. Camelia estaba furiosa, podría haberse roto los dientes a causa de la presión con la que apretaba la mandíbula, y no le había dirigido la palabra a Dalia desde que se habían levantado y habían abandonado el apartamento. Al llegar a la librería se dirigió al local trasero de la frutería del señor Sota, donde les había dicho la noche anterior que había dejado los paquetes, explicándoles que dejaría una llave escondida en una maceta para que pudiesen entrar a cogerlos temprano. Sin decir ni una sola palabra, cargó las cajas en una carretilla, que había tomado prestada de la frutería, y las llevó a la librería. Dalia la miraba con la expresión cargada de tristeza, en veinticinco años nunca se habían enfadado y aquella era la primera vez. Ni siquiera cuando, con tan solo trece años, Dalia



le destrozó su camiseta favorita. En aquella ocasión Camelia no dijo ni una sola palabra.

—¿Vas a seguir sin hablarme? —la voz de Dalia sonaba lejana, como si no supiese, por primera vez en su vida, como llegar hasta su amiga.

—Hay mucho trabajo que hacer antes de las diez, no puedo estar perdiendo el tiempo con tus tonterías —aquellas palabras fueron como una puñalada para Dalia y Camelia se dio cuenta rápidamente de cómo había sonado—. Dalia, no quería...

—Tranquila, tienes toda la razón —Dalia sonrió con tristeza mientras se encogía de hombros, acercándose a su amiga para ayudarla con todas las cajas que había traído.

—Sí, quizá tenga razón pero no tendría que habértelo dicho de una manera tan brusca —Camelia miró a su mejor amiga con arrepentimiento en sus ojos. A veces no se daba cuenta del daño que podían hacer sus palabras.

—La verdad es que a veces eres un poco bruta —las chicas no pudieron evitar soltar una risita, menos mal que se querían o se hubiesen matado hacía años.

Dalia y Camelia eran como el día y la noche pero lo que le faltaba a una, lo compensaba la otra. Con el paso de los años, la primera había conseguido que el carácter de su amiga se apaciguase un poco y dejase de ser tan impulsiva. Mientras, la segunda había logrado que la chica de ojos grises desenterrase el coraje que siempre le había faltado para enfrentarse a ciertas situaciones de su día a día.

—¿Bruta yo? ¡Para nada! —Camelia le quitó hierro al asunto moviendo su mano de un lado para el otro, intentando que su amiga se sintiese mejor.

—Vinimos aquí por una sencilla razón; cumplir nuestro sueño. Todo esto tendríamos que haberlo hecho ayer, cuando nos llegó el camión de reparto —dijo señalando las cajas que Camelia había apilado sobre el mostrador—.

Siento que estés tan agobiada y no hayas dormido bien por mi culpa.

—No tienes la culpa, pero a veces hay que saber priorizar y debes aprender a hacerlo —Camelia cogió las manos de su amiga con una sonrisa y miró de nuevo hacia las cajas—. Vamos, tenemos mucho que hacer.

—Te lo compensaré, te lo prometo.

—Eso espero —el rostro de Dalia se tornó pálido; quizá su amiga estaba más enfadada de lo que parecía—. Me debes un helado.

Ambas, con la satisfacción de haber solucionado sus problemas sin demasiado esfuerzo, se pusieron manos a la obra y en menos de una hora tenían todas las cajas apiladas en una esquina de la planta superior. Después de sacar los libros de las estanterías, limpiarlas a fondo y volver a recolocarlos, destaparon las últimas librerías, aquellas que aún estaban vacías y cubiertas con sábanas. Las limpiaron y colocaron todo el material nuevo que les había llegado.

Estuvieron concentradas en su trabajo durante varias horas. El único sonido que se escuchaba era el de un reproductor que habían comprado unos meses atrás para alegrar un poco el ambiente de la librería. No había tensión entre ellas, pero ambas necesitaban estar a lo suyo y no distraerse para terminar con el trabajo cuanto antes y estar listas para atender al público.

Camelia y Dalia parecían tener la sensación de que las cajas se multiplicaban en lugar de disminuir. Camelia, que era la más habladora de las dos cuando se encontraba en confianza, después de las muchas horas que llevaban calladas, empezó a leer los títulos de las novelas que iban saliendo de los paquetes.

—“La ladrona de libros” de *Markus Zusak* —leyó.

En la librería tenían libros en español, inglés y japonés, además de los múltiples diccionarios de traducción de casi todos los idiomas.

—He oído hablar mucho de él, pero no lo he leído —Dalia se alegraba

enormemente de que Camelia y ella estuvieran hablando de nuevo, así que iba comentando los libros que nombraba su amiga.

—Pues quizá deberías —Camelia cogió otro volumen—. ¡Mira! El último volumen de *Alessandra Neymar*, “Los hijos de la ira”.

—Dios, lo leí en digital el mismo día que salió publicado y es totalmente increíble.

—Quizá lo coja prestado para leerlo antes de ponerlo a la venta— ambas chicas se miraron con complicidad, no era la primera vez que Camelia cogía libros de la tienda, ni tampoco Dalia, para qué engañarse—. Deberías probar también con la serie “After”, de *Anna Todd*. He oído que este año saldrá la adaptación de la *pelí* y ya sabes el dicho.

Dalia miró a su amiga, se subió a una silla y con grandes gestos recitó el buen dicho que ambas compartían.

—Una buena película antes ha sido un buen libro. Por lo tanto, ¡es imprescindible leerlo antes de verla!

Así estuvieron un buen rato, comentando sus últimos descubrimientos y pensando en lo mucho que añoraban ir al cine y ver películas en su idioma natal. En Kioto y en Osaka, si tenían suerte, de vez en cuando podían encontrar películas en inglés, pero nunca en español.

Dándose cuenta de que ya eran casi las diez de la mañana, la hora a la que solían abrir el local, dejaron los cubos con agua sucia a un lado y se dispusieron a empezar un nuevo día. Cuando el cartel de “abierto” decoró la puerta de entrada, volvieron a la planta superior para acabar de colocar los últimos libros que les faltaba. Después de casi cuatro horas de trabajo, tenían ya ganas de terminar y dirigirse a la planta baja para poder descansar un poco mientras esperaban a los clientes.

Unos minutos más tarde mientras Dalia limpiaba los grandes ventanales que daban a la calle principal sin mucho ánimo, escuchó la discusión de dos

chicos. Inmediatamente, reconoció sus voces; eran Kenai y Malai. Asomándose con disimulo a una de las ventanas abiertas, se percató de que ambos discutían justo enfrente de la librería, debatiéndose hacia donde tenían que ir aquel día. Malai no paraba de repetir que debían ir al templo, puesto que era muy conocido y Kenai le replicaba diciéndole que era mejor ir a las afueras. Tenían mucho tiempo por delante para visitar la ciudad.

Con una sonrisa pícaro dibujada en el rostro bajó de la escalera y corrió para encontrarse con Camelia. La agarró del brazo y tiró de ella sin dar ninguna explicación, provocando que tuviese que dejar los libros que tenía en las manos mal colocados sobre la estantería más cercana para evitar que cayesen al suelo.

—¿Pero qué haces? —Camelia alzó la voz y Dalia la hizo callar llevándose un dedo a los labios, la condujo hacia la ventana y la instó a asomarse—. Son los chicos de ayer, ¿verdad?—la voz de Camelia salió en un susurro y su amiga asintió con rapidez, sin dejar de sonreír pícaramente.

—¿Qué te parece si les damos la bienvenida a Kioto?

Camelia entendió rápidamente a Dalia cuando siguió la mirada de esta hacia los cubos llenos de agua sucia que habían utilizado para limpiar las estanterías y que aguardaban en la esquina a ser vaciados. ¿Qué mejor manera de hacerlo que tirándolos sobre los muchachos que las habían entretenido el día anterior? De no ser por ellos, habrían llegado a la librería media hora antes solamente y no habría sido necesario madrugar tanto ni trabajar tan rápido para tenerlo todo preparado antes de las diez.

Intentando contener la risa dejaron los trapos sobre una silla, corrieron hacia los cubos y los movieron con cuidado para no derramar ni una sola gota. Mirándose con una sonrisa infantil, asintieron a la vez. Era el disparo de salida. Sin hacer un gran esfuerzo, levantaron los cubos y los apoyaron en la cornisa de la ventana, volcándolos poco después y provocando que el agua

cayese sobre las cabezas de Kenai y Malai. Escucharon los gritos rabiosos de los muchachos y tuvieron que taparse la boca para no estallar en una carcajada.

Dejaron los cubos con rapidez en el suelo y se dirigieron hacia las estanterías, para colocar los pocos libros que quedaban sin poder evitar reír.

—¿No crees que nos hemos pasado un poco? —aunque Dalia seguía riendo, una parte de ella le decía que no habían obrado correctamente.

—*Bah*, no ha sido para tanto —Camelia, como siempre, le quitó importancia al asunto y se dispuso a seguir con su cometido; acabar de ordenar los libros.

—Tal vez, pero me siento un poco mal —la chica miró a su amiga, quien seguía sin poder esconder la sonrisa que asomaba en sus labios—. Bueno, aunque he de reconocer que ha sido divertido.

Les hubiese encantado ver las caras de los muchachos en un primer plano, pero lo harían más tarde cuando repasasen las cámaras de seguridad que vigilaban día y noche la librería. Lo que ellas no sabían, era que deberían enfrentarse a ellos mucho antes de lo que imaginaban.

## CAPÍTULO 5

Malai y Kenai estaban discutiendo a viva voz, como siempre que no estaban de acuerdo en algo, cuando un líquido helado les cayó encima. Estaban mojados sin saber qué había pasado. Miraron hacia arriba pero no vieron a nadie, solo una ventana abierta. Entonces fueron conscientes de que alguien les había echado un cubo de agua encima.

—¡Lo que nos faltaba! —Malai no se podía creer la mala suerte que habían tenido desde que habían llegado a Japón; primero habían perdido el autobús de Osaka a Kioto y habían tenido que esperar una hora al siguiente, luego se habían perdido por la ciudad y se habían topado con aquellas dos locas y ahora aquello. A pesar de lo malo, les estaba yendo relativamente bien en una ciudad que desconocían por completo—. Se van a enterar estos chinos de quién soy yo.

Kenai no tuvo tiempo de detener a su hermano, ni siquiera de decir una palabra, antes de que este entrara en el local donde se habían parado a discutir y de donde se suponía que les había caído aquel cubo lleno de agua sucia y maloliente, el cual resultó ser una librería.

En realidad, Kenai no lo habría detenido aunque hubiera tenido la oportunidad de hacerlo. No era una persona tan impulsiva como Malai, pero se merecían una disculpa por lo menos. Antes de tirar un cubo de agua hay que mirar que no pase nadie por la calle, ¿es que eso no se hacía en Japón? Kenai respiró hondo antes de seguir a su hermano al interior de la tienda, donde se encontrarían con una sorpresa tan agradable como incómoda.

Camelia y Dalia se asomaron a la barandilla del primer piso cuando oyeron la puerta del local abrirse y cerrarse con un fuerte portazo. Ambas miraron primero hacia la puerta, para asegurarse de que el cristal no se estuviera cayendo a pedazos a causa del fuerte golpe. Luego miraron de arriba abajo a los dos chicos; la parte superior del cuerpo era la que había resultado más afectada. Tenían las camisetas mojadas y los pantalones con algunas manchas por aquí y por allá. El cabello les chorreaba como si acabasen de salir de la ducha, solo que en lugar de la fragancia que deja el champú, los chicos olían a agua estancada. Kenai tenía un lado de la cara y el cuello cubierto por los restos de la arenilla que habían quedado en el fondo del cubo. Malai, por su parte, parecía que llevara un animal muerto en la cabeza; el cabello, totalmente despuntado, señalaba en todas las direcciones posibles.

—¿Quién coño vive aquí? —aunque era una pregunta, sonó más como una exigencia por parte del mayor de los gemelos para que los culpables de su reciente mal humor diesen la cara. Malai miraba a todas partes, dispuesto a pelear si fuese necesario—. El gracioso que haya tenido los cojones de tirarnos el cubo de agua, ¡que salga!

—Malai, esto es una librería —la voz de Kenai estaba teñida por el cansancio y se detuvo a observar las numerosas estanterías repletas de libros—. Nadie vive aquí, deben de estar trabajando y ha sido todo un desafortunado accidente.

—Desafortunado, mis huevos —Malai no podía creerse la docilidad y tranquilidad con la que llevaba su hermano la situación—. Le voy a partir las gafas al maldito chino que nos ha tirado el agua.

—Pues te vas a quedar con las ganas.

Dalia y Camelia, que les habían estado observando todo el rato, no pudieron aguantarse la risa por más tiempo. Los gemelos miraron hacia arriba

sorprendidos. *¿Son estas las brujas del otro día? Si hasta a la que parecía buena le habían crecido unos cuernos tan grandes como los de su amiga,* divagó Malai, mientras las observaba bajar las escaleras dando saltos.

—A ver, chico, ¿cómo te tengo que explicar que nosotras de chinas tenemos bien poco? Y, en todo caso, seríamos japonesas —en ese momento Camelia sacó su vena de sabelotodo y se convirtió en la enciclopedia andante de la que tanto se reía Dalia—. Ya sabes, personas que habitan en Japón, una isla situada al este de China y que se encuentra en el continente asiático.

—Y como podrás comprobar —añadió Dalia—. Tampoco llevamos gafas, solo lentillas —entonces, se giró hacia Kenai, dedicándole una mirada mezclada por la culpa y la diversión—. Ha sido un desafortunado accidente, como bien has dicho.

—Un accidente con algo de maldad ajena, diría yo —le replicó Kenai, pero el inicio de una sonrisa ya asomaba por sus labios.

Tenían que reconocer que las chicas tenían agallas y eso era algo digno de admirar. Al menos, esa era la opinión del gemelo más joven.

—¡Pero mira quién se ha deshecho del encanto de estas brujas y se ha dado de bruces contra la realidad! —exclamó Malai, orgulloso de que su hermano por fin le diera la razón en algo y se pusiera, de esa forma, en contra de ellas—. ¿Vas a estar de mi parte ahora?

—Sabes que siempre estoy de tu parte.

Camelia y Dalia compartieron una mirada que no pasó desapercibida a los hermanos. Después de tantos años juntas, prácticamente se leían la mente.

—¿Debemos entender por vuestras palabras que nos estáis declarando la guerra? —Camelia puso los brazos en jarras y miró desafiante a Malai y Kenai.

—Eso mismo estaba pensando yo —replicó Malai, dando un paso al frente.



—Bueno en realidad no creo que eso sea necesario—Kenai miró a su hermano, pero este no se dio cuenta de nada. Y si lo hizo, decidió ignorarle.

—¿Por qué no? —continuó Dalia—. Estos encuentros se están volviendo de lo más entretenidos —la chica miró a los muchachos con una sonrisa pícaro dibujada en el rostro, estaba claro que tramaba algo—. Yo propongo más bien un juego de retos.

—¡Me encanta la idea! —Camelia sonrió de oreja a oreja, apoyando con alegría y emoción la idea de su amiga.

Los dos chicos no podían creer lo que estaban oyendo. Esas dos pijas les estaban desafiando. Pensándolo mejor, un juego de pruebas no sonaba tan mal.

Kenai y Malai tuvieron que cancelar sus planes para aquel día, puesto que el plan de las chicas les parecía muy tentador. Después de discutir un poco, decidieron verse a las cinco, cuando las muchachas salieran de trabajar. Los cuatro irían a una cafetería del centro que se encontraba en una callejuela y era un local muy pequeño, pero acogedor y familiar al mismo tiempo. El lugar estaba ambientado según la tradición de la cultura japonesa. La cafetería estaba decorada con algunos de los colores tradicionales de Japón: el blanco, el negro y el azul. Unos jarrones de porcelana decoraban algunas estanterías, también algunas teteras a conjunto con sus respectivas tazas situadas detrás del mostrador. Servían a los clientes en ellas, y a su vez, estos admiraban las florituras de los mismos colores que todo lo demás en el local. Además, un bonito cerezo artificial se situaba en medio del salón. Sus flores rosas parecían tan reales que la primera vez que Dalia y Camelia entraron echaron a correr hacia ellas para olerlas. La decepción fue enorme, pero cuando el señor

Himura les trajo una infusión de elaboración propia su disgusto se esfumó. En el local, tanto él como las otras camareras vestían kimonos o yukatas, que sumado a todo lo demás hacía que los que entrarán en la pequeña cafetería fueran transportados a otra época.

Camelia y Dalia se enamoraron del local aquella primera vez y desde entonces se había convertido en un tipo de santuario para ellas. Siempre iban allí cuando necesitaban un momento de desconexión para volver a enfrentarse a la realidad. Por alguna razón desconocida, habían decidido compartir su rinconcito especial con aquellos dos desconocidos. Quizás les gustaban más de lo que desearían admitir o, tal vez, sintieran pena por aquellos dos muchachos, quienes habían acudido a Kioto con la intención de vivir una gran experiencia y se habían topado con sus maldades.

A las cinco menos diez, los dos chicos ya estaban plantados fuera de la librería. Ambos llevaban una camiseta azul que hacía que sus ojos brillasen con más fuerza y más vida de lo que las chicas habían visto hasta el momento. Sus cabellos habían adquirido otra tonalidad y parecían tener una textura mucho más suave. Las dos amigas se quedaron maravilladas al verlos, realmente eran guapísimos. Aunque, vestidos de la misma forma, les iba a costar un gran esfuerzo diferenciarlos.

De repente, uno de ellos abrió la puerta con brusquedad.

—¿Salís o no? ¡No tenemos todo el día!

Menos mal que ya no había nadie en la tienda, o de lo contrario, habrían dejado en mal lugar a las chicas con esos gritos. Los japoneses eran realmente estrictos y ellas sabían que perderían clientes si las veían codearse con personas maleducadas.

—¡Piérdete Malai! —Camelia le lanzó la libreta donde anotaban los pedidos y miró a Dalia, exasperada.

Mientras las chicas terminaban de recoger y dejaban todo listo para el

día siguiente, los hermanos se quedaron esperando en la calle. Se habían vestido igual para confundirlas, también habían procurado que su cabello quedara lo más parecido posible. Cuando Kenai se había asomado a la tienda gritando, había esperado exactamente la reacción que tuvieron las muchachas; que creyeran que era Malai y así poder jugar un poco, tal y como habían hecho ellas.

De camino a la cafetería, las chicas charlaban distraídamente. Camelia había perdonado a Dalia sin guardarle ningún tipo de rencor y esta le explicaba, con todo lujo de detalles, la experiencia con su última lectura. Además las dos amigas habían decidido coger un par de libros de las cajas del último pedido, cosa que las emocionaba por igual. Parecía que su mundo girase entorno a ellos, sus personajes, sus historias, sus aventuras, sus romances e incluso su dolor. Desde pequeñas habían soñado con vivir experiencias como las que llenaban los volúmenes que guardaban en las estanterías y se apilaban en sus mesillas de noche.

Mientras tanto, Kenai, haciéndose pasar por su hermano, caminaba un poco por detrás y las observaba. Por otro lado, Malai, simulando ser Kenai, intentaba participar en la conversación. Aunque le costaba grandes esfuerzos poner buena cara, tenía que hacerlo para llevar a cabo aquella farsa.

Cuando llegaron a la cafetería se dirigieron a una mesa que daba a un gran ventanal, desde donde podía verse la calle. Como era un local tradicional, la mesa era baja y, en lugar de sillas, había dos cojines a cada lado para poder sentarse. Las chicas se sentaron juntas a un lado de la mesa y los chicos hicieron lo propio al otro lado.

El señor Himura, el encargado, se dirigió a ellas con una gran sonrisa.

—Buenas tardes —les saludó con su peculiar sonrisilla, que hacía que sus ojos se vieran más pequeños si es que eso era posible—. Señorita Dalia, señorita Camelia, ¿han traído a unos amigos con ustedes?

—¡Oh! No, señor, ellos no son nuestros amigos —contestó Camelia con picardía.

—Vaya, lo siento —añadió apresuradamente el señor Himura—. ¿Sus novios entonces?

—Tampoco, ¡qué más quisieran ellos! —Camelia abrió los ojos desmesuradamente, como si la hubieran ofendido.

—Tienes razón, no podríamos ser pareja. Somos demasiado geniales para tan poca cosa —respondió el supuesto Malai, ante lo cual su hermano simplemente rio.

Antes de que su querida amiga pudiera soltar alguna perla de las suyas, Dalia se apresuró a pedirle al señor Himura lo que querían tomar. Se decantó por lo que era habitual en ellas, pero en esta ocasión en lugar de dos raciones, pidió cuatro.

Cuando se fue, Camelia continuó peleando con el supuesto Malai mientras Dalia le pedía ayuda con la mirada al suplente de Kenai, pues este siempre se había mostrado más comprensivo. Sin embargo, se estaba divirtiendo tanto con los otros dos que apenas le prestó atención. Pero el verdadero Kenai sí que notó como la chica observaba a su hermano, por lo que le dio un disimulado codazo a Malai. Dalia pensó que era una situación un poco rara, pero decidió no darle mucha importancia.

—Bueno, vosotras ya sabéis qué nos trajo a Kioto, pero en cambio nosotros no sabemos nada sobre vosotras —aunque no fuera exactamente una pregunta, Malai, haciéndose pasar por su hermano, había conseguido cambiar de tema y así sacar algo de información a las dos chicas.

—Trabajamos en la librería, ¿no os habíais dado cuenta aun? —

Camelia no solía ser así, pero es que el idiota que tenía sentado enfrente podía con su estabilidad emocional. Aun así, pensó, el pobre Kenai no tenía la culpa de tener un hermano tan cabrón—. En realidad, es nuestra librería.

—¿Vuestra? —exclamó el verdadero Malai, menuda sorpresa.

—Sí, nuestra. ¿Tan raro te parece? —continuó Camelia.

—No, bueno, un poco. Es que me parece increíble que hayáis ido hasta la otra punta del mundo y hayáis abierto una librería por vuestra cuenta. Es admirable.

—No es para tanto —se apresuró a decir Dalia.

—En realidad sí, hace falta mucho valor para lanzarse a lo desconocido como lo hicisteis vosotras. Felicidades por eso —esta vez fue Kenai quien habló. Las chicas le miraron extrañadas, pues pensaban que era Malai quien las felicitaba.

—¿Te ha subido la fiebre de golpe? —preguntó Camelia extrañada.

Entonces el supuesto Malai se echó hacia atrás y bajó la mirada. Después de pensárselo un poco, miró a las chicas y una sonrisa de superioridad apareció en sus labios.

—Tenéis razón, tampoco es para tanto lo que hacéis —añadió unos minutos más tarde, pero había algo en su voz que puso a Dalia en alerta. Esa fue la segunda pista que llevó a la chica a pensar que algo raro estaba ocurriendo entre los hermanos.

Unos minutos después llegó el señor Himura con sus infusiones de hierbas. Mientras las servía, Dalia miró al chico que tenía enfrente. Ellas habían supuesto que era Malai, pero en ningún momento se había referido a sí mismo como tal. Pero si se hubieran equivocado, ellos las habrían corregido, ¿no? Entonces sus miradas se cruzaron, el gris de los ojos de la chica con los azules de él. Era el azul más claro que hubiera visto jamás, más claro que el de su gemelo. Tenía una mirada curiosa, amable y juguetona. Él fue el primero

en apartar la mirada y Dalia observó al que habían supuesto que era Kenai. Tenía los ojos más oscuros, no demasiado, pero la diferencia estaba allí. Aquella era la prueba definitiva, la que le había ayudado a descubrirlos.

¿Así que los gemelos habían decidido jugar con ellas? Entonces iban a saber quiénes eran Camelia y Dalia y qué pasaba cuando intentaban tomarle el pelo a una mujer.

—Camelia, ¿me acompañas un momento al baño? —Dalia miró a su amiga con esos ojos que le decían que era importante, por lo que la otra no puso objeción.

—¿Por qué las chicas siempre van en grupo al baño? —preguntó Malai, o quizá fuera Kenai. Pronto lo averiguarían.

Los chicos las observaron marcharse y, una vez que entraron en el baño, Kenai miró a su hermano.

—Malai, Dalia lo sabe y estoy seguro de que ahora mismo se lo debe estar diciendo a Camelia —con una mirada de súplica hacia su gemelo y su mejor amigo, añadió—. Tenemos que intentar que crean que todo ha sido un malentendido.

—De eso nada, tenemos que convencerlas de que solo son paranoias tuyas y que en ningún momento hemos fingido ser el otro —Malai fue tajante con su decisión.

—Se nos van a comer con patatas —se lamentó Kenai, pero la decisión, al parecer, ya estaba tomada.

En el baño las dos chicas hablaban sobre la jugarreta de los muchachos, no podían creerse que hubiesen sido tan inteligentes.

—Ya decía yo que había algo raro en esos dos. Bueno, más raro de lo normal —Camelia se lo había tomado de maravilla y no podía parar de reír, aquello les daba una oportunidad fantástica para tomar parte en el juego.

Mientras se arreglaban el maquillaje, decidieron que ellas también se harían pasar la una por la otra. Camelia y Dalia no eran iguales, en lo único que eran idénticas era en el tatuaje que decidieron hacerse a conjunto cuando cumplieron diez y ocho años. Tenían gustos de lectura similares y eran casi de la misma altura, pero nunca podrían engañar a nadie fingiendo ser la otra. Aun así esperaban poder confundir un poco a Kenai y Malai y así, hacerles saber que habían sido descubiertos.

Cuando salieron se sentaron en el cojín de la otra. Eso puso a los gemelos en alerta, pero no fueron capaces de decir nada.

—Entonces, ¿abristeis vuestra propia librería? ¿Por qué aquí y no en España? —preguntó el verdadero Malai, esta vez poniendo más ganas en su papel de hermano amable con todo ser viviente.

Las chicas se miraron entre sí y, con una sonrisa muy dulce, Camelia se dispuso a contestar tal como lo haría su amiga.

—Camelia y yo siempre hemos querido vivir aventuras, como los personajes de nuestros libros favoritos. Así que cuando encontramos el local, no dudamos ni un segundo en venir a uno de los países más bonitos del mundo para empezar a cumplir nuestro sueño —Camelia observaba a los muchachos, esperando ver una reacción de confusión en sus rostros.

—Exacto, Dalia y yo siempre hemos sido unas enamoradas de la literatura, por eso estudiamos filología. Cuando surgió esta oportunidad, hicimos las maletas y nos marchamos sin mirar atrás —añadió Dalia, usando el mismo tono seguro y confiado que usaría Camelia.

Malai y Kenai se dieron cuenta de que, efectivamente, los habían pillado. El hecho de que las chicas hubieran intercambiado sus nombres y sus personalidades como habían hecho ellos sacó de sus casillas a Malai, quien miró fijamente a Dalia.

—¿Porque finges ser tu amiga? Los cuatro sabemos que no lo eres, tú no eres tan gilipollas —Dalia fue a responder, pero Kenai lo hizo por ella.

—Camelia, Dalia, no sé qué os pasa, pero esto no tiene sentido —el chico las miraba con los ojos cargados de confusión, no lograba entender nada.

—¿Tú sabes de lo que hablan, Camelia? —Camelia miró a su amiga como si le sorprendieran las palabras del chico.

—Para nada, Dalia. No sé qué les ha dado, quizás la infusión era demasiado fuerte y se les ha subido a la cabeza —Dalia puso los ojos en blanco, como si los gemelos hubieran empezado a desvariar.

—Chicas, ya basta —lo que había predicho Kenai se estaba cumpliendo y además estaban montando un espectáculo. Los otros clientes les miraban como si los cuatro jóvenes hubieran perdido la cabeza. Aunque no entendían ni una palabra de lo que decían, sus expresiones y el volumen de sus voces los delataban.

—¿No podríais comportaros con normalidad por una vez? —a esas alturas, Malai empezaba a perder los papeles.

—¿Cómo hacéis vosotros? —Camelia no podía creerse que hubieran pensado que podrían jugar con ellas.

—La normalidad está sobrevalorada —dijo Dalia, casi al mismo tiempo que su amiga hablaba.

—Está bien, era solo una broma. Cuando éramos pequeños lo hacíamos todo el tiempo —esta vez Kenai ya no pretendía ser alguien que no era, le había costado horrores fingir ser su hermano.



—Kenai, tío, ¿en que habíamos quedado? —Malai se sentía traicionado, su hermano y él tenían que permanecer unidos ante las dos brujas que habían aparecido en su vida para ponerla patas arriba.

—No podía más, se estaban riendo de nosotros. Somos un par de gilipollas —Kenai parecía querer desaparecer de allí.

—¡Secundo la moción! —exclamó Camelia a la vez que dejaba caer su puño contra la mesa, pero aunque Kenai había hablado en plural, ella miraba al otro hermano como si el récord lo hubiera alcanzado él solito.

—No, aquí el único gilipollas que hay eres tú —volvió a replicar Malai, ignorando completamente a Camelia.

En ese momento, Dalia se levantó de su cojín y tendió las manos a su mejor amiga para ayudarla a levantarse. Camelia llevaba una fina chaqueta y Dalia un fular que se había comprado en una tienda de artesanía la primera semana que estuvieron en Kioto. Tenían la costumbre de llevar siempre algo para abrigarse un poco, incluso en pleno junio. A ninguna de las dos les gustaba pasar frío, así que desde pequeñas habían adquirido esa práctica costumbre.

—¿Nos vamos, Dalia? —la chica no pudo evitar continuar con la broma, esos chicos eran demasiado adorables, sobre todo cuando sus planes se veían frustrados.

—Por supuesto, Camelia.

Ambas se cogieron del brazo y, después de dar varios pasos y con los quejidos de los dos chicos de fondo, se dieron la vuelta para enfrentarse a ellos una vez más.

—No olvidéis pagar la cuenta —gritó Camelia a los gemelos mientras Dalia abría la puerta del local—. Como los caballeros que sois, no os importará —Dalia, a su lado, no podía parar de reírse.

—¿Qué pasa con los retos? —preguntó Kenai, que parecía haberse

recuperado un poco de todo lo sucedido y no estaba dispuesto a dejar marchar a las chicas sin más.

—Si aún tenéis curiosidad, podéis venir mañana a la tienda —esta vez fue Dalia quién habló—. A las cinco.

La verdad era que las dos chicas se lo estaban pasando en grande jugando con los gemelos. A pesar de todo, les gustaba su compañía, sus bromas y la personalidad tan diferente que tenían a pesar de ser iguales físicamente. Dalia pensó que quizá Kenai podría llegar a ser para ella ese amor del que hablan los libros, ese que llama a tu puerta cuando menos te lo esperas para quedarse para siempre. Por su parte, Malai era, en su opinión, un buen chico bajo una gran capa de sarcasmo y frialdad. Dalia pensó en su amiga, era la chica más dulce del mundo, era ese tipo de persona que venía corriendo a las cuatro de la mañana si se lo pedías. Era totalmente fiel a sus amigos, pero su incapacidad para comunicar sus sentimientos hacía que su círculo fuese un tanto reducido. Es normal tener miedo a que te hagan daño y eso sería posiblemente lo que le sucedía también a Malai.

De camino a casa, en silencio, Dalia siguió dando vueltas a esos pensamientos. Camelia, por su parte, pensaba que Kenai, a pesar de seguirle el rollo a su hermano de vez en cuando, era un buen chico, una persona que inspiraba seguridad y calma, del mismo modo en que lo hacía Dalia. Quizá alguien como él la ayudase a relajarse un poco. Quizá había llegado el momento de tener algo de estabilidad y abrirle las puertas al amor. Estaba segura de que con Kenai podría conseguirlo.

## CAPÍTULO 6

Al día siguiente, los chicos no aparecieron por la librería. Ni tampoco al otro.

Camelia y Dalia les habían esperado, habían estado observando por la ventana por si ellos decidían aparecer, pero no lo hicieron. Empezaron a desesperarse, ¿cómo era posible que les hubiesen dado plantón de aquella manera? Normalmente, los chicos que conocían eran hechizados por sus encantos y siempre los tenían besando sus pies. Pensaron que quizás se habían pasado al irse de la cafetería con aquel aire de superioridad o tal vez fue algo que dijeron. No tenían muy claro qué habían hecho para espantarlos de aquella forma, cosa que jamás les había pasado antes. En cualquier caso, las chicas habían mantenido la esperanza de que los chicos aparecieran frente a la librería, deseosos de volver a verlas, o se los cruzasen por la calle con la mirada perdida al no saber dónde se encontraban y necesitando la ayuda de Camelia y Dalia, pero no fue así.

La tarde del segundo día que los esperaban, decidieron ir al templo por si se los encontraban haciendo turismo, pero no había ni rastro de los gemelos. Era la primera vez que, tanto Dalia como Camelia, habían movido un dedo para encontrarse con un muchacho. Cosa que, por el momento, tenían claro que no iban a volver a hacer.

—Ya está bien de ir detrás de ellos como si fuésemos sus perros falderos —Camelia miró a su amiga, mientras volvían a casa.

—Creo que les debemos, al menos, una disculpa por haber desaparecido de aquella manera de la cafetería y dejarles solos sin conocer el lugar —Dalia suspiró resignada, sabía que habían cometido un error—.

Además, dejamos que pagasen la cuenta cuando, quizás, les ha costado un montón poder permitirse este viaje.

—Tonterías —Camelia miró con desprecio a su amiga, no entendía cómo podía ser tan noble e idiota al mismo tiempo—. No se van a morir por un par de yens.

—No es la cantidad Camelia, es el hecho.

Aquellas palabras hicieron recapacitar a la chica y se dio cuenta de que, quizás, su mejor amiga tenía razón y se habían pasado al dejarles a su suerte en una cafetería desde la que no conocían el camino para volver al hostel. Y más, teniendo en cuenta que Kenai y Malai no entendían ni una palabra de japonés. A ellas les había costado un mundo adaptarse y habían tenido que estudiar y esforzarse mucho para poder vivir cómodamente allí. Tuvieron la suerte de encontrar a Takeshi, quien hablaba japonés y español. Gracias a él, aprendieron las lecciones básicas del idioma para poder comunicarse y abrir su negocio con más facilidad. Necesitarían cien vidas para agradecerle a Takeshi la ayuda que les había ofrecido sin obtener nada a cambio y ellas habían dejado a su suerte a dos muchachos que, al menos uno de ellos, tenía un corazón de oro.

El fin de semana pasó y Camelia y Dalia empezaron a perder la fe en que el destino los volviese a unir. Lo que ellas no sabían, o al menos no eran conscientes de ello en aquel momento, es que el destino no hace nada de forma gratuita y hay que luchar para encaminarlo hacia donde uno lo desea.

El martes estaban agotadas, a pesar de que era el primer día de trabajo de la semana para las chicas. Takeshi había ido a charlar con ellas, como hacía habitualmente, y sus dos florecillas le contaron encantadas su pequeña

aventura con los gemelos. Takeshi, por su parte, les habló de la mujer con la que había empezado a salir. Después de eso, tanto Camelia como Dalia, desearon poder vivir una historia de amor como la suya y más si era al lado de un hombre con la simpatía y la bondad de su viejo amigo. Se sintieron realmente mal cuando Takeshi les confirmó lo que ellas ya habían pensado; se habían pasado con los muchachos. El hombre, intentando que no se sintieran mal, las invitó a esperarles frente al hostel donde se hospedaban, pero ellas creyeron que era demasiado indecoroso hacer algo así. Podría parecer que los estaban acosando y, después de lo que les habían hecho, los muchachos merecían poder disfrutar de sus vacaciones con tranquilidad. No serían ellas quienes les arruinasen la visita a Kioto.

A las cinco, cuando cerraron la librería y mientras volvían a casa, a Camelia le dio la sensación de que las seguían. Notaba que alguien las observaba de cerca. Al principio pensó que era producto del cansancio y de su imaginación, pero la sensación no desaparecía. Las dos amigas caminaron durante unas pocas calles más antes de que Camelia se diera la vuelta. No había nadie en la calle. Cuando le comentó su malestar a Dalia esta se rio, tachándola de paranoica. Dalia era muy despistada y confiada y, aunque tuviese ante ella a la persona en cuestión diciéndole que la estaba siguiendo para hacerle daño, ella nunca se daría cuenta.

—En serio, Dalia. Alguien nos está siguiendo —Camelia volvió a girar la cabeza en dirección a las calles que iban dejando atrás pero, de nuevo, no vio nada ni a nadie.

—Pero qué cosa dices. Deja ya de decir tonterías, no vas a conseguir asustarme —a Dalia le temblaban las piernas, aunque quisiera disimular, sabía que Camelia nunca se ponía nerviosa sin razón.

—No pretendo asustarte, te estoy diciendo que algo no va bien.

Las chicas aceleraron el paso y, en silencio, se dirigieron a su

apartamento. Una vez dentro, en la seguridad de su hogar, decidieron deshacerse de su malestar dándose un buen baño. Camelia sabía que alguien las había estado siguiendo, estaba completamente segura de ello, pero decidió no preocupar más a su amiga. Además, dentro de casa ya no podía pasarles nada, ¿no? La zona en la que vivían era muy tranquila y, desde que habían llegado, no habían oído que hubiese habido ningún altercado, ni siquiera cerca de allí. De hecho, Japón, en general, era uno de los países más seguros del mundo. Apenas había delincuencia, los únicos peligros que había eran los sismos y tifones, y para eso las estructuras ya estaban preparadas, además aquel no era el caso, no les estaba persiguiendo un tifón precisamente.

Después de salir del baño, se dirigieron al salón para llevar a cabo su ritual diario; peinarse la una a la otra. Aquello era, posiblemente, lo que más las relajaba en el mundo. La tranquilidad volvió a sus cuerpos y, cuando por fin ambas estuvieron listas, se dirigieron a la cocina para prepararse la cena. Su día a día era así; lo hacían todo juntas. Mucha gente podría pensar que algún día se cansarían la una de la otra, pero no era algo que estuviese en sus mentes.

Unos minutos más tarde, mientras metían en el horno las patatas que ellas mismas habían vaciado y relleno con distintos ingredientes, escucharon unos ruidos que procedían de la puerta de entrada al apartamento. En un primer momento ambas pensaron que no habían oído bien, pero cuando el ruido se repitió se miraron con preocupación. No esperaban a nadie. Dalia cogió su móvil y apagó la música que resonaban en la cocina. Camelia, mientras tanto, esperaba que su amiga la siguiera hasta el salón. Entonces volvieron a escuchar el ruido. Era como si alguien estuviera intentando abrir la cerradura. Se quedaron de piedra y agudizaron el oído. Tomadas de la mano, pasaron por el lado de la mesa del comedor y se quedaron quietas en medio del salón.

—¿Qué es eso? —susurró Dalia y miró hacia la puerta de entrada con el corazón en un puño, no entendía qué estaba pasando y se estaba empezando a poner muy nerviosa. Dalia tenía la necesidad de tenerlo todo siempre bajo control y, cuando eso no pasaba, los nervios hacían acto de presencia.

—Parece que alguien está intentando forzar la cerradura.

Camelia, asustada, se acercó rápidamente al sofá y cogió los dos objetos que tenían más a mano en ese momento sobre el sillón; un secador y un peine. Su manía de peinarse allí y no guardar todo en cuanto terminaban, les iba a servir de algo en ese momento. Habían adquirido esa costumbre desde que se habían mudado juntas. Recordaban que cada vez que sus padres iban a visitarlas, ponían el grito en el cielo al verlo todo por el medio, pero ellas eran felices dentro de su propio caos.

Plantadas frente a la puerta, las piernas empezaron a temblarles. Camelia nunca había sido miedosa, pero el hecho de saber que podían hacerle daño a Dalia la aterrorizaba. Con una sonrisa, que intentaba tranquilizar los nervios de ambas, le extendió el peine a su amiga, quien miró el objeto con confusión, pero no protestó. Mejor aquello que nada. Juntas, se acercaron a la puerta e intentaron ver por la mirilla quién quería entrar en su casa, pero tenían el rostro cubierto por una capucha negra. No podían dejar de temblar, no obstante sabían que tenían que hacer algo, y pronto.

Lo más normal hubiese sido llamar a la policía, pero ambas sabían que en Kioto los agentes podían tardar más de dos horas en llegar y, para aquel entonces, los ladrones ya habrían entrado en casa. Además, para que acudiesen a una zona tan tranquila como lo era su barrio, tendrían que recibir varios avisos de diferentes vecinos quejándose por el mismo motivo.

Tenían que pensar algo rápido. Llamar a la policía no era una opción, tampoco es que pudieran avisar a sus vecinos o a algún conocido o familiar, teniendo en cuenta que estaban a más de diez mil doscientos ochenta y cuatro

kilómetros de sus padres. Tendrían que apañarse por sí solas, tal como llevaban haciendo desde que habían llegado allí.

Dalia y Camelia se miraron con seriedad, intentando recordar las pocas clases de defensa personal que habían tomado en sus años de universidad. Con un asentimiento, que afirmaba que se cubrirían las espaldas la una a la otra pasase lo que pasase, se prepararon para lo que les esperaba fuera.

Cuando Camelia abrió la puerta, empezó a golpear a diestro y siniestro con el secador sin mirar siquiera puesto que tenía los ojos cerrados. Escuchaba los gritos de dos personas diferentes y la rabia contenida en los chillidos de Dalia, quien golpeaba a los intrusos con el cepillo, sacando fuerzas de donde ni ella misma sabía que tenía. Quizás no fuesen las armas más mortíferas del mundo, pero en manos de las chicas cualquier objeto podía convertirse en un gran peligro.

—¿Queréis parar de una vez? —el grito de Malai las devolvió a la realidad. Al reconocer la voz del muchacho, Camelia encendió la luz del descansillo y ambas se quedaron mirando a los gemelos, quienes permanecían tumbados en el suelo.

—¿Se puede saber qué coño estáis haciendo? —la voz de Dalia salió entrecortada, los nervios le estaban jugando una mala pasada—. ¡Podríamos haberos matado!

—¿Matado? ¿Con un peine y un secador? —Kenai no pudo contener la risa e intentó levantarse. Al apoyar el brazo en el suelo, soltó un quejido de dolor.

—Quizás en mis manos no, pero en manos de Camelia cualquier objeto puede convertirse en un arma mortal —Camelia sonrió orgullosa ante los comentarios de su amiga y le tendió una mano a Kenai para ayudarle a levantarse.

—Vamos, dejaremos que entréis y os relajéis un poco. Prepararemos



algo de té y buscaré el botiquín a ver si hay algo que pueda ser útil para estos rasguños —Camelia señaló los brazos y el rostro de los chicos, los cuales presentaban leves cortes y algunas zonas rojas a causa de los golpes. Les saldrían unos buenos moratones al día siguiente.

Kenai sonrió a Camelia y esta asintió avergonzada, dando a entender que su ofrecimiento había sido totalmente sincero. La chica había conseguido captar la atención del muchacho al no mostrarse tan fría con ellos, algo que, sorprendentemente, le había salido de forma totalmente natural. Nadie se dio cuenta, pero Dalia los miraba con cierta envidia, pero la sonrisa de su amiga contuvo sus ganas de decir algo y protestar. Sin esperar mucho más, le tendió su mano a Malai y este se lo agradeció con una sonrisa. Dalia hubiese jurado que, hasta ese instante no había visto sonreír a Malai de esa manera. La expresión del chico denotaba gratitud y sus ojos brillaban bajo la luz de los pequeños focos que iluminaban el rellano.

Quizás aún no se habían dado cuenta, pero estaban más cerca de encontrarse a sí mismos de lo que jamás lo habían estado.

## CAPÍTULO 7

Una vez que todos estuvieron dentro del apartamento, Camelia les condujo al comedor y les hizo sentarse en los pequeños sofás que decoraban la estancia. Dalia fue corriendo a la cocina para comprobar que su cena no hubiera acabado carbonizada. Por suerte, aún se podía salvar.

—¿Os gustaría quedaros a cenar? —Dalia les miró desde la cocina esperando, aunque ni ella misma quisiera reconocerlo, una respuesta afirmativa—. Estábamos haciendo patatas rellenas al horno.

—Pues claro que nos quedamos, después de cómo nos habéis recibido nos merecemos todos vuestros cuidados —Malai, por su parte, creía estar seguro de merecer una compensación por lo sucedido.

Kenai, al oír las palabras de su gemelo, le dio una colleja nada disimulada en el cogote, provocando así las quejas de su hermano mayor.

—¿Se puede ser más burro? Papá y mamá no nos educaron así.

Los ojos de Camelia se abrieron como platos al ver a Kenai reprender a su hermano de esa forma y Dalia, que les observaba desde la cocina, se reía al mismo tiempo que ponía las patatas en cuatro platos. Menos mal que eran unas exageradas con la comida y siempre hacían de más. Por lo menos, ese día no sobraría comida.

—No es necesario, de verdad —añadió Kenai mirando a Dalia—. Solo pasábamos por aquí.

—No seáis tontos, venga —la verdad, es que a pesar del susto inicial, las chicas querían que se quedasen, hacía muchos días que esperaban volver a verlos, y por esa razón Dalia insistió otra vez con la voz más dulce que pudo reproducir—. Tu hermano tiene algo de razón, casi os sacamos un ojo antes.

—¿Ves? Menos mal que hay alguien sensato en esta casa —Malai no podía creer la suerte que estaba teniendo. Después de los anteriores encuentros con ellas no sabía que pensar, tanto Camelia como Dalia habían demostrado que podían ser lo peor cuando se lo proponían, pero en aquel momento parecían mucho más calmadas y receptivas.

Los verdes ojos de Camelia no se apartaban de Kenai, suplicándole en silencio que se quedaran y así tener la oportunidad de enmendar los errores que habían cometido en la cafetería, e incluso antes, cuando les tiraron los cubos de agua sucia sobre la cabeza.

En aquel momento Dalia salió de la cocina con una bandeja cuadrada de madera. En ella había cuatro platos repletos de comida, cubiertos, servilletas y vasos.

—Camelia, la bebida está en la encimera, ¿puedes ir a buscarla, por favor? —la chica empezó a levantarse, pero una voz la interrumpió.

—Ya voy yo.

Todos miraron con extrañeza a Malai, que era quien había hablado. Incluso su hermano se dio cuenta de lo raro que era que se hubiera ofrecido por sí solo a ayudarlas, pero nadie se opuso a tal ofrecimiento.

—¿Son estas? —preguntó desde la cocina con las botellas ya en la mano.

—Sí, claro —Dalia había dejado todos los platos en la mesa y lo había dispuesto todo para que empezaran a cenar.

Tomando asiento en la parte más cercana a la cocina, Dalia observó cómo Camelia se sentaba frente a ella, como hacía siempre, y Kenai se sentaba al lado de su amiga. Malai repartió las bebidas y se sentó junto a Dalia y frente a su hermano, de esa forma estaba lo más lejos posible de Camelia. Kenai, quien desconfiaba de la incipiente amabilidad de su hermano, ya había procurado que fuera así y estuviese bien lejos de la chica que al parecer tenía

más temperamento de las dos amigas.

—¡Qué aproveche! —Camelia no dudó ni un segundo en empezar a devorar el manjar que habían preparado, el cual le recordaba a su primer viaje junto a Dalia. Ese que realizaron sin la supervisión de sus padres y en el que descubrieron las mágicas tierras de Escocia.

Tras unos minutos de silencio, Dalia decidió romper el hielo.

—¿Por qué habéis intentado forzar la cerradura? Y, lo más importante, ¿cómo sabíais donde vivimos?

Kenai se atragantó con su comida y tuvo que beber un poco de agua antes de responder a la chica, que miraba a los muchachos esperando una respuesta que lo aclarase todo.

—Bueno es que en realidad...

—Os hemos seguido desde el trabajo —Malai ni siquiera pareció inmutarse, siguió comiendo mientras tres pares de ojos se volvían hacia él.

—¡¿Qué habéis hecho, que?! —Camelia y Dalia no podían creer lo que estaban oyendo, así que no fue (era) de extrañar que ambas se hubieran puesto a hablar al mismo tiempo.

—¡¿Lo ves?! Te dije que nos seguían —reprendió Camelia a Dalia, en un tono de voz que jamás había usado con ella.

—¿Por qué me gritas? Ni que fuera culpa mía —al preguntar, Dalia no había pensado que esa pudiera ser la respuesta de Malai—. ¿Por qué habéis hecho algo así? ¡¿Vosotros sabéis el susto que nos habéis dado?!

—¿Os habéis dado cuenta del marrón en el que nos metisteis en la cafetería? —protestó Malai, que ya no parecía tan impasible, sino que había dejado de comer y se agarraba al borde de la mesa, intentando contener la rabia que empezaba a crecer en su interior.

—¿Marrón? —Camelia no se podía creen que, además de seguir las hasta casa e intentar forzar la cerradura, ahora se pusiera así por lo de la

cafetería—. ¿Pero tú de qué vas? Ni que os hubiéramos dejado una deuda de veinte mil euros.

—No, claro que no. Simplemente nos dejasteis con toda una cafetería mirándonos con mala cara y una camarera gritándonos en japonés por no entender qué coño ponía en la cuenta.

Ante aquella acusación, las chicas no tuvieron más remedio que callarse. Habían pensado mucho sobre aquello durante toda la semana y, aunque sabían que los hermanos tenían razón, Camelia no había sido capaz de evitar ponerse a la defensiva. Dalia bajó la mirada hacia la mesa y solo la levantó para ver a Camelia con los ojos brillantes e inyectados en sangre y a los chicos mirándolas con el rostro cargado de confusión, no tenían ni idea de lo que serían capaces de hacer o decir las chicas. Malai acompañado de gestos, les gritaba que le comprendieran, y Kenai, quien no tenía ni una pizca de maldad en todo su cuerpo, les pedía que no fueran demasiado duras con su hermano, quizá no supiera expresarse de la mejor forma, pero era la única que conocía.

—Lo sentimos, sabemos que no estuvo bien lo de la cafetería, se nos fue un poco la pinza al descubrir que os estabais haciendo pasar el uno por el otro —Dalia habló en nombre de las dos, pues parecía que Camelia fuera incapaz de hablar con coherencia y sin despotricar—. No somos malas personas, de verdad.

—Por supuesto que no, eso no es lo que queríamos decir —Kenai, a pesar de todo, no quería hacer sentir mal a las dos amigas.

—¿Aceptaríais esta cena como una pequeña tregua? Al menos, por esta noche —Camelia intervino con voz insegura, lo que era realmente extraño en ella.

—Solo si puedo repetir —Malai les mostró su plato vacío, esperando con una sonrisa que le sirvieran un poco más.

Todos se rieron y Dalia fue a la cocina a servirle más patatas rellenas. Por suerte o por desgracia, al cocinar de más, podían estar comiendo toda la semana lo mismo o repartirlo por todo el bloque. A esas alturas todo el mundo en su calle conocía a las dos españolas que solían llevarles tortilla de patatas, paella, migas o, como en aquel caso, patatas rellenas.

—Aquí tienes —Dalia le extendió el plato a Malai con una sonrisa, quien se la devolvió encantado. Era la segunda vez que lo hacía aquella noche, lo cual no le pasó inadvertido ni a la muchacha, ni al hermano de este.

Cuando esta se sentó, todos continuaron hablando distraídamente. Los reproches y resentimientos parecían haber quedado olvidados.

—Estás más guapa cuando sonríes, que cuando intentas ser mala. Algo me dice que tú no eres así —le susurró Malai a Dalia cuando los otros dos estaban distraídos, guiñándole un ojo.

—¿Y tú qué sabes cómo soy? —Dalia, que reconocía a un mujeriego cuando lo veía, decidió tentarle un poco, pero no demasiado.

—Si no lo sé, es porque no me dejas conocerte.

Camelia, que charlaba con Kenai, no se dio cuenta de la conversación que tenían los otros dos, ni de las insinuaciones de Malai hacia su amiga.

—De verdad que lo sentimos, no queríamos que os enfadaseis tanto ni mucho menos haceros ningún mal —seguía disculpándose Camelia con Kenai, quien le quitaba importancia al asunto con diferentes gestos de sus manos.

—Tranquila, ya está todo olvidado.

—Mejor, porque no tenía ganas de seguir disculpándome —Camelia era así, no dejaba ver sus vulnerabilidades más tiempo del necesario, y así iba a seguir siendo.

Kenai, que conocía bien ese tipo de comportamiento, puesto que era muy parecido al de su propio hermano, no dio más importancia al comentario de la chica que tenía frente a él y le sonrió levemente.

—Por supuesto, cómo no, la fierecilla vuelve a sacar sus garras.

—Saco las garras, como tu bien dices, siempre que es necesario. No creas que me avergüenzo de ello.

—Vaya, qué miedo.

—Tranquilo, tú no tienes nada que temer —añadió sonriendo de una manera que el chico no supo bien cómo interpretar.

No era una sonrisa inocente, de eso estaba seguro, pero, ¿de verdad se estaba insinuando? No, seguro que no. Tenían que ser imaginaciones suyas.

—Entonces, ¿qué habéis estado visitando esta semana? —preguntó Dalia haciendo así que todos se centraran en una misma conversación—. ¿Por qué no pasasteis por la librería?

—No hemos visitado demasiado, los templos de *Fushimi Inari-taisha* y *Kinkaku-ji*, paseamos por sus jardines e hicimos un picnic en el lago. También paseamos por las calles de *Sannensaka* y *Ninenzaka*. Y la razón por la que solamente hemos visitado eso en una semana, se explica dando respuesta a tu segunda pregunta. Sí que pasamos por la librería, repetidas veces, incluso algunos días más de una vez. Aquí el señor que tengo enfrente quería ver a cierta persona. No entramos porque teníamos que haceros pagar con una buena broma lo que nos hicisteis aquel día —Malai hizo una mueca, sabiendo que había soltado una gran bomba.

—Una broma de mal gusto, debo añadir —Camelia no pudo contenerse en el momento de puntualizar que bromas así no se hacen, ¿y si hubieran llamado a la policía? ¿En qué problema se hubiesen metido todos? Ellos por intentar forzar una cerradura y ellas por no asegurarse, antes de molestar a las autoridades.

Kenai se puso rojo ante la mención por el interés que él mismo tenía por una de las chicas, suerte que, por lo menos, Malai no había dicho su nombre o todo se hubiera vuelto mucho más embarazoso.

—Entonces, cuando llegasteis a Kioto, debisteis hacer turismo, ¿no? ¿Qué nos recomendáis visitar? —preguntó Kenai en un burdo intento por cambiar de tema.

Las chicas se miraron, no habían pasado por alto las palabras del mayor de los gemelos; ¿Kenai estaba interesado en una de ellas? No añadieron nada más, pues Dalia pensaba que debía tratarse de Camelia, ya que siempre deslumbraba a los chicos con su luz, su manera de mover sus pestañas y sus comentarios mordaces. Camelia, por su parte, deseaba con todas sus fuerzas que el chico se refiriera a ella y no se daba cuenta de lo que le dolía a su amiga la situación.

Ambas, perdidas en sus pensamientos, no se dieron cuenta del silencio que se había instalado entre los cuatro. Para ellas, el silencio no era algo incómodo, todo lo contrario. Pero los chicos, quienes no estaban acostumbrados, prefirieron lanzar una pregunta tras otra hasta que ellas decidieron darles algún tipo de respuesta. Ambas despertaron de golpe al oír una pregunta en particular.

—¿Tenéis novio? —preguntó uno de ellos, no sabían cuál puesto que no les estaban prestando atención—. Porque solo sois amigas, ¿no? ¿Nada más?

—¡No! ¡Sí! Quiero decir, ¡joder! —Camelia no cabía en sí a causa del asombro y no pudo evitar ponerse nerviosa—. Nos queremos muchísimo pero nada más allá de una amistad fraternal.

—Y tampoco tenemos novio —apuntó Dalia, mientras los nervios empezaban a apoderarse de ella—. No hemos tenido mucho tiempo para eso en los últimos años.

Dalia no despegó la mirada del plato, que en aquel momento estaba vacío, mientras hablaba, por lo que no advirtió la decepción y tristeza que, por un segundo, pasó por los ojos de Kenai. Tampoco advirtió como Malai las miraba incluso con más curiosidad, ¿cómo dos chicas tan despampanantes



podían estar solteras? Al fin y al cabo, era una suerte para ellos. Automáticamente, Malai se maldijo por pensar en aquello cuando habían ido de viaje para desconectar y disfrutar de su libertad, y no para enamorarse de dos pijas medio brujas.

—En ese caso, siguiente pregunta; ¿tenéis hermanos? ¿De qué parte de España sois? —continuaron acribillándolas los chicos.

En ese momento las chicas compartieron una mirada que lo significó todo. No hablarían. Si querían saber más de ellas, al menos que se esforzasen un poco y se ganaran esa preciada información.

—¿Qué tal si nos trasladamos al sofá? —les interrumpió Camelia, levantándose y dirigiéndose hacia el otro lado del salón.

Los cuatro se sentaron en el mullido sofá de color rojo que habían comprado en una tienda de segunda mano unos meses después de llegar a la ciudad. Al principio no tenían los recursos necesarios para amueblar toda la casa a su gusto pero, poco a poco con las ganancias de la librería, habían ido adquiriendo algunas cosillas para terminar de adaptar su piso.

—Kenai, Malai, como buenas anfitrionas que somos, creo que tanto Dalia como yo estaremos encantadas de acompañaros a una excursión el sábado. Prometemos ser unas buenas guías, hablaros de la ciudad, contaros alguna historia de la misma y llevaros a algún sitio que os encante.

—¿Algún sitio como...? —Kenai sonó un poco incrédulo pero, ¿quién le culparía por ir con pies de plomo con aquellas chicas?

—Miedo me dais, sois capaces de dejarnos en medio del bosque para que nos coman los koalas —Malai no pudo evitarlo, aunque no era que desconfiara de las chicas, ya que se había dado cuenta de que en el fondo no eran tan malas. Simplemente era su forma de ser.

—A ti, a lo mejor sí —susurró Camelia. Dalia la oyó y no pudo evitar que una risa nerviosa se escapase de sus labios.

—Podríamos ir al templo de *Kiyomizu-dera* —propuso Kenai—. O al templo de *Ginkaku-ji*, hacen visitas guiadas en español.

—¿No estáis cansados de tantos templos ya? — les espetó Camelia horrorizada al pensar en tener que pasar todo un día en un espacio casi cerrado con Malai.

—Yo sí —por lo visto, el susodicho compartía su opinión.

—¿Y si recorremos un poco “El camino de la Filosofía”? —Dalia esperaba poder hacer algo de ejercicio después de pasar toda la semana dentro de la tienda—. Es un sitio precioso, sobre todo en primavera, cuando hay tantas flores.

—No, nada de flores —los hermanos fueron tajantes en ese tema.

—¿Qué problemas tenéis con las flores? —preguntó Dalia llena de curiosidad.

—Son horribles, lo peor de este mundo. Además, les tenemos alergia —añadió Kenai.

—Os habéis dado cuenta de que nosotras tenemos nombre de flores, ¿no? —Camelia no pudo resistirse a la broma, se lo pusieron en bandeja.

—Por eso nos provocastéis una urticaria la primera vez que nos vimos —se quejó Malai.

Kenai y Dalia pusieron los ojos en blanco y antes de darles la oportunidad de empezar una nueva disputa, continuaron proponiendo ideas sobre el sitio donde irían el sábado. Entre las propuestas estaban: el santuario de *Heian Jingu* y el templo de *Sanjusangendo*, un paseo por las orillas del río *Kamo*, ir al mercado de *Nishiki* e incluso subir a la terraza de la estación de tren de Kioto, desde donde se podía disfrutar de unas vistas únicas.

A pesar de todas las ideas, parecía que nada de aquello conseguía poner de acuerdo a Malai y Camelia. El uno o el otro siempre tenían alguna queja sobre el lugar, sobre el trayecto, sobre el coste o sobre mil cosas más.

En última instancia parecía que el problema radicaba en estar de acuerdo con algo. El hecho de haber coincidido en su negativa de ir a un templo unos instantes antes, había sido suficiente para ellos por aquella noche.

—¡Lo tengo! —Dalia parecía tan entusiasmada como si hubiera encontrado la solución para lograr la paz mundial—. El bosque de cañas de bambú.

—*Arashiyama*, sí. Es perfecto, Dalia —Camelia estaba encantada con la idea. Era el lugar ideal para no verse encerrada entre cuatro paredes con Malai y donde podría respirar un poco de paz y tranquilidad.

—¿Ves hermano? Lo que yo decía, nos van a abandonar para que nos coman los koalas —Malai miró a su hermano con el rostro transformado en una expresión de horror, sabía que algo estaban tramando.

—A mí me parece estupendo. Estaremos al aire libre, haremos ejercicio y pasaremos el día disfrutando de una verdadera excursión por los alrededores de la ciudad —y mirando a su hermano Malai, añadió—. Hasta podremos visitar un par de templos que hay allí.

Aquella fue la decisión definitiva, todos estaban complacidos con aquella excursión, pues el bosque de las cañas de bambú les ofrecía todo lo que estaban buscando.

—¿Tenemos destino entonces? —se quiso asegurar Camelia.

—Eso parece —Malai se dirigió a ella con fingida desgana, dando por finalizada su conversación—. Bosque de *Arashiyama*, prepárate, que allá vamos.

## CAPÍTULO 8

Habiendo decidido, por fin, a qué lugar se dirigirían el siguiente sábado, los chicos decidieron irse al hostel, al darse cuenta de que se había hecho bastante tarde. A eso había que añadir que no conocían tanto las calles como para ir a tientas bajo la oscuridad. Una vez que Kenai y Malai abandonaron el apartamento, Dalia se puso a recoger en silencio, sin ni siquiera mirar a Camelia a los ojos. Camelia por su parte, no entendía por qué su amiga se estaba comportando así, pero decidió no decir nada en aquel momento.

Sin mediar palabra y con la sonrisa que le había provocado el interés que Kenai había mostrado en ella, se encerró en su habitación y se puso a escribir algo totalmente nuevo. Una historia de amor que jamás creyó que pudiese fluir a través de sus dedos con tanta rapidez.

Al día siguiente cuando Camelia salió al salón completamente preparada para dirigirse con Dalia hacia la librería, se dio cuenta de que su amiga ya había abandonado el apartamento. No sabía qué estaba pasando, pero estaba deseando llegar al local para averiguarlo. Estaba enfadada, en todos sus años de amistad jamás se habían comportado así la una con la otra.

De camino a la librería pensó en todos los improperios que quería soltarle a su amiga, pero cuando llegó se la encontró descargando cajas del camión de reparto y la confusión invadió su mente. ¿Qué se suponía que estaba haciendo?

—¡Eh! Dormilona —Dalia la miró por encima de las cajas que llevaba en sus manos y, aunque no podía verle el rostro completo, gracias a sus ojos Camelia supo que estaba sonriendo—. Me ha llamado el repartidor esta

mañana —comentó mientras dejaba las cajas apiladas en un rincón de la librería—. He entrado a despertarte, pero te he visto tan dormida y con el ordenador en la cama que he supuesto que anoche te acostaste tarde escribiendo y he pensado que sería mejor dejarte descansar.

—Gra... Gracias —Camelia no entendía nada. La noche anterior le había parecido que su amiga estaba enfadada con ella y entonces le soltaba que lo único que pretendía era dejarla descansar.

—¿Te pasa algo? —Dalia miró a Camelia mientras ladeaba la cabeza en señal de confusión, no entendía el nerviosismo de su amiga.

—Pensé que estabas enfadada conmigo, anoche no me hablaste cuando Kenai y Malai se fueron y me imaginé que quizás era por algo que había dicho o hecho durante la cena —Camelia agachó la mirada y empezó a abrir las cajas que su amiga había metido en la librería mientras ella seguía durmiendo; había hecho todo el trabajo sola.

—¡Que va! —Dalia soltó una risita nerviosa, estaba claro que no iba a confesarle sus inquietudes a su mejor amiga—. Los nervios que pasé hasta que descubrimos que eran los chicos quienes nos la estaban jugando me han pasado factura durante toda la noche y apenas he sido capaz de descansar.

—Podrías haberme avisado, sabes que siempre estaré ahí cuando me necesites —Camelia tomó la mano de Dalia y la estrechó con fuerza, haciéndole entender que sus palabras eran sinceras.

—Lo sé, pero estabas tan feliz por la atención que recibiste de Kenai que no quise importunar —Dalia lo intentó decir con el tono más neutral posible, por lo que Camelia no se dio cuenta. Sin embargo, la malicia de esa última frase se escondía en su interior.

El día fue realmente ajetreado, entre colocar los nuevos libros en las estanterías y atender a la masa de clientes que decidió acudir al local, no habían tenido ni un solo segundo para respirar. Comieron algo rápido, sin dejar de atender a aquellos que estaban dispuestos a llevarse unas buenas bolsas cargadas de libros. A medida que los días pasaban, eran más los habitantes de Tokio que habían oído hablar de la librería. A pesar de haber unas seis horas de coche desde la capital a la ciudad, muchas personas aprovechaban sus días de fiesta y, como en aquel momento, sus períodos de vacaciones, para visitar la ciudad y acudir a la tienda. Muchas veces las chicas se habían preguntado el porqué de su éxito más allá del nivel local. Por eso, cuando personas de tan lejos acudían, intentaban entablar conversación con ellas y llegar a la raíz del misterio. Pero nadie podía darles una respuesta en concreto, a menudo les comentaban que habían visto fotos del local y que les parecía que además de contener variados y buenos volúmenes, parecía un lugar familiar y acogedor, otros les decían que les habían recomendado visitarla, algunos habían leído un par de artículos que sacaron sobre la tienda y las dos chicas españolas que la llevaban. Sea como fuere, el negocio iba viento en popa y ellas estaban encantadas de recibir a gente de tantos lugares distintos. Hasta los turistas estaban empezando a tomar la librería como un punto de referencia en su visita a la ciudad.

Camelia había pasado el día con malestar en el estómago, dándose cuenta de que Dalia le ocultaba algo. Dispuesta a averiguar qué era, la acorraló cuando se dirigía a la pequeña nevera que tenían para coger un refresco y la miró de arriba abajo con expresión autoritaria.

—Vas a decirme ahora mismo qué es lo que te pasa —Dalia entrecerró los ojos y suspiró, sabiendo que no tenía escapatoria.

—Estoy algo celosa, simplemente eso —la chica se dirigió de nuevo al mostrador para cobrar los libros a un cliente que las esperaba con una

sonrisa.

—¿Celosa? —Camelia estaba confusa, no entendía que podría provocarle celos a una chica como Dalia; era preciosa y tenía un talento natural que la ayudaba a relacionarse con las personas, cosa que a Camelia le faltaba—. ¿Por qué?

—Anoche vi como Kenai y tú os mirabais, como si os conocieseis de toda la vida —en cuanto hubo cobrado al cliente, se giró hacia su amiga y la miró con los ojos llorosos—. Ansío poder experimentar algo así, esa sensación de saber que la persona que te mira lo hace por algo más allá de lo físico y tú, que nunca has creído en el amor, parece que lo has conseguido —Camelia no pudo evitar echarse a reír, estaba claro que no compartía la opinión de su amiga en absoluto.

—Kenai simplemente estaba agradecido porque les invité a entrar y curé las heridas que nosotras mismas les habíamos ocasionado, nada más —la chica miró a su amiga con una sonrisa, no podía permitirse perderla por un chico—. Además, parecía que tú estabas muy a gusto con Malai.

—¡Y lo estuve! Pero no me mira de la misma forma en que te mira Kenai —Dalia suspiró y se dejó caer en una silla, dándole tiempo a su amiga para que la acompañase—. Parece que Malai no ve otra cosa que no sea él físico, en cambio su hermano parece mirar más allá de la simple apariencia. Incluso da la sensación de que puede indagar en tu alma.

—Tonterías —Camelia abrazó a su amiga e, inmediatamente, recordó la promesa que se habían hecho con la mirada la noche anterior—. Entonces, cambiando de tema, ¿qué te parece si les hacemos sufrir un poco?

—¿Qué quieres decir? —Dalia miró a su amiga con confusión, aunque pronto se animó a descubrir lo que estaba tramando.

—Parecía que anoche estaban deseosos de conocer más de nosotras, podríamos proponerles retos y, en caso de que los superen, confesarles algo

—Camelia sonrió de pícaramente, frotándose las manos con decisión—. Si quieren conocernos, tendrán que ganárselo. Así también sabremos de qué pie cojean.

—Me parece un plan estupendo.

Ambas empezaron a reír cual brujas malvadas y los clientes las miraron extrañados, hasta que su risa se volvió contagiosa y, sin entender el porqué de esa risa, comenzaron a reírse también.

La tarde pasó mucho más tranquila que la mañana, dejando que las muchachas pudieran relajarse e idear diferentes planes para poner a prueba a sus nuevos amigos.

Una vez terminada la semana y habiendo visto a los muchachos en escasas ocasiones cuando estos pasaban por delante de la librería o las visitaban por sorpresa, el sábado salieron al exterior del apartamento y se encontraron con la sonrisa de Kenai y la cara de mala hostia de Malai. Parecía que había sido obligado por su hermano a acompañarles.

—¿Preparados, chicos? —la voz de Dalia sonó dulce, era imposible darse cuenta de que tras esa dulzura se escondía un plan maléfico.

—Detrás de vosotras —Kenai sonrió a ambas y dio un golpecito en el hombro a Malai para que les acompañase. Este rechistó, pero nadie le hizo ni caso.

Durante la media hora que tenían de camino hasta el bosque de *Arashiyama*, apenas se dirigieron la palabra. Las chicas, en silencio, seguía maquinando sus planes para hacer sufrir a los chicos y que así pudiesen conseguir un poco de información sobre ellas. Dos sonrisas pícaras adornaban sus rostros y la electricidad recorría sus venas. No querían molestarles,



simplemente hacerles sufrir un poco. No pretendían hacerles vivir una humillación similar a la de la cafetería.

Por otro lado, Malai caminaba con la cabeza gacha dando patadas a cada piedra que se encontraba en el camino. No tenía ganas de pasar un día entero con las chicas, pero al parecer no le quedaba otro remedio. La actitud que tuvo Camelia la noche en que quisieron asustarlas le sorprendió y un cosquilleo se adueñó de su estómago. Tenía que deshacerse de esa sensación fuese como fuese.

Kenai estaba de lo más tranquilo, observando y fotografiando todo lo que encontraba en su camino. Se sentía ansioso por conocer el bosque y llenar un álbum completo con fotografías. Esperaba encontrar algo que le llamase realmente la atención.

A los chicos les olía raro que tanto Camelia como Dalia se hubiesen mostrado cerradas a darles información sobre ellas, pero no podían llegar a imaginarse lo que estaban tramando.

—Pues ya estamos —anunció Dalia con una sonrisa al pararse ante una entrada, desde la que se veía a lo lejos un largo puente de madera que atravesaba todo el bosque—. Es bonito, ¿verdad?

Los chicos asintieron mirando a su alrededor con los ojos abiertos como platos, asombrados por la belleza de un bosque simplemente compuesto por cañas de bambú. Kenai y Malai pensaron que jamás habían visto algo tan hermoso, hasta que desviaron la mirada y se encontraron con las sonrisas de Dalia y Camelia.

—Tenemos que decirles que hemos tenido una gran idea —Camelia caminó de espaldas por el largo puente, sin perder de vista a sus compañeros—. Como parece que tenéis tantas ganas de conocer detalles de nuestra vida y de nosotras mismas, hemos pensado que podemos retaros.

—¿Retarnos? ¿Hemos abierto fuego entonces? —Malai sonrió de

medio lado, recordando la guerra que se habían declarado el día que acudieron juntos a la cafetería.

—Eso parece —Dalia se encogió de hombros, mirando a su amiga y esperando que esta continuase con su explicación.

—Hemos pensado que por cada reto que hagáis correctamente, os desvelaremos algo que queráis saber sobre nosotras —Camelia volvió a sonreír y en aquel momento los chicos supieron que se habían metido en un lío enorme—. Nosotras decidimos el reto y la confesión que merece.

Los chicos asistieron convencidos de que conseguirían descubrir todo lo que quisieran saber de las chicas, no pensaban que pudiesen tener mucha imaginación.

—¿Qué es lo primero que tenemos que hacer? —Kenai se frotó las manos con con la alegría dibujada en el rostro, estaba preparado para cualquier cosa.

—Simplemente —Dalia miró a Camelia, esperando la aprobación de su amiga. Cuando la obtuvo, siguió hablando—, tenéis que trepar por una caña de bambú.

—¿Cómo? —Malai las miró con expresión desafiante, se habían pasado—. Eso es físicamente imposible.

—¡Vamos, Malai! Intentémoslo al menos.

Kenai se frotó las manos con entusiasmo, guardó la cámara, que llevaba colgada al cuello, en la mochila y se subió a uno de los bordes de madera del puente. Con un salto, se precipitó contra una caña de bambú y se agarró con todas sus fuerzas para empezar a trepar. Dalia le dio un leve empujón a Malai, señalándole con la cabeza las cañas de bambú, y este siguió los pasos de su hermano con una expresión que denotaba que estaba perdiendo la paciencia.

Tras varios intentos, los chicos volvieron a poner los pies sobre el

suelo de madera del puente y miraron a las chicas. Estas no podían dejar de reír, estaba claro que se merecían un premio solo por haberlo intentado. Aun así les dejaron intentarlo un rato más, así se echaban unas risas. En una ocasión, Malai pareció que había conseguido ventaja respecto a su hermano y estaba a punto de alcanzar casi la mitad del bambú cuando empezó a resbalarse, se agarró a la caña como los koalas de los que tanto hablaba y con cara de no saber qué estaba pasando se fue deslizando hasta quedar sentado en el suelo. Kenai, cuando lo vio, empezó a reírse tan fuerte que sin querer se soltó del bambú y aterrizó, con un fuerte golpe, al lado de su hermano en cuestión de segundos.

—Definitivamente somos unos idiotas, a quién se le ocurre trepar por una caña de bambú —Kenai estaba extendido mirando a lo alto de las cañas. A lo lejos, de fondo, se veía el cielo azul. En aquel momento escucharon a las chicas acercarse.

—Por vuestra valentía y esfuerzo, os vamos a confesar algo sobre nosotras —Dalia sonrió con suficiencia, mientras tomaba la mano de Camelia y la apretaba con fuerza—. Como habréis podido comprobar en diversas ocasiones, nada es lo que parece.

—¿Qué quieres decir con eso? —Malai las miró de arriba a abajo y luego miró a su hermano, intentando adivinar si pensaba lo mismo que él—. ¿Qué tú eres un demonio y Camelia un angelito? No cuela.

Las chicas se miraron la una a la otra, ambas sabían perfectamente qué imagen proyectaban al mundo. Camelia se sentía segura de sí misma, era valiente y extrovertida. Dalia, por el contrario, se veía más tímida e incluso más dependiente. Podía parecer que tenían caracteres muy diferentes, pero en realidad había un punto medio en el que ni Dalia era tan introvertida ni Camelia estaba tan loca. Sin embargo no iban a explicar todo aquello a los chicos, al menos no en aquel momento.

—Tendréis que seguir superando retos y obstáculos para conseguir más información —Camelia estaba eufórica, jamás habría pensado que tener la atención de dos muchachos le pudiera hacer sentir tan bien.

Habiendo cumplido con su primer desafío, decidieron seguir caminando por el puente y recorrer el bosque hasta llegar a un pequeño merendero donde decidieron parar a descansar y desayunar. Habían preparado varias cosas.

Kenai no podía dejar de observar a su hermano y se dio cuenta de que este no le quitaba la vista de encima a Camelia, pero era tan orgulloso que nunca permitiría que nadie se diese cuenta. En aquel momento, decidió jugar sus propias cartas y se sentó junto a la chica, ofreciéndole una bolsa de patatas que había llevado. Camelia se sonrojó notoriamente y aceptó la bolsa, sin poder dejar de mirar a Kenai. Malai, hecho una furia aunque sin saber muy bien la razón, se levantó de un salto y se dirigió al otro extremo de la mesa, donde Dalia comía en silencio.

—Vaya mierda, ¿no? —Dalia levantó la vista de su bocadillo cuando escuchó la voz de Malai y le miró con el rostro cargado de confusión.

—¿Qué quieres decir? —la chica miró hacia la dirección en la que miraba el muchacho, viendo como su amiga y Kenai se reían sin parar.

—Quiero decir que es una putada que se hayan emparejado, van a pasar de nosotros como de la mierda —Malai volvió la vista a su nueva presa, sonriendo de medio lado—. Tendremos que hacer algo para equilibrar la balanza, ¿no?

Dalia, sintiendo como los celos le corroían por dentro al ver a su amiga con Kenai, mostró la sonrisa más sensual que jamás le había dedicado a nadie y posó una de sus manos en el hombro de Malai.

—Sé perfectamente lo que podemos hacer.

Malai se quedó mirando a la chica con gesto pícaro. Aquel juego

empezaba a gustarle y estaba dispuesto a apostar todas sus cartas.

## CAPÍTULO 9

Unas horas más tarde, cuando ya habían almorzado y recorrido más de la mitad del bosque, decidieron sentarse en uno de los bordes del puente y dejar que Kenai disfrutase un poco de la fotografía. Habían llegado a una zona donde auténticas mujeres japonesas se vestían con los ropajes típicos e interactuaban con turistas que, como ellos, habían decidido pasar el día en el bosque.

El chico estaba tan emocionado que no cabía en sí de gozo. Disparaba instantáneas a diestro y siniestro, hasta que pilló a Camelia y Dalia, riendo distraídamente y las retrató sin que se diesen cuenta. Kenai observó la fotografía meticulosamente, dándose cuenta de que, cuando las chicas estaban juntas, parecía que nada ni nadie pudiese robarles la felicidad. En silencio, siguió tomándoles fotos hasta que su hermano se acercó y le dio un leve golpe en el hombro.

—¿Qué haces? —Malai miró la pantalla de la cámara y vio los rostros de las dos chicas retratados con suma dulzura—. ¿Te han hechizado con su canto o algo así?

—Tienen algo especial, ¿no crees? —Kenai fue mostrándole a su hermano las instantáneas, provocando que ambos sonriesen al verlas.

—Sí, esas chicas parecen tener algo que hace que la gente caiga rendida a sus pies, tal y como cuentan las leyendas que les sucedía a los marineros con el canto de las sirenas.

Pero también, al igual que las sirenas, podían ser maliciosas cuando se lo proponían, convirtiéndose así en la perfecta contradicción de belleza y engaño.

Sobre las dos del mediodía, cuando ya habían recorrido casi todo el bosque de arriba a abajo, acordaron que había llegado el momento de pararse a descansar de nuevo y comer, así que acudieron a una especie de claro donde poder sentarse y disfrutar de su comida. Camelia y Dalia se habían preparado unos bocadillos vegetales bien completos, ya que sabían que la caminata les daría un hambre voraz. Kenai y Malai, por su parte, solo habían traído un par de sándwiches y miraban los bocadillos de las chicas como si fueran el tesoro máspreciado.

Camelia no pudo evitar que se le escapase la risa y le guiñó el ojo a su amiga, quien asintió mientras alcanzaba la mochila que habían cogido y rebuscaba en ella con esmero. Unos segundos más tarde, sacó dos bocadillos un poco más grandes que los suyos y se los extendió a los chicos. A estos se les iluminaron los ojos y aceptaron de buen gusto la comida que les ofrecían.

—Hemos pensado que, dada la inteligencia que habéis mostrado en anteriores ocasiones, os haría falta un poco de ayuda reponeros después del esfuerzo realizado donde Jesús perdió el gorro —Camelia les guiñó el ojo, extendiéndoles al mismo tiempo un par de refrescos para que completasen su comida.

—No hacía falta, de verdad —Kenai sonrió y aceptó el refresco que le ofrecía la chica, jamás pensó que fuesen capaces de hacer algo así—. No tendríais que haberos molestado, pero ha sido un detalle muy bonito por vuestra parte.

—¿Un detalle? —Malai miró a su hermano como si este estuviese loco, no entendía cómo le podían estar comiendo el coco de aquella manera—. ¿No has oído lo nos acaba de decir? ¡Nos ha llamado idiotas con otras palabras!

—Dejadlo ya, chicos, de verdad —la voz de Dalia sonó cansada, estaba empezando a hartarse del comportamiento de Camelia y Malai cuando se dirigían el uno al otro—. ¿No podemos disfrutar un poco de la paz que proporciona este sitio?

—Tiene razón, ¿por qué no os relajáis? —Kenai miró fijamente a su hermano, suplicándole en silencio que dejase de meterse con Camelia.

La chica quiso protestar, pero la mirada de Dalia le hizo frenarse; su amiga no merecía pasar un mal rato porque ella no pudiese dejar de contestar a las quejas de un gilipollas. En aquel momento, se prometió a sí misma intentar controlarse, lo haría por su mejor amiga.

Comieron y permanecieron un buen rato en silencio. Los cuatro habían disfrutado mucho de la caminata, el paisaje, la paz que proporcionaba el bosque e incluso habían disfrutado de la compañía, pero eso no quitaba que poco a poco el cansancio y el hambre les hicieran concentrarse únicamente en lo que tenían delante, es decir, un buen bocadillo y una bebida con mucho azúcar que les hiciera reavivarse rápidamente. En pocos minutos, los chicos habían terminado de comer y observaban a las dos amigas, que se lo tomaban con algo más de calma.

—Estaba pensando... —Kenai cogió su refresco y le dio un sorbo, esperando a tener la atención de todo el grupo—. ¿No creéis que hemos hecho un gran esfuerzo por trepar a las cañas y merecemos algunas respuestas más concretas a cambio de nuestro valor?

Las chicas se miraron con una sonrisa. Era cierto que los chicos merecían un gran premio por el valor que habían tenido al intentar trepar por las cañas de bambú, pero las muchachas estaban dispuestas a hacerles sufrir un poco.

—¿No habéis tenido suficiente con la comida? —Dalia les miró pícaramente, dándose cuenta de que no habían dejado ni las migas.



—¡La comida no son respuestas! —Malai empezaba a perder la paciencia, estaba claro que las chicas sacaban lo peor de él. Les instaban, a él y a su hermano, a hacer locuras para luego contarles lo que ellas querían; no dejaban nada claro. Les habían prometido información y solo obtenían más acertijos.

—La comida os ha hecho ver que somos buenas cocineras —Camelia rio sonoramente, provocando que todo el grupo se contagiase por el sonido de su risa.

—No seáis malas, por favor —Kenai las miró fijamente, esperando que diesen su brazo a torcer—. El hecho de que nos digáis que nada es lo que parece, no nos ayuda a conoceros mejor.

—Tienen razón, ¿no crees, Dalia? —Camelia miró a su amiga y esta asintió. Por una vez, les darían lo que querían.

—De acuerdo, pero no os acostumbréis —señaló Dalia apuntándoles con un dedo acusador—. ¿Qué queréis saber?

Las chicas les miraron expectantes, pero parecía que habían pillado a los hermanos totalmente fuera de juego. Tras unos segundos de meditación, Malai esbozó una malvada sonrisa en su rostro y se dirigió a las muchachas con picardía.

—¿Por qué no tenéis pareja? Está claro que algo malo tiene que haber para que los chicos huyan de vosotras.

—¡Malai! —su hermano le dio un leve golpe en la cabeza, maldiciéndole por haber preguntado algo tan personal de una forma tan brusca.

En aquel momento, Kenai pensó que su hermano no entendía de mujeres y que era normal que todas sus antiguas novias hubiesen decidido dejarle a la primera de cambio. Estaba claro que el carácter de su gemelo no tenía solución.

—¿Qué? Es algo que hemos querido saber desde que nos dijeron que

no tenían pareja —expuso este como si fuese lo más normal del mundo.

Kenai se puso rojo como un tomate y desvió su mirada al suelo, deseando en silencio que las chicas no tuviesen ningún problema en revelar esa pequeña duda que perseguía a los hermanos. Estaba claro que algún fallo debía haber, puesto que era muy extraño que dos muchachas tan guapas y con tanta labia estuviesen solas.

—La verdad —empezó Camelia, esperando la aprobación de su amiga—, hemos tenido algunos chicos especiales en nuestra vida, pero ya hace mucho tiempo de eso.

—¿Qué fue lo que pasó? —Kenai estaba lleno de curiosidad, pero inmediatamente se dio cuenta de que quizás las chicas no se sintiesen cómodas contando algo así—. Si queréis contarlo, claro.

Aquella era una parte de su vida de la que las chicas no se sentían cómodas hablando, pero Malai y Kenai les inspiraban una confianza que hasta aquel momento era desconocida para ellas. Confiaban la una en la otra ciegamente, pero cuando se trataba de otras personas era distinto, aquellas debían ganársela y demostrarles que eran merecedoras de la misma.

En aquel momento, algo era distinto, pues las chicas habían decidido que quizás era el momento de tirarse al vacío y esperar si se abría o no el paracaídas, en lugar de quedarse seguras en tierra firme, como solían hacer.

—Aparte de los varios novios que tuvimos de niñas, y que no salieron bien parados, ambas vivimos un amor que nos consumió desde lo más hondo —Dalia adoptó una expresión triste. Estaba claro que, aunque ya lo hubiesen superado, hablar de aquello les traía malos recuerdos. Miró a su amiga, esperando la confirmación para poder contar su historia—. Cuando cumplimos dieciséis, conocimos a dos chicos que eran inseparables y que tenían un par de años más que nosotras. Al principio todo fue maravilloso. Nosotras creíamos que, al ser ellos tan amigos, nosotras jamás tendríamos que separarnos. Pero

no fue así —miró a Camelia, esperando que esta tuviese ganas de seguir con la historia que tanto daño les había hecho años atrás.

—Los primeros meses fueron un verdadero cuento de hadas —continuó Camelia, tomándole la mano a su amiga y apretándola con suavidad—. Un año después, llegaron los celos. Kevin, el chico con el que yo estaba, empezó a ver que la relación que tenía Dalia con Óscar, su amigo desde la infancia, era mucho más sana que la que nosotros estábamos viviendo —suspirando, notó como Dalia apoyaba la cabeza en su hombro dándole las fuerzas que necesitaba para continuar—. Intentó separarme de ella, pensando que así podría alejarse de Óscar y no tener que ver lo feliz que era. Lo único que consiguió fue hacernos daño a los cuatro. Óscar cada día se alejaba más de él, Dalia más de mí y Kevin pensó que la única manera de ser feliz era retenerme a su lado.

—¿Te... te hizo daño? —Malai parecía trastocado, no podía creerse que algo así pudiese pasarle a una chica tan fuerte como Camelia.

—En varias ocasiones —Dalia continuó la historia por Camelia, ya que se dio cuenta de que ella sería incapaz de contar algo así—. Por suerte, me di cuenta a tiempo. No dudé ni un solo segundo en dejar a Óscar y correr al lado de Camelia, esperando poder liberarla de las garras de Kevin —Camelia sonrió a su amiga, demostrándole cuán agradecida le estaba todavía por lo que hizo por ella entonces y a partir de ese momento—. Yo quería mucho a Óscar, fue mi primer amor y realmente llegué a pensar que pasaría con él el resto de mi vida. Se me partió el alma al tener que separarme de él, pero no me dolía tanto como ver sufrir a Camelia.

Las dos chicas se miraron con los ojos llorosos. Aunque hubieran pasado años desde aquello, cuando lo recordaban seguía doliéndoles. Había muchas cosas que cambiarían de su pasado, pero nunca las decisiones que tomaron para poder permanecer unidas. Los gemelos también se miraron entre

sí, hablándose con la mirada, tal como hacían Camelia y Dalia en muchas ocasiones. Debían suavizar el ambiente, a lo mejor redirigir el tema sería lo mejor.

—Entonces, ¿vivisteis vuestro primer desamor juntas? —la voz de Kenai sonó distante, estaba claro que la historia les había afectado a ambos.

—Podría decirse —Camelia soltó una risita, intentando quitarle hierro al asunto—. Sea como fuere, conseguimos superarlo y ahora, gracias a aquella experiencia, somos más fuertes.

—Por si no os habíais dado cuenta, somos como hermanas. Nacimos con pocas horas de diferencia y desde entonces no nos hemos despegado la una de la otra. Era natural pasar por algo así también juntas —Dalia, al ver a su amiga perderse en el pasado, captó las intenciones de Kenai al vuelo y contribuyó a destensar el ambiente y añadirle un poco de humor a su tétrica historia de amor.

Kenai y Malai entendieron entonces a lo que se referían las chicas cuando les habían dicho que nada era lo que parecía. Camelia había creado un muro a su alrededor, el cual solo podía traspasar Dalia, por lo que había sufrido en su primera relación. Dalia, por otro lado, era mucho más fuerte de lo que quería aparentar con su comportamiento tímido y dulce.

Estaba claro que los chicos, quienes no iban buscando encontrar nada especial durante aquel viaje, habían encontrado oro al conocerlas.

Una vez que terminaron de comer y se recuperaron un poco de la historia que las chicas habían contado, Camelia miró a Dalia con media sonrisa dibujada en el rostro y le guiñó el ojo, a lo que la segunda chica respondió con un asentimiento. Después de tantos años, con tan solo una

mirada podían entenderse, hecho que solía molestar a las personas que las rodeaban.

—¡Torpe! No has traído la fruta —Dalia se llevó las manos al rostro, fingiendo estar horrorizada e intentando que no se le escapase la risa.

—Tienes razón... —Camelia miró a lo lejos, fijando la mirada en ningún lugar en concreto y adoptando un aspecto dramático—. Ahora mismo me comería una pieza bien dulce.

—¿Se puede conseguir fruta en alguna parte? —Kenai miró a las chicas, queriendo poder complacer los deseos de las dos mujeres sentadas a su lado.

—Estaría bien, a mí también me apetece fruta —Malai se tocó la barriga, dando a entender que todavía le quedaba algún que otro hueco de su estómago por llenar. Y, aunque lo que dijo era verdad, también estaba impaciente por poder hacer algo por ellas y demostrar que podía ser un buen tipo.

Camelia y Dalia se miraron y sus ojos empezaron a brillar, estaba claro que habían recibido la respuesta y la atención que esperaban por parte de los muchachos. Fingiendo que la fruta era lo que más les apetecía en el mundo, señalaron unos grandes árboles que se veían al fondo y Camelia se giró hacia los chicos para mirarle a los ojos.

—Aquí, solo hay una forma de conseguirla.

## CAPÍTULO 10

*Solo hay una forma de conseguirla.*

Aquellas palabras resonaban en las mentes de los hermanos. Malai y Kenai se miraron con expresiones interrogantes. ¿Qué habían querido decir con aquello? ¿Es que había alguna tienda o frutería escondida en medio del bosque? Viniendo de Camelia y Dalia, se esperaban cualquier cosa.

—¿Queréis decir que en la tienda de recuerdos del templo venden fruta? —Malai no cabía en sí de asombro, ¿en qué clase de país hacían aquello?

Dalia y Camelia les miraron y por un segundo se plantearon si realmente les estaban tomando el pelo. ¿Cómo podían ser tan cazurros? Pronto comprobaron que no era así, Malai realmente estaba desorientado, ya que no tenía ni idea de donde querían que consiguieran la fruta. Kenai, que en un principio estaba igual de desconcertado que su hermano, empezó a dar vueltas sobre sí mismo hasta que reparó en algo que no había visto antes.

En la parte opuesta del claro donde se encontraban, había dos hileras de melocotoneros. Seguramente eran de los monjes que vivían en los templos que había en *Arashiyama*, ya que era muy extraño que hubieran crecido allí de forma natural. Entonces comprendieron lo que las chicas habían estado insinuando.

—Creo que se refieren a que cojamos la fruta de esos melocotoneros —Kenai le señaló los árboles del borde del claro a Malai.

—¿De esos melocotoneros? —se quiso asegurar el hermano con los ojos más oscuros—. Es demasiado fácil, seguro que en algún sitio está la trampa.

—¿Y qué clase de trampa sería esa? —la voz de Dalia tenía un tono pícaro oculto detrás de una dulce sonrisa.

—De vosotras me puedo esperar cualquier cosa, *brujita* —Malai la miró de arriba abajo y le guiñó el ojo, sonriendo poco después.

Kenai, que observaba la escena, se fijó en el brillo de los ojos grises de la chica y en la forma en la que sonreía y miraba su hermano. Sin duda se había creado una gran complicidad entre los dos, de la que no podía evitar estar un poco molesto. Pero él se lo había buscado al tontear con Camelia. Tendría que hablar con su hermano cuando llegaran al hostel. Debía solucionar aquello lo antes posible.

—Venga, vamos —el chico agarró a su gemelo de la parte posterior de su camiseta y lo arrastró hacia los árboles frutales.

Las dos amigas, ni siquiera tuvieron la intención de moverse. Se quedaron sentadas viendo como los dos hermanos se alejaban, esperando que fuesen capaces de conseguir algo de fruta. A veces parecía que no fueran capaces de encontrar agua en el mar.

—Es demasiado fácil, seguro que en algún sitio está la trampa —Camelia intentaba imitar la voz tosca de Malai, además sacaba pecho y cuadraba los hombros, fingiendo ser el chico de metro ochenta que tanto la irritaba—. ¿Y qué clase de trampa sería esa? —continuó, esta vez imitando la voz de Dalia y poniendo sus manos debajo de su barbilla, mientras batía sus pestañas de forma exagerada.

—Oh, ¡cállate! —las mejillas de Dalia se tornaron de un rosa intenso, pero a pesar de todo, reconocía lo gracioso de la situación.

—Parece que las cosas entre Malai y tu van viento en popa —siguió insistiendo Camelia. Esperaba que su amiga fuese sincera con ella, del mismo modo en que lo había sido durante tantos años.

—No seas tonta, no hay nada entre nosotros salvo una bonita amistad

—Dalia intentó sonar desinteresada. Camelia no tenía ni idea de lo que de verdad escondían sus intenciones.

—Seguro que él no piensa lo mismo.

Ambas muchachas se quedaron observando cómo los dos hermanos, que las traían de cabeza desde que les habían conocido, recogían con gusto la fruta que ellas les habían pedido.

Después del último comentario de Camelia, Dalia se había quedado en silencio. Así, la primera de las dos amigas creyó que, al no negar su última frase, Dalia le estaba dando la razón. Sorprendentemente, algo se inquietó en el pecho de Camelia. Por alguna razón, la posibilidad de que su mejor amiga y aquel chico pudieran acabar juntos le dolía. Pronto se dio cuenta de que quizás esa opresión se debía al miedo de que alguien pudiese alejar a Dalia de su lado, igual que había hecho Kevin unos años atrás. Pero Malai no era así, por lo que su dolor se originaba por otra causa, la cual aún no se atrevía a descubrir.

—Sabes Camelia, en realidad no les hemos pedido que vayan a buscar la fruta, solo lo hemos insinuado —Dalia volvía a tener una sonrisa dibujada en su rostro y sus mejillas habían recuperado su tono normal.

—Es verdad — no se había dado cuenta de ese pequeño detalle hasta que su amiga lo dijo.

—¿Te das cuenta de lo que significa? —Dalia estaba feliz de haber cambiado de tema.

—Significa que los tenemos comiendo de la palma de nuestra mano.

Camelia cerró los ojos, se tumbó y se relajó disfrutando de la luz del sol hasta que oyó a su amiga lanzar un gritito ahogado. Se incorporó de repente buscando en su compañera algún indicio de que pudiese haberse hecho daño. Al ver que estaba bien y que esta no podía apartar los ojos de donde se suponía que estaban los chicos, miró hacia delante para ver qué era lo que le



había causado esa reacción a su amiga. Cuando miró, ella misma se quedó sin aliento.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —Dalia no podía apartar los ojos de los chicos, pero notó como su amiga asentía—. ¡Se han quitado la camiseta!

Malai y Kenai estaban usando sus camisetas como bolsa para guardar los melocotones. Habían pensado que podrían llevarse algunos de más y conservarlos en la nevera del hostel para futuras excursiones. En el camino hasta los árboles frutales, Malai le propuso a Kenai hacer algo para burlarse de las chicas. Su historia había conmovido a los muchachos, por lo que se propusieron recompensarlas por el daños que les habían hecho. En cierta manera, se sentían mal de que hubiera personas de su mismo género que trataran tan mal a otros. Sin embargo eso no implicaba que no pudieran chincarlas un poco, como las dos amigas hacían con ellos.

Kenai estuvo de acuerdo y mirándolas de reojo se dio cuenta de cómo estas los miraban y cuchicheaban, incluso le pareció ver las mejillas de Dalia teñirse de color rojo. Seguro que Camelia ya le habría soltado alguna de las suyas.

—¿Qué te parece si les ofrecemos un buen espectáculo? —propuso Kenai, sabiendo que aquello le parecería genial a su hermano.

—Claro, al menos mientras miren nuestros abdominales no piensen en cómo dejarnos en ridículo —Malai estaba complacido con la idea, le encantaba estar de acuerdo con su hermano. Le gustaba que pudiesen hacer planes juntos.

Además de los ojos azules y el metro ochenta de altura con el que habían sido bendecidos, ambos poseían facciones marcadas y angulosas, que

se suavizaban notablemente cuando sonreían. Kenai tenía también un hoyuelo en el lado izquierdo de su cara y a Malai se le formaban unas pequeñas arrugas muy interesantes a los lados de los ojos cuando se reía.

Por otra parte, tenían un cuerpo muy trabajado. Desde pequeños habían practicado múltiples deportes como natación, fútbol e incluso karate. Al cumplir los dieciséis años habían empezado a ir al gimnasio, por lo que tras mucho entrenamiento habían conseguido unos abdominales muy bien definidos, unas espaldas anchas y unos brazos tonificados que acababan en unas manos igualmente fuertes.

Cuando se quitaron las camisetas lo hicieron con lentitud y medio de espaldas a las dos chicas que estaban esperando a que terminasen de recoger la fruta. Sus pantalones eran de cintura baja, por lo que se veía un poco de la cinturilla de los bóxer que llevaban debajo. Al menos los de Kenai, puesto que Malai parecía que no llevaba nada debajo.

Los dos sonreían con malicia. Aunque no pudieran ver la reacción de las chicas esperaban poder estar dándoles un gran espectáculo y que estuviesen disfrutando de lo lindo. Se merecían un poco de alegría en sus vidas. Kenai y Malai eran muy conscientes de su físico y del impacto que causaba este en las mujeres, e incluso en algunos hombres.

No tenían ni idea de lo que estaba a punto de pasar.

Las chicas contemplaron toda la exhibición sin decir ni una palabra. Dalia se tuvo que obligar a cerrar la boca o pronto se instalaría una familia de mosquitos en ella. A Camelia prácticamente se le estaba cayendo la baba. ¿Cuándo fue la última vez que vieron a un chico sin camiseta, que no fuera en las películas? Ni siquiera pudieron calcularlo, aun así tenían la plena

convicción de que no habían visto nunca a un chico así y mucho menos dos.

Tan embelesadas estaban con Kenai y Malai, observando como recogían los melocotones con el torso al aire, que no se dieron cuenta de que ellas no las únicas que estaban mirando a los muchachos.

Un monje había observado todo desde detrás de uno de los melocotoneros. Era un hombre con algún que otro kilo de más y de muy baja estatura, más incluso que Dalia, que con menos de metro sesenta, era la más bajita del grupo. A pesar del sol, no llevaba nada que le cubriera la cabeza, que no tenía ni un pelo, y brillaba a causa de las gotitas de sudor que se le habrían formado por el esfuerzo de la caminata que había del templo hasta el claro. Llevaba una especie de túnica naranja que se ataba sobre uno de los hombros y le llegaba hasta los pies. En su mano derecha sostenía un báculo y en la izquierda una cesta.

Aunque las dos muchachas repararon en él, no advirtieron a los gemelos. No pensaron que fuese un detalle que tuviesen que comentar. De pronto, el monje empezó a caminar hacia ellos con paso decidido y comenzó a soltar una diatriba de palabras en japonés que ninguno de los allí presentes entendió. Camelia y Dalia, al verlo, recogieron las cosas a toda prisa y se apresuraron a reunirse con los chicos, que estaban más blancos que el algodón y habían dejado caer los frutos al suelo. Llegaron justo a tiempo para presenciar la total confusión de sus nuevos amigos.

—¿Qué nos está diciendo? —Kenai levantó la camiseta para cubrirse, pero sin llegar a ponérsela. Su rostro era algo difícil de describir; estaba entre el asombro y la diversión, el miedo y la incompreensión.

—¿Te crees que hablo japonés? —se quejó Malai e imitó el gesto de su hermano de cubrirse con la camiseta— A lo mejor con una sonrisa y una reverencia lo arreglamos —ambos se miraron, rezando para que aquello funcionase y el hombre dejase de gritarles—. Como dicen, sonrío y asiente.

Y eso mismo hicieron. Le mostraron al monje una sonrisa de oreja a oreja, juntaron las manos a la altura del pecho, haciendo que la camiseta quedara apenas colgando de ellas, y se inclinaron hacia adelante como seguramente habrían visto en algunas películas de samuráis o de la antigua China. Acto seguido, los chicos empezaron a asentir ante cada palabra del monje sin borrar la sonrisa de sus rostros.

El monje no podía creer ni comprender el comportamiento de aquellos turistas que estaban robando frutos de los árboles del Templo y además lo estaban haciendo de manera indecorosa al haberse quitado las camisetas. Para colmo, se estaban burlando de él con aquellas reverencias que no les correspondía hacer a ellos. Se lo intentó decir, pero parecían no entender nada. Aun así, siguió increpándoles.

Los cuatro amigos estaban convencidos de que el monje estaba muy enfadado por su tono y sus gestos, pero como no entendían ni pizca de lo que les estaba diciendo, no sabían qué les pedía o cómo podían ellos disculparse. Aunque Camelia y Dalia llevaban tiempo viviendo en Kioto, eran incapaces de entender el idioma si lo hablaban con tanta rapidez.

—Será mejor que nos vayamos —Camelia se había colocado al lado de Kenai y parecía estar totalmente preparada para salir corriendo.

—Estoy totalmente de acuerdo —Dalia estaba al lado de Malai y, a pesar de lo poco que le gustaba correr, se estaba mentalizando de que quizá aquella fuera su única salida.

—Pero no hemos hecho nada malo —insistía Malai con tono resignado, no pensaba rendirse tan fácilmente.

En aquel momento el monje alzó su báculo y atizó con él a los dos hermanos en la cabeza. Todo fue muy rápido y realmente sorprendente, por lo que los chicos no pudieron hacer otra cosa que permanecer callados sin poder asimilar lo que estaba pasando. Las chicas no vieron correcto que el hombre

les gritase de esa forma y les pegara, así que decidieron protestar, lanzando algunos insultos en español al monje, quien se estaba pasando de la raya con ellos.

—Y vosotras, mujeres descarriadas, mirando su desnudez como si os fuera la vida en ello —continuó diciendo el monje en japonés, esta vez penetrando con la mirada a las dos amigas.

—Creo que somos las siguientes —murmuró Dalia por lo bajo, aunque sabía que el monje tampoco les entendía, no se atrevió a hablar demasiado alto.

—¿Crees que me metería en muchos problemas si le doy un puñetazo a este hombre? —Camelia no parecía compartir su sentimiento, por lo que ella habló fuerte y claro.

El monje volvió a alzar su mano, esta vez, la que contenía la cesta. Parecía que con las chicas iba a ser más indulgente y no las golpeará con la barra de hierro. Sin embargo, en el preciso instante en que iban a recibir el golpe, fueron arrastradas hacia atrás.

Los dos chicos, al ver la situación, habían actuado por instinto. No podrían soportar que otro hombre, o persona, les pusiera la mano encima a las dos muchachas que les hacían perder la cabeza desde que habían llegado a Kioto. Ellas no se lo merecían, nadie lo hacía. Así que las cogieron, como si las abrazaran por la espalda y las arrastraron hacia atrás, girando sobre sí mismos porque, en caso de que el monje se decidiese a propinarles otro golpe que fuera a ellos y no a sus amigas.

En aquel momento, sin pensárselo dos veces, Malai cogió la mano de Dalia y empezó a correr. Kenai hizo lo propio con Camelia y les siguió. Siguieron corriendo mientras escuchaban muy cercanas las protestas del monje, quien les seguía y era más veloz de lo que ninguno de ellos hubiera podido imaginar. No sabían a dónde se dirigían, pero no pararon hasta que

dejaron de oír los gritos y los resoplidos del monje. Entonces se pararon en seco y se dejaron caer al suelo entre risas. Menudo susto se habían llevado. A pesar de todo había merecido la pena, aquella sería una aventura que muy pocos podrían contar.

—Esto sí que no me lo esperaba cuando me he levantado esta mañana —Malai hablaba con la voz entrecortada e intentaba que su respiración volviese a ser normal, puesto que la carrera le había dejado exhausto.

—Claro, porque imaginarte que vas a pasar la tarde corriendo delante de un monje es lo que pensamos todos los demás cuando despertamos, ¿no? —Dalia, situada entre los dos gemelos, no pudo contener el sarcasmo.

—Al parecer, Malai por las mañanas sí que reflexiona sobre la posibilidad de que un monje le persiga —Camelia, que estaba junto a Kenai, tampoco pudo contenerse y continuó con la broma.

—Venga, vale, meteos con el pobre Malai que os ha salvado el culo a todos —añadió este, cruzándose de brazos y poniendo cara de perrito degollado, como si fuera un niño pequeño.

Todos se rieron ante aquello, cuando la tensión y la adrenalina ya habían pasado empezaron a aparecer las consecuencias; una risa nerviosa a cualquier comentario que hicieran.

—¿Estáis todos bien? —Kenai, como siempre, quiso asegurarse de que nadie había resultado herido.

—Sí, la verdad es que los más perjudicados habéis sido vosotros —en aquel momento Dalia recordó algo y no pudo evitar sonreír con timidez—. Os habéis puesto entre nosotras y el monje, nos habéis protegido.

—Por supuesto —Malai parecía ofendido por el tono sorprendido y dudoso de la chica—. ¿Qué esperabais? ¿Qué nos fuéramos sin vosotras?

Ninguna de las dos encontró una respuesta a aquellas preguntas. Desde luego sus antiguos ligues las habrían abandonado a la primera de cambio y

luego se habrían reído de ellas.

—Gracias —fue lo único que dijo Camelia, la sorpresa no le dejaba decir mucho más.

Después de aquello solo hubo silencio, pero no fue tenso, sino todo lo contrario, porque a los pocos segundos los cuatro se habían unido en un fuerte abrazo. Acababan de vivir una aventura increíble y sabían, a ciencia cierta, que no sería la última que vivirían juntos.

El monje se había escondido detrás de las cañas de bambú y observaba cómo los cuatro amigos se abrazaban con un amor verdaderamente sincero, de esos que no se pueden fingir y que poca gente parece entender. Esperaba haberles dado un buen escarmiento por lo que habían hecho. No pretendía hacerles ningún daño físico, solo darles un pequeño susto, y cuando vio como los dos chicos, que eran idénticos, protegían de esa forma a sus compañeras, se conmovió profundamente. Parecía que les había juzgado mal, no parecían ser los típicos hombres que sólo buscan algo físico y pasajero y lo consiguen mediante la coacción y la desnudez. No, entre ellos había un lazo verdaderamente especial, de eso no cabía duda.

Minutos después abandonó su escondite para volver al templo, dejando a los cuatro muchachos abrazados todavía.

## CAPÍTULO 11

Cuando llegaron a la ciudad y empezaron a deambular por las céntricas calles de la misma, el silencio se instaló de nuevo entre los cuatros amigos. Los hermanos caminaban pensativos mientras Camelia y Dalia cuchicheaban tras ellos. Cuando las dos se pusieron de acuerdo en su siguiente plan para con los chicos, asintieron y corrieron para ponerse a su lado. Camelia, sorprendentemente, se puso al lado de Malai mientras Dalia ocupaba su lugar al lado de Kenai.

—¿Por qué no cenamos esta noche en un restaurante propio de aquí?  
—Camelia, mientras hablaba, miraba a Dalia esperando su aprobación. Cuando esta asintió, sonrió y prosiguió a contar su plan—. Sabemos que no os lo hemos hecho pasar muy bien, así que quizás os debemos una. ¿Aceptáis esta pequeña tregua que os ofrecemos?

—Me parece un buen plan, todavía no hemos probado nada típico — Kenai miró a Camelia con expresión alegre y esta se sonrojó, por lo que inmediatamente desvió la mirada hacia Dalia—, a parte apartede la infusión de aquel día —Malai asintió ante la afirmación de su hermano, parecía que empezaban a estar de acuerdo en todo.

Camelia y Dalia se encontraban en su apartamento, arreglándose para dirigirse al restaurante donde habían quedado con Kenai y Malai. Al principio no sabían qué ponerse, creyeron que lo mejor era algo informal, pero al final decidieron arreglarse un poco para llamar la atención de los muchachos.



Camelia se puso unos pantalones negros pitillos, acompañados por una blusa de color crema con escote y unas sandalias de tacón del mismo color que la blusa. Dalia se decidió por unos pantalones anchos de color marrón, un top floreado y unos zapatos de tacón negros.

Se peinaron la una a la otra, tal y como hacían siempre, y aunque no eran expertas en maquillaje, consiguieron completar su look con un acabado muy sutil. Cada una lucía su estilo, Camelia había preferido hacerse la raya de manera que sus ojos quedaran ahumados, se había puesto la base, pero no colorete y lo había completado pintándose los labios de un color granate con un toque de lila bastante oscuro. Dalia había preferido dejarse la raya de los ojos fina, como la llevaba siempre, se había aplicado un poco de sombra de un color rosado muy clarito y se había aplicado brillo labial. Estaban emocionadas, deseosas de que llegase la hora de ver a los gemelos y pasar con ellos una noche agradable, los cuatro se lo habían ganado.

Kenai y Malai llegaron al restaurante antes de lo previsto. Se habían vestido con unos tejanos pitillos, del mismo color, y unas camisas de un tono rosado, aunque la del hermano mayor era un poco más clara que la del menor. Pensaron que, de esta forma, las chicas les distinguirían sin problema. Aunque, a esas alturas y conociendo el carácter de ambos, ellas sabían perfectamente cómo diferenciarlos.

Mientras las dos amigas se acercaban, podían ver como Malai le decía algo a Kenai y este, con pose más relajada que su hermano, intentaba mantener la tregua que habían aceptado pocas horas antes.

—Llegan tarde —Malai, que era un inconformista y le gustaba quejarse de casi todo, había empezado a cansarse de esperar.

—No seas así, has sido tú quien ha querido salir antes y a toda prisa —Kenai conocía el carácter de su hermano y estaba seguro que actuaba de aquella forma a causa de los nervios que le provocaban volver a ver a las

chicas.

—Claro, estoy hambriento —el hermano mayor sonrió con suficiencia y se apoyó contra la pared del establecimiento.

—Creo que tenemos que hablar —Kenai estaba decidido, pensaba contarle a su hermano aquella noche la razón de su relación con Camelia—. Verás, es que...

—¡Eh! —el chico se vio interrumpido por la voz de su hermano, que miraba tras él con una sonrisa—. ¡Espabilad! Estoy muerto de hambre.

Camelia y Dalia se acercaron a los hermanos tomadas de la mano, así era como normalmente iban por la calle y no les importaba lo que pudiese pensar la gente. No pudieron evitar sonrojarse al ver a sus compañeros tan bien vestidos, estaba claro que también querían llamar su atención, así que, al igual que ellas, se habían esforzado a la hora de escoger la ropa.

Cuando los cuatro estuvieron reunidos, Malai se relajó al ver a Camelia y pensó que había merecido la pena esperarlas un poco. La chica le transmitía algo que no lograba entender, había algo de ella que le atraía y notó como sus mejillas se sonrojaban mientras la miraba. Deseó que nadie lo notase, las luces del restaurante eran lo suficientemente potentes para borrar cualquier rastro de vergüenza. Inmediatamente, desvió la mirada de Camelia y se dirigió a su amiga, dándole un corto abrazo cuando la tuvo delante.

—Estás preciosa —Dalia se sonrojó ante aquel comentario, pero era incapaz de desviar la vista de Kenai, quien hablaba animadamente con Camelia. ¿Qué tenía su amiga que no tuviese ella?

Kenai había estado mirando a Dalia, a pesar de su disgusto por todo lo relacionado con la jardinería y las flores, debía admitir que ese top le quedaba muy bien. La sorpresa llegó cuando su hermano fue a abrazarla y se puso a su lado como su fiel guardaespaldas. Entonces miró a Camelia, que también estaba guapísima y, si él lo pensaba, su hermano también debería

haber caído en la cuenta de lo espectacular que iba esa noche. Se dirigió hacia ella tratando de ocultar todo lo que le pasaba por la cabeza. La urgencia de hablar con su hermano crecía por minutos. O se espabilaba o las cosas podrían torcerse de mala manera. Camelia parecía encantada de que Kenai hubiera ido a saludarla y se pusiera a su lado, así que no pudo evitar tocarle el brazo y mirarle sin disimulo.

—Estás muy guapo esta noche, Kenai —le dijo con una sonrisa de lo más provocadora, Camelia conocía su potencial y aquella noche iba a aprovecharlo.

—Gracias, tú también estás muy guapa—y no mentía, lo decía desde el fondo de su corazón, aunque sentía que no era él quien tenía que habérselo dicho.

En aquel momento Camelia se volvió de cara a la otra pareja y fingió aclararse la garganta para llamar su atención.

—¿Entramos? —Camelia se acercó a ellos con una sonrisa y miró a Malai fijamente—. ¿O dejamos que este se muera de hambre?

Malai tuvo que contenerse para no contestarle, ya que en realidad no había dicho nada que no fuese cierto. Con un asentimiento, los cuatro entraron en el local y se dirigieron a la mesa que habían reservado.

Una vez que estuvieron sentados, los hermanos observaron la carta con atención mientras las chicas apuntaban en una nota lo que pensaban pedir. Kenai y Malai, por más que miraban, no lograban comprender nada de lo que la carta les recomendaba. Las chicas, al darse cuenta, les hicieron dejar la carta sobre la mesa y empezaron a señalar los diferentes platos a elegir.

—Esto es *Gyoza*, son unas empanadillas rellenas de verduras, de carne o de gambas —explicó Camelia mientras señalaba la fotografía que aparecía en el pequeño libro—. Esto es *Yakitori*, son pinchitos de pollo. Podemos encontrarlos en la calle, así que es mejor que probéis otras cosas.

—Lo que tenéis aquí es *Takoyaki*, unas bolas de harina frita rellenas de pulpo. La verdad es que son una maravilla —continuó Dalia, animándoles a probarlas—. El *Ramen* supongo que lo conocéis, ¿no? —los muchachos asintieron, era lo único que habían probado en España y había sido gracias a un supermercado.

—Lo bueno que tiene este restaurante es que podemos pedir varias raciones para compartir y de ese modo probarlo todo —Camelia miró a los hermanos, esperando obtener su aprobación—. ¿Qué os parece?

—Vosotras mandáis —Malai les pasó la carta, dando a entender que no se habían enterado de nada. Si ellas escogían la comida, todo sería más fácil.

Kenai y Malai observaron la comida con los ojos abiertos como platos; había demasiada y toda tenía una pinta deliciosa. Estaban ansiosos por empezar a comer, pero decidieron esperar a que llegase la bebida. Se habían decidido por probar una de las cervezas tradicionales de Japón, la *Asahi*. Les habían comentado que no tenía mucho alcohol, pero que el sabor era bastante fuerte. Las chicas les aseguraron que no tenían nada que temer y ellos, como hacían últimamente, les creyeron. Vista la experiencia, quizá no hubieran tenido que confiar tan ciegamente en esas dos *fierecillas*, que les habían instado a hacer todo tipo de cosas y ellos, como dos tontos, las habían hecho como si estuvieran hechizados por ellas.

Cuando ya estuvo todo sobre la mesa, Camelia y Dalia les explicaron un poco lo que estaban a punto de degustar; la *Tempura*, que era una combinación de verduras y marisco frito, un *Curry* al puro estilo japonés, el *Tonkatsu*, un filete de cerdo empanado, lo que ya habían mencionado

anteriormente en su explicación y, como postre, *Mochi*, elaborado con pasta de arroz dulce.

—¿No creéis que hemos pedido demasiado? —Kenai miraba la comida con expresión horrorizada. Eran demasiados platos para solo cuatro personas.

—¿Pero qué dices? Esto no es nada —Malai estaba deseoso de empezar a comer y, cuando las chicas le dieron su aprobación, no pudo evitar probarlo todo—. ¡Esto está buenísimo! Jamás pensé que la comida japonesa tuviese tan buen sabor.

—A nosotras nos pasó lo mismo al principio —Dalia le sonrió mientras daba un sorbo a su cerveza—. Pensamos que todas estas cosas tan extrañas tendrían un sabor horrible.

—Está claro que os equivocasteis —Malai habló con la boca llena, a la par que disfrutaba de cada bocado—. Así debe de saber la comida del cielo.

—No podría estar más de acuerdo, hermano —Kenai levantó el puño y, como si fueran dos niños pequeños, los chocaron entre sí.

Era genial ver a los hermanos tan unidos, las chicas no tenían ninguna duda de que, aunque aquellos dos no hubieran nacido siendo gemelos, habrían encontrado un camino que compartir tal y como que lo habían hecho ellas. Su relación iba más allá de lo familiar, Kenai y Malai eran inseparables.

Durante la comida, Camelia y Dalia les explicaron cómo habían empezado a leer cuentos infantiles juntas y luego habían creado un blog para compartir sus descubrimientos con otras personas.

—Aún recuerdo el día en que Camelia se presentó a mi casa y me dijo: es nuestro deber como buenas lectoras compartir con el mundo el maravilloso mundo de la literatura —Dalia intentaba imitar la voz de su amiga con quince años, lo cual resultaba de lo más cómico.

—Y ella me contestó: «solo con una condición, tienes que regalarme ese sombrero que llevas. Me quedaría genial con mis botas altas y mi peto de pantalón corto».

Todos empezaron a reír e incluso Kenai tuvo que escupir la cerveza de vuelta a su vaso. Malai negaba con la cabeza y se pasó una mano por el pelo, aquellas dos chicas eran de lo que no hay. Camelia y Dalia se miraban con cariño, podrían contarles mil historias donde la una o la otra proponía algo, fuese o no una locura, y la otra siempre la seguía.

—Recuerdo una vez en que a Kenai se le metió en la cabeza que era un vaquero —empezó a relatar Malai, mientras intentaba contener la risa—. Se ató un pañuelo rojo al cuello, se puso un sombrero sobre la cabeza y se compró unas viejas botas de segunda mano.

—Por favor, no les cuentes eso —Kenai parecía que quería esconderse debajo de la mesa—. Van a pensar que soy un *friki*.

—Como si no lo pensarán ya —se burló su hermano—. La cuestión es que fue vestido así durante más de una semana y al final mamá tuvo que quitarle la ropa mientras dormía.

La cara del pequeño de los gemelos estaba más roja que el casco de un bombero, ¿por qué su hermano se empeñaba en dejarle en ridículo? Se iba a enterar, si se trataba de sacar trapos sucios, él también sabía jugar.

—Peor fue cuando con diecisiete años, decidiste ser gótico —Malai había intentado borrar esa época de su vida, pero siempre había alguien dispuesto a sacarla a la luz—. No es que haya nada malo en su estilo de vestir y de ver el mundo, es que aquí nuestro amigo Malai se pintaba la cara de blanco, los ojos extremadamente negros, con el pelo teñido del mismo color y ropa siempre de color oscuro, generalmente negro y, de vez en cuando, nos deleitaba con un color marrón o azul oscuro. Parecía más un mimo que un gótico.

Kenai se cruzó de brazos y se recostó contra la silla, satisfecho de haber dejado a su hermano en evidencia, como había hecho él instantes antes. Aquella vez fue el turno de Malai de ponerse rojo, pero con un encogimiento de hombros continuó devorando lo que tenía en el plato frente a él ignorando las miradas de los demás.

Al final, todos rieron y siguieron disfrutando de su comida. Pronto, y aunque la cerveza no era demasiado fuerte, empezaron a sentirse algo achispados y se animaron a pedir las típicas galletas de la fortuna para reírse un rato. Cuando las trajeron, Malai las miró con desconfianza; jamás había creído que se cumpliera lo que aparecía escrito en esos papelitos.

—¿En serio? Esto no es más que un juego infantil —Camelia asintió dándole la razón y Malai tuvo que mirar hacia la mesa para no sonrojarse de nuevo. ¿Qué le estaba pasando?

—Vamos chicos, ¡divertíos un poco! —Dalia iba bastante achispada. Aunque aún le quedaba para alcanzar a los demás, el ambiente la animaba a ser más espontánea—. ¡Veamos qué nos depara el destino!

Con una sonrisa, los chicos se dispusieron a coger sus galletas, las cuales habían sido distribuidas por el propio camarero. Las abrieron con cuidado y cuando los hermanos se las llevaron a la boca, pusieron una cara de asco que las chicas jamás habían visto. Ambas empezaron a reír, era difícil que la galleta pudiese gustarle a alguien. Cuando se dispusieron a leer los mensajes, sus rostros se contrajeron en una mueca de confusión. Si era cierto que las galletitas revelaban el destino, estaban apañados.

—¿Qué dice la tuya? —Dalia miró el papel de Camelia y suspiró, resignada.

—*El amor está más cerca de lo que parece* —Camelia miró a su alrededor hasta encontrarse con la mirada de Kenai y sonrió, intentando no desvelar la rojez de sus mejillas—. Vaya tontería. ¿Qué te pone a ti?

—*Los juegos nunca salen como se espera* —al leerla, cruzó la mirada con Malai y este le guiñó el ojo.

—Pues la mía dice: *¡Espabila! Deja de perder el tiempo* —Kenai miraba el papel mientras buscaba alguna información adicional, pero no tenía ni una palabra más escrita. A pesar de todo, algo resonaba en su cabeza, sabía que la galletita tenía razón, pero ya fuera por el alcohol o por algo que escapaba a su comprensión, decidió ignorarlo—. No entiendo nada —se acercó a su hermano, intentando leer su tarjeta—. *El camino a la felicidad nunca fue fácil.*

—¿Qué coño quiere decir esto? —Malai arrugó su papel de mala gana y se lo guardó en el bolsillo. Cogió la cerveza y le dio un largo sorbo—. Ya os dije que esto era una tontería.

—Está demostrado que en la mayoría de los casos las galletas siempre aciertan el futuro de las personas —Dalia se encogió de hombros y levantó la mano para pedir otra ronda de bebidas—. Creo que necesitamos beber un poco más.

Dos rondas más tarde, los chicos reían con ganas y empezaban a armar bastante jaleo en el restaurante. La gente les miraba mientras abandonaban la estancia, negando con la cabeza al darse cuenta del poco respeto de los jóvenes. ¿Qué iban a hacer? No estaban acostumbrados a una cerveza tan fuerte.

Unos minutos más tarde, uno de los camareros se acercó a ellos con una sonrisa dibujada en el rostro y les informó de que en cinco minutos cerrarían el restaurante. Pagaron a partes iguales y después se marcharon. Ya en la calle aspiraron el aire fresco de la noche. Necesitaban despejar sus



mentes, estaban empezando a marearse.

—¿Y ahora, qué hacemos? —Malai, quien no quería separarse todavía de las chicas, miró la hora en el móvil y luego al grupo—. Es pronto —Camelia, de nuevo, asintió en señal de aprobación. Ella no lo entendía, pero le sentaba bien estar de acuerdo con el muchacho.

—¿Seguimos con la fiesta?

## CAPÍTULO 12

Les costó más de lo debido llegar al bar donde acabarían pasando aquella noche. Era un local moderno, de estilo minimalista, muy diferente a la cafetería donde habían acudido el día que los abandonaron a su suerte. Tanto el suelo como las paredes estaban forrados de parquet. Había una barra con una hilera de taburetes que estaban ocupados por hombres y mujeres, que pedían sus bebidas.

Dalia y Malai, que hasta el momento eran quienes habían bebido menos, encabezaban el grupo y dirigieron al resto hacia una mesa que se encontraba delante del escenario, donde se suponía que esa noche subiría un aspirante tras otro intentando entonar alguna canción de moda.

Las lámparas colgaban muy bajas, por lo que Malai y Kenai tuvieron que agacharse un poco para esquivarlas. Sin embargo, sus esfuerzos fueron en vano, al menos para Kenai.

—¡Esa lámpara me ha atacado! —el chico no podía creerse lo que veía. Una de las lámparas se balanceaba delante de él, por lo que entendió que se estaba preparando para atacar de nuevo.

—¿Cómo te va a atacar una lámpara?! —Malai miraba a su hermano como si este se hubiera vuelto loco—. ¡No seas idiota, Kenai!

—Sí, sí, ya sé —Kenai hizo un pequeño gesto con la mano para quitarle importancia al asunto—. Pero al menos las he hecho reír, ¿no?

—Sí, con tu patético cabezazo has conseguido sacarles la sonrisa del siglo. ¡Oh, glorioso Kenai, sigue dándote de hostias con la aguerrida lámpara, así nuestras bellas damiselas podrán seguir disfrutando del espectáculo! — Malai recitó todo aquello sin ni siquiera pararse a tomar aire. Movía los

brazos de un lado a otro y fingía ser un juglar del siglo X.

Kenai asintió ante los comentarios de su hermano, a sabiendas de que tenía razón y no pudo evitar echarse a reír cuando la lámpara, la cual no había dejado de balancearse de un lado al otro, volvió a golpearle la cabeza.

Dalia y Camelia, tras todo lo sucedido ese día y con alguna que otra cerveza de más, no podían parar de reírse de los hermanos. Camelia empezó a hipar mientras se reía, como le pasaba siempre cuando se reía de verdad y con ganas. Eso hacía que Dalia, quien también se estaba riendo de lo lindo, empezara a hacer ese sonido que provoca el hecho de coger aire muy profundamente entre carcajada y carcajada. Cuanto más reía una más lo hacía la otra, hasta que ambas se encontraron haciendo ruidos extraños. Kenai y Malai al principio se quedaron un poco sorprendidos, pero al ver a sus nuevas amigas reírse tan a gusto empezaron a hacer el payaso y a exagerar más sus gestos. Su risa, pensaron los hermanos de forma simultánea como si se leyeran la mente, era lo más bonito y sincero que habían escuchado nunca.

Con aquel último pensamiento, Malai cogió a Dalia de la cintura y la llevó hasta la mesa que habían localizado nada más entrar al local, pero al ver que alguien la había ocupado mientras ellos hacían el tonto se dirigió a otra que quedaba un poco más apartada. Había dos sofás, así que se sentó en uno junto a Dalia. Entre risas ni se dieron cuenta de que los otros dos se habían quedado un poco rezagados.

Camelia esperó un poco a que su amiga se fuera con Malai para coger a Kenai del brazo y seguirlos. Se pegó todo lo que pudo a él, más de lo que lo habría hecho en otras condiciones, pero Kenai no parecía quejarse. Aunque tampoco cambió su expresión a otra más animada.

—Esta va a ser una gran noche, ¿no crees? —Camelia habló al oído de Kenai, esperando que nadie más la oyese.

—Sin duda, *brujilla*.

Ya iban por la cuarta ronda de *sake*. Esa noche hacían una pequeña cata de la bebida más famosa de todo Japón. Nada más llegar un par de camareros les habían informado que todos los sábados por la noche hacían catas de algún manjar o bebida típica de su cultura, pues era la noche en que solía haber más gente, ya fueran turistas o locales. Al oírlo, los cuatro aplaudieron la idea y al cabo de poco rato se encontraron bebiendo *sake* como nunca se hubieran imaginado. Empezaron por el *sake* común, el *Futsushu*, en segundo lugar probaron el *Junmai*, también conocido como “*sake* de arroz puro”, después pasaron a un *Hoshu* o “*sake* envejecido” y por último bebieron *sake* sin diluir, llamado *Genshu*. Este último se servía frío y con hielo, por lo cual, le recordaba al grupo los cubatas que solían beber en su tierra.

—¿Qué creéis que nos diría el monje si nos viera ahora? —soltó Malai de sopetón, desde luego, el encontronazo con el monje le había causado mucha impresión.

Camelia, al oírlo, solo tardó un par de segundos en ponerse de pie sobre el sofá que compartía con Kenai. En otras circunstancias este la habría sujetado, pero en el estado de embriaguez en el que se encontraba no veía el peligro de que Camelia pudiese caerse de culo al suelo.

—¡Vosotros, pecadores! ¡No tenéis vergüenza! —ante su último comentario se llevó una mano a la cabeza, como hacían las princesas de los cuentos que guardaban en la sección infantil de la librería—. Los demonios saldrán de la tierra y os devorarán por vuestra impureza —empezó a señalar a Dalia, luego a Kenai y, por último, a Malai—. A ti, sobre todo.

—Como no podía ser de otra forma —Malai se había resignado a no discutir con la chica, al menos por esa noche. Con una sonrisa y sin apartar la

vista de Camelia, alzó la copa en su dirección y bebió un largo trago a su salud.

Todos se reían, pero Dalia, quien empezaba a descubrir que Malai en el fondo tenía un corazón enorme y bondadoso, apoyó su cabeza en el hombro del chico. Así le hizo entender al muchacho que no creía que fuese mala persona. Malai se sorprendió un poco ante la muestra de afecto de su nueva amiga. Era un gesto diferente a los que habían compartido durante la cena, cuando habían estado tonteando. No, ese gesto no formaba parte de su juego. Así que, sin pensárselo demasiado, le pasó un brazo por encima de los hombros y le dio un beso en la coronilla.

Mientras tanto, Camelia había intentado bajarse del sofá y en el proceso había acabado sentada encima de Kenai. La chica le pasó los brazos por el cuello y le dedicó una seductora mueca, de esas que se reservaba para ocasiones especiales. Kenai no pudo evitar quedarse hechizado por esa sonrisa y esos brillantes ojos, aunque en el fondo de su mente algo le decía que todo aquello estaba mal.

Las dos parejitas volvieron a la realidad en cuanto un chico de rasgos asiáticos empezó a cantar una canción en japonés. La voz del muchacho era muy grave, demasiado para la melodía que sugería una letra más del estilo pop que una balada romántica.

—Seguro que nosotros podríamos hacerlo mejor —Malai miraba con algo de asco al pobre chico que estaba dándolo todo sobre el escenario. Había empezado a dar saltitos y cantaba señalando a una chica entre el público. Esta parecía estar pasando la mayor vergüenza de su vida. Quizá, al fin y al cabo, sí que era una canción romántica.

—¿Nosotros? —Camelia esperaba que no estuviera sugiriendo que salieran los cuatro a cantar—. Estarás de coña. Porque, mira *«felices los cuatro»* es solo una canción, quítatelo de tus fantasías.

Malai, aunque intentó pasar por alto el comentario, no pudo evitar imaginarse cómo sería si los cuatro acabasen unidos de por vida. Su hermano, las dos brujillas y él, todos para uno y uno para todos como los tres mosqueteros, solo que en ese caso serían cuatro.

Kenai y Camelia parecían estar a gusto el uno con el otro, pensó Malai, y él y Dalia se lo estaban pasando bien juntos. Quizá, después de pasarse años evitando las relaciones, había encontrado a alguien que sería bueno para él. Dalia desprendía un aura de bondad con la que lo envolvía todo, era la más calmada de las dos chicas y aunque Camelia le transmitía algo, a lo que se negó a ponerle nombre, prefería a una chica con la que seguramente no tendría tantos problemas.

Era una bonita fantasía, él enamorado de una buena chica y su hermano con una mujer que lo espabilara un poco, pero seguía habiendo algo que no estaba en su lugar. Quizá solo fuera el alcohol, que le hacía divagar más de lo necesario.

—Si prefieres relajarte, podemos cantar solo nosotros tres —concluyó Malai, volviendo a la realidad —normalmente, ante un reto así, Camelia hubiera sido capaz de marcarse un solo, con baile incluido y todo, pero la voz de Dalia la interrumpió.

—A mí tampoco me apetece mucho —Dalia miró a Malai como si le pidiera disculpas—. Quizá otro día.

—Sois un caso. Os atrevisteis a echarnos un cubo de agua cuando éramos desconocidos y ahora que somos amigos, ¿no queréis cantar con nosotros? —Malai se levantó y le indicó a su hermano que hiciera lo mismo y le acompañase—. En este caso creo que será correcto decir: los caballeros primero.

—Siempre y cuando, nuestras buenas amigas —añadió Kenai señalando primero a la chica que había estado sentada con él y luego a la

acompañante de su hermano—, Camelia y Dalia, prometan que cantarán para nosotros otro día.

—Hecho —prometió Camelia mientras se sentaba al lado de su amiga en el otro sofá, el cual quedaba de cara al escenario.

—Por supuesto, la duda ofende —Dalia se apretó a su amiga y le cogió la mano.

—Entonces no hay más que hablar —Kenai miró a su hermano y con decisión empezaron su marcha hacia el escenario —. Vamos a sorprender a las damas, hermano.

—Vamos a cantarles algo que no puedan olvidar jamás.

Dalia y Camelia miraron a los gemelos mientras estos hablaban con el que suponían, que era el DJ. Tenían suerte de que fuera un local bastante frecuentado por turistas y, por tanto, donde se hablaba inglés con naturalidad.

Después de diez o quince minutos, durante los cuales las chicas aprovecharon para hablar de sus cosas, Kenai y Malai subieron al escenario. Cuando la canción empezó a sonar las dos amigas no podían creerse lo que estaban oyendo. Era la canción de su película favorita; *Mulán*. “*Todo un hombre haré de tí*”, la canción que el capitán *Li Shang* cantaba cuando entrenaba a sus soldados.

—¿Estás oyendo lo mismo que yo? —Camelia recordaba haber imitado al capitán en numerosas ocasiones mientras Dalia hacía de *Mulán*. A veces se intercambiaban los papeles e incluso llegaron a agenciarse el papel de grillo y de *MuShu*.

—Esta vez sí que nos han sorprendido de verdad —Dalia recordaba sus berrinches cuando quería ir a casa de su amiga a ver la película. Era su

favorita y siempre, sin excepción, la veían juntas.

Las chicas no cabían en sí de gozo. De fondo se oía la letra en japonés, pero Kenai y Malai la estaban cantando en español para que ellas pudieran entender cada palabra que les dedicaban.

En lugar de turnarse, los hermanos pretendían cantar la letra principal y hacer los coros todo a la vez, por lo que más a menudo de lo esperado, se les escapaban unos gallos estridentes que hacían que todos en el local no pudieran apartar la vista de ellos. A veces se descompasaban y la mayor parte de la canción la interpretaron desafinando. Aun así, para Dalia y Camelia fue el mejor regalo que pudieron haberles hecho y les hacía sentir especial que sus amigos cantaran una canción a la que tenían tanto cariño, que lo hicieran solo para ellas, quienes no habían parado de retarles y meterlos en problemas desde que se conocieron.

Por eso y, a pesar del móvil que reposaba sobre la mesa y estaba grabando todo el espectáculo, se plantaron encima del sofá y no pudieron evitar unirse a ellos en las últimas estrofas. Esas en las que *Li Shang* le decía a *Mulán* que no estaba lista para enfrentarse a la batalla y que debía volver cuanto antes a casa. Las chicas cantaron con ellos esa parte con la intención de hacerles entender que aún les quedaba mucho camino por recorrer para llegar a conocerlas y que si no estaban dispuestos a jugársela era mejor que dejaran de intentarlo cuanto antes y no perdiesen el tiempo.

Los chicos se quedaron sorprendidos por la intromisión de Camelia y Dalia, pero eso solo les animó a cantar más fuerte y con más ganas. Cuando acabó la canción todos en el pub les aplaudieron. Las chicas, todavía de pie sobre el sofá, les vitoreaban y les exigían otra canción. Los chicos, con lo contentos que iban, aceptaron sin problema. En esa ocasión tuvieron que cantar una canción en japonés; fue un auténtico espectáculo. Kenai y Malai se miraban con cara de tontos mientras hacían ruidos al azar esperando acertar



algún sonido. Las chicas se morían de la risa desde sus asientos, preguntándose porque no los habían hecho cantar en sus anteriores retos. Cuando acabaron, al DJ poco le faltó para echarlos a patadas del escenario. Aquellos dos muchachos habían destrozado una de las canciones más bonitas de Japón.

Malai y Kenai empezaron a caminar de nuevo hacia la mesa que compartían con las dos muchachas mientras se daban palmaditas en la espalda, felicitándose por lo supuestamente bien que lo habían hecho. Fue casi cuando estaban a punto de llegar que se dieron cuenta de que algo no iba bien. Camelia y Dalia tenían las cabezas muy juntas y cuchicheaban mientras una sostenía el móvil y la otra le señalaba algún punto en la pantalla.

—Seguro que están tramando algo, ya tardaban —Malai dijo aquello como quien recuerda los buenos tiempos, cosa que no cuadraba mucho con la situación.

—¿Tú crees? —Kenai, que parecía estar en las nubes, no creía que pudiesen estar planeando alguna maldad—. Pero Malai, míralas, si tienen cara de angelito.

La voz de bobalicón de Kenai le dio a entender a su hermano que estaba bastante peor de lo que pensaba, el *sake* le estaba pasando factura a base de bien. Cuando llegaron a la mesa tomaron asiento bajo la atenta mirada de las dos amigas, que ocultaban sus sonrisas bajo sus móviles, los cuales sostenían en alto.

—Lo habéis hecho muy bien, chicos —les felicitó Dalia con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, totalmente de acuerdo —Camelia se sentía muy orgullosa de los muchachos—. Nos habéis dado una maravillosa sorpresa. ¡Muchas gracias!

Los gemelos se sonrojaron, no estaban acostumbrados a recibir alabanzas de ese tipo. Al unísono, bajaron la vista a sus manos mientras

murmuraban cosas sin sentido aparente.

—Es por eso que también os hemos preparado una sorpresa —Dalia miró a su amiga, pidiéndole permiso para enseñarles su buena obra, a lo que esta asintió dándole su aprobación—. Os hemos visto tan a gusto en el escenario y, bueno, nos hemos sentido tan orgullosas que... A ver cómo os lo digo... ¡Os hemos grabado y lo hemos subido a *YouTube*!

—¡Sí! Ahora todos podrán ver a los gemelos en Kioto —Camelia había empezado a aplaudir—. ¿No es genial? Así es como hemos titulado el vídeo: *Gemelos en Kioto*.

—Mejor digamos: “*Gemelos en apuros en Kioto*”.

La aportación de Kenai hizo reír a todo el grupo. No parecía que los chicos estuvieran enfadados por lo sucedido, sino más bien todo lo contrario. No fue hasta varias horas después que tuvieron plena consciencia de lo que habían hecho en realidad las chicas. Pero para entonces, ya era demasiado tarde, el vídeo había tenido cientos de visualizaciones.

## CAPÍTULO 13

Tres horas más tarde y varias rondas de *sake* después, los cuatro amigos se dispusieron a irse para sus respectivos alojamientos.

Dalia y Malai caminaban delante, dejando atrás a Kenai y Camelia que eran los que iban más perjudicados, apoyados el uno en el otro. Ambos se iban riendo de las tonterías que decían cada uno, animados por todo el alcohol que habían consumido. Normalmente, Kenai era el que bebía menos de los dos hermanos, pero aquella noche decidió dejarse llevar.

—Aunque tu hermano no sea de mi agrado, creo que hacen buena pareja —Camelia miraba a su amiga caminar junto a Malai por delante de ellos, parecía que el chico la miraba con admiración—. Dalia es una buena chica, Malai tiene suerte. Quizás le ayude a calmar su carácter y deje de ser tan imbécil.

Kenai, que observaba la situación tal como la pintaba Camelia, empezó a sentir como la rabia hacía hervir su sangre. Su hermano no podía estar con Dalia, pero a pesar de su estado, sabía que no podía admitir las verdaderas razones por las que le molestaba ver a su hermano y a la muchacha que lo había cautivado el día en que casi se atropellan en medio de la calle.

—Por tu expresión deduzco que no te gusta mucho la idea, ¿no crees que pueden ser una buena pareja? —Camelia también empezó a indignarse, no permitiría que Kenai dijera que su amiga no era suficiente, ¿quién se había creído?

—No, no creo que estén hechos el uno para el otro —Kenai cada vez estaba más enfadado y una idea comenzó a formarse en su cabeza.

Quizá si besaba a Camelia les daría envidia a los otros dos y así su

hermano por fin despertaría y se dejaría de tonterías para admitir que la mayor de las amigas le atraía de alguna manera. De la misma forma, él también podría dejar de fingir y estaría con Dalia. Tal vez estaba mal, pero era la única solución que su colapsada mente, a causa del alcohol y el malestar, había podido encontrar.

—¿Pero, qué dices?! En cualquier caso, si no están hechos el uno para el otro, es porque tu hermano no es digno de tener una compañera como Dalia —Camelia tuvo que contenerse para no echar a correr y llevarse a su compañera lejos de los gemelos. A veces la actitud de los chicos la sacaban de quicio.

—No, no es por eso, son cosas mías —Kenai bajó el tono de su voz, intentando adoptar una actitud más seductora—. Oye Camelia, mejor dejemos de pelear y pasemos a otra cosa.

—¿A otra cosa? —Camelia imitó el mismo tono del muchacho, sabía muy bien lo que pretendía y no le disgustaba en absoluto. Su actitud se apaciguó como si la discusión anterior nunca hubiera tenido lugar—. ¿Qué sugieres?

—Esto.

Y entonces la besó.

Camelia no se podía creer que lo estuviera haciendo por fin. Tenía los labios suaves y en ningún momento trató de forzarla o ir más deprisa de lo necesario. Al contrario, Kenai se tomó su tiempo, le apartó el cabello de la cara y la abrazó, sin separar los labios de los de ella.

El chico estaba emocionado, se había atrevido a besarla, algo que jamás había creído posible. Siempre había sido muy tímido en cuanto a las relaciones con las chicas, pero parecía que aquello estaba cambiando. Disfrutó del beso hasta que recordó la dulce sonrisa de Dalia. No podía seguir con el juego, al menos no de aquella manera. El alcohol, algo a lo que no

estaba acostumbrado, no le dejaba pensar con claridad y la estaba cagando más cada segundo que pasaba con sus labios pegados a los de Camelia. En cierta manera, era consciente de que el hecho de ir borracho no era una excusa, ya que sus intenciones habían sido egoístas y motivadas por la envidia al ver a su hermano con la chica que realmente le gustaba. Sabía que a Malai le gustaba Camelia y a ella su hermano, ¿por qué no se habían dado cuenta todavía? Las miradas que se lanzaban el uno al otro, sus infinitos comentarios para hacerse saber que no se perdían de vista y sus personalidades, tan similares pero a la vez tan complementarias. Estaba claro que todo se estaba complicado más de lo debido y todo había sido culpa suya, por no ir de frente desde el principio y enfrentarse a la verdad en vez de andarse con juegos de críos.

Kenai sabía que Camelia podía fingir todo lo que quisiera. Se podía decir a sí misma que con él estaría mejor, pero en realidad era consciente de que solo era producto de un engaño de su subconsciente. El chico no tardó mucho en darse cuenta de que sus acciones solo provocarían un gran malestar en el grupo y, además, les podía hacer mucho daño a todos sus compañeros: a Camelia por haberle dado falsas esperanzas, a Dalia por haber hecho daño a su amiga al aprovecharse de ella para intentar poner celoso a su hermano y a Malai, porque aunque fingiera ser duro e inquebrantable como una roca, en realidad era muy sentimental y le iba a doler ver que la persona en la que más confiaba le había traicionado besando a la chica que había despertado nuevas emociones en él, aunque aún no fuese consciente de ello. Sabía que Dalia probablemente no volvería a dirigirle la palabra porque, ¿cómo iba a ser capaz de explicarle que todo lo que había hecho con Camelia había sido para qué Malai se abriera al amor? ¿Cómo le confesaría que en realidad era con ella con quien quería estar sin parecer un aprovechado? Era consciente de que la había cagado y que el daño podía ser enorme, solo esperó que no fuese

irreparable.

Aun así no dejó de besarla hasta que se encontró con los ojos de Malai y Dalia, que les miraban con tristeza y decepción.

Malai y Dalia caminaban unos cuantos metros por delante de sus amigos. Aquella mañana no habrían podido imaginar todas las aventuras que les depararía el día. Se suponía que solo sería una excursión al bosque de cañas de bambú y luego cada uno se iría a su casa. Y, en cambio, se encontraron envueltos en un juego de retos y aquello los estaba convirtiendo en grandes amigos.

Es increíble que puedas pasar años al lado de una persona y nunca llegar a sentir un aprecio especial por ella y que en cambio a veces basten unas pocas horas para darte cuenta de que la amistad no se mide por el tiempo, sino por la persona y lo que compartes con ella.

—Hoy ha sido un día maravilloso —Dalia miró a Malai esperando una confirmación.

—Sí, sin duda —el chico no pudo hacer más que estar de acuerdo, a pesar de todo, y aunque nunca lo admitiría en voz alta, su hermano y él habían hecho todo un descubrimiento al conocer a las dos amigas—. Tenemos que planear más días como este.

—Ojalá todos los días pudieran ser así, pero el trabajo nos espera —la voz de Dalia sonó melancólica, era verdad que no podían dejar el trabajo en la librería, pero lo que de verdad le daba miedo era que los muchachos volvieran a España a seguir con sus vidas una vez que el verano llegase a su fin y se olvidaran de ellas.

—En realidad, la librería es vuestra, así que podríais cerrar

tranquilamente el resto del verano y luego reabrirla —a Malai le hubiera gustado que las chicas les dedicaran todo su tiempo, pero las cosas raramente suceden tal y como las soñamos.

—Ya nos gustaría, pero nos ha costado mucho conseguir el negocio que tenemos ahora, si cerráramos durante tanto tiempo perderíamos a más de la mitad de nuestros clientes —se lamentó Dalia—. Además, hay gente que viene desde la otra punta del país para visitarnos e incluso muchos turistas se pasan por nuestro local, ya que aparecemos en la mayoría de las guías —y con voz de niña pequeña y batiendo las pestañas, añadió—. No sería considerado por nuestra parte cerrar y que no pudieran visitarnos, ¿no crees?

Malai sabía que tenía razón, era imposible que las chicas dejaran aquello por lo que tanto habían luchado, solo porque él se lo pidiera. Por mucho que les gustara pasar tiempo con Dalia y Camelia, ni su gemelo ni él serían capaces de pedirles que renunciaran a sus sueños. No estaría bien y no se lo merecían después de todo lo que habían pasado y habían tenido que pelear para abrirse paso en ese mundo tan difícil.

—No, no sería justo para los clientes, ni para vosotras.

—Vaya, eso sí que es ser considerado —sin saber porque, Dalia empezó a hablar entre susurros.

Malai la miró como si no la hubiera visto antes. Se notaba que no estaba demasiado acostumbrada a que alguien respetara sus deseos, puesto que aparentemente se había quedado sin habla. Seguramente ella y Camelia siempre habían tenido que defender sus ideales, pocas chicas adolescentes soñaban con abrir una librería y pasaban las tardes comentando sus últimos descubrimientos literarios. Malai sabía poco sobre las adolescentes, pero aquellas con las que había tonteado no se les parecían ni por asomo.

Las mujeres con las que solía juntarse tenían la cabeza vacía y solo se centraban en conservar un cuerpo digno de admirar e intentar no envejecer. Al

principio a Malai aquello le llamaba la atención, podía estar con cualquier chica de físico espectacular que quisiera. Con el paso de los años, fue dándose cuenta de que aquello no era lo más importante y que lo que realmente necesitaba para ser feliz era una mujer poderosa dispuesta a superar nuevos retos y luchar por lo que desea.

Sus ojos no podían apartarse de Dalia; tenía el cabello castaño despeinado como consecuencia de pasar tantas horas en el pub, donde el ambiente cada vez era más cargado y, por ello, había empezado a sudar. Sus ojos estaban bien abiertos, cosa que no era normal a aquellas horas de la madrugada, y le miraba con orgullo e incluso cariño; ¿sería eso posible? Solo había una forma de saberlo, tenía que intentarlo y, si al final estaba en lo cierto, habría ganado a una gran persona para compartir buenos momentos a su lado.

Así pues, y sin darle demasiadas vueltas, se acercó a ella con intención de besarla. Dalia pudo ver el momento exacto en el que la idea apareció en los ojos del muchacho. Cuando la agarró por la nuca y acercó su rostro lentamente al de ella, no le quedó más remedio que coger a Malai por las muñecas y alejarlo de ella con suavidad.

—Malai, no —aunque sus palabras fueron escuetas y dichas con voz tierna y suave, sonaron como una advertencia.

El chico se apartó de ella lo suficiente como para seguir hablando en voz baja y no llamar la atención de sus amigos.

—¿Por qué no? Nos lo hemos pasado bien hoy —el muchacho le apartó el pelo de la frente y le habló casi pegado a su oreja.

Dalia dio un paso atrás, intentando poner un poco de distancia entre ellos. No podía permitir que Malai siguiese pensando cosas que no eran. Debía ser sincera y hacerle entender que ellos nunca podrían ser algo más que amigos.



—Sí, nos lo hemos pasado fantásticamente bien hoy —estuvo de acuerdo la muchacha—. Eres un chico estupendo, pero lo de hoy ha sido un juego, ¿recuerdas?

—Podría ser algo más que un juego —Malai no estaba enfadado, como habría esperado la chica, sino más bien triste y abatido. Había sido rechazado por primera vez en su vida y no lograba comprender qué podía haber hecho mal. Los chicos malos siempre ganan, ¿no?

Dalia no podía parar de pensar en Kenai, a él no le hubiera rechazado. No porque fuera mejor que su hermano, sino porque desde el momento en que lo había visto había empezado a sentir algo por él, pero, ¿cómo decírselo cuando este no paraba de dedicarle toda su atención a Camelia y ella parecía estar tan a gusto? No podía hacerle algo así a su mejor amiga.

—Vale, perdona, creí haber visto algo que no existe —Malai sonrió a duras penas, no le quedaba otra que aceptar que su amistad no iría a más.

—Eh, no te enfades —Dalia no pudo contenerse y abrazó al muchacho, que parecía estar cansado a un nivel emocional muy profundo—. Yo te aprecio de la misma forma que a Camelia, ¿no basta?

—Claro que basta, pequeña *brujilla* —Malai le devolvió el abrazo y le dio un beso en la frente. Al menos no la perdería del todo. Algo en su interior le avisó de que aquello era lo correcto, pero el muchacho no lograba entender por qué debía ser así—. Yo también comparto ese sentimiento.

Dalia sonrió interiormente. Sus anteriores miedos desaparecieron, no se olvidarían de ellas, al menos Malai no lo haría. Estuvieran donde estuvieran, acababan de ganar a un amigo para toda la vida.

—Gracias, Malai —y con eso le agradecía que hubiese aparecido en su vida, ojalá Camelia se diese cuenta de lo mismo que ella había descubierto.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿no? Puedes contarme cualquier cosa.

—Hay cosas que es mejor guardar en el fondo del corazón.

En aquel momento Malai y Dalia se dieron cuenta de algo que no habían querido ver desde el principio. Era una certeza que ellos compartían un amor fraternal difícil de explicar, sobre todo porque hacía muy poco que se conocían. Sin embargo, a Malai, Dalia le recordaba a su hermano, y para la chica, Malai era la versión masculina de su mejor amiga. Así que les habría resultado imposible no sentir cariño el uno por el otro. Así pues, no era de extrañar que de repente Dalia recordase las miradas que su amigo le echaba a Camelia cuando este creía que nadie le observaba. Malai también pensó en el día en que se conocieron y en cómo había actuado su hermano con la pequeña chica que se topó con él. Entonces recordó los viajes que habían hecho a la librería durante aquella última semana y como su hermano suspiraba cada vez que veía a Dalia, sabiendo que no debía entrar a saludarla. Quizá, al fin y al cabo, su verdadera pareja estaba más cerca de lo que creían, aunque aún necesitasen tiempo para admitirlo.

No hizo falta hablar, con una mirada ambos supieron lo que estaban pensando. Sin embargo, ninguno de los dos confesaría sus verdaderos sentimientos, Dalia por miedo y Malai por orgullo.

—Será mejor que vaya llamando a Camelia —habían llegado a una bifurcación donde tendrían que separarse para dirigirse a sus respectivas casas. Era el momento de despedirse.

Entonces Malai se tensó de repente, su vista estaba fija en un punto detrás de ellos. Dalia intentó darse la vuelta, pero el chico la tenía bien sujeta y no la dejó moverse del sitio. No podía ser que no quisiera despedirse de ella, ya que tenían sus respectivos números de teléfono y sabían dónde vivían y trabajaban. Se volverían a ver dentro de poco, por lo que no lograba comprender el comportamiento del muchacho, quien la sujetaba con fuerza.

—Venga Malai, que no es el fin del mundo —Dalia le sonrió

animadamente, pero Malai continuaba mirando para otro lado y su expresión de enfado no hacía más que crecer—. ¿Qué pasa?

—Dalia, es mejor que nos vayamos —su tono cortante no dejaba opción a réplicas, pero aun así la muchacha insistió.

—No, ¿qué pasa con Kenai y Camelia? No podemos dejarles, con la borrachera que llevan no llegarían a casa ni con *Google Maps*.

—En serio Dalia, hazme caso por una vez —el desprecio y la desesperación tiñeron su voz. Lo que había visto le había puesto de un humor de perros, ¿cómo había podido Kenai hacerle algo así? Y lo peor, ¿por qué se enfadaba? ¿Por qué ver a Camelia en brazos de su gemelo le causaba esa rabia y malestar? ¿Y cómo se lo tomaría Dalia? Si resultaba que le había rechazado porque quien le gustaba era su hermano, todo sería un desastre y la unión que habían creado los cuatro se iría a la mierda antes de lo esperado.

—¿Pero qué te pasa?! —la chica empezaba a enfadarse, ¿cómo podía pasar de ser tan encantador a comportarse como si sus amigos no valiesen nada?

Cuando por fin consiguió que Malai le dejase darse la vuelta, se encontró con algo que le causó más horror que sorpresa. Ver a Kenai y Camelia besándose no era algo que le entusiasmara especialmente por lo que entendió la reacción y la insistencia de Malai para que se fueran. Quería protegerla de esa imagen y esos sentimientos de tristeza que empezaban a inundar su pecho.

Pero lo peor no fue notar como su corazón se rompía en pedazos al ver que Camelia había conseguido lo que ella llevaba días deseando, sino encontrarse con los ojos de Kenai y no ver en ellos otra cosa que no fuera arrepentimiento.

## CAPÍTULO 14

La tensión entre los hermanos era notable, no hacía más de media hora que habían llegado al hostel y ya estaban de morros. A Malai le le había molestado que su hermano hubiese besado a Camelia. No entendía qué le estaba pasando, pero necesitaba respuestas cuanto antes. Se dirigió al baño con la intención de prepararse para irse a dormir y aclarar sus ideas, pero antes quizás debería hablar con Kenai, a ver si podía ayudarle a encontrar la razón de su propio malestar.

—¿Va todo bien? —Kenai se asomó a la puerta del cuarto de baño, mirando a su hermano con expresión confusa—. Llevas bastante rato sin hablar y es algo extraño en ti.

—¿Por qué has besado a Camelia? —la pregunta se escapó de sus labios sin pensarla siquiera.

—Te lo puedo explicar —Kenai se dirigió hacia la habitación para sentarse en la cama y poder hablar con su hermano con tranquilidad. Cuando Malai se posicionó frente a él, tomó aire antes de hablar, esperando que entendiese su decisión—. Sé que he hecho mal, pero me di cuenta el primer día que conocimos a las chicas de como mirabas a Camelia. Te conozco y soy consciente de que nunca confesarías que una chica como ella te atrae, puesto que sois muy iguales —Malai miraba a su hermano como si este estuviese loco, ¿cómo se había atrevido a hacer algo así? Solo había provocado que los cuatro perdiesen el tiempo—. No pensé que, al juntarme con Camelia, decidieses buscar la atención de Dalia. Ella me gusta mucho y me duele veros juntos. La he cagado y lo sé, Camelia piensa que estoy enamorándome de ella y tengo miedo de que sus sentimientos hacia mí sean verdaderos pero, ¿sabes

qué? Creo que lo único que intenta es evitar estar cerca de ti y enfrentarse a lo que realmente siente —Kenai posó su mano derecha sobre el hombro de su hermano, intentando hacerle comprender lo que le estaba ocurriendo y lo mal que se sentía—. Me he estado fijando y actúa del mismo modo en que lo haces tú.

—Estás loco —Malai retiró la mano de su hermano con brusquedad, no podía creerse que se la hubiese jugado de esa forma—. Si tú mismo te habías dado cuenta de algo que yo ni siquiera logro entender todavía, ¿por qué no hablaste conmigo en vez de hacer el idiota? ¿Y qué hay de Dalia? ¿Tan poco te importa hacerle daño? Si de verdad te gustara y nos tuvieses un mínimo de cariño, no habrías besado a Camelia justo delante de nuestras narices.

—Sé lo cazurro que que puedes llegar a ser y sé también que nunca admitirías estar enamorado de ella —Kenai miró a su hermano y se estiró, necesitaba deshacerse de toda la tensión acumulada—. Porque estás enamorado, ¿no? —el chico miró a su hermano con los ojos entrecerrados, estaba empezando a hartarse de aquella situación. La mención de Dalia unos minutos antes le hizo recordar la tristeza en sus ojos y aquello solo provocó que aumentase su rabia—. Además, ¿cómo puedes echarme en cara algo que tú también has intentado hacer? He visto cómo te lanzabas hacia Dalia y cómo ella te rechazaba.

—¿Has perdido la cabeza?! ¿Cómo voy a estar enamorado de una chica como Camelia? —Malai estaba furioso, quería estamparle el puño a su hermano en toda la cara para hacerle entrar en razón—. Es maleducada, pretenciosa y, además, muy orgullosa. ¿Cómo podría fijarme en alguien así? ¡Merezco algo mejor y por eso he intentado acercarme a Dalia! Ella, al menos, no me odiará por haber usado a su amiga y quizás por alguna otra razón más —Malai sabía perfectamente qué había visto en los ojos de la chica cuando había intentado besarla, no era él quien le gustaba, pero no estaba dispuesto a

traicionar su confianza.

—¿Y cómo podría fijarse cualquiera de ellas en ti? Te has descrito a la perfección al intentar describir a Camelia.

Malai, para evitar enfrentarse a su hermano y sin ganas de hablar sobre sus sentimientos, se levantó conteniendo sus ganas de mandarlo todo a la mierda y abandonó la habitación del hostel dando un fuerte portazo. Era imposible que su malestar fuese ocasionado porque le gustase Camelia, ¿no? Necesitaba despejarse, que le diese el aire y ordenar sus ideas. Respiró el aire fresco de la noche, debería haber cogido una sudadera. Decidió que lo mejor que podía hacer para calmarse era caminar durante algunos minutos y así evitar una pelea con Kenai. Ellos jamás se habían enfrentado, ¿por qué deberían hacerlo ahora por una chica?

El muchacho se puso a pensar en Camelia, en sus cabellos oscuros y sus ojos verdes. ¿Qué tenía aquella chica que no tuviesen las demás? Hacía años que no se sentía atraído por alguien, ¿por qué tenía que hacerlo ahora y además por una chica tan parecida a él? Sacudió la cabeza para intentar despejar su mente, no podía seguir comiéndose el coco con algo que no tenía sentido.

No lograba comprender por qué le había sentado tan mal que su hermano besase a Camelia, él la odiaba. Pero, ¿y si era cierto lo que le había dicho su gemelo y se estaba enamorando de ella?

Mientras tanto, Kenai había detenido su puño a escasos centímetros del espejo del baño. ¿Por qué había llevado la historia tan lejos? ¿Por qué se estaba peleando con su hermano en lugar de buscar soluciones? Hasta aquella noche, cuando pensaba en Dalia, la veía con una sonrisa en la boca y los ojos llenos de bondad y esperanza. En aquel momento solo veía su expresión cargada de tristeza.

Hablaría con ella la próxima vez que se vieran, estaba totalmente

decidido.

Camelia y Dalia llegaron a casa sin decir ni una palabra, nunca se habían peleado y parecía que aquella iba a ser la primera vez. Aparentemente, por una buena razón. Camelia estaba confusa, no había hecho nada malo y pensaba que su mejor amiga se alegraría al verla feliz de nuevo, pero algo no iba bien. Dalia se encerró en su cuarto sin mediar palabra y, una vez dentro, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Se llevó las manos a la boca para tratar de detener los sollozos, pero parecía imposible y el efecto del *sake* no ayudaba a ello. La había cagado y lo sabía. Había querido darle celos a Kenai con su hermano y había conseguido todo lo contrario.

Por otro lado Camelia se sentía eufórica y confundida al mismo tiempo, había conseguido que el chico que le gustaba le prestase atención y que le demostrase que sentía lo mismo. Entonces, ¿por qué sentía que estaba mal? La imagen de Malai le vino a la mente; la mueca que apareció en su rostro cuando la había pillado besándose con su hermano era digna de recordar, ¿qué le pasaba al chico? Pensó en los ojos azules de Malai, algo más oscuros que los de su gemelo, y no pudo evitar sonreír. Al darse cuenta, sacudió la cabeza y se dejó caer sobre el sofá. Parecía que el alcohol aún circulaba por sus venas.

Pocos minutos más tarde, la puerta del salón se abrió y Dalia apareció con la mirada gacha. Sin dirigirse a Camelia, se sentó al otro lado del sillón y encendió la televisión. Era muy tarde, pero parecía que ninguna de las dos estaba preparada para irse a dormir en aquel momento. Después de unos segundos envueltas en un incómodo silencio, Camelia decidió que había llegado el momento de intentar entablar conversación y se giró en dirección a su mejor amiga.

—¿Sabes qué? —Dalia apartó la vista de la televisión y la dirigió hacia su amiga, esperando que siguiese hablando—. Kenai me ha besado, ¿no es alucinante? ¡Le gusto! ¿Cómo puedo gustarle a un chico tan bondadoso? No se parece en nada a su herma...

—Sí, lo hemos visto —la chica interrumpió a Camelia, volviendo la vista a la televisión. Aunque sabía que no era culpa de su amiga, no podía evitar guardarle un poco de rencor, si días antes le había dicho que no había nada, ¿por qué le había besado?—. Me alegro mucho por ti.

—No parece que lo hagas —Camelia miró a Dalia con una ceja levantada, no entendía el comportamiento de su amiga.

—Será mejor que nos vayamos a dormir, hemos quedado mañana temprano con ellos para que sigan conociendo la ciudad.

Y dicho aquello, Dalia apagó el televisor y se dirigió hacia su habitación sin ni siquiera dar las buenas noches a Camelia. Esta, resignada, siguió los pasos de su compañera y se encerró en su cuarto. Ambas se dejaron caer sobre sus respectivas camas, esperando que el día siguiente fuese mucho mejor.

A la mañana siguiente, Malai se negó a salir de su habitación y le mandó un mensaje a Dalia diciéndole que aquel día era mejor que no se viesen. Ella estuvo de acuerdo y así se lo hizo saber de inmediato a Camelia. La muchacha había estado meditando sobre lo que había sucedido la noche anterior hasta que los rayos del sol se empezaron a colar en su habitación.

A media tarde, Dalia y Camelia se habían puesto la una al lado de la otra en el sofá de la sala de estar. Estaban leyendo el mismo libro y procuraban ir a la par para así poder comentarlo. Aquella tarde no fue



diferente, actuaron como siempre y no hablaron de lo que había sucedido con los chicos. A pesar de que algo había cambiado, ninguna de las dos estaba dispuesta a admitirlo. La tensión podía palpase en el ambiente, pero intentaban cubrirla con risas y comentarios estúpidos sobre el libro que tenían entre manos.

El lunes, que también lo tenían libre, se dedicaron a hacer la colada, a limpiar a fondo el apartamento y a confeccionar una lista con los libros que tendrían que pedir para la librería el próximo mes. Quien no las conociera pondría la mano en el fuego para afirmar que nada era distinto, que las dos amigas seguían igual de unidas, pero ellas sabían que no era así. Se negaron a hablar de los gemelos y continuaron con su rutina lo mejor que pudieron, evitando tocar temas que pudiesen perjudicar su amistad.

El martes se hizo duro. El señor Takeshi fue a verlas como cada semana. Charló con ellas, les preguntó sobre los chicos y, al intuir que algo no iba bien, intentó indagar más y buscar una solución. Por mucho que lo intentó, lo único que recibió fueron respuestas escuetas y cortantes por parte de las dos muchachas, quienes le dieron a entender que no querían hablar del tema.

A última hora de la tarde aparecieron Kenai y Malai. Dalia fue la primera en verlos y en seguida deseó esconderse en el desván y desaparecer, pero no fue lo suficientemente rápida.

—Ni se te ocurra esconderte que te veo venir —la voz de Malai la detuvo en medio de su huida. Dalia respiró hondo y dirigió su mirada hacia los muchachos—. Ven aquí y dale un abrazo a tu compadre.

—No estaba huyendo —Dalia sonrió, él no se merecía que le tratara de esa forma. Sin borrar la sonrisa de su rostro, fue hacia él y le abrazó. El chico, por su parte, acompañó ese abrazo con un suave beso en la frente—. Hola Kenai, Camelia está al fondo del local —no había acabado de pronunciar aquellas palabras cuando su amiga apareció de detrás de una estantería.

—¡Hola! Qué alegría verte... ¡Veros! —la chica había pensado que cuando volviera a ver a Kenai se lanzaría a sus brazos como hacen las princesas en los cuentos de hadas. En cambio, ver a Malai abrazado a Dalia, se detuvo. Ya no estaba tan emocionada de volver a ver al gemelo por el que, aparentemente, había empezado a sentir algo, sino que más bien se sentía triste por no tener el cariño que Malai le profesaba a su amiga.

—Pasábamos por aquí y pensamos en entrar a veros —se explicó Kenai, quien pasaba la mirada de Camelia a Dalia y viceversa.

—¿Y eso por qué? —la muchacha más menuda se mostraba escéptica, no le apetecía nada ver al pequeño de los hermanos.

—Hemos creído que quizá podríamos ir a tomar algo y charlar —Malai apretó el hombro de Dalia y le dedicó una sonrisa llena de simpatía, a él también se le hacía muy dura aquella situación, pero más les valía afrontarla que esconderse de nuevo.

—Aún tenemos mucho trabajo en la librería —Camelia intervino de repente—. ¿No crees, Dalia?

—Sí, sin duda —la muchacha no le podía estar más agradecida a su amiga, por lo que se puso a su lado, cogiéndola de la mano como solían hacer.

—Será mejor que volváis otro día.

Ante esa respuesta tan rotunda los chicos no pudieron hacer nada, por lo que se marcharon, no sin antes prometerles que volverían al día siguiente.

—Gracias —Dalia abrazó a su amiga cuando los gemelos se fueron. Esta le devolvió el abrazo y la apretó con fuerza.

Al fin parecía que hubieran hecho las paces del todo, no podían vivir la una sin la otra y la situación las estaba matando. Con el gesto de Camelia se acordaron de que ellas siempre permanecerían juntas, a pesar de todo, y esos dos chicos no conseguirían separarlas. Su amistad estaba por encima de cualquier otra cosa.

Al día siguiente los gemelos acudieron de nuevo a la librería, pero las dos amigas les echaron del local con varias excusas. Así mismo lo hicieron el jueves, cuando Kenai y Malai se se presentaron de nuevo para buscarlas. Cuando llegó el viernes y la puerta se abrió a las cinco menos diez, las muchachas se prepararon para inventarse una nueva excusa, pero la expresión de determinación de los chicos las detuvo antes de decir la primera palabra.

—Basta de excusas —Malai parecía estar especialmente de mala leche ese día. Había sido una semana horrible, apenas se hablaba con su hermano y estaba perdiendo a sus nuevas amigas—. Dentro de cinco minutos, cuando acabéis vuestra jornada, iremos a esa cafetería del centro que tanto os gusta.

—No protestéis, es inútil —Kenai respaldaba cada palabra de su hermano —. Vamos a esperaros en la puerta y nos vamos a quedar ahí hasta que salgáis.

—¿Y si salimos por la puerta trasera? —protestó Camelia, ya que no le gustaba que le dieran órdenes.

—No hay ninguna puerta trasera —replicó Malai—. Lo hemos comprobado, os conocemos lo suficiente como para adivinar vuestros movimientos. Os esperamos fuera.

El muchacho fue directo hacia la puerta, pero Kenai se acercó a Dalia antes de seguirle.

—¿Podemos hablar en privado? —el chico le suplicaba con los ojos que accediera, pero si creía que aquello iba a ser fácil, estaba muy equivocado—. Si lo prefieres podemos hacerlo más tarde, durante el camino a la cafetería o podríamos quedar para cenar los dos solos y así tener un rato para nosotros. Necesito que hablemos cuanto antes.

—¿No crees que te has equivocado de chica? —Dalia ni siquiera le miró, siguió colocando libros en las estanterías.

—No, no me he equivocado de chica. Al menos no esta vez.

Un tintineo hizo que se girasen en dirección a la puerta principal. No solían acudir clientes casi a la hora del cierre, pero a veces pasaba.

—Kenai, espabila —Malai se asomó desde la puerta, mirando a su hermano con expresión confusa—. Deja que trabajen tranquilas. Cuanto antes acaben, antes nos podremos ir —el muchacho, resignado, dio media vuelta y se dirigió hacia la calle, donde le esperaba su hermano.

—Espero que esta vez hagas las cosas bien —a Malai no le gustaba la situación con su gemelo, pero estaba claro que hasta que este no aclarara las cosas con las chicas no podrían volver a su antigua relación.

—¿Y tú, vas a hacerlo también? —tampoco conseguirían volver a ser quienes eran y a recuperar su antigua relación hasta que Malai admitiera sus sentimientos.

Dentro de la tienda, las dos amigas continuaban colocando los libros en los estantes y archivando los últimos registros. Era lo que tocaba hacer cada viernes, el final de la semana era muy ajetreado.

—¿Qué quería Kenai? —Camelia se hacía la distraída, pero en realidad toda su atención estaba centrada en la respuesta de su amiga.

—Nada en especial. Solo quería saludar.

Camelia no la creyó, no hacía falta acercarse tanto a una persona para simplemente saludarla, pero tampoco forzaría a su amiga para que le diera una respuesta más concreta.

Quince minutos después salían de la librería. Camelia se estaba

poniendo bien el fular que llevaba y Dalia intentaba sostener una pila de libros con una mano mientras intentaba cerrar el local con la otra.

—Si os empeñáis en ir a tomar algo, antes tengo que pasar a hacer un recado —soltó Dalia, quien no dejaría de llevar al señor Jae los libros que le había prometido solo porque a ellos les apeteciera tomar té y hablar de vete a saber qué tontería—. Si queréis podemos quedar directamente en la cafetería, no tardaré más de veinte minutos.

Los chicos compartieron una mirada que lo decía todo, si la dejaban marchar, había muchas probabilidades de que no apareciese en la cafetería. Así pues, la decisión estaba tomada, la acompañaría en su pequeña misión y luego irían todos juntos al local donde pasaron la tarde poco después de conocerse.

El camino hasta la parte más pobre de la ciudad fue tenso y silencioso. Ninguno de los cuatro se atrevió a abrir la boca. Si el resto de la tarde iba a ser igual, estaban apañados.

Cuando llegaron al distrito de *Shimabara*, el sexto distrito y también el más olvidado de la ciudad, Dalia y Camelia echaron un vistazo alrededor y enseguida reconocieron al señor Jae. Estaba sentado sobre un cartón, medio dentro del portal de un edificio, gracias al cual se resguardaba del frío por las noches. Aunque viviera en la calle por no poder permitirse pagar los altos precios de ningún apartamento, el señor Jae no descuidaba su aseo ni mendigaba dinero o comida. Hacía uso de los baños públicos y acudía cada quince días a los servicios sociales y a varias organizaciones que le proporcionaban algo de ropa y alimentos básicos que pudiera comer sin necesidad de cocinar.

—Buenas tardes, señor Jae —Dalia se apresuró a ir a su encuentro, esperando alegrarle un poco el día—. Lamento no haber venido en toda la semana, hemos tenido mucho trabajo en la librería —al llegar hasta él le tendió una mano, el hombre la cogió entre las suyas y la estrechó con sumo cariño.

—No te preocupes, bonita —el señor Jae era un hombre de mediana edad, le faltaban algunos dientes y tenía canas en la cabeza, pero a pesar de todo, se mantenía muy bien para su edad, teniendo en cuenta las condiciones en las que vivía—. Veo que la preciosa Camelia te acompaña hoy, me da mucha alegría que vengáis las dos.

—Sí, señor Jae —Camelia también se acercó a él y se puso al lado de su amiga—. Siento no venir tanto como Dalia.

—Tu tranquila, pequeña. Nuestra amiga ya me cuenta que tienes la cabeza llena de ideas y que a veces te urge escribirlas todas antes de que se escapen. El día que publiques tu libro, espero poder comprarte una copia firmada —al hombre le encantaba leer, por eso estaba tan orgulloso de Camelia y Dalia, ellas nunca le habían tratado con desprecio, al contrario, le proporcionaban libros, una buena charla e incluso a veces le habían invitado a merendar a una cafetería cercana del barrio.

—No lo dude, señor Jae —Camelia le sonrió, contenta ante las alabanzas del hombre.

Mientras tanto, Kenai y Malai miraban a las muchachas con expresión interrogante. ¿Qué hacían aquellas dos hablando con un vagabundo? ¿Por qué se daban la mano? Cuando habían visto a Dalia acercarse al hombre, por un momento habían pensado en detenerla, pero después Camelia la siguió y los hermanos pudieron comprobar que ya se conocían. Dalia parecía especialmente contenta de estar allí, se la veía relajada, cosa que no era nada común en una situación así. En ese tipo de circunstancias, lo normal hubiera

sido agachar la cabeza y fingir que no habían visto a nadie, al menos así actuaba la mayoría de la gente. Sin embargo, Dalia se había empeñado en cruzar media ciudad para saludar al hombre, quien en aquel momento las miraba como si estuviera presenciando un milagro. A lo mejor sí que lo eran para ese hombre que no tenía prácticamente nada y definitivamente también empezaban a serlo para los dos muchachos.

—Señor Jae —la dulce voz de Dalia hizo que el hombre le prestara toda su atención—, le hemos traído tres ejemplares de la librería: uno de historia, una novela de misterio y otra de cuentos tradicionales de la cultura japonesa —la chica se los fue dando uno a uno mientras le informaba de lo que le ofrecían—. ¿Le parece bien?

—Es perfecto, bonita—el hombre miraba los volúmenes encandilado, era el mejor regalo que podrían hacerle—. Cualquier cosa que me traigáis es un tesoro para mí, ya lo sabéis.

—A nosotras no nos cuesta nada —anunció la chica, que desde el momento en que lo conoció había sentido una gran debilidad por él.

—Os estaré eternamente agradecido —el señor Jae parecía estar a punto de llorar pero se contuvo, reservaría sus lágrimas para cuando las chicas se hubieran ido—. Por cierto, aquí está el libro que me prestaste la semana pasada.

Dalia lo cogió y lo guardó en su bolso. El ejemplar continuaba igual de cuidado que el día en que se lo había entregado. Estuvieron hablando un poco más, pero se tuvieron que despedir antes de lo que hubieran deseado, pues Kenai y Malai las estaban esperando. Cuando Dalia y Camelia llegaron a la altura de los chicos, oyeron al señor Jae que les llamaba.

—¡Vosotros dos! —desde el otro lado de la calle el hombre señalaba a los gemelos— ¡Más os vale tratarlas bien! ¡No se encuentran tesoros como estos todos los días!

## CAPÍTULO 15

Para su sorpresa, la camarera que les atendía los sentó en la misma mesa en la que habían estado hacía un par de semanas. Era la única libre, pues el local estaba abarrotado. Era una cafetería muy conocida y económica, por lo que los turistas siempre acudían allí.

—Aquí estamos de nuevo —Malai rompió el hielo después de diez minutos en los que hicieron sus pedidos y se dedicaron a mirar hacia la mesa.

—Perdiendo el tiempo —Camelia se estaba empezando a poner nerviosa, no le gustaba que la sacasen de su rutina.

Parecía mentira que fueran Malai y Camelia quienes intentaran romper la tensión y el malestar del grupo. Normalmente eran ellos dos quienes se peleaban y Dalia y Kenai quienes intentaban poner paz. Algo había pasado y cambiado entre ellos, aunque no supiesen bien el qué.

—¿Quién era ese hombre de antes? El de la calle —Kenai aún tenía presente la expresión del hombre al ver que las chicas se le acercaban. Su rostro se había iluminado como si se le hubiera aparecido un ángel. O dos.

—El señor Jae es un gran hombre —Dalia enseguida se vio con la obligación de defender al hombre, aunque nadie le hubiese atacado—. Es una persona buena, humilde, comprensiva, cariñosa e inteligente que se ha visto envuelta en una situación difícil. No merece que lo juzguemos ni que se le menosprecie.

—No pretendía juzgarlo ni nada por el estilo, es solo que me ha sorprendido la relación que mantenéis con él —Kenai se mostró arrepentido por su elección de palabras—. ¿Cómo lo conocisteis? Me gustaría saberlo, si os apetece hablar de ello, claro está.

A Dalia no le apetecía nada conversar con Kenai, pero tenía que hacer



un esfuerzo por Camelia y por Malai. Así que, mirando a su fiel amiga, dibujó en su cara una malévola sonrisa.

—Si no recuerdo mal, teníais que ganaros la información que deseais obtener —la muchacha desafió con la mirada a los gemelos, esperando que no se hubiesen olvidado de su trato—. ¿No es así, Camelia?

—Justamente así, Dalia —la chica enseguida estuvo de acuerdo con su amiga, era mejor volver a sus juegos y hacerles sudar un poco.

Malai sonrió sin apenas darse cuenta, y se incorporó con tanta rapidez que casi pareció que el cojín tuviese un sistema automático para hacer que se levantase de golpe. Por fin Dalia y Camelia habían vuelto a la normalidad y habían sacado a relucir su espíritu guerrero.

—¿Nos estáis retando de nuevo? —el chico no podía esperar a oír que les tenían preparado y había empezado a frotarse las manos—. ¿Qué tenéis en mente *brujillas*?

—Déjame pensar...

Camelia echó un rápido vistazo por todo el local hasta localizar el objetivo perfecto. Justo en la esquina de la cafetería había dos mujeres rubias y, por su aspecto, supuso que eran turistas. Incluso viéndolas sentadas, se podía apreciar a la perfección que casi llegaban a los dos metros, sus espaldas eran anchas y las piernas parecían palillos. Eran muy parecidas a esas mujeres rusas que, al ser tan corpulentas, se dedican durante toda la vida a entrenarse para los concursos de culturismo. Sus rostros no eran precisamente los más bonitos que habían visto; una tenía los ojos demasiado separados y la otra, por el contrario, demasiado juntos, y, aunque Camelia no podía asegurarlo, le parecía que tenían algunos pelillos en la barbilla que no les favorecían nada.

—¿Veis a esas dos chicas de allí? —Camelia las señaló con disimuló, intentando no ser vista por ellas a fin de que no se ofendieran—. Son bonitas, ¿no creéis?

—¿Pero es que estás ciega?! —Malai estaba empezando a pensar que Camelia necesitaba unas gafas urgentemente—. *Parecen Shrek y Asno* disfrazados de mujeres.

—No te pases, Malai —a Kenai nunca le habían gustado ese tipo de comentarios, cada uno tenía el aspecto que tenía y no todos habían tenido la misma suerte que su gemelo y él—, quizá con un poco de maquillaje no estarían tan mal.

—¿Un poco?! —cuando fuera a comprar las gafas para Camelia, le compraría otro par a su hermano—. ¡Harían falta toneladas y toneladas de maquillaje!

Kenai negó con la cabeza, nada haría cambiar de parecer a su gemelo. Él era así, sin filtros, y si una mujer le parecía horrenda lo manifestaba sin más. Dalia intentaba no echarse a reír, pero no lo estaba consiguiendo. Ella también negaba con la cabeza, dando a entender que no estaba de acuerdo con la actitud de Malai, algo que al pequeño de los gemelos le sentó bien. Si estaban de acuerdo en algo, aunque fuera una tontería, quizás conseguiría hacerle entender el motivo de sus acciones. Tal vez, después de mucho suplicar, acabaría perdonándolo.

—La cuestión es que si queréis respuestas, tendréis que pedirles su número de teléfono—sentenció Camelia.

—Ah, pero no solo eso —Dalia quiso poner la guinda al pastel—. Tenéis que seducirlas. Queremos ver como se sonrojan.

Los chicos no podían creer lo que estaban oyendo, ¿de verdad iban a hacerles ligar con las dos rubias? A pesar de la decepción y de la vergüenza que estaban a punto de pasar, se alegraban de ver de nuevo a las chicas sonrientes y comprobar cómo la situación volvía poco a poco a la normalidad.

—Pues allá vamos —Kenai fue el primero en levantarse y dirigirse a su objetivo, lo cual sorprendió a todos. No quería hacerlo, pero si era

necesario para obtener las respuestas y la atención de Dalia, lo haría sin dudarlo.

Malai no tardó en seguirle, pero antes de darse la vuelta miró a Camelia, quien esperaba expectante. Ojalá fuera él quien le produjera esa sensación, quería ser el objetivo de sus miradas, quizá su hermano tuviera razón y sentía algo por la chica. Fijó los ojos en Dalia, que miraba a Kenai con renovado cariño. Se alegró por ellos, solo esperaba que su hermano no la volviera a cagar.

—¿Crees que lo conseguirán? —Dalia observó como el primero de los hermanos llegaba a la mesa de las rubias. Segundos después, lo hacía el otro —. Kenai parece especialmente animado.

—Puede —Camelia miró a su amiga, quien no apartaba los ojos de Kenai—. Sí que te fijas en él, ¿no?

—¿Yo?! —Dalia apartó la vista, sonrojada a más no poder. No quería que su mejor amiga sospechase nada—. Para nada.

Sus palabras no convencieron a Camelia, quien la conocía como si la hubiese parido. Había visto el brillo en sus ojos, sus sonrojos, las sonrisas de los primeros días e incluso su enfado después de que ella y Kenai se besaran aquella noche.

—Hola chicas, ¿habláis inglés? —las saludó torpemente Kenai en ese mismo idioma. Para arreglar su torpeza apoyó la cadera en la pared, se cruzó de brazos y se aclaró la garganta—. Soy Kenai y este que se acerca, es mi hermano Malai.

El mayor de los gemelos también se cruzó de brazos y dejó caer el peso de su cuerpo sobre una de sus piernas, lo que le daba cierto aire de chico malo.

—Estábamos sentados allí con nuestras primas —continuó Malai, señalando a las dos amigas, quienes les saludaron con emoción—, y no hemos

podido evitar fijarnos en vuestra belleza —a Kenai casi se le escapó la risa, el tono sarcástico de su hermano le dejó fuera de juego por unos segundos.

—De hecho, es gracias a ellas que nos hemos animado a venir a presentarnos —Kenai se acercó a su gemelo y le puso un brazo sobre los hombros.

Las chicas seguían calladas, sonreían como si estuvieran viendo algún tipo de espectáculo mientras se miraban entre sí. No tardaron en empezar a murmurar, demasiado rápido para que Kenai y Malai las entendieran. La sorpresa llegó cuando se dieron cuenta de que hablaban español y que habían hecho el ridículo hablándoles en inglés.

—Pues decidles a vuestras primas que sería un placer conocerlas —la voz de la primera chica era demasiado grave para pertenecer a una mujer.

—Son muy bonitas —continuó la otra—. ¿Cómo se llaman?

Kenai y Malai no sabían dónde meterse, les estaban rechazando por sus amigas. Si lo que empezaban a pensar era cierto y a las dos muchachas le gustaban las chicas, ya no habría manera de seducirlas para que les dieran sus números.

—Pero chicas, ¿no os gustaría pasar un ratito con nosotros? —siguió insistiendo Malai, no pensaba rendirse con tanta facilidad.

—Si sois más feos que una ensalada sin pollo —la segunda de las chicas parecía indignada y no dudó en citar a *Killadamente* con tal de quitarse a los gemelos de encima.

Ante aquel comentario, las dos muchachas a las que habían intentado impresionar se echaron a reír. Los chicos les parecían graciosos, pero nada del otro mundo. Cuando consiguieron parar de reír, se pusieron a hablar entre ellas ignorando por completo a Kenai y Malai, quienes, tras verse derrotados, tuvieron que volver junto a sus amigas con el rabo entre las piernas. Camelia y Dalia les vieron regresar con la cara roja por la vergüenza y la ira. Ellas

habían esperado que las muchachas se deshicieran en halagos al verlos aparecer, pero las cosas no habían salido según lo previsto.

—¿Qué ha pasado? —el tono preocupado de Dalia no pasó desapercibido para nadie, sin duda algo no había ido bien.

—Nos han rechazado —Kenai fue escueto, probablemente era la primera vez que lo rechazaban y algo así tenía que doler.

—¿Os han rechazado? —Camelia, por el contrario, se estaba hartando de reír—. ¿Qué? ¿Un duro golpe para vuestro ego?

—Muy duro, si se me permite decirlo —Malai también parecía enfurruñado además de decepcionado. En apenas una semana dos mujeres lo habían rechazado, ¿cómo había llegado a ese punto? Mientras seguía dándole vueltas a la pregunta, alzó la vista para toparse con la mirada picarona de Camelia y se sintió afortunado de los rechazos de aquella semana, tenía la sensación de que lo mejor estaba por llegar.

—En serio, ¿estás bien? —Dalia estaba preocupada por Kenai, quien fingía seguir abatido para recibir las atenciones de la chica.

—Venga compadre, arriba ese ánimo. No te preocupes, Dalia, que se recuperará —Malai empujó a su hermano, a quien poco le faltó para besar el suelo.

—Eso Dalia, Kenai puede apañárselas solito que ya es mayor.

Camelia se sentía dolida por la pasividad del muchacho, puesto que no le había dirigido la palabra ni había intentado quedarse a solas con ella. Aunque bien pensado, lo que en realidad le dolía era que no le hablara claro si no quería estar con ella. Aquello no le hubiese importado demasiado si al final quedaban como amigos. Era verdad que se había hecho ilusiones, pero parecía que esa relación solo le causaría problemas. Camelia anhelaba la tranquilidad que Kenai podría proporcionarle, pero en el fondo sabía que eran demasiado diferentes. Además, estar a su lado le había causado problemas con Dalia,

aunque esta no quisiera admitirlo. Tendría que hablar con ella y aclarar lo que sentía, su prioridad era volver a la normalidad con su amiga.

—Me acaban de llamar feo en mis narices —el más pequeño de los gemelos seguía en trance, no acababa de creerse la forma en que las chicas le habían rechazado.

—Hermano, nos estás dejando en ridículo. Déjalo ya —Malai miró a las chicas alternativamente, con la súplica reflejada en sus ojos—. Nenas, decidle lo guapo que es. No querréis verlo entrar en bucle, se pone muy pesado.

—Eres muy guapo —dijeron las dos a la vez, sonriendo al muchacho con la intención de tranquilizarlo.

—Tú también, Malai —Camelia, al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta, no supo cómo reaccionar—. No vaya a ser que te sientas marginado y te pongas a llorar.

—Gracias Camelia, eres muy amable —Malai contestó sin más, pero algo en su interior brincó al recibir un cumplido por parte de la muchacha.

—Volviendo al origen de nuestro pequeño encontronazo —Kenai parecía haber recuperado su animado carácter, las chicas le habían hecho volver a la realidad—, aunque no hayamos conseguido los números de las rubias, a lo mejor podríais contarnos lo que queremos saber. Así nos compensáis por la vergüenza que nos habéis hecho pasar al hacer que nos acercásemos a esos *mastodontes*.

—Bueno, lo habéis intentado así que, ¿por qué no? —Dalia no veía inconveniente en contarles quién era el señor Jae y cómo le conocieron, pero antes de empezar a hablar esperó la confirmación de su amiga, ya que no quería desvelar nada sin tener su permiso.

—Claro, han puesto en juego su ego. Se lo han ganado.

—Hacia poco que la librería había empezado a dar sus frutos,

habíamos conocido al señor Takeshi y teníamos nociones básicas de japonés. Todo empezaba a ser como habíamos soñado —Dalia hizo una pausa, no quería dejarse ni un solo detalle—. Aquella tarde nos traían algunos de los muebles que habíamos pedido y Camelia tuvo que marcharse antes del local. A ninguna de las dos nos ha importado nunca quedarnos solas en la librería y en el piso, Japón es uno de los países más seguros que hay. Además, como ya sabéis, no tenemos miedo a lo desconocido. Cuando salí, había un hombre mirando el escaparate con verdadero anhelo. Lo había visto paseando por delante del local en alguna ocasión, por eso aquella tarde le pregunté si deseaba algún libro. Le dije que teníamos ejemplares en japonés, si eso le preocupaba. Recuerdo que cuando me miró lo hizo con sorpresa, como si no esperase que nadie pudiera prestarle atención. Él me contestó que vivía en un portal, que no tenía para comer ni vestir y que mucho menos podía permitirse un libro —parecía que Dalia ya estaba muy lejos de allí, transportada por sus propias palabras y por los recuerdos—. Cuando empezó a alejarse de la librería, me dio la impresión de que necesitaba hablar con alguien, así que le propuse ir a tomar un té. El señor Jae es un hombre muy culto y habla español con increíble fluidez, como habéis podido comprobar. También es verdad que al principio tenía nociones muy básicas sobre el idioma pero gracias a la práctica lo aprendió todo muy rápido. Durante la hora que pasamos en esta misma cafetería, me contó que desde pequeño le había apasionado todo lo relacionado con la literatura, que leía todos los géneros, pues estos le permitían viajar por todo el mundo. Su familia le había dado una muy buena educación, pero nunca había salido de su país. De mayor dedicó una de las estancias de su casa a hacer una pequeña biblioteca, pero tras tener lugar un accidente, en el que murió su esposa y su hijo, lo perdió todo —llegados a ese punto, vieron como los ojos de la chica brillaban a causa de las lágrimas que intentaba contener—. Me contó que sintió mucho dolor, que no salió de la

cama en días y que poco a poco perdió el interés por seguir viviendo. Me dijo dónde pasaba las noches, justamente en el mismo sitio al que fuimos antes y, cuando se despidió ese día de mí, no dejó de darme las gracias efusivamente por haber escuchado su historia.

Camelia se emocionaba cada vez que oía la historia de su amiga. Por eso, desde el momento en que Dalia le contó la idea que tuvo aquella tarde, estuvo más que dispuesta a echarle una mano.

—Cuando llegó a casa le eché una bronca de mil demonios —continuó la chica de cabellos oscuros, recordando aquel instante como si hubiese ocurrido hacía un par de horas—. Había estado casi dos horas desaparecida y sin contestar al teléfono, poco me faltó para llamar a la policía. Sin embargo, a pesar de mis gritos ella ni se inmutó, se sentó en el sofá abatida y me dijo: tenemos que hablar. Dalia pocas veces pierde los nervios. No le hace falta alzar la voz para que todos bailen a su compás —Camelia le dio un codazo amistoso a su amiga—. Me explicó que había conocido a un amante de los libros, que incluso había montado una pequeña biblioteca en su casa, y que en los últimos años había tenido una vida dura. Me propuso prestarle un par de libros, a lo que accedí rápidamente. La historia del señor Jae me llegó al corazón, la pérdida de su mujer y su hijo al mismo tiempo, debió de ser horrible. Aun así, nuestra pequeña amiga se olvidó de contarme algo, que el hombre vivía en la calle.

—Era una información sin importancia, al menos a mi parecer —se defendió Dalia.

—Sin importancia, dice. La primera vez que fuimos a darle libros, estuvimos horas andando antes de encontrar el lugar exacto.

—La cuestión es que desde el momento en que les presenté, el señor Jae se ganó su corazón —Dalia no pudo evitar llevarse la mano al pecho, pues también se había ganado el suyo—, y ahora siempre le dice a Camelia que



espera con ganas un ejemplar de su primer libro —la chica miró a su amiga con una sonrisa, se sentía orgullosa de ella—. Así que, a ver si te espabilas y lo terminas de una vez por todas.

Los chicos, que hasta aquel momento habían escuchado el relato de Dalia con admiración y orgullo, empezaron a hacer preguntas a diestro y siniestro. Con la respuesta que les dieron, habían surgido muchos más interrogantes.

—¿Por eso vais cada semana a llevarle libros? —Malai fue el primero en empezar con las preguntas, aunque sus últimas palabras fueron dichas al mismo tiempo que las de su hermano.

—¿No se te pasó por la cabeza que podría haber sido un psicópata que os observaba a través del escaparate? ¿Cómo se te ocurrió ir a tomar un té con él? —Kenai parecía que estaba a punto de saltar por encima de la mesa y zarandear a Dalia por su estupidez.

—¿Tu primer libro? ¿Eres escritora? —Malai continuó preguntando, en esta ocasión, dirigiéndose directamente a Camelia.

—Te he visto muy emocionada y muy a gusto con el señor Jae, ¿por qué no estudias algo que te permita trabajar con personas como él? —el otro gemelo, quien parecía bipolar, se había calmado y ahora estaba más interesado en los gustos y estudios de la chica que tenía delante que en cualquier otra cosa.

Las chicas no cabían en sí de gozo por la curiosidad que despertaban en los hermanos. Sin ni siquiera pretenderlo, habían conseguido captar toda su atención.

—Eh, chicos, más despacio —Camelia puso las manos en alto, intentando parar las preguntas de los hermanos—. Vais a reventarnos los tímpanos.

—Son muchas preguntas —Dalia había tenido una idea, si querían

seguir preguntando, tendrían que currárselo un poco más.

—Es que sois una caja llena de sorpresas.

Malai estaba fascinado con ellas. Su amiga Dalia había demostrado tener una compasión y un sexto sentido para captar a la gente, solo hacía falta ver como los hermanos se sentían al compartir tiempo con ella. Por otro lado, cuando las conoció, pensó que Camelia vivía con la cabeza en las nubes y en aquel momento descubrió por qué. Ser escritora no era una profesión fácil, pero ella había tomado su propio camino, estaba decidida a conseguirlo y Malai estaba seguro de que llegaría a cualquier sitio que se propusiera y él esperaba estar a su lado cuando eso ocurriera. En el tiempo que había tenido para conocer a Camelia, había podido comprobar que la chica era muy constante y que no se rendía ante cualquier adversidad.

—Pues estas cajas de sorpresas están a punto de dejaros pasmados — los ojos grises de Dalia relucían, había llegado el momento de ponerlos a prueba de nuevo—. ¿No os parece que la vestimenta tradicional japonesa es diferente a cualquier cosa que hayáis visto antes?

—Sí, pero... ¿A qué viene eso? —por un momento Kenai pensó que se había quedado dormido durante algunos minutos y se había perdido parte de la conversación, pero al ver la expresión de las dos amigas se dio cuenta de que estaban tramando algo—. Oh, no. Otra vez no. Escuchad, esas chicas de allí están más interesadas en vosotras que en nosotros. Por muchas vestimentas que nos pongamos, es imposible que nos presten la más mínima atención.

—No es por eso, no os asustéis —Camelia estaba sorprendida del propio ingenio del muchacho, hubiera sido una buena idea si se les hubiera ocurrido antes.

Dicho aquello, las amigas se levantaron de la mesa y se dirigieron a la barra. Allí estuvieron hablando cerca de diez minutos con el que parecía ser el gerente del local, hasta que este accedió a prestarles la vestimenta durante la

siguiente hora con una condición. Camelia y Dalia no podían estar más encantadas con la propuesta del hombre, así que accedieron sin problemas. Los chicos las observaban detenidamente. Eran preciosas.

—Están buenas —Malai estaba orgulloso de su ocurrencia, era incapaz de no ser directo.

—Venga, Malai, no digas eso —Kenai nunca había compartido la soltura de su hermano, más bien al contrario, era bastante tímido y retraído en esos aspectos. Siempre le había costado dar el primer paso en sus antiguas relaciones, pero cuando el momento de tensión pasaba, era la persona más abierta del mundo.

—Venga, no me lo puedes negar —continuó el mayor de los gemelos, intentando provocar a su hermano—. Yo me he fijado y seguro que tú también lo has hecho. Si no, no la mirarías con esa cara de bobalicón —Malai se acercó a su hermano, mirándolo bien de cerca—. ¡Si se te cae la baba y todo! —el muchacho dejó de hablar cuando las chicas, cargadas con montones de ropa, estaban ya lo suficientemente cerca como para poder oírles.

—Pues ya está —Camelia soltó su montón de ropa encima de la mesa, poco después, lo hizo Dalia—. ¿Quieres hacer los honores?

—Si no te importa —Dalia le tomó la palabra y empezó a explicarle a los hermanos su plan—. Hemos tenido mucha suerte hoy —la muchacha daba palmaditas y sonreía de oreja a oreja, no podía estar más emocionada—. Veréis, los viernes a las siete siempre hacen un espectáculo en esta cafetería. Es una de esas danzas tradicionales con paraguas y abanicos, la cuestión es que hoy han fallado dos bailarines y bueno, hemos pensado, ya que estáis viviendo una verdadera aventura japonesa, que os gustaría tener una experiencia cultural de este calibre.

Veinte minutos después los chicos estaban vestidos con los kimonos que les habían facilitado las muchachas. Malai sostenía un abanico y Kenai un paraguas, estaban de lo más graciosos. Camelia y Dalia se les acercaron y le pidieron al gerente que les hiciera una foto a los cuatro; era un momento único y digno de ser immortalizado.

—¿Estáis preparados, chicos? —les preguntó el gerente en inglés—. Seguro que lo haréis muy bien.

—No lo sé, señor. No creo que tengamos la coordinación necesaria para hacer algo así —intentó excusarse Kenai.

—No hace falta coordinación, quizá un poco de equilibrio, pero ya está —el gerente entonces pareció darse cuenta de algo—. Por cierto, ¿qué hacéis con el paraguas y el abanico?

—Son parte de la danza, ¿no? —Malai no entendía nada.

—Sí, pero, los bailes tradicionales son los sábados, no los viernes.

—¿Cómo?! —exclamaron los gemelos a la vez.

—Pero si ellas nos han dicho que les faltaban dos bailarines —señaló Malai, furioso. Parecía dispuesto a arrancarle la cabeza a alguien—. Por eso nos hemos vestido así.

—No, chico, no —el gerente acababa de entender la broma que les habían gastado a los pobres muchachos, pero continuó explicándoles entre risas lo sucedido—. Hoy nos faltan un par de camareros, pero aquí todos vestimos con la ropa tradicional para servir a nuestros clientes.

Las chicas no podían parar de reír. Resultaba extremadamente fácil tomarles el pelo a Kenai y Malai. Cuando se trataba de complacerlas perdían todo rastro de cordura.

—Nos habéis vuelto a engañar —Kenai estaba enfadado, pero a la vez sentía que se lo merecían. Al menos, él se lo merecía por cazarro y por haber

jugado con las chicas.

Cuando el gerente volvió a salir les quitó de las manos los utensilios que llevaban y les entregó un par de bandejas.

—Es hora de ponerse a trabajar. Si lo hacéis bien, quizás os recompense por vuestro esfuerzo.

Con esas palabras los chicos se pusieron manos a la obra. Les costaba entender a algunos clientes, pero con el inglés parecía que iban tirando. Cada vez que pasaban al lado de sus amigas, iban soltando comentarios de los cuales todos se reían. Los chicos disfrutaban al verlas felices y ellas lo hacían al verlos con sus vestidos y trabajando en aquel local que era tan especial para ellas. Camelia y Dalia les hacían alguna foto de vez en cuando, para el recuerdo o para hacerles chantaje.

Cuando casi estaban a punto de acabar su hora de servicio, las chicas decidieron lanzar un beso al aire, destinado a ellos, para animarles. Ellos iban de vuelta a la barra y se tropezaron con sus propios pies, casi lanzando las bandejas por los aires. Estaba claro que disfrutaban haciendo sufrir a los muchachos.

Una vez que finalizó el trabajo y los cuatro se reunieron de nuevo, los muchachos les explicaron sin poder parar de reír algunas de las anécdotas vividas en la última hora. Malai les contó como una anciana se le había insinuado.

—Ha llegado el momento de las respuestas, chicas —Kenai estaba impaciente, esa vez sí que lo habían conseguido.

—A ver por dónde empezamos... —Camelia intentaba recordar todas las preguntas que les habían hecho e intentaba decidirse por la más relevante.

—Explícales cómo empezaste a escribir —la animó Dalia.

—Buena idea, Dalia —Malai tomó la iniciativa, incitando a Camelia para que hablara—. Cuéntanos cuándo descubriste que había una escritora

viviendo en tu interior.

—Si pretendías sonar profundo, no lo has conseguido en absoluto — Camelia se burló del chico, pero en el fondo se sentía complacida en que mostrara ese interés por ella.

Dalia, por su parte, se fijó en el creciente interés del muchacho y en la reacción de su amiga, en cómo se retorcían sus manos debajo de la mesa en señal de nerviosismo.

—La verdad es que no puedo recordar un momento de mi vida en el que no haya tenido una libreta y un bolígrafo donde anotar mis ideas —empezó Camelia, intentando ocultar que hablar de ello, además de tener toda la atención de Malai, la estaba haciendo sentir vulnerable—. Cuando cursábamos primaria en nuestra escuela convocaron un certamen de escritura. No era muy justo porque podían participar desde primero hasta sexto y está claro que un infante de seis años no lo hace como uno de once. La cuestión es que nuestras familias me animaron a presentarme, yo tenía nueve años. Estuve semanas escribiendo y reescribiendo para que fuera perfecto. El día que dieron los premios estaba muy emocionada. Aunque esa vez no gané, la niña que lo hizo nos leyó su historia y me pareció tan maravillosa que seguí presentándome hasta que dos años después conseguí hacerlo. Esa niña me animó a seguir escribiendo, pero no paré cuando gané el concurso escolar, sino que he continuado hasta el día de hoy.

—Camelia ha ganado varios premios más desde entonces, no solo en el instituto, sino también en eventos organizados a nivel tanto local como comarcal —añadió Dalia, mostrando lo orgullosa que se sentía de su mejor amiga.

—Sí, bueno... —Camelia parecía volverse tímida por segundos—. Desde que nos mudamos aquí me siento más preparada para afrontar este reto. No es fácil sacar un libro y más sin contar con el respaldo de gente del

mundillo. Es más, hay que tener un buen padrino para triunfar en el sector.

—Al menos no estás sola —Kenai miró a las chicas, admirando la conexión que existía entre ellas—. Tienes el respaldo de Dalia y de tus padres, ¿no?

—Sí, por supuesto.

—A partir de ahora también vas a contar con nuestro apoyo, —se apresuró a añadir Malai—por si sirve de algo.

—Siempre sirve tener a alguien que te respalde, muchas gracias.

Tras eso, los gemelos continuaron preguntando más cosas sobre el libro, pero la chica no les dio muchos detalles, solo que esperaba sacarlo antes de que acabara el año. También les explicó que había empezado un máster de escritura creativa a distancia y que estaba aprendiendo mucho. Además, le había dado las fuerzas y la confianza que le faltaban para sacar adelante sus proyectos.

—¿Y tú qué te cuentas, Dalia? —Kenai dirigió su atención a la otra muchacha—. No habrás creído que ya no me acordaba de ti, ¿verdad? Venga, desembucha.

—Respondiendo a tu primera pregunta, te diré que el señor Jae nunca se mostró hostil ni parecía un acosador de ningún tipo —la muchacha no pudo evitar defender a su amigo de nuevo, sabía cómo trataban a las personas que vivían como él y no pensaba permitirlo—, y sí, también sé que los acosadores muchas veces se ganan la confianza de sus víctimas con una aparente buena conducta y halagos, pero no fue el caso. Por lo referente a tu otra pregunta, te diré que cuando tuvimos que decidir qué estudiar no podía elegir entre mis dos pasiones. Siempre había una pregunta que rondaba por mi mente; ¿los libros o el trabajo en sociedad? —Dalia puso los brazos como si fueran una balanza y empezó a subirlos y bajarlos como si no pudiera encontrar el equilibrio—. Al final me decidí por la filología, así podríamos abrir la librería con la que

siempre habíamos soñado. Con el tiempo me fui dando cuenta de que me faltaba algo y cuando Camelia me dijo que se había apuntado al máster, decidí seguir su ejemplo y empezar una segunda carrera a distancia. Gracias a ella, en junio acabé el primer año de trabajo social. Todavía me queda mucho para terminar, pero me hace muchísima ilusión.

—No me extraña, solo hay que ver cómo has tratado al señor Jae — Kenai parecía estar muy seguro de lo que decía, aunque poco a poco fue bajando la voz para añadir—. Ojalá hubiera más gente como tú.

Malai y Kenai estaban apoyados con los codos sobre la mesa y tenían la cabeza recostada en sus manos. Los ojos, abiertos como platos, brillaban a la espera de que sus amigas les contaran más cosas sobre ellas. Estaban ansiosos por conocer más detalles de aquellas dos muchachas, quienes les habían robado el corazón sin que ellos lo pudiesen evitar.

Malai continuó lanzándole preguntas a Camelia sobre sus proyectos y Kenai continuó hablando con Dalia sobre distintos temas relacionados con el estudio de su nuevo grado. Estaba tan emocionada y le apasionaba tanto el tema de conversación, que hasta se olvidó de su enfado con el chico con el que conversaba. Ellos las escuchaban embobados, dos semanas antes se habían sentido muy importantes al hacerlas saber que habían acabado su segunda carrera y ellas no habían dicho nada. Ahora se arrepentían de haber sido tan soberbios respecto sus logros.

Finalmente, lo que había empezado con un ambiente tenso, había terminado convirtiéndose en tres horas de retos y conversaciones, envueltas en un clima de amistad, cariño y diversión.

Eran pasadas las ocho de la tarde cuando salieron del local para



dirigirse al karaoke y mover un poco el esqueleto. Las chicas no podían recordar la última vez que habían ido a bailar libremente. De aquella forma, esperaban deshacerse por completo de la tensión que se había apoderado del grupo durante la última semana.

Malai, que había estado casi toda la tarde conversando, sorprendentemente sin discutir, con Camelia, decidió ir a charlar con Dalia, pero algo le detuvo. La chica que le estaba robando el corazón estaba ante él con una sonrisa triste.

—Déjala, es mejor que esté un rato a solas con Kenai —Camelia estaba empezando a entender el disgusto de su amiga la otra noche, lo que no entendía es como no se había dado cuenta antes. Supuso que porque Kenai le había seguido la corriente en su tonto.

—Pero, pensaba que a ti te gustaba mi hermano —Malai estaba sorprendido. ¿Por qué no trataba de impedir que Kenai y su mejor amiga se quedaran a solas? Después de las miraditas de aquella tarde, estaba claro que había algo entre ellos o lo habría, si fueran claros por una vez y se dejaran de juegos. Seguro que Camelia también lo había notado.

—Ya bueno, yo también lo pensaba —su voz no sonó tan triste como se habría esperado, sino más bien como si hubiera tenido algún tipo de revelación desde el sábado anterior.

Kenai y Dalia caminaban en silencio, aunque no era realmente incómodo. Habían pasado una buena tarde y la chica había vuelto a conectar con el muchacho de los primeros días; el chico simpático, pacifista y sincero. No el del sábado anterior por la noche cuando había visto el arrepentimiento en sus ojos mientras aún besaba a su amiga, si no le gustaba, ¿por qué la había besado? Si al final la situación le hacía daño a Camelia, no se lo perdonaría.

—Hemos pasado una buena tarde, ¿no crees? —el chico miró a los ojos grises de Dalia, esperando que compartiera sus sensaciones.

—Sí, ver como fracasábais al intentar ligaros a aquellas chicas y contemplaros trabajando de camareros ha sido genial —ella no pudo evitar tomarle el pelo, verlo tan dolido por el rechazo de la rubia le había reblandecido el corazón.

—Yo estaba pensando más en la conversación que hemos tenido después —era el momento de lanzarse a la piscina y Kenai lo sabía. Ya no tenía la confianza de la chica, así que poco le quedaba por perder—. Tienes un gran corazón al hacer lo que haces y espero que lo uses también para perdonarme.

—No hay nada que perdonar —la postura de la chica pasó a ser tensa, todo iba muy bien hasta que el muchacho había decidido meter el dedo en la llaga.

—Tengo que explicarte muchas cosas, así que por favor solo quiero que me escuches —suplicó Kenai, tal como lo había hecho en la librería esa misma tarde.

—No Kenai, con quien tienes que hablar es con Camelia. Explícale por qué no la has llamado o insistido en verla esta semana, por qué había tanto pesar en tus ojos cuando la besaste —a Dalia le dolía más de lo que nunca admitiría poner tanta resistencia, pero era lo que tenía que hacer—. Habla con ella, a mí no me debes nada.

—Dalia no lo entiendes, si me escucharas...

—Mira, Kenai, no es el momento.

—Eres demasiado tozuda —el chico la cogió de los brazos y la detuvo en medio de la calle, intentando que le mirase a los ojos—. Lo único bueno que vas a sacar de tu carácter es que si se te mete en la cabeza buscar un hogar para todos los señores Jae de este mundo, nadie podrá pararte.

Ante eso, el enfado de Dalia pareció esfumarse. Kenai había conseguido que la rabia que la chica sentía por él desapareciese, dejando paso

a la posibilidad de perdonarle.

—¿Por qué os paráis? —la voz confundida de Malai sonó más cerca de lo que ninguno esperaba—. ¿No vamos a bailar?

—Sí, por supuesto —Kenai empezó a andar y su hermano, quien notó su estado de humor, se apresuró a ponerse a su lado.

—¿Estás bien? —Camelia cogió del brazo a su amiga y se pusieron a andar detrás de los gemelos.

—¿Y tú? —a Dalia le daba miedo que su amiga se enfadara con ella por haberla dejado sola con Malai para poder estar un rato más con Kenai.

—Sí, claro —Camelia entendía el malestar de su amiga, tendría que hablar con ella y decirle que ese día le había hecho un regalo mayor de lo que nadie, ni siquiera ella misma, hubiera imaginado.

—Entonces todo irá bien.

## CAPÍTULO 16

Aquel día Kenai y Malai habían descubierto algo nuevo y sorprendente sobre las amigas, las mismas que les traían de cabeza desde que las habían conocido al llegar a Kioto. Desde los ojos de Camelia habían visto aparecer nuevos mundos, ocultos en los pensamientos más profundos de la muchacha y habían conocido la bondad más pura gracias a Dalia. Aquellas mujeres, quienes se habían cruzado en su camino por pura casualidad, se habían convertido en algo especial para ellos.

Jamás hubiesen imaginado que dos chicas totalmente diferentes fuesen capaces de calar tan hondo en sus corazones y despertar en ellos sentimientos que pensaron que no experimentarían nunca. Kenai y Malai siempre se habían sentido acompañados, puesto que se tenían el uno al otro, pero no se habían sentido tan completos como lo hacían al estar cerca de las muchachas. Les volvían locos, era cierto, pero no encontraban una sola razón para cambiar el camino que había escogido y que les había reunido con ellas.

En aquel momento, mientras las veían bailar y disfrutar como dos niñas sobre la pista del karaoke, se dieron cuenta de que aquellas dos chicas tenían mucho que ofrecerles todavía. Camelia movía las caderas con gracia mientras Dalia levantaba los brazos y los agitaba al son de la música. La siguiente canción que sonó en el local, para sorpresa de todos, fue una bachata y, sin necesidad de buscar a alguien más, las dos amigas se cogieron de las manos y empezaron a bailar. Quizás no eran bailarinas expertas, pero eran muy capaces de seguir el ritmo de la música y de divertirse al son de aquella bonita canción.

Malai y Kenai las observaban embelesados, las chicas eran únicas y no

podían permitirse perderlas. Habían tenido la gran suerte de conocerlas durante su viaje y no dejarían que nada ni nadie les separase de ellas. Harían cualquier cosa por conservarlas, protegerlas y hacerlas sonreír cuando estuvieran tristes y pensarán que nada bueno les podía pasar. El mayor de los hermanos era consciente de que tenía que intentar mantenerse al lado de Camelia, aunque fuese solo como amigo, pero esperaba que pudieran llegar a ser algo más. Ya que había admitido ante sí mismo sus sentimientos, tenía que volver a la carga. Kenai las miraba con tristeza, sabía que no podía seguir traicionando a su corazón. Las necesitaba a las dos, aunque no de la misma forma, y tendría que hablar con ellas cuanto antes para aclarar las cosas y que todo volviese a la normalidad.

Los hermanos se miraron, comunicándose sin dejar que las palabras salieran de sus labios, y se unieron a las chicas en la pista de baile. No eran unos grandes bailarines, pero querían aprovechar todo el tiempo posible con las amigas. No iban a desperdiciar ni un solo segundo de su compañía.

Cuando el local estaba a punto de cerrar, Camelia y Dalia tuvieron la gran idea de dedicarles una canción. Siempre les había encantado cantar juntas y vieron la gran oportunidad que les ofrecía aquel momento. Antes de subir al escenario Dalia se acercó a Kenai y, antes de poder arrepentirse, se armó de valor para tener un acercamiento con él.

—Te prometimos una canción, pues aquí la tienes —y, haciendo acopio de un sentimiento de valentía repentino, le dio un suave beso en la mejilla. Fue apenas un roce de sus labios sobre el rostro de Kenai, lo suficiente para que el corazón del chico se acelerara y quisiera llevársela del bar para poder estar a solas con ella.

Cuando se giró vio cómo su amiga le guiñaba el ojo a Malai y le pasaba una mano por el pelo, fingiendo apartarle un mechón que no existía. Dalia se le acercó corriendo y, cogidas de la mano, se encaminaron al

escenario improvisado del karaoke. Miraron a los chicos con una sonrisa y les señalaron, guiñándoles el ojo poco después.

—Os lo debemos, por “*Los Gemelos en apuros*”, el mejor vídeo que la historia de *YouTube* ha tenido el placer de tener en sus registros —las chicas reían mientras hablaban, haciendo que sus voces se escuchasen más altas de lo debido a través de los micrófonos.

Cuando el DJ recibió la confirmación de las chicas, dejó que la canción que ellas mismas habían elegido empezase a sonar. Estaban nerviosas, la canción decía mucho más de lo que ellas mismas eran capaces de admitir. Habían decidido tirarse a la piscina, ya no podían dar marcha atrás. La canción escogida fue “*He could be the one*” de *Hannah Montana*, la serie que veían de pequeñas. La melodía era bastante movida, nada de esas bandas sonoras que acostumbraban a ser lentas, pero la letra era todo lo romántica que se esperaba de una canción extraída de una serie adolescente. El momento de empezar a cantar llegó y ambas respiraron hondo, estaban preparadas.

La canción hablaba sobre las emociones que un chico le hacía sentir a la muchacha que había compuesto la canción. Relataba como la adolescente se sentía atraída hacia él por su forma de ser y que algo le provocaba hacer cosas estúpidas cuando le veía sonreír. Eso mismo era lo que experimentaban los cuatro amigos cuando estaban juntos. Nombraba que el chico tenía algo especial y le indicaba que él podría ser el único. Camelia y Dalia pensaron que esa canción definía a la perfección cómo se sentían ellas cuando estaban con los gemelos y con ella quisieron intentar hacerles ver lo que se empezaba a despertar en sus corazones.

Quizás no fuesen expertas en música, pero al menos no desafinaban y lo hicieron mucho mejor que los los chicos la última vez que se reunieron en el local. Kenai y Malai no podían creer lo que acababan de escuchar, no sabían cómo reaccionar. ¿Se les acababan de declarar de alguna forma? ¿Las chicas

esperaban una reacción por su parte después de eso? Los hermanos se miraron y acordaron entre ellos no hacer preguntas, las chicas hablarían cuando estuviesen preparadas. En el momento en que aquello pasara, las recibirían con los brazos abiertos. Malai empezaba a estar dispuesto a admitir que Camelia le despertaba algo más de lo que habría estado preparado para compartir hacía una semana. Le emocionaba pensar que, por el guiño y el gesto que ella le había hecho antes de subir al escenario, quizás ella sintiera algo por él.

Malai empezaba a estar tranquilo y a sentirse relajado, Camelia le había confirmado que no sentía nada por su hermano gemelo. Así, tendría más posibilidades de estar con ella si estaba dispuesta. Además, ya no tenía motivos para volver a pelearse con su hermano, la paz volvería antes de lo pensado. Por su parte, Kenai estaba deseando poder hablar con Dalia y decirle que sentía lo mismo, ya que estaba seguro de que la canción se la había dedicado a él, pero, ¿cómo hacerlo cuando el único momento en que podían hablar sin pelearse era cuando bebían o estaban en un ambiente festivo? No creía que esos fuesen los momentos más adecuados para hablar sobre algo así.

Cuando las chicas abandonaron el escenario recibieron con alegría y emoción las alabanzas de sus amigos. Los nervios habían desaparecido por completo y se habían quitado un gran peso de encima. Se les habían declarado sutilmente y por fin volvían a sentirse relajadas y felices. Para Dalia fue más o menos fácil, pues tenía muy claros sus sentimientos, pero para Camelia fue un poco más más costoso, ya que no estaba muy segura de qué quería en aquel momento, cuando apenas había empezado a descubrir los sentimientos que de verdad habitaban en su corazón, bajo la fortaleza que había creado con sumo cuidado durante aquellos últimos años.

—Es pronto para volver a casa, ¿no creéis? —Malai miró a sus compañeros, deseando que estuviesen de acuerdo y que no quisieran volver a

encerrarse otra vez. Había esperado muchos días para pasar de nuevo tiempo con las chicas y no quería desperdiciar aquella noche.

—¿Vamos a tomar algo? —Camelia estaba entusiasmada, no quería alejarse de ellos tan pronto.

—Me parece bien, pero nada de *sake*.

Todos rieron ante las palabras de Kenai. Estaba claro que la bebida típica japonesa no le había sentado nada bien. Esperaba no volver a probarla en mucho tiempo.

La noche resultó más divertida que cualquier día de los que habían pasado juntos en las últimas semanas. Camelia y Dalia habían conseguido soltarse con ellos y ya no se ocultaban, ni tampoco lo hacían con sus sentimientos. Kenai y Malai habían aprendido que lo mejor que podían hacer era ir de frente, sin dejar que sus miedos les frenasen en el momento de hacer aquello que deseaban.

Cuando decidieron que la noche debía llegar a su fin, los efectos de la cerveza japonesa habían empezado a dar sus frutos. El camino hasta sus respectivos alojamientos iba a ser toda una aventura.

Las chicas caminaban unos metros por delante de los muchachos, riendo y empujándose, retándose para ver quién era la primera que acababa cayendo de bruces al suelo. Los chicos no podían parar de reír al verlas, a veces parecían dos crías y eso les divertía y les enorgullecía al mismo tiempo. Era increíble que, a pesar de la edad que tenían, fuesen capaces de mantener a su niña interior y dejar que saliera de vez en cuando.

Habían decidido acompañarlas hasta su apartamento. Aunque Kioto era una ciudad muy segura pensaron que las chicas no estaban en plenas facultades



para llegar solas y sin un rasguño. Tardaron más de media hora en llegar al bloque donde vivían las chicas, cuando en realidad no había más de diez minutos. Estaba claro que el alcohol no era un buen compañero para ninguno de ellos.

En cuanto se encontraron frente a la portería, se miraron los unos a los otros, esperando que alguno diese el paso para llevar a cabo una despedida que al parecer ninguno quería. Se quedaron parados durante unos segundos. Daba la sensación de que ninguno de los cuatro estaba dispuesto a abandonar el lugar. Entonces, Camelia tuvo una idea.

—¿Qué os parece si mañana pasamos de tanta juerga y nos relajamos un poco? —Dalia aplaudió en señal de aprobación, sabía lo que su amiga estaba proponiendo y le entusiasmaba la idea.

—¿En qué estás pensando? —Malai estaba interesado en saber lo que la chica tenía planeado para ellos, parecía que los tiempos en que jugaban unos con otros habían terminado.

—Podríamos ir al balneario —Camelia miró a los demás, esperando ver la aprobación en todos y cada uno de los rostros que le acompañaban—. Bueno, en realidad no es un balneario como tal, son aguas termales. Creo que nos vendría bien un poco de descanso.

—Me parece una idea genial —Dalia abrazó a su amiga y tuvo que agarrarse a ella con fuerza para no caerse al suelo, el alcohol empezaba a provocar que su equilibrio fallase. Soltó una risita nerviosa cuando consiguió estabilizarse y miró a sus compañeros—. Creo que será mejor que dejemos de beber durante un tiempo.

Los cuatro rieron, estaban totalmente de acuerdo con Dalia. No hacía falta nada más que verlos; los chicos tenían que apoyarse el uno en el otro para mantenerse rectos y las muchachas parecían estar haciendo grandes esfuerzos para no acabar sentadas en el suelo.

—¡Perfecto! Pasaremos a buscaros por el hostel —Dalia se acercó a los muchachos para despedirse de ellos con un corto abrazo, en aquel momento no podía pensar en lo decepcionada que se sentía respecto a Kenai.

—No es necesario, podemos venir nosotros —Kenai le sonrió cuando esta se separó y se acercó a despedirse de Camelia de la misma forma. Aunque esta se mostró poco receptiva, nadie pareció notarlo.

—No os preocupéis, nos pillá de paso.

Con aquellas últimas palabras, Camelia y Malai se despidieron también. Su abrazo duró mucho más que los demás, pero no pareció que a ninguno le importase. Al contrario, Dalia y Kenai no se daban cuenta de nada, pues desde hacía algunos minutos se estaban mirando a los ojos, sin tocarse, pero aun así compartiendo mucho más de lo que habían compartido hasta aquel momento. Kenai sospechaba que Dalia no se habría mostrado tan abierta de no ser por los efectos de la cerveza, pero no pensó ni por un segundo en detener aquel momento que ambos estaban compartiendo por fin. Cuando Malai y Camelia se separaron, ella tuvo que desviar la mirada para evitar enrojecer mientras él se unía rápidamente a su hermano, quien ya había emprendido el camino hacia el hostel.

Las muchachas esperaron hasta que ambos desaparecieron al girar la calle y se dirigieron al interior del bloque con una sonrisa dibujada en sus labios. Después de todo el malestar que habían vivido en los últimos días, parecía que todo volvía a ir bien.

## CAPÍTULO 17

—¿En serio vas a llevarte el bikini? —Dalia miró a Camelia con escepticismo, eran dos piezas de color negro con piedrecitas de colores en la parte delantera del sujetador, que era una especie de top. La parte de abajo era más parecida a un tanga que otra cosa—. ¿No crees que es demasiado provocativo?

—Puede ser, pero si no me luzco ahora, ¿cuándo voy a hacerlo? —Camelia se acercó a la bolsa de su amiga y sacó el bañador que había escogido; era lo más feo que había visto nunca, de color marrón con pequeñas margaritas en los tirantes y el ribeteado del pecho—. ¿En serio? Tú no vas a ir a ninguna parte con esto.

Con una sonrisa, Camelia se llevó el bañador de Dalia y se dirigió a la habitación de esta a escoger algo más apropiado. Después de mucho buscar, se decidió por un trikini de un color perlado que combinaba a la perfección con sus ojos, supuso que su amiga no querría enseñar demasiado y lo más lógico era ofrecerle un punto intermedio. El trikini tenía un buen escote y enseñaba toda la espalda, la parte delantera se juntaba justo encima del ombligo y las braguitas dejaban ver parte de los cachetes. Cuando vio el horror reflejado en el rostro de su mejor amiga, no pudo evitar echarse a reír.

—Vas a ir al balneario con los dos tíos más macizos que has conocido, ¿no crees que ha llegado el momento de mostrarles tus armas y dejarles fuera de combate? —Dalia rio ante el comentario de su amiga, cada día estaba más loca—. Además, ¿por qué te lo compraste si nunca te lo pones?

—Solo quiero dejar fuera de combate a uno, no a todo el mundo que que esté allí, pero es imposible —la más pequeña de las amigas se dejó caer

sobre el sofá, pero al ver la mirada de su amiga se levantó con rapidez—. ¿Qué estás tramando?

—Vamos a conseguir lo que buscas —Camelia estaba dispuesta a ayudar a su amiga y que esta volviese a sonreír; haría todo lo que fuera posible.

—Sabes que me refiero a Kenai, ¿verdad? —Dalia agachó la cabeza, pensó que había llegado el momento de confesarle a su mejor amiga algo que tendría que haberle contado hacía días. Camelia, por su parte, tenía sus sospechas de quien le gustaba a su amiga, ya que había visto su reacción después de que ella y Kenai se besasen, además de todo lo sucedido el día anterior en el karaoke.

—Lo sé, pequeña —Camelia se acercó a ella y le dio un corto abrazo, extendiéndole el trikini poco después para que lo guardase en su mochila—. Te ayudaré en lo que haga falta, solo tienes que dejarte llevar de vez en cuando.

—Pensé que te gustaba, por como os miráis —la chica miró a su amiga, esperando que no empezase una guerra entre ellas.

—Yo también lo pensaba, hasta que me besó y me dí cuenta de que no —ambas se sentaron en el sofá, aún tenían tiempo de hablar—. Sé cómo soy y soy consciente de que mi carácter no es fácil. Me ha costado mucho admitir esto ante mí misma y me cuesta todavía más admitirlo delante de alguien, aunque seas tú. Creo que, el primer día que nos cruzamos con los chicos, algo en mi interior me avisó de que uno de ellos me robaría el corazón —Camelia sonrió, recordando algunos de los momentos vividos con los gemelos—. Al parecer, no quise darme cuenta de que se aceleraba cuando peleaba con Malai y no cuando pasaba mi tiempo con Kenai. Según mi punto de vista, él era la opción fácil y segura. Una alternativa que no me haría daño.

—Entonces, tendremos que hacer algo para que se den cuenta de una

vez por todas de que somos nosotras lo que andan buscando —Dalia abrazó a su amiga, por fin podían hablar con tranquilidad y sin miedo—. Creo que ambas nos hemos percatado de lo perdidos que están.

—Déjame a mí, tengo el plan perfecto.

—¿No tienes algo más ridículo? —Kenai habló con ironía, ver a su hermano embutido en un bóxer no era lo que más le apetecía—. Parece un bañador de niño pequeño.

—Pretendo ser sexi, ¿es que no lo ves? —Malai se dedicó a hacer varias poses dignas de un culturista, aunque no se le daba del todo bien. Levantó los brazos para mostrarle a su hermano sus bíceps, luego se pasó las manos por los abdominales y finalmente se dio la vuelta para poner sus manos sobre el trasero, girando la cabeza y lanzándole un beso al aire. Kenai no pudo evitar echarse a reír, había añorado esos momentos con su hermano.

—Haz el favor de ponerte otra cosa, se te van a salir las campanas.

Con una mueca y un movimiento de caderas que hizo que Kenai se partiese de risa, Malai se retiró al cuarto de baño para ponerse un bañador algo menos ostentoso. Pretendía llamar la atención de las jóvenes, pero se centraba en una en especial. Decidió confiar en su hermano y no arriesgarse a vivir un momento vergonzoso, bastante tenía con conseguir que la chica que le había robado el sueño le hiciese caso.

Cuando estuvo listo, se reunió con su hermano en la habitación del hostel y ambos acabaron de preparar sus respectivas mochilas. Estaban contentos de poder pasar un día más con las chicas, sobre todo uno dedicado únicamente a relajarse, olvidando las bromas y los retos. Quisieran o no, el verano algún día llegaría a su fin y tendrían que separarse. No querían pensar

en ello, así que decidieron disfrutar de cada momento que pasaran juntos.

Los chicos empezaban a entender lo que estaba pasando; habían caído en las garras del amor y lo habían hecho más rápido de lo esperado.

En aquel momento se dieron cuenta de que únicamente les bastaba ver una sonrisa dibujada en los rostros de las muchachas para sentirse completos.

—¿Te han dicho a qué hora van a llegar? —Malai miró a cada lado de la calle, esperando ver aparecer a las chicas.

—Dalia ha dicho que estarán aquí en unos cinco minutos, no te agobies —Kenai le puso una mano a su hermano en el hombro, pero este la retiró con rapidez. El muchacho miró otra vez el móvil, pero no había ningún nuevo mensaje. Esa misma mañana habían acordado que mejor se verían a las puertas del balneario, así las chicas no tendrían que dar un rodeo para pasar por el hostel. Seguro que las muchachas estaban al caer.

—¡No me estoy agobiando! Solo quiero relajarme —el chico suspiró con frustración, estaba cansado de que lo calasen con tanta rapidez. Desde que había conocido a Camelia y Dalia hacía algunas semanas, le costaba ocultar sus inquietudes.

—Míralas, por ahí llegan —Kenai alzó su brazo para saludar a las chicas, que se acercaban con parsimonia.

—¿Por qué hemos quedado tan pronto? El balneario está abierto todo el día —se quejó Camelia nada más llegar a la altura de los chicos, madrugar no era lo suyo.

—¡Hay que empezar el día con energía! —Dalia le dio un pequeño empujón, provocando que su amiga fuese a parar a los brazos de Malai, quien la cogió con rapidez para que no se cayera—. ¡Lo siento!

—Sin duda, estáis locas —el chico se echó a reír, ayudando a Camelia a que se incorporase. No pudo evitar mirarla a los ojos cuando consiguió que esta se pusiera de pie.

Todo se detuvo alrededor de Malai y Camelia cuando sus ojos se encontraron. No entendían muy bien qué estaba pasando, pero parecía que sus corazones habían empezado a latir al unísono y que se complementaban a la perfección. ¿Sería aquello lo que se siente cuando encuentras a lo que llaman tu media naranja? Ellos no lo sabían, pero estaban dispuestos a descubrirlo.

Camelia, al darse cuenta de la situación en la que se encontraban, se deshizo rápidamente del chico, aunque este no la soltaba, y miró a sus compañeros, intentando dar con algún comentario lo bastante borde para intentar disimular.

—¿Piensas mantenerme en tus brazos todo el día? No necesito ayuda para caminar —con un brusco movimiento, se alejó de Malai y se posicionó al lado de su amiga, quien la miraba con picardía—. Oh, para —susurró Camelia con la intención de que solo Dalia la escuchase, esperando que sus mejillas no se sonrojasen.

—¿Entramos? —Dalia, intentando que su amiga no se incomodase, instó a los chicos para que empezase su día de relajación.

—¡Ya era hora! —Malai tiró de su hermano hacia el interior del recinto, necesitaba pasar un rato tranquilo.

Algunos pasos por detrás, las chicas empezaron a seguirles. Durante todo el camino hacia el balneario Camelia se había hecho la misteriosa respecto a su plan, pero llegados a ese punto, la impaciencia y el nerviosismo de Dalia se hicieron notables.

—¿Vas a contarme lo que estás planeando? —Dalia le susurró a Camelia, esperando que los chicos no se enterasen del plan de su amiga.

—Solo tienes que sacar tu lado más sensual, a ver si así se dan cuenta

de lo que se están perdiendo —Camelia le pasó un brazo por encima de los hombros a su amiga, mirándola con la amenaza marcada en sus ojos—. Y, sobre todo, ignora a Kenai. Tienes que conseguir sacarlo de quicio.

Con una sonrisa maliciosa dibujada en sus rostros, las chicas siguieron a los muchachos hacia el interior. Una vez dieron sus nombres y confirmaron su reserva, cada pareja se dirigió a sus respectivos baños para poder cambiarse. Al llamar aquella misma mañana para reservar, las chicas habían tenido que pedirle un favor a una de las masajistas que trabajaba en el local y que solía ir a comprar libros para su hijo a la librería. Al final, gracias a sus dotes y su carisma, se habían salido una vez más con la suya.

Dalia estaba nerviosa, cualquiera lo habría notado, estaba claro que no se sentía muy conforme con su vestuario. Era consciente de que Camelia lo había hecho por su bien, pero empezaba a sentirse incómoda antes ni siquiera de que los chicos la vieran. Miró a su amiga con horror, pero solo le bastó recibir la sonrisa de Camelia para darse cuenta de que estaba espectacular.

Cuando los cuatro se reunieron en el lugar que les había sido asignado, Dalia se sonrojó al ver la mirada de Kenai sobre su cuerpo. No sabía cómo reaccionar en aquel momento, pero inmediatamente supo que le haría sufrir por todo lo que le había hecho hasta el momento. Por otro lado, Camelia se sentía feliz consigo misma; había conseguido su objetivo y Malai era incapaz de apartar la mirada. Este último se sonrojó, al darse cuenta de que su hermano le miraba fijamente.

—Disimula un poco, se te van a salir los ojos de las órbitas —Kenai le dio un leve empujón a su hermano, a lo que este solo pudo reaccionar con una sonrisa.

—¿Pero tú la has visto? Parece una diosa —estaba claro que a Malai se le caía la baba mientras observaban a las chicas, quienes ya se empezaban a sumergir en la piscina de agua caliente—. Sobre todo, con ese tanga, ¿me vas



a negar que las vistas desde aquí son geniales?

—Contrólate, estamos en un sitio público —a pesar de lo dicho, el chico no pudo hacerlo con sus ojos y miró lo que su hermano le había señalado y, en su interior, tuvo que admitir que tenía razón. A pesar de que el bañador de Dalia cubría un poco más, no pudo evitar pensar que tenía un aspecto de lo más tentador. O ambos hermanos empezaban a contenerse o pronto su excitación se haría visible y aquello era algo que ninguno de los presentes quería que ocurriera.

Malai agachó la mirada, sabía que estaba avergonzando a su hermano, algo típico en él. Decidió ahorrarse ese tipo de comentarios, al menos mientras Kenai estuviese presente. Siempre habían sido muy diferentes; a Malai no le importaba manifestar aquello que pensaba, pero Kenai era más reservado y se regía más por los hechos que por las palabras. Mientras crecían juntos, aprendieron a respetarse y apoyarse el uno al otro, sin necesidad de tener a nadie más a su lado. Poco a poco empezaron a complementarse y se estableció un equilibrio entre los dos, de manera que Kenai dejó de ser tan tímido y Malai empezó a pensar un poco más antes de pasar a la acción.

Los gemelos se unieron a las chicas en la piscina y pronto sintieron como el agua caliente calmaba todos sus nervios y les ayudaba a olvidarse de sus preocupaciones. Después de tanta fiesta, tantas guerras y tantos malentendidos necesitaban un poco de paz y tranquilidad. Los chicos se mantenían en una parte de la pequeña piscina y las muchachas, en otra. Parecía que ninguno de ellos quería acercarse demasiado, para que las chicas no pensasen que se estaban aprovechando de la situación.

Dalia miró a Camelia, esperando que diese el pistoletazo de salida para empezar con su plan. Con una sonrisa, la mayor de las dos le confirmó que había llegado el momento de hacer sufrir a Kenai y de provocar un

acercamiento con Malai. Las chicas, con disimulo, fueron acercándose a Malai, provocando que Kenai quedase en un segundo plano mientras las amigas admiraban el trabajado cuerpo del mayor de los gemelos.

—Malai... —la voz sensual de Dalia fue el primer indicador de que algo no iba bien, pero antes de que el joven pudiera decir algo, Camelia prosiguió con el plan.

—¿Y estos brazos? Debe costarte muchas horas de gimnasio tenerlos así —Camelia apretaba con suavidad los brazos del chico, cosa que provocó que este se sonrojase inmediatamente—. ¿Me darías algunos consejos para mantenerme tan bien como tú?

—Por... Por supuesto —Malai tragó saliva, ese acercamiento de Camelia le estaba poniendo muy nervioso e intentaba que no se le notase—. Podría enseñaros algunas rutinas fáciles de seguir.

—¡Eso sería estupendo! —Dalia aplaudió la idea de sus amigos, mientras miraba a Kenai de reojo—. Estaría bien planear una cita la próxima semana, podríamos reunirnos los tres y de esa forma ver cómo ayudarnos.

—¡Sí! Ya va siendo hora de pasar más tiempo juntos, ¿no crees Malai? —Camelia batió sus pestañas con rapidez. En aquel momento no solo pensaba en acercarse al chico, sino en conseguir que Dalia provocase lo suficiente a Kenai para que este reaccionase.

—Supongo... —Malai miró a su hermano con expresión confusa, manteniendo las manos sobre la superficie del agua para asegurarse que no estaba tocando a ninguna de las dos. Solo le faltaba pelearse con él de nuevo.

—Y cuéntanos, ¿qué se siente al ser el más guapo de dos personas que deberían ser idénticas? —la chica de ojos grises se acercó un poco más a Malai y entonces el caos se desató en el agua.

A Dalia no le dio tiempo a reaccionar, Kenai la había cogido del brazo y había tirado de ella hasta sacarla de la pequeña piscina donde se

encontraban los cuatro amigos. Por más que lo miraba, la chica no lograba entender a qué se debía su expresión de enfado. Ella no había hecho nada, simplemente había estado hablando y riendo con Malai. ¿Acaso aquello molestaba a Kenai?

La chica había empezado a enfadarse; primero Kenai pasaba de ella como si no existiese y en aquel momento la arrastraba con todas sus fuerzas para alejarla de Malai. ¿Qué estaba ocurriendo?

Cuando estuvieron lo bastante lejos de los demás, Kenai se paró frente a Dalia y la miró fijamente. Estaba claro que no tenía ni idea de cómo empezar a hablar con ella. Los nervios empezaban a jugar con él y un sudor frío le recorría la espalda. Dalia se soltó de su agarre con fiereza y él no supo cómo empezar a confesarle lo que de verdad sentía.

—No te resistas, si das otro paso te agarraré con todas mis fuerzas y no te soltaré —era cierto que tenían que hablar, pero antes debía conseguir que Dalia permaneciera quieta frente a él y se dispusiera a escucharle.

—¿Ahora te apetece pasar tiempo conmigo? —Dalia se enfrentó a Kenai, estaba cansada de tantos juegos—. ¿No crees que te estás pasando? Primero tratas a Camelia como si fuese la chica de tus sueños y ahora no me dejas ni respirar, ¿se puede saber qué pretendes?

—Hablar contigo, solo eso —el chico intentaba acercarse a ella, pero Dalia no parecía mostrarse receptiva—. He intentado hacerlo en varias ocasiones, pero siempre consigues deshacerte de mí. Y para colmo, te veo tonteando con Malai, no sé por qué quieres hacerme daño.

—¿Hacerte daño? Llevas unas semanas comportándote como un auténtico imbécil. No sé a qué estás jugando, pero tienes que parar ya. Además, ¿quién te crees que eres para decirme que mis acciones van destinadas a perjudicarte? ¿El ombligo del mundo? —Dalia estaba enfadada, mucho más de lo que lo había estado nunca. Kenai había jugado con los

sentimientos de su amiga y los suyos. Aquello, más que enfurecerla, le dolía —. Has intentado hablar conmigo, ¿y qué? ¿Pretendes arreglar todas tus mierdas usando solo las palabras? Tendrás que esforzarte mucho más si quieres que llegue a entenderte, porque en estos momentos creo que ni la madre que te parió podría hacerlo.

—Por favor, déjame que te explique —Kenai miraba a Dalia con ojos suplicantes, necesitaba deshacerse del peso que acarreaba a sus espaldas desde hacía varias semanas—. Lo he hecho todo mal y lo sé, debería haberos explicado lo que estaba tramando, pero necesitaba que todo fuera lo más real posible. Soy consciente de que he podido haceros mucho daño, pero he conseguido mi objetivo; Malai por fin empieza a reconocer lo que siente por Camelia y parece que a ella le está ocurriendo lo mismo —Dalia miraba a Kenai sin entender nada. Quería hacerlo, pero no lograba comprender lo que le estaba diciendo—. Desde el momento en que te vi supe que eras la chica que siempre he estado buscando. Mejor dicho, creo que eres perfecta y que cualquiera sería feliz contigo, sin embargo, quiero ser yo esa persona. No quiero que otra confíe en mí, ni que me mire, quiero que seas tú quien esté cada día a mi lado y me ayude a ser mejor de lo que soy —los ojos de Dalia habían empezado a humedecerse, era la declaración más bonita que había escuchado jamás—. Lo he hecho todo al revés y tendría que haber sido sincero desde el principio, pero espero que puedas llegar a entender mis razones algún día y puedas darme una oportunidad. Sé que es pronto y que quedan muchas cosas de nosotros que debemos conocer, pero me gustaría empezar a quedar contigo a solas, pasar más tiempo juntos y ver a dónde nos pueden llevar estos sentimientos que hasta hace poco me oprimían el corazón.

—Sabes que la has cagado mucho, ¿verdad? —Kenai asintió ante las palabras de la chica, sabía que lo había hecho mal, pero al menos había conseguido sincerarse—. Has tenido suerte de que tu plan haya ido bien y

ninguno de nosotros haya salido perjudicado —el chico quiso protestar, decirle que ella sí había sufrido por su estupidez, pero Dalia se adelantó—. Sí, yo lo he pasado mal, pero al menos ahora sé que nada de lo que vi entre vosotros era real y puedo respirar con tranquilidad. No soportaría perder a Camelia por intentar conseguir el amor del mismo chico, no me lo perdonaría nunca.

—Entonces... ¿Sientes lo mismo por mí? —Kenai notó que su corazón podría salirse del pecho en cualquier momento, era todo lo que había esperado desde que había conocido a la chica.

—Ahora mismo necesito algo de tiempo para procesar toda la información que me has soltado tan de sopetón.

Dalia estaba convencida de sus sentimientos hacia Kenai, pero necesitaba estar segura de que todo lo que le había dicho el chico fuese cierto. No estaba dispuesta a volver a poner en juego su corazón, aunque sabía que, si el muchacho continuaba mirándola de esa forma, en muy poco volvería a creer en él ciegamente.

A pesar de la tensión que se había generado entre ellos con la declaración de Kenai, los chicos no podían dejar de mirarse. Había una conexión entre ellos, aquello era algo que incluso una persona desconocida podía notar. Dalia se resistía a dejarse llevar, pero parecía que su corazón no entendía de resistencias.

Kenai, con suavidad, agarró a la chica por la cintura y la acercó a él, intentando que el momento que llevaba tanto tiempo esperando llegase por fin. Justo cuando sus labios estaban a punto de rozarse, el grito de Camelia los sacó de su ensoñación.

—¡Corre! —la chica cogió del brazo a Dalia cuando pasó a toda prisa a su lado, provocando que esta casi aterrizase de bruces al suelo.

—¿Pero, qué haces? —le gritó Dalia a su amiga mientras corría tras

ella, intentando no echarse a reír para no perder el equilibrio. Cuando se dio cuenta de que los chicos la seguían, miró hacia las manos de su amiga—. ¡¿Les has quitado la ropa?!

—¡Sigue corriendo!

Las risas de las chicas, acompañadas por los gritos desesperados de los muchachos, se oyeron en todo el balneario mientras las muchachas luchaban por ser más rápidas que sus amigos y escapar de ellos.

Dalia no sabía en qué momento se le había ocurrido a Camelia la brillante idea de robarle a los chicos la ropa, pero allí estaban, corriendo por el interior del balneario con todo el vestuario de los hermanos entre las manos. No podía parar de reír, se había visto envuelta en una de las jugarretas de su amiga y eso le encantaba.

Cuando Camelia la había agarrado muerta de la risa e instado a correr, Dalia no comprendía qué tenía que hacer, pero, al ver la cara de Malai mientras corría tras su amiga, lo entendió todo. En unos segundos cogió el ritmo su amiga y entonces esta le extendió toda la ropa de Kenai, empezando así las dos un juego que a los chicos les sería difícil superar.

## CAPÍTULO 18

Camelia y Dalia apenas tuvieron tiempo de ponerse los vestidos que llevaban antes de cruzar las puertas del balneario hacia las concurridas calles de Kioto. Un sábado al mediodía era la mejor hora para salir a dar un paseo, por eso no les extrañó que las calles estuvieran llenas de gente a la que tuvieron que esquivar mientras corrían con la ropa de los chicos entre sus manos.

—¿Se puede saber por qué lo has hecho? —Dalia no estaba enfadada, más bien al contrario, se lo estaba pasando de maravilla, pero le hubiera gustado saber por qué les habían quitado la ropa a los chicos.

—Tu corre y no preguntes —la voz de sargento de Camelia las hizo reír más si cabe.

—Sí, mi capitán —con el montón de ropa que llevaba Dalia en las manos no pudo hacerle el típico saludo militar, aunque ganas no le faltaron.

Siguieron corriendo con los gemelos prácticamente pisándoles los talones. Kenai y Malai se iban resbalando por las calles, pues aun iban mojados y vestidos únicamente con el bañador. No podía evitar maldecir a sus amigas. Ellos que creían que habían dejado los retos y las bromas atrás, se habían visto envueltos otra vez en una de sus fechorías.

—¿Qué has hecho para que Camelia se ponga así? —el momento romántico que estaba compartiendo con Dalia se había hecho pedazos con la aparición de su amiga y no podía evitar culpar a su hermano por espantarla.

—Nada —se defendió Malai—. ¿Y tú qué le has hecho a Dalia para que le siga la corriente sin protestar?

—Yo nada, lo que pasa es que Camelia y Dalia son amigas ante todo y

solo les hace falta una mirada para entenderse.

Los cuatro continuaron corriendo, mientras oían como la gente se quejaba por los empujones. Los chicos no pudieron evitar fijarse en la sensualidad que desprendían las chicas, a quienes al haberse puesto la ropa encima del bañador mojado, se les veía manchas de agua en los lugares más inapropiados. Por su parte, los chicos estaban luciendo sus abdominales en toda su gloria, además los bañadores les marcaban el trasero de buena manera. Ante aquella cómica escena, algunos viandantes habían decidido grabar a los muchachos mientras intentaban alcanzar a sus amigas.

A medida que pasaban por las calles, Dalia y Camelia iban lanzando prendas para que los hermanos la fuesen recogiendo. De aquel modo, cuando parecía que las estaban a punto de alcanzar, ganaban algo de tiempo mientras los chicos se entretenían en recuperar su ropa.

Pronto se cansaron de correr, no iban con la vestimenta adecuada e iban descalzas, sujetando las chanclas con las manos. Tenían que finalizar aquella persecución por el bien de los cuatro, pero pensaban hacerlo a lo grande. Camelia, quien iba en cabeza seguida por su amiga, vio una joyería y pensó que era el sitio ideal para dar por finalizada la carrera.

Cuando estuvo frente al establecimiento, tiró de la puerta y se metió dentro sin mirar atrás. Dalia estaba a punto de seguirla cuando alguien le dio un tirón y la apartó a un lado de la calle, empujándola contra una pared. Kenai había atrapado a la chica y la había empujado para evitar que su hermano la atropellara al seguir a Camelia hasta el interior de la joyería.

—No sé si he ido más deprisa para conseguir la ropa o para atraparte —Kenai puso sus manos a ambos lados de la de cara de Dalia, manteniéndolas apoyadas contra la pared. Su momento había sido interrumpido pero pensaba retomarlo aunque fuera en medio de la calle.

—Seguro que ha sido por la ropa —Dalia le apartó el pelo de la cara



con una mano y, a pesar de la vergüenza, puso la otra sobre la cintura del chico. Ambos estaban sonriendo y tenían las frentes pegadas, por lo que la chica tenía que ponerse de puntillas. Otros pensarían que estaban a punto de compartir un beso, pero Kenai quería que el primero fuera especial, no en medio de la calle después de una persecución.

—Estás preciosa con el pelo revuelto.

—No creas que vas a arreglar días de errores con halagos.

—No soy el único que lo piensa, mira en la acera de enfrente —Dalia miró al otro lado de la calle donde un grupito de chicos les observaban y, con el salero que las dos amigas habían demostrado tener, les lanzó un beso. Los chicos, que no podían tener más de dieciséis o diecisiete, enrojecieron y se alejaron de allí sin mirar atrás.

—Problema solucionado —Dalia sonreía de oreja a oreja, su buen humor la animó a darle un pequeño beso en la comisura de los labios, se lo había ganado después del rato que le habían hecho pasar.

Aún con la sonrisa en la cara, se apartó de Kenai y se recostó contra la pared mientras él recogía la ropa que minutos antes había dejado caer al suelo y se vestía. Cuando acabó, se acercó a la chica y la cogió de la mano mientras esperaban a que sus compañeros salieran de la tienda. ¿Quién sabía lo que estarían haciendo allí dentro?

Cuando Malai entró corriendo a la joyería y vio que Camelia le esperaba con los brazos cruzados dentro, tuvo que parar en seco, lo cual provocó que resbalara y cayera de culo en medio del local. Varias parejas parecían estar escogiendo anillos de boda, otros compraban brazaletes o colgantes para regalar a familiares o amigos.

—¿Ya te has cansado de correr? —con esas palabras Camelia lanzó el resto de la ropa a Malai, que todavía estaba tendido en el suelo.

El chico, de mala gana, se levantó y se puso la ropa. Fue en aquel momento cuando se dio cuenta de dónde se encontraban. Todos lo miraban, mejor dicho, los miraban a los dos.

—He perdido un calcetín —Malai le mostró el solitario calcetín decorado con murciélagos de Batman, con una expresión apenada.

—No pasa nada —Camelia estaba muy concentrada en la pedrería del mostrador, parecía cierto eso de que las joyas llaman la atención de las mujeres más poderosas—, si no hubiera pasado ahora, habría sido luego en la lavadora. ¿Nunca has oído eso de que los calcetines desaparecen en un mundo totalmente desconocido por el hombre?

Malai se guardó el calcetín en el bolsillo de los tejanos, los cuales le quedaban bastante apretados sobre el bañador, y se puso las deportivas. Cuando se puso de pie, una mujer de mediana edad se le acercó y le empezó a hablar en inglés.

—¿Buscan algo en especial? —la dependienta, una mujer de mediana edad muy educada, no sabía cómo echar a los dos jóvenes que habían entrado como Pedro por su casa y estaban montando un espectáculo.

—No —dijo Camelia, y dándose la vuelta, caminó hasta el mostrador donde se hizo sitio entre una pareja de prometidos—, solo mirábamos.

La dependienta tenía los ojos como platos, esperaba que hubieran pillado la indirecta y a esas alturas ya estuvieran fuera del local. Malai no podía entender a la chica, le había hecho correr por toda la ciudad en bañador para acabar mirando joyas en un local del centro.

—¡Mira Malai! —exclamó de repente señalando un punto en la vitrina donde se exhibían los collares—. Me gusta este, ¿me lo compras?

Después de rehacer todo el camino al balneario buscando el calcetín de Malai, sin éxito alguno, los gemelos se dirigieron al hostel para cambiarse de ropa y las dos amigas volvieron a su piso a darse un buen baño y prepararse para la comida. Los cuatro habían quedado que, después de asearse, se reunirían en casa de las muchachas.

—Con ese modelito vas a conseguir que Kenai sufra una parada cardíaca —Camelia había visto pasar a su amiga varias veces por delante de su puerta medio abierta, pudiendo observar así el atuendo que llevaba en ese momento—. Entra, venga, y cuéntame cómo ha ido.

Dalia acababa de salir de la ducha e iba con una toalla alrededor de cuerpo y otra alrededor de la cabeza. Entró en la habitación de la otra chica y se sentó en la cama, donde su amiga se estaba pintando las uñas de los pies.

—Pues yo no tengo muy clara cuál sería la reacción de Malai si te viera ahora —con una sonrisa socarrona, Dalia miró el atuendo de su compañera; una camiseta básica de tirantes y un *culotte* Calvin Klein que solía utilizar a modo de pantalón en verano para estar por casa.

—Idiota —la sonrisa boba de la muchacha no engañaba a nadie y mucho menos a su amiga, quien había estado a su lado a lo largo de los años y conocía todos sus gestos y expresiones—. Volviendo a lo importante, el trikini ha funcionado, ¿eh?

Camelia levantó las cejas insinuando algo que aún no había pasado. Dalia se puso roja como un tomate y su amiga le dio un empujón, cosa que las hizo reírse al instante.

—Me ha dicho que le gustaría pasar tiempo a solas conmigo —la muchacha estaba realmente feliz, se mordía los labios y miraba a la otra chica de reojo—, que siente algo por mí y que lamenta haber estado haciendo el

tonto estos días—dicho aquello se dio cuenta de lo mal que podrían haber sonado esas palabras a oídos de su amiga, por lo que se apresuró a darle una explicación—. Camelia, Kenai me gusta mucho pero si tú me dices que te va a hacer daño verme a su lado o que sientes algo por él, le mandaré a paseo cuando venga luego. Te juro que lo haré si es lo que deseas.

—Por Dios Dalia, si he sido yo la que te ha elegido el modelito esta mañana para que cayera en tus redes —se acercó a su amiga y la abrazó, demostrándole así que todo estaba bien entre ellas—. Yo también quiero que seas feliz y Kenai hace mejor pareja contigo que conmigo, para qué engañarnos. No te preocupes por mí, estoy bien.

—¿Cómo puedo tener tanta suerte de tener una amiga como tú? —las lágrimas acudieron a los ojos grises de la chica, eran lágrimas de felicidad por tener una amiga como Camelia, un compadre como Malai y a Kenai, quien ya era parte de su corazón.

—Agradece que a tu madre se le adelantara el parto—Camelia recordó todas las veces en que ambas se habían sentado a los pies de sus madres y habían oído aquella historia; la historia de cómo supieron al instante que sus hijas serían inseparables—. Además no siento por Kenai lo que pensé que sentía, creo que me metí en la cabeza la relación ideal y pensé que él me podría servir, pero sabes tan bien como yo que a mí me gustan otro tipo de hombres.

—¿Hombres como Malai? —esta vez era Dalia la que le insinuaba algo a su amiga, estaba claro que ninguna era capaz de sincerarse por completo.

—Ese chico es insoportable, creído, malhumorado y tremendamente sexi —con el pintauñas ya olvidado encima de la mesita y con solo un pie pintado, Camelia se dejó caer encima del colchón—. Me saca de mis casillas cada vez que abre la boca pero me llena de paz cuando nos ponemos de acuerdo en algo. Me hace sentir cosas que nunca antes había sentido y lo peor

es que preferí engañarme durante semanas a admitirlo. He perdido mucho tiempo haciendo el idiota.

—Más vale tarde que nunca, ya lo sabes —Dalia se alegraba de que su amiga estuviera bajando sus defensas—. Camelia, me alegro mucho por ti, solo recuerda que él es mucho más sensible de lo que parece.

—Sí, lo sé —la contundencia de la muchacha sorprendió a su amiga.

—¿Lo sabes?

—Sí, porque es igual que yo.

Cuando el timbre del portal sonó, Camelia y Dalia dejaron abierta la puerta para no tener que volver al recibidor. Era una costumbre que habían adquirido durante los años que vivieron juntas en España, mientras estudiaban filología. En el fondo sabían que no estaban haciendo lo correcto, puesto que muchas veces dejaban la puerta abierta sin saber quién era.

—¡Ya estamos aquí! —el grito de Malai, seguido de un sonoro portazo, fue la señal de que los chicos habían llegado.

—Y os traemos una sorpresa —Kenai caminó delante de su hermano hasta llegar a la sala de estar, donde la mesa estaba servida.

Dalia y Camelia se encontraban conectando el portátil a la tele. Camelia observaba ambas pantallas mientras su amiga estaba recostada sobre la mesita donde tenían el televisor, tocando varios cables y comprobando que todos estuviesen bien ajustados.

—¿Qué hacéis? —preguntó Malai al verlas, había cosas que jamás entendería de ellas.

—¿Qué hacéis vosotros? —Camelia ya estaba levantada y miraba el contenido de las bolsas que Malai tenía en la mano—. ¿*McDonald's*? ¿En

serio?

—Hay que ahorrar en estos tiempos difíciles —el chico dejó las bolsas que llevaban él y su hermano sobre la mesita que había en frente de la tele y se sentó en el sofá.

—¿Qué tiempos difíciles ni que mierdas van a ser para ti? —Camelia fue a sentarse a su lado, pero antes saludó a Kenai con un rápido abrazo.

—¿Y tú que sabrás Mari Pili? —Malai observaba como su hermano se acercaba a Dalia.

—¡¿Perdona?! —dijo ella lanzándole un cojín, el cual a Malai no le fue difícil esquivar.

—Perdonada —el retintín de su voz no le pasó desapercibido a nadie, y como venganza a su anterior ataque, el chico le lanzó de vuelta el cojín.

Aquello fue lo único que les hizo falta para empezar una guerra campal de cojines que volaban en todas las direcciones, provocando que el salón acabase desordenado en pocos segundos. Mientras tanto, Kenai se había acercado a Dalia abrazándola por la espalda.

—Hola, ¿es que no pensabas saludarme? —antes de poder arrepentirse, le apartó el cabello a un lado y apoyó su barbilla en el hombro de la chica que lo tenía atontado desde hacía días.

—Es que no conseguimos conectar el ordenador a la tele —se quejó la muchacha, mostrándole los cables que tenía en las manos. Dalia se dio la vuelta y le puso ojitos a Kenai—. ¿Me ayudas? —la muchacha dio un saltito y juntó sus manos como si rezara, con un par de pucheros ya tenía al gemelo en el bolsillo—. ¡*Por fa!*

—Tus deseos son órdenes para mí —con una reverencia, el chico se puso enseguida manos a la obra. Tras poco más de un minuto ya lo tenía listo.

En seguida, Dalia puso en marcha la película que tenían preparada y ella y Kenai se reunieron con sus amigos en el sofá, no sin antes recoger los

cojines que estos habían esparcido por todo el salón. La chica dio un abrazo y un beso en la mejilla a su nuevo amigo y después se sentó al lado de Camelia.

—¿Qué película vamos a ver? —Malai no reconocía nada de lo que aparecía en la pantalla.

—*Un paseo para recordar*, es la adaptación del libro de *Nicholas Sparks* —Dalia repartió las hamburguesas y las patatas fritas entre los cuatro, aunque los chicos habían traído comida para un regimiento—. Seguro que os suena, también escribió *El diario de Noah*.

—No digas nada que pueda arruinar el momento —Camelia intervino antes de que pudiera hacerlo Malai, quien se quedó con la queja asomando en sus labios—. Lo digo en serio, te echaré a patadas y me quedaré tu hamburguesa.

Tras aquel comentario nadie más habló, se limitaron a comer y a ver la película. De vez en cuando, los chicos soltaban algún que otro comentario que hacía enfurecer a las muchachas. Kenai y Malai se rieron cuando Jamie, la protagonista, le dice a Landon que le ayudará con la condición de que no se enamore de ella. Argumentaron que era la típica frase que una mujer suelta antes de que llegue el romance y que era la película más *ñoña* que habían visto nunca, pero la mayor parte del tiempo permanecieron embobados mirando la pantalla.

Camelia y Dalia se echaron a llorar en silencio cuando Jamie, interpretada por *Mandy Moore*, se puso a cantar *Only Hope*. Era una canción preciosa y, cada vez que la escuchaban, no podían evitar que cada palabra les calara hasta lo más hondo de alma. Cuando escucharon las palabras “*Nuestro amor es como el viento, no puedes verlo pero si sentirlo*”, Kenai se estremeció y cogió la mano de Dalia. Malai, que intentaba mantenerse firme e imperturbable, tuvo que secarse una solitaria lágrima a toda prisa antes de que nadie le viera.

—Me alegro de que os haya gustado, chicos —se apresuró a decir Camelia, estaba claro que los gemelos la habían disfrutado en silencio.

—No ha estado mal —cedió Kenai.

Malai se fijó en las manos entrelazadas de su gemelo y la muchacha y no pudo evitar pensar que pasaría si cogiera la mano de Camelia entre las suyas.

—¿Qué habéis pensado hacer el próximo fin de semana? —intervino Dalia, a quien no se le escaparon las intenciones ocultas de Malai y el debate interior que estaba viviendo.

—No ver más películas de *Nicholas Sparks* —Malai se incorporó en el sofá, intentando despejar así su mente—. Esas cosas que vemos en pantalla no suceden en la vida real.

—Claro que pasan —Dalia no pudo evitar enfrentarse al chico, tenía que empezar a confiar en el poder del amor si quería que su relación con Camelia fuese bien—. El amor está en todas partes, y en cualquier momento puede llamar a tu puerta.

—Eso lo has sacado de un libro, me apuesto lo que sea.

—Y si es así, ¿qué más da? —Camelia no dudó en defender a su amiga. No sabía por qué, pero estaba cabreada—. Yo también creo en las historias de amor. Al fin y al cabo, no es imposible vivir una como la de Jamie y Landon.

Esa afirmación hizo que todos se detuvieran a reflexionar durante unos minutos. Era cierto que el amor está por todas partes, al fin y al cabo, en una pequeña ciudad de Japón se habían encontrado cuatro personas a miles de kilómetros de su casa, para en poco menos de dos semanas crear un vínculo especial, una verdadera amistad en la que Cupido había tenido que meter las narices y, a su manera, complicar las cosas.

—La cuestión es que, si no tenéis nada que hacer el próximo fin de semana podríamos organizar una excursión, como la del bosque de



*Arashiyama* —Dalia retomó el hilo de su pregunta antes de que todos se fueran por las ramas.

—Mientras no sea una excursión solo para tres —la malicia en la voz de Kenai no les pasó desapercibida, parecía que el muchacho aún estaba ofendido por aquel comentario de Dalia.

Les había estado escuchando mientras hablaban en la piscina de agua caliente y no le había sentado nada bien que le excluyeran de esa forma. De repente, dos manos le atacaron; una dándole en la parte posterior de la cabeza y la otra empujándole el hombro. Las dos amigas, sin ni siquiera mirarse, se habían puesto de acuerdo en hacerle comprender al muchacho que él mismo se lo había buscado. Kenai tuvo que cogerse al borde del sofá, de lo contrario se habría tragado el canto de la mesa.

—Eh, meteos con alguien de vuestro tamaño —la risa fue inevitable cuando el mayor de los gemelos salió al rescate de su hermano, incluso este sonrió mientras se acomodaba otra vez al lado de Dalia, le pasaba un brazo por sus hombros y respondía a la respuesta que ella había hecho un poco antes.

—No teníamos nada pensado, de hecho, vamos actuando sobre la marcha —les explicó Kenai a las chicas—. Es más, desde que os conocimos nos estáis organizando todo el viaje.

—Cada día al levantarnos decidimos qué hacer —continuó Malai, dándole la razón a su hermano con un asentimiento de cabeza—. Como podéis ver no planificamos las cosas con una semana de antelación.

—¡Eso es genial! Porque nos brinda la oportunidad de preparar una salida entre todos —a Camelia la idea de pasar más días juntos la emocionaba por momentos.

Los chicos estaban más que complacidos por el entusiasmo de las chicas. Había sido una semana muy larga al estar separados de ellas y sus locuras y tenían muchas ganas de seguir descubriendo Japón a su lado.

—¿Habéis visitado ya Osaka? —propuso Dalia, a sabiendas que la respuesta sería negativa.

—Solo el aeropuerto, por si sirve de algo —Malai, como siempre, no disponía de filtros y soltó el comentario sin disimular lo borde que sonaba.

—No lo hemos visitado —Kenai salió al rescate, intentando camuflar el tono malhumorado de su hermano—. Hemos leído algunos panfletos informativos que hablaban bastante bien de la ciudad, pero aún no nos habíamos decidido a ir.

—¿Yo también leí eso? Pues no me acuerdo —Malai no podía ubicar el momento en que hubiera oído que Osaka era un destino turístico.

—Si no te acuerdas es porque nunca me prestas atención.

—Eso no es verdad, me fijo en todo lo que haces, como por ejemplo que no has soltado la mano de Dalia desde que ha terminado la película —si no podía salirse con la suya, al menos intentaría avergonzar a su hermano.

Dalia pegó un bote en su sitio y soltó la mano de su acompañante, quien automáticamente se propuso recuperarla. No permitiría que su hermano le quitara el placer de compartir ese tipo de gestos y momentos con la chica que le gustaba.

—Así pues, ¿qué os parece si nos vamos del viernes por la tarde hasta el lunes? —Camelia, como buena amiga que era, intentó rescatar a Dalia del apuro que sentía—. Así aprovechamos todo el fin de semana.

—Eso sería estupendo —Kenai enseguida estuvo de acuerdo, le encantaba la idea de pasar más tiempo con Dalia.

—Hay un autobús que sale a última hora y nos dejará en el centro de Osaka —Dalia, sin perder tiempo, se había puesto a buscar los horarios de autobús y ya tenía un papel y un bolígrafo para anotar horarios, precios de hostales y posibles excursiones.

Camelia desconectó el ordenador de la tele y los cuatro empezaron a

buscar un hostel que les gustara, económico y no muy alejado del centro. Al final se decantaron por uno que estaba de oferta y tenía muy buenas críticas. Reservaron dos habitaciones dobles, había mucha confianza entre ellos, pero no habían llegado al punto de convivir los cuatro en un mismo espacio durante tres días. Cuando ya tuvieron claro que la reserva estaba completada y bien hecha, realizaron una búsqueda exprés para tener una idea aproximada de qué podían ver en Osaka.

—Con todo el tiempo que hace que vivimos aquí —se lamentó Camelia, observando los lugares para visitar que aparecían en la pantalla—, solo hemos ido una vez a Osaka y se podría decir que fue un viaje de negocios.

—Fuimos a hacer una especie de presentación —ante la cara de confusión de los gemelos, Dalia les hizo un resumen de ese día—. Mucha gente había oído hablar de la librería y nos pidieron que lleváramos algunos libros. Nos montaron un espacio y fuimos explicando a la gente dónde estaba nuestra tienda, qué clase de géneros teníamos y ese tipo de cosas. La verdad es que después de eso nuestro número de clientes aumentó de manera sorprendente.

—Fuimos con la intención de trabajar por la mañana y hacer turismo por la tarde, pero el tiempo se nos echó encima —se notaba que a Camelia le encantaba su trabajo, pero al mismo tiempo disfrutaba de aprender y dejarse llevar por la cultura y las experiencias que le ofrecían los lugares nuevos.

Visto que las chicas tampoco conocían mucho el lugar y que tenían ganas de poder explorarlo, a Kenai y Malai solo les hizo falta mirarse para prometerse que harían del viaje una experiencia lo más agradable y especial posible.

—¿Qué podemos ver en Osaka? —Kenai y Malai se acercaron más a las chicas, quienes habían acabado sentadas en el suelo delante del ordenador.

—Podemos ir al castillo, al santuario de *Imamiya-Ebisu*, también hay una zona donde hay varios karaokes antiguos, ¿os gustaría repetir? —Dalia se había puesto en plan turista, su amiga sabía por experiencia que podría pasarse horas buscando sitios, comida tradicional, leyendas, mitos y la historia de cada lugar.

—Hemos tenido ya suficiente karaoke por una larga temporada — Malai alargó el brazo por encima de Camelia y con la mano despeinó a Dalia, como cualquiera haría con un niño pequeño.

—Venga, para, Malai —la chica apartó su mano entre risas antes de volver a fijarse en la pantalla del ordenador—. Como era de esperar hay muchos santuarios y templos, además de muchas calles decoradas para los turistas por las que podremos ir a pasear, como el callejón *Takim Koji* y... ¡oh Dios mío!

—¿Qué pasa? —Camelia se acercó más a su amiga y miró la pantalla—. ¡Madre mía! ¡¿Cómo no habíamos visto esto antes?!

—¿Se puede saber qué os pasa ahora? —Malai tenía curiosidad por saber que emocionaba tanto a las chicas, si era un desfile de hombres en bóxeres se iba a enfadar.

—¿Eso son *minions*? —Kenai se asomó por encima de las cabezas de las chicas, pero a pesar de todo no consiguió entender el motivo de su exaltación.

—Sí, pero eso no es lo más importante—Dalia miró a Kenai, por fin había conseguido salir de su estupor—. Lo importante es que en el parque *Universal Studios Japan*, además de muchas otras cosas, ¡hay una zona dedicada a *Harry Potter*! Mira, Kenai, si hasta está el castillo igualito que en la película.

Las dos chicas se pusieron a chillar de la emoción, habían descubierto oro, lo que no entendían era como después de tanto tiempo viviendo allí no

habían reparado en esa zona antes. Malai y Kenai se echaron las manos a la cabeza, sus amigas parecían dos niñas pequeñas en aquel momento y cuando llegaran a Osaka no habría quien pudiese contenerlas. ¿En qué clase de lío les iban a enredar esta vez?

Dalia continuó buscando información sobre el parque y otros monumentos turísticos y diseñó un itinerario, seguro que al final acabarían haciendo lo que les diese la gana, pero al menos sabrían todo lo que podían ver en tres días. Camelia y Malai habían vuelto a sentarse en el sofá, pero hacía rato que sus voces se habían apagado. Kenai continuaba a su lado, aunque no hablaba demasiado, solo lo suficiente para hacer algunas sugerencias.

—Mira, se han dormido —señaló Kenai y, efectivamente, Malai y Camelia, quien tenía la cabeza apoyada sobre el hombro del muchacho, estaban dormidos.

En aquel momento de máxima vulnerabilidad, ambos habían bajado sus defensas y se notaba el cariño que se profesaban. Malai tenía un brazo sobre los hombros de Camelia y esta reposaba una de sus manos sobre el pecho de él, justo a la altura del corazón.

—Será mejor que vayamos a otra habitación y no les molestemos —sugirió Dalia, levantándose y dejando el ordenador sobre la mesa—. ¿Vienes?

La muchacha le tendió una mano y Kenai la aceptó de buen gusto. Sin soltarse, ambos se dirigieron por el pasillo hasta la habitación de Dalia. Cuando llegaron, los dos se sentaron el uno junto al otro en la cama, sin ser capaces de soltarse.

—Prométeme algo —Kenai la atrajo hacia su cuerpo, aprovechando el

momento de tranquilidad para abrazarla como llevaba días deseando hacer.

—Depende de lo que sea —Dalia se dejó abrazar, permaneciendo recostada sobre el cuerpo del muchacho. Sabía que debería resistirse un poco más, ni siquiera le había dicho lo que sentía aún, pero se sentía tan bien y tan relajada que no quiso romper el momento.

—Nunca te propondría algo que fuese malo o pudiera herirte —Kenai bajó la mirada para poder mirar fijamente a Dalia.

Sus piernas estaban entrelazadas, sus manos se aferraban con fuerza, sus respiraciones se mezclaban y sus ojos se decían todo aquello que aún no estaban preparados para decir en voz alta. Dicen que una persona es capaz de enamorarse en segundos, la oxitocina se dispara y provoca placer al pensar o ver al objeto de tu deseo. Es una sensación casi adictiva, parecida a la que provoca la adrenalina.

—Prométeme que pasaremos más tiempo juntos durante el viaje a Osaka o mientras estemos aquí, en Kioto —el chico le dio un toque en la nariz, deseando que aceptase su proposición—. Quiero que nos conozcamos más y que confíes en mí.

—Si aceptase y te prometiese eso, ¿qué ganaría yo a cambio? —Dalia intentó incorporarse, pero Kenai fue más rápido y la atrapó bajo su cuerpo.

—El increíble placer de mi compañía —los cristalinos ojos azules del joven miraron los labios rosados de la chica y empezó a acercarse peligrosamente.

—¡Qué más quisieras! —Dalia le puso una mano sobre la boca y con la otra le empujó hasta que su espalda volvió a tocar el colchón —ambos se rieron, Kenai intentaba cubrir su decepción mientras Dalia trataba de esconder su nerviosismo.

—Pasaremos más tiempo juntos, te lo prometo —la chica estaba más que feliz de poder disfrutar de la compañía de Kenai, de tener toda su atención

y cariño, aunque solo fuera por momentos—. Sé que antes no he sido muy clara, pero desde el momento en que te vi yo también empecé a sentir algo, pero tú te mostrabas tan a gusto y cariñoso con Camelia que no quería interponerme en vuestra felicidad.

—Y allí estaba mi hermano para estar a tu lado —Kenai parecía verdaderamente nostálgico, se arrepentía de como se había comportado.

—Sí, tu hermano es una persona maravillosa y me recuerda a otra que conozco muy bien.

—Sí y por eso deberían estar juntos.

—Estoy totalmente de acuerdo. No me ha querido contar demasiado, pero estoy segura al cien por cien de que siente algo por Malai —quizá, al fin y al cabo, su ridículo plan era el que los había llevado hasta aquel momento. Quizá, al final, no consiguieran ser solo ellos los que se aventuraran a estos sentimientos, dejándose llevar por su amor, sino que sus amigos podrían hacer lo mismo.

—Entonces, ¿qué te parecería que, a cambio de pasar más tiempo a solas, me las ingenie para que Malai le pida una cita? —le propuso Kenai con una sonrisa picarona, estaba seguro de que la chica no rechazaría la oportunidad de hacer feliz a su amiga.

—Solo si yo puedo enredar a Camelia para que acepte sin oponer resistencia —Dalia le devolvió el gesto sin pensarlo.

Ambos sonreían, sus labios cada vez estaban más juntos. Kenai estaba feliz de que por fin hubiesen quedado las cosas claras entre ellos, así que lo justo sería que dieran un paso más y sellaran sus promesas con ese beso que ambos anhelaban. Jamás hubiesen esperado durante ese momento tan íntimo, que la puerta se abriera estrepitosamente y Camelia se interpusiera entre ellos.

Malai se despertó con la agradable sensación de la respiración de Camelia sobre su cuello, su mano sobre el pecho de él y su cuerpo apretado contra su costado. Ojalá pudiera despertarse así todos los días, aunque deshizo la idea tan rápido como le vino a la cabeza. Seguro que Camelia no era de las que se acurrucaban ni hacían arrumacos, aunque quizá sí, esa chica era toda una contradicción andante. A riesgo de parecer un fetichista, olió el pelo de la chica y se encontró con la agradable sorpresa de su aroma a flores. Fue aún más sorprendente que continuara con la nariz pegada a su pelo, a pesar del profundo desagrado que siempre había tenido en torno a todo lo floral.

—¿Qué coño estás haciendo? —Camelia solo había tardado un par de segundos en comprender la situación en la que se encontraba y, de un puntapié, mandó al chico de narices al suelo.

—¿Por qué has hecho eso? —Malai se agarró a lo más cercano que encontró para levantarse, el golpe le había despertado con rapidez.

Intentó acercarse a la chica, pero ella había echado a correr en dirección al pasillo. Camelia continuó corriendo hasta llegar a la habitación de su amiga y sin pararse a llamar, entró sin mirar y se tiró sobre la cama.

—¿Te puedes creer que Malai me estaba sobando mientras dormía? —Camelia le dio un toque dramático a la historia, estaba a punto de ponerse a despotricar cuando se dio cuenta de algo—. Ah, hola Kenai, ¿he interrumpido algo?

—Seguro que se estaban besuqueando y tú te has puesto en medio, como el jueves —la voz de Malai les llegó desde la puerta, pues había seguido a la chica desde la sala de estar. Entró en la habitación y se sentó a los pies de la cama, sin importarle si estorbaba o no.

—¿A quién le importa? Pueden continuar luego —Camelia estaba



furiosa, no soportaba que los chicos fuesen tan empalagosos con ella—. Me estabas mirando el escote mientras yo estaba indefensa y vulnerable.

—Eso es mentira y lo sabes tan bien como yo —Malai intentó acercarse a ella, pero Dalia se interpuso entre los dos.

—¿Entonces qué hacías? —los ojos grises de la chica le suplicaban a Malai que le dijera la verdad y esperaba que esa no fuera que se había intentado aprovecharse de su amiga mientras dormía.

—La estaba abrazando, ¡¿vale?! —Malai tuvo que obligarse a tranquilizarse antes de que su cara se pusiera roja de vergüenza e ira.

Dalia y Kenai se pusieron a reír al instante, ¿en serio les habían interrumpido por un abrazo? Ni que fueran alérgicos a las muestras de afecto. Dalia abrazó a su amiga, intentado darle fuerza y transmitiéndole tranquilidad.

—Muy bien tortolitos —pasada la crisis, Malai volvió a la carga—, además de besuquearos y vete a saber tú qué guarradas más, ¿habéis organizado algo más de la excursión a Osaka? ¿O habéis pasado directamente a organizar vuestras sesiones de *Skype* y escasos viajes a partir de septiembre?

La cara de Dalia se descompuso. Septiembre. Los chicos se irían y el dolor sería inevitable. Malai tuvo que ver algo en la cara de la chica, puesto que pronto se arrepintió de lo que había dicho.

—Tranquila *compadre*, que te lo voy a cuidar bien y voy a vigilar que no se vaya con otras —pero en lugar de tranquilizarla, aquello solo empeoró la situación.

—Malai, cállate tío. Tú no eres el más indicado para hablar —Kenai le lanzó una mirada amenazante y luego señaló con la cabeza a Camelia, quien, tras haber cambiado las tornas, abrazaba a Dalia y le prometía que todo iría bien. Tras eso, se levantó de la cama y rodeándola, levantó a la chica hasta que quedó a su lado—. Nos irá bien, ya lo verás.

—Lo lograremos los cuatro juntos —Camelia tendió una mano a Dalia y otra a Malai, olvidando por completo su enfado. Encontrarían una solución, tendrían que hacerlo por el bien de todos—. Ahora, ¿alguien más tiene hambre? ¿Os apetece que pida pizza?

## CAPÍTULO 19

Después del emocionante sábado que habían pasado juntos, el domingo fue tremendamente ordinario. Camelia tuvo una revelación cargada de inspiración y pasó casi todo el día encerrada escribiendo una nueva novela. Dalia siguió planificando el viaje a Osaka, leyendo el libro que hacía días que tenía olvidado en la mesilla de noche e incluso hizo una video llamada para hablar con sus padres, sobre todo con su madre, a quien le explicó que estaba conociendo a alguien. Su madre se entusiasmó muchísimo, le siguió preguntando cosas del chico en cuestión y ella le contó todo lo sucedido hasta el momento con Kenai y Malai. Cuando llevaba más de una hora hablando con sus padres, Camelia se unió a la sesión de *Skype*. La madre de Dalia, cada vez más emocionada por ver tan felices a sus dos niñas llamó a su vecina, y madre de Camelia, y las cuatro estuvieron cotilleando durante un buen rato.

Hacía tiempo que no compartían momentos con sus madres y, después de todo lo que habían vivido con los muchachos, necesitaban escuchar las voces y los consejos de las mujeres que les habían dado la vida. Los padres de las chicas escuchaban a hurtadillas pero no quisieron meterse en esos temas, ya que tampoco sabían cómo ayudar a sus hijas. Camelia y Dalia se sintieron relajadas cuando, después de casi tres horas, dieron por finalizada la llamada. A veces, por muy adultas y maduras que fuesen, necesitaban el apoyo y la confianza que sus padres les habían brindado siempre.

Kenai y Malai también aprovecharon para llamar a los suyos. Su conversación fue más escueta, pero suficiente para hacerles saber a sus progenitores que todo les iba bien en Japón y que tenían programada una salida de tres días a Osaka para el próximo fin de semana. Los padres de estos

se sorprendieron, puesto que siempre les había costado hacer nuevas amistades al tenerse el uno al otro.

El lunes, como siempre, las chicas aprovecharon para hacer los pedidos y una limpieza a fondo, por lo que solo vieron a los chicos por la tarde, cuando fueron a la que ya empezaban a considerar su cafetería. Durante el resto de la semana, los chicos fueron cada día a ver a Camelia y Dalia a la librería, aunque fueron visitas exprés. La alegría les embargaba cada vez que los cuatro se encontraban en la misma habitación, pero la verdadera sorpresa llegó el jueves.

—Preparaos chicas, porque tenemos una cita —Kenai entró por la puerta del local más animado de lo normal. Cruzó la estancia hacia Dalia, dándole un beso en la cabeza a Camelia al pasar por su lado.

—Está hecho —el chico le susurró a la oreja a Dalia, aludiendo a la conversación donde le prometió que convencería a Malai para que invitara a Camelia a salir.

—Genial —le contestó la chica usando el mismo tono cuidadoso.

—Empiezo a pensar que me estás escondiendo parte del plan, hermano —a Malai le llamó la atención la forma de cuchichear de su gemelo y de su amiga, ahora que por fin estaban más o menos juntos, ya podían prepararse él y Camelia para todas las tonterías de enamorados que tendrían que soportar.

—Yo no sabía ni que hubiera un plan, así que ya sabes más que yo — los ojos verdes de la chica pasaron por encima de todos los presentes, posándose al final sobre Dalia —. ¿Tú lo sabías?

—No, pero han dicho que era una cita —Dalia acabó de poner los libros en la estantería, mirando a su amiga poco después con una gran sonrisa —. No puede ser tan malo, ¿no crees?

—Solo si no implica un nuevo maratón —Camelia se sentó sobre el mostrador y levantó las piernas enseñando a todos sus sandalias nuevas—, no

llevo el calzado adecuado.

—Mira *brujilla*, mi hermano quiere pasar tiempo con Dalia —parecía que Malai estuviera dando una clase magistral—, a solas —añadió haciendo comillas con las manos—. Por lo que tú y yo vamos a pasar la tarde juntos y, como me siento un buen samaritano hoy, te voy a dejar elegir dónde ir y qué hacer.

—¿Lo ves? No suena tan mal —Dalia pasó por el lado de su amiga dando saltitos y abrazó a Malai, demostrándole lo orgullosa que se sentía de que hubiese dado un primer paso—. Gracias. Sobre todo cuidala, ¿vale? —esto último fue dicho en un susurro, no quería que su amiga se enterase de su plan.

—¿En serio me vas a abandonar con este personaje? Creía que eras mi mejor amiga —Camelia fingía estar enfada, pero por dentro bailaba de la emoción.

—Tranquila Camelia, le he hecho jurar y perjurar que se comportará —Kenai le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Oye que a mí tampoco me hace especial ilusión, pero vamos a hacer esto por nuestros hermanos —el hecho de que Malai se refiriera a Dalia como la hermana de Camelia, le hizo ganar muchos puntos, aunque la muchacha no lo iba a admitir.

Aunque él también intentara parecer reticente, en realidad cuando su hermano le propuso el plan, estuvo de acuerdo mucho más rápido de lo esperado. Deseaba poder aclarar las cosas si se quedaba a solas con Camelia, y dejar de lado esa actitud que les apartaba al uno del otro, pero que a la vez les hacía ver a un igual en el otro.

—Entonces, está todo decidido, ¿no? —Dalia ya tenía la chaqueta atada a la cintura y el bolso sobre el hombro. Cogió la mano de Kenai y lo arrastró hasta la puerta—. Camelia, cierra tú, por favor —y, usando una sola

mano, se despidió de sus amigos—. ¡Adiós chicos!

—¡Pasadlo bien! —Kenai también se despidió y siguió a la chica hacia la calle.

—¿Crees que les irá bien? —Dalia y Kenai empezaron a caminar calle abajo cogidos de la mano, la chica deseaba que la cita de su mejor amiga saliese bien para que empezase a destruir los muros que protegían su corazón.

—Sí, por supuesto. Mi hermano estaba más emocionado de lo que hubiera deseado —el chico clavó sus ojos azules en los grises de la chica—. Hasta se puso nervioso cuando se lo propuse.

—Eso está muy bien —Dalia se quedó embobada con la sonrisa y el brillante azul de los ojos del chico al que había empezado a entregar su corazón.

—Exacto, y ahora vamos a centrarnos solo en nosotros, ¿vale?

Malai y Camelia miraban la puerta con idénticas expresiones de perplejidad. A pesar de estar al tanto del plan, el chico no había esperado esa salida a toda prisa, dejándoles a los dos solos antes de que se pudieran hacer a la idea.

—¿Se acaban de marchar sin más? —Camelia seguía sentada en el mostrador mirando hacia la puerta, esperando que alguien apareciera para darle una explicación.

—Sí —Malai estaba igual de perplejo, pero supo recomponerse de la inesperada despedida más rápido que la chica—, así que vamos allá.

Antes incluso de que su mente lo procesara, Camelia supo lo que su acompañante haría, pero ya nada podría detenerlo. Malai cogió las llaves de encima del mostrador y con el otro brazo cargó a la muchacha sobre

su hombro. Cogió el fular y el bolso del perchero y, haciendo malabarismos con todo, cerró la puerta de la librería.

—Bájame, maldito neandertal —Camelia pataleaba, en aquellos momentos solo quería volver a poner sus pies en el suelo.

—Sé perfectamente a dónde ir, te va a encantar —Malai había tenido la idea cuando vio a las dos chicas juntas, a sus dos *brujillas*. Solo había un lugar donde podían ir.

—Me has dicho hace cinco minutos que yo podría elegir —una ráfaga de indignación la invadió, pero al mismo tiempo estaba impaciente por saber qué le tenía preparado.

—Me lo he pensado mejor —el chico había empezado a andar en dirección al hostel—, pero si te portas bien quizá te deje elegir qué cenar.

—¡Oh, qué gran honor! —la muchacha había dejado de patlear y había pasado a una nueva táctica.

Aprovechando la posición en la que se encontraba, se puso a hacerle cosquillas al chico, quien no tardó en soltarla y dejarla sobre el suelo. A pesar de su renovada libertad, la chica continuó con su ataque, pero Malai no se lo puso tan fácil y, rodeándola con sus brazos, atrapó las manos de Camelia detrás de su espalda, de manera que quedaron cara a cara. Cuando ambos pudieron parar de reír, se fijaron en algo que no habían notado hasta el momento. Estaban peligrosamente cerca. Tan cerca cómo pueden estar dos personas a punto de compartir un gesto tan íntimo como sería un primer beso.

—He visto un jardín muy bonito de camino a aquí, ¿te apetece que vayamos? —Malai dio un par de pasos hacia atrás, separándose con desgana de la chica.

—Sí, por supuesto —en aquel momento, Camelia le habría dicho que sí a cualquier plan, estaba en tal estado de shock que no procesaba lo que le estaba diciendo.

El camino hacia el jardín fue silencioso. Cuando llegaron, Camelia se quedó maravillada. Era un lugar precioso, a la par que tranquilo e íntimo. Al ser un jardín pequeño, no muy conocido, mantenía un ambiente natural y los turistas no merodeaban por allí rompiendo el encanto del lugar. Había un pequeño camino de grava con flores y hierba fresca a cada lado, dándole un toque mágico.

—Estas flores más pequeñas de color lila son violetas —Malai le señaló las flores que estaban más cerca del camino por donde iban—, su significado hace referencia a un pequeño amor o una pequeña alegría y también a la sinceridad.

—Vaya, ¿te los has inventado o en realidad tenías esta cita mucho más preparada de lo que dices? —Camelia miró perpleja al chico, sabía mucho más de lo que parecía.

—No, es que mis padres tienen una floristería —el chico parecía avergonzado, le costaba confesar que sus familiares más cercanos trabajaban en algo que su hermano y él odiaban profundamente—, más que eso, son unos malditos amantes de las flores. Kenai y yo hemos crecido rodeados de todo tipo de conocimientos inútiles sobre el cuidado de las flores, qué abono es mejor y todas esas cosas. Sabemos cada nombre y cada significado de todas estas plantitas de colores.

—Bueno, yo creo que no ha resultado tan inútil, al fin y al cabo.

—Supongo que no —Malai se fijó en que, a pesar de que las flores eran todas lilas no eran del mismo tipo—. Fíjate, esas son primulas japonesas, flores del deseo y del amor duradero y esas de allí son llamadas “Morning Glory”, simbolizan un vínculo de amor.

—Vaya, todas estas flores están relacionadas con el amor —Camelia quería creer que era una señal del destino, ¿sentiría lo mismo su acompañante? —, quizá Kenai y Dalia deberían estar aquí en lugar de nosotros.



—No, creo que a nosotros nos va mejor estar aquí que a ellos—aunque lo dijo muy bajito, Camelia pudo oír casi toda la frase con claridad y su corazón brincó de emoción.

El caminito condujo a la pareja hasta un puente de madera, que cruzaba un pequeño lago hasta una glorieta situada en medio de la gran masa de agua. A ambos lados de la glorieta, había diferentes árboles con flores de color rosa, de distintas tonalidades.

—Los árboles adornados por las flores más oscuras son melocotoneros —el chico había seguido los ojos verdes de Camelia y se había dado cuenta de que la belleza que creaban los árboles la había hechizado—, su flor indica una personalidad fascinante y las flores más claras pertenecen al cerezo. Representan la belleza del corazón y el éxito.

Según iban cruzando el puente, la chica no apartaba la mirada de los árboles, pero aun así podía sentir que no apartaba la vista de ella. El chico daba vueltas a sus propias palabras, las flores del amor y el éxito y la personalidad fascinante. Malai no podía evitar pensar que esas flores hablaban de la muchacha; de su fuerza y su empeño y, por primera vez, sintió que las palabras de su padre eran ciertas, las flores le ayudarían en su camino hacia el amor y le guiarían hasta el corazón de la persona indicada.

Cuando llegaron a la glorieta, se fijaron en que había una única flor roja sobre el banco. Malai llegó primero y la cogió entre sus manos con una delicadeza que Camelia jamás habría pensado que el chico podía poseer. Permaneció así unos segundos y luego puso la flor tras la oreja de Camelia, quien lo miró sorprendida.

—Encarna la discreción, la humildad y el amor perfecto —el chico clavó sus ojos sobre los de ella, que parecían oscurecerse por segundos—, su nombre es camelia.

—¿De verdad que no me vas a decir a dónde vamos? —Dalia caminaba feliz de la mano de Kenai, habían estado charlando sin parar acerca de todo y sobre nada en concreto, pero por más que la chica había insistido, su acompañante se negaba a revelar el destino de su cita.

—No —Kenai estaba más sonriente a cada paso, se sentía orgulloso de su plan— y da gracias porque no te haya tapado los ojos. Se lo comenté a Malai y por una vez fue la voz de la razón y me aconsejó que no lo hiciera.

—Suerte del bueno de Malai —cuando la chica le miró estaba radiante, Kenai nunca había visto nada igual.

—Preciosa —sentenció Kenai en un susurro, necesitaba soltarlo. Llevaba demasiado tiempo aguantándolo.

—¿Qué? —Dalia no entendía qué quería decir con eso, ¿se estaba refiriendo a ella?

—Nada —el chico sacudió la cabeza, como si quisiera despejarse y aclarar sus ideas—. Cariño, voy a contarte un dato sobre esta ciudad. Kioto fue la capital del país durante más de mil años y, además, es considerado uno de los destinos más románticos del mundo —Kenai se sentía orgulloso de aquel pedacito de información que podía ofrecer a la muchacha—. Es, en cierta manera, normal que acabarais montando vuestra librería aquí.

—¿Y eso por qué? —la curiosidad estaba carcomiendo a Dalia muy lentamente, tanto misterio la inquietaba.

—Bueno todo eso de la literatura es algo muy romántico en el fondo. Además, dos chicas que lo dejan todo atrás para cumplir su sueño... Dime, si eso no es romántico, no sé que podría serlo.

—Entonces, ¿cómo es que decidisteis que Kioto sería el destino de vuestras vacaciones? —Kenai la había dirigido hasta la estación de autobuses

y en aquel momento estaban sentados en un banco—. No tiene pinta de que vosotros dos buscarais un destino de luna de miel.

—Es una historia graciosa —ante la ocurrencia de la muchacha, Kenai no podía parar de reírse y cuando le contara cómo había sido la elección de su viaje iba a ser ella la que no dejaría de reírse—. Como no nos poníamos de acuerdo, dejamos que el destino decidiera. Como comprenderás San Petersburgo no viene de pasada cuando vas de viaje a Brasil.

Kenai recordaba aquel día, cuando los hermanos se propusieron organizar un viaje de dos meses. Al principio habían pensado en hacer una ruta, pero sus propuestas eran muy diversas. Cuando Malai proponía sud América, Kenai decía la India; cuando este pensaba en conocer África a su hermano le daba por querer hacer una ruta por el norte de Europa.

—Al final nos plantamos frente a la pared de nuestro estudio, donde tenemos un mapa del mundo gigante, y decidimos echarlo a suertes con la ayuda de los dardos, iríamos al sitio donde se clavara el dardo. Le pedimos a nuestro padre que los lanzara, incluso le vendamos los ojos para que no apuntara a propósito a un lugar en concreto —Kenai estaba muy emocionado de poder compartir aquella historia con ella, porque era lo que le había conducido a su lado. En aquel momento, mientras se la contaba, se dio cuenta de los muchos factores y agentes que intervinieron para hacer aquella cita posible—. Lanzó cinco dardos, pero todos rebotaron en la pared. Malai y yo nos empezamos a desesperar y los gritos alertaron a mi madre. Ella es una mujer muy sabia, siempre ha sabido todo sobre nosotros. Cuando nos metíamos en problemas en el colegio, lo sabía en el instante en que cruzábamos la puerta, o cuando nos gustaba una chica, lo sabía incluso antes que nosotros. Espero que algún día la conozcas —Kenai hablaba maravillas de su madre y eso solo hacía que Dalia sintiera más curiosidad sobre la mujer que crió al chico que le gustaba y a Malai—. La cuestión es que ella cogió el

último dardo y lo lanzó con fuerza contra el mapa y, sorprendentemente, ya que se le dan de pena los deportes, consiguió clavarlo.

Kenai recordaba como su hermano y él se habían acercado despacio para que el dardo no cayera. Habían observado el mapa hasta ver que el agujerito que se había hecho estaba sobre un puntito muy cerca de Osaka. En seguida se pusieron a investigar hasta que el nombre de Kioto apareció ante sus ojos.

—Nunca había pensado en viajar a Japón. Quizá a China, pero no aquí —Kenai cogió la cara de la chica y la miró con dulzura—. Ahora me alegro de que el dardo se clavara ahí.

Dalia tenía lágrimas en los ojos, la historia en sí era muy bonita, digna de un cuento, pero sus últimas palabras le llegaron al alma, ¿dónde había estado ese chico toda su vida? Supuso que si no había aparecido antes sería por alguna razón y se alegraba de que el destino, el universo o una partida de dardos, al fin los hubiera juntado. Estaba a punto de decir algo cuando un autobús paró frente a ellos y Kenai se levantó de un salto, llevando a la chica con él.

—¡Ese es nuestro autobús! —el chico tiró de ella y al ver que esta no respondía, la rodeó por la cintura y, levantándola en volandas, la subió al vehículo.

Camelia y Malai continuaron charlando distraídamente, sentados en el banco de la glorieta de madera. La chica seguía con la flor detrás de la oreja, no recordaba ningún momento en que se hubiera sentido tan cómoda al lado de Malai. La joven tenía esa sensación inexplicable de estar en casa, de estar relajada sin tener que preocuparse por levantar muros y barreras. Tenía la

sensación de que sí en ese momento se caía no importaría porque Malai estaría allí para sostenerla, para tenderle una mano y ayudarla a levantarse de nuevo.

—Ahora ya sabes hasta qué punto llega la obsesión de mis padres por las flores —Malai se sentía avergonzado de la historia de su nombre, pero al lado de Camelia le brindaba la confianza suficiente como para contarla en voz alta.

—Ya veo, guirnalda de flores —la chica reía con ganas, provocando que su cuerpo se sacudiese a causa de la misma.

—Venga, no te rías —el chico le dio un pequeño empujón en el hombro, soltando una discreta risa—. Ya se han reído de mí lo suficiente gracias a eso.

—Lo siento —Camelia enseguida se disculpó y le puso una mano sobre la mejilla, sabía lo que era que se rieran de uno y no le gustaba la idea de que Malai hubiera conocido esa sensación—. Aunque no pareces el tipo de persona de la que se ríen a menudo.

—Y no lo hacen —Malai levantó un brazo, enseñándole a la chica su musculatura—. ¿Ves esto? Las horas de gimnasio tenían que valer para algo más que conquistar chicas.

—Seguro —Camelia agachó la cabeza y decidió compartir un dato vergonzoso con el chico, así estarían igualados y no se sentirían incómodos—. La primera vez que besé a un chico, este se rio de mí.

—¿Por qué? —la sorpresa se reflejaba en la cara del muchacho. Una mujer como ella no debería tener problemas para besar a nadie, además había visto cómo besaba a su gemelo y, a pesar de estar a cierta distancia, no le pareció que lo hiciera mal o que su hermano se asqueara por otra cosa que no fuese por la gran cagada que cometió.

—Porque no sabía —Camelia recordaba la risa del gilipollas al que le

regaló su primer beso y cómo este había ido diciendo por toda la escuela que besaba fatal. Por aquel entonces tenía trece años y aquello ocasionó muchos problemas a la chica—. Pero desde entonces he cogido mucha práctica — admitió la muchacha con orgullo, además dicho con ese retintín esperaba que Malai dejara de burlarse de ella y así fue.

—Estoy seguro de que sí —a Malai no le había gustado el comentario de su acompañante y sin poder hacer nada, se puso de morros.

—Venga, no te enfades —con cuidado de no forzar la situación, Camelia se acercó un poco más al joven—. ¿Cómo fue tu primer beso? Seguro que no fue tan maravilloso, a pesar de todas las pelis románticas que existen, no hay muchos primeros besos perfectos.

—Fue con una chica mayor, con experiencia —cuando Malai frunció el ceño, como si intentase contenerse, la chica supo que estaba a punto de soltarle alguna de las suyas—. Dejó el listón muy alto. Solo recuerdo que cuando terminamos, mis pantalones estaban más apretados de lo que lo habían estado diez minutos antes.

Camelia se imaginó a un Malai más joven, pero aun así decidido y arrogante, delante de una chica con varios años más. Se imaginó que después del beso, habría corrido a esconderse a su habitación muerto de miedo, pero al día siguiente les habría contado a todos sus amigos que había dejado a la chica con ganas de más. Nadie se enteraría nunca de la verdadera historia, quizá se lo habría contado a su hermano, pero aun así tenía sus dudas.

Malai observaba cómo Camelia se divertía con su historia, cómo sonreía y negaba con la cabeza al mismo tiempo. Deseaba besarla y que ella le devolviera el beso. Quería que estuvieran el uno al lado del otro, que pudieran hablar libremente de sus sentimientos como hacían Dalia y su hermano Kenai. No quería que aquella oportunidad se le escapara y sobre todo no quería verla en brazos de otro, especialmente si ese otro era alguien como su ex.

—Desde entonces yo también he cogido práctica —Malai volvió a hablar, rompiendo así el silencio que parecía haberlos invadido—. Hay testigos que afirman que después de besarme, ya nada parece lo mismo.

—Qué creído te lo tienes —Camelia sabía que era un gallito y que en realidad no hablaba en serio.

—La pura verdad, bonita mía.

—Estoy segura de que no besas tan bien como tu hermano —la chica se propuso picarle, para ver como reaccionaba. Sabía que con Malai no podía ir demasiado lejos, pero no podía evitarlo.

—¿Perdona? —los ojos contrariados de Malai la miraron directamente, como si quisieran buscar en los de ella qué pretendía con aquellas palabras.

—Perdonado.

Ante eso ambos rieron, Malai recordaba cómo esas palabras habían salido de su boca hacía poco menos de una semana en el piso de las chicas y le divirtió que finalmente se las devolviera.

—Oye bien *brujilla*, mi hermano puede ser todo lo bueno que quieras besando, pero yo soy mejor —Malai se señaló a sí mismo, aparentemente alardeando de su masculinidad.

En realidad no creía que fuera mejor o peor que su hermano, pero tenía que impresionar a Camelia como fuera. Tenía que admitir que su hermano tenía un encanto que hacía que las mujeres se rindieran a sus pies. Quizá era su aspecto de salvador y de chico bueno, pero él tenía otras cualidades.

—Además, no puedes ponerme en evidencia cuando no es de mí de quien se rieron en su primer beso.

—Eh, no te pases —Camelia miró sus labios, aquellos que supuestamente besaban tan bien y quiso comprobarlo por sí misma—. Si tan bueno eres, te reto a demostrarlo.

—Acepto —el chico no podía creer la suerte que estaba teniendo, pero

no iba a desaprovecharla.

Sin apenas tardar un segundo, Malai se abalanzó sobre la chica, quien se sorprendió por su ímpetu, y la besó.



## CAPÍTULO 20

El autobús los condujo hasta el bosque de *Arashiyama*, donde empezaron a andar en dirección a la estación de *Kameoka*.

—¿Por qué estamos aquí? —Dalia estaba confusa, ya habían visitado el bosque de cañas de bambú así que, ¿para qué había vuelto a llevarla allí?

—Porque era la última parada del autobús —Kenai la miró cómo si aquello fuera algo obvio.

—No me refería a eso, tonto, y lo sabes.

La verdad era que a Dalia hacía rato que había dejado de importarle el por qué, si lo único que quería Kenai era pasear, ella estaría más que encantada. Lo único que deseaba era poder disfrutar del placer de su compañía. Beneficiarse de las sensaciones que la tranquilidad del bosque y sus manos entrelazadas le ofrecían. Kenai miró el móvil y, al darse cuenta de la hora, empezó a tirar de la chica para que aligerara el paso.

—¡Vamos! ¡O no llegaremos a tiempo! —ambos empezaron a correr cogidos de la mano, medio ahogados por la risa que no podían contener.

Cuando llegaron a la estación de *Kameoka*, un tren de estilo retro estaba parado en el andén y la gente se subía en él. Había personas de todas las edades con una cosa en común; todas ellas estaban emparejadas e iban con las manos entrelazadas, rodeándose con los brazos o rozándose de alguna manera.

—Te presento el tren de *Sagano*, conocido por ser uno de los trenes más románticos que existen —en aquel momento Kenai se volvió hacia Dalia y le entregó dos billetes—. ¿Me concederías el honor de aceptar subirme conmigo?

Dalia ni siquiera tuvo que pensárselo. En un abrir y cerrar de ojos, se había lanzado a los brazos del muchacho, quien la atrapó al vuelo.

—Sí, sí, por supuesto —Dalia hablaba con la cara enterrada en su cuello, no podía creerse que hubiera organizado algo tan romántico e increíble exclusivamente para ella.

—Vi el panfleto cuando vinimos de excursión con Camelia y Malai, pensé que me serviría de algo conservarlo —Kenai aún estaba abrazando a la chica y no creía tener las fuerzas suficientes para soltarla—. Por fin ha sido así.

—¡Vamos parejita! —un guardia, a lo lejos, les gritaba en inglés—. ¡Subid al tren de una vez o se irá sin vosotros!

La feliz pareja se dirigió hacia el hombre, le entregó los billetes y se acomodaron en uno de los pocos sitios que quedaban libres. Estos eran de madera, todo estaba decorado de forma antigua, y el vagón era el único que no estaba cerrado y permitía ver el paisaje y disfrutar del aire libre al mismo tiempo. Dalia se sentó en el asiento interior y Kenai a su lado.

—El tren hace un recorrido de siete kilómetros, únicamente veinticinco minutos —le informó Kenai a la chica—, pero confío en que merecerá la pena.

—Estoy segura de ello —Dalia quería decirle mucho más, como que a su lado cualquier cosa sería una ventura, que no importaba lo que durara el viaje o el lugar al que fueran si estaban juntos. Aunque si a ella ya le sonaba cursi, quizá a oídos de Kenai sería demasiado y huiría despavorido.

El recorrido del tren pasaba muy cerca del río *Hozugawa* y pudieron contemplarlo con claridad. También se podía disfrutar de las montañas que los rodeaban y de los cerezos que rozaban el techo de los otros vagones. Las flores rosas se mezclaban a la perfección con el verde paisaje, creando una imagen idílica. Dalia estaba girada hacia el exterior del tren, su espalda estaba pegada al pecho de Kenai quien la rodeaba con los brazos y observaba cada

detalle perceptible a la vista, desde los reflejos de los árboles en el río hasta las facciones de la muchacha que poseía su corazón. No quería perderse ninguna de sus reacciones, unas veces nostálgicas y otras alegres.

—Ahora entiendo por qué lo llaman el tren romántico —Kenai rompió el silencio, aunque sólo fuera con un susurro—. Este tren te transporta lejos del tiempo real, fuera del mundo para atraparte...

—...pero cuando nos atrapa, no nos deja solos —Dalia acabó la frase por él, casi habían pasado los veinticinco minutos y estaban a punto de llegar a la estación de *Saga*.

—No...

Dalia se había girado y miraba fijamente a Kenai, deseaba compartir con él algo más que palabras y estaba segura de que él opinaba lo mismo. Por ello, se acercó más hasta que sus labios se rozaron, pero entonces el pitido del tren les anunció su llegada haciendo volver a los dos muchachos a la realidad. En ese momento ambos se dieron cuenta de que el tren, de la misma manera que te envolvía en su encanto, te lanzaba sin miramientos al mundo real. Un mundo en el tenían que volver a la ciudad y donde, muy pronto, los dos muchachos se verían separados por miles de kilómetros.

Los labios de Malai eran más suaves de lo que hubiera esperado Camelia. A pesar del ímpetu con el que se había lanzado hacia ella, su beso era bastante tímido, nada propio de los chicos como él, al menos no de los que había conocido hasta aquel momento. Una sensación desconocida embargó a la chica, que había permanecido con los ojos cerrados desde que el chico empezara a besarla. Era una sensación de placer y necesidad, mezclado con un profundo cariño, algo parecido al amor. Además, una increíble calma invadía

a la chica, algo que hacía tiempo que no experimentaba. Se sentía segura entre los brazos de Malai, y aunque jamás hubiese querido admitirlo sabía que él era el indicado para ella.

Cuando Malai empezó a apartarse, la chica cogió su cara entre las manos para evitarlo y, sin importarle que estuvieran en un lugar público, pasó una pierna por encima de las de él, quedando sentada a horcajadas sobre el cuerpo del muchacho. Malai le rodeó la cintura y ella notó como sus dedos se le clavaban en la piel. El chico sentía la misma necesidad que ella y sabía que si en aquel momento se hubiera apartado, un gran vacío habría inundado su interior.

El beso se fue volviendo más intenso y salvaje, pasando de ser un reto a otra cosa más profunda. Ambos habían perdido la noción del tiempo cuando tuvieron que apartarse para coger aire.

—¿Cómo pudo reírse alguien de ti con esa boca? —Malai se acercó de nuevo al rostro de la chica y continuó dándole besos suaves y cortos, apenas un roce de sus labios sobre los de ella, pero lo suficiente para provocarle todas esas sensaciones de nuevo y que ambos gimieran con timidez.

Mientras probaban el sabor de sus labios, pensaron en lo difícil que sería no poder besarse de nuevo, en lo complicado que todo se volvería a partir de aquel preciso instante en que había quedado claro que sentían algo el uno por el otro. Nunca podrían volver a su anterior relación y sería imposible ocultárselo a Dalia y Kenai.

—¿Y ahora qué? —Malai no quería levantar la voz, tenía miedo de espantar a Camelia de alguna manera.

—Ahora nada, solo ha sido un reto —Camelia se levantó del regazo del chico y se encaminó por el puente de madera hacia el exterior del jardín. Aquella cita ya había durado demasiado y era hora de volver a casa.

Camelia cruzó el puente y empezó a caminar por el caminito de grava,

marcharse del lado de Malai le carcomía por dentro, no sabía si podría soportarlo, pero era mejor sufrir en ese momento que cuando él le dijera que no era suficiente. A cada paso que daba iba más deprisa, hasta que una mano atrapó la suya y la obligó a darse la vuelta.

—Y una mierda —los ojos de Malai destellaban con furia—, no ha sido solo un reto. Sé que tú también lo has sentido.

—¿Tu que sabrás de mis sentimientos? —los ojos de Camelia estaban brillantes, pero se negaba a derramar ni una sola lágrima ante él.

—Sé que durante esta última hora has disfrutado y te has relajado como te mereces, que cuando nos ponemos de acuerdo en algo te invade un profundo bienestar, que en estos últimos días has cambiado tu forma de mirarme, que anhelas que alguien te valore y te trate como lo hacen los héroes de esas novelas tuyas y que estoy dispuesto a ser todas esas cosas para ti.

—No, dices todo eso porque estás excitado, pero no estoy interesada en un revolcón sin sentido —Camelia quería creer en sus palabras, que todo lo que había dicho fuera verdad, pero tendría que ponerlo a prueba para comprobarlo.

—¿Cómo puedes ser así? —el chico estaba a punto de rendirse, ¿para qué seguir luchando cuando ella había dejado clara su postura? Pero algo en los ojos verdes de la joven le incitaba a continuar con su discurso, a intentar que creyese sus palabras—. Te abro mi corazón y tú no haces más que cuestionarme y menospreciar todo lo que hago o digo.

—Tú y yo acabaremos tirándonos los trastos a la cabeza tarde o temprano, ¿para qué empezar algo que claramente está destinado al fracaso?

—Si piensas así, no llegaremos a ninguna parte.

Parados en medio del estrecho camino, la pareja se desafiaba con la mirada, ninguno de los dos quería ceder y suplicarle al otro paciencia y una oportunidad, aunque ambos sabían que era lo que realmente necesitaban.

Malai puso sus manos a ambos lados de su cintura y alzó la cabeza, soltando un bufido de desesperación. En aquel momento algo llamó su atención. Salió del camino y esquivando las flores violeta que rodeaban el sendero, atravesó el césped hasta llegar al lugar donde se encontraba una flor de un color a marillo tirando a blanco. La cogió y volvió junto a Camelia.

—Es un crisantemo, una flor que expresa confianza —el chico se la dio y cuando ella la cogió, atrapó sus manos y, sin soltarla, añadió—. Es lo único que quiero por ahora Camelia, que confíes en mí, en nosotros, y que nos demos una oportunidad para ver qué pasa. ¿Qué me dices?

Después de su excursión en tren, Kenai y Dalia regresaron a Kioto donde compraron un poco de sushi para llevar. Era una bandeja con diferentes tipos del manjar hecho a base de arroz, como el *maki*. Una vez que lo tuvieron, se dirigieron a un parque y se comieron los aperitivos que habían comprado. Allí pasaron las siguientes horas charlando o, simplemente, permaneciendo el uno al lado del otro, disfrutando de su mutua compañía.

Disfrutaron de la puesta de sol y de los colores que proyectaba en el cielo, desde el naranja hasta el violeta, pasando por un rojo brillante y un rosa difuminado. Era un espectáculo precioso, más si lo compartían con esa persona especial. Cuando el crepúsculo dio paso a las primeras estrellas, Dalia y Kenai supieron que era el momento de dar la tarde por finalizada.

—¿Qué somos, Dalia? —Kenai había estado deseando hacerle esa pregunta toda la tarde, pero hasta aquel momento no se había atrevido.

—Yo estoy bastante segura de ser una mujer, no sé qué opinas tu pero...

—Dalia, en serio —el chico se paró en medio de la calle, echándose a un lado y llevando a la chica con él—, lo que yo siento va más allá de la

expresión “me gustas” y creo que tienes que saberlo.

—Kenai, sabes que siento lo mismo y hemos pasado una tarde increíble, ¿por qué sacas el tema ahora? —la chica tenía la espalda apoyada en un portal y con sus manos sostenía las de él.

—Porque me has dicho que sientes algo por mí, pero no hemos hablado de lo hondo que llegan nuestros sentimientos o en lo que nos convierten estos —el chico se estaba estresando, ojalá pudiera expresarse mejor—. Quiero decir, ¿somos un simple rollo de verano, somos amigos con derechos, somos algo más e intentaremos que esto no acabe?

—Para, para, Kenai. Ya basta —Dalia había soltado sus manos y ahora las tenía en su cuello, con los pulgares acariciándole la mandíbula—. Yo no quiero que esto acabe nunca y espero que tú tampoco.

La sinceridad de la chica dejó parado a Kenai, quien había estado hecho un lío hasta hacía pocos minutos. Dalia en cambio, había soltado esas palabras con total naturalidad, como si fuera obvio que no se iba a rendir con su relación.

—No, por supuesto que no —el chico puso sus brazos alrededor de la cintura de la muchacha—. No sabes lo que me alegra que estemos en la misma página.

—¿Ahora puedes dejar de preocuparte y de ser tan inseguro? —Dalia arrastró a quien parecía que se había convertido en su pareja de vuelta a la calle, en dirección al piso.

—Tú me vuelves inseguro —contestó Kenai dándole un beso en la cabeza.

—Idiota —desde el día en que se conocieron, a la chica le había resultado difícil no reírse de las ocurrencias de los chicos y en el campo romántico Kenai era igual de bobo, lo cual podía resultar empalagoso, pero a ella le gustaba tener a alguien que la viera de esa manera tan dulce y le hablara

como si fuera el centro de su mundo.

Continuaron caminando hasta llegar al piso de las chicas. Desde la calle ambos pudieron ver como desde las ventanas del piso salía la luz del salón, por lo que dedujeron que Camelia ya estaría en casa.

—Es hora de despedirnos —Dalia había subido al escalón del portal y Kenai la miraba con amor—, nos vemos mañana, pequeña.

—Hasta mañana —la chica le dio un pequeño beso en la comisura de los labios y se apresuró a subir por las escaleras hasta el piso que compartía con su mejor amiga.

Cuando abrió la puerta, un aroma a chocolate lo invadía todo. Camelia solía comer chocolate cuando las cosas no iban bien, pero cuando vio el manjar que le esperaba sobre la mesa cambió totalmente de opinión; Camelia había tenido una cita tan espectacular como la suya. Estaba segura de ello.

—¡Hola!

—¡Hola! ¡He preparado fresas y plátano con chocolate! —Camelia le respondió desde la cocina mientras fregaba los platos, estaba demasiado concentrada en su tarea como para salir a recibirla.

—Vaya, sí que estás feliz esta noche —cuando Dalia llegó al lado de su amiga, que estaba bailando a la par que recogía, miró todo el arsenal que tenía sobre la encimera.

—Nada fuera de lo común —pero la risa que se le escapó no pasó desapercibida.

—¡Oh, Dios mío! —Dalia se llevó las manos a la boca—. Tú has hecho algo y no quieres decírmelo.

La chica arrastró a su amiga hasta el sofá de la sala de estar, aquella noche sería como habían sido siempre las cosas entre ellas; muchas risas y confesiones acompañadas de frutas sumergidas en chocolate.

—Cuéntamelo todo —le suplicó Dalia, no cabía en sí de gozo por el



hecho de que la cita de su mejor amiga con Malai hubiera ido tan bien. Sería genial para Camelia tener a alguien tan bueno a su lado. Además, al ser tan iguales, sabría darle su tiempo y espacio para que ella siempre se sintiera a gusto y cómoda a su lado.

—Hemos ido a un parque y me ha nombrado cada flor que había y qué significaban, hasta me ha dado una camelia. Ha sido increíble Dalia, me he sentido tan bien, sin tener que preocuparme o estar alerta todo el rato —a la chica le brillaban los ojos con amor, estaba claro que por fin había encontrado a su alma gemela—. Después... bueno... ha salido el tema de los primeros besos y una cosa ha llevado a la otra y... le he besado y él a mí, bueno en realidad ha empezado él, pero no importa. Estoy tan feliz.

Se abrazaron y aplaudieron dando saltitos sobre el sofá, sonreían tanto que prácticamente les dolía, pero aun así no dejaron que la felicidad se esfumara en aquel momento.

—Entonces, ¿qué? —los ojos grises interrogantes de la chica esperaban de más respuestas.

—Entonces me he puesto un poco terca, porque ya sabes lo que me gusta hacerme la difícil y porque...

—Porque tenías miedo —Dalia cogió una de las manos de Camelia para darle fuerza.

—Sí —la chica le apretó la mano, agradeciéndole su apoyo—, pero él no ha parado de insistir y al final hemos decidido darnos una oportunidad.

—¡Eso es fantástico!

—Por el momento vamos a ir viendo como va la cosa, sin presiones ni etiquetas. Si al final estamos destinados a estar juntos, ya se verá.

—Quiero detalles de ese beso —Dalia apuntó con un dedo acusador a su amiga, quizás deberían dejar de contárselo todo con pelos y señales.

—Claro, pero antes explícame qué tal tu cita —Camelia levantó las

cejas un par de veces, esperando saber hasta donde habían llegado su amiga y Kenai.

—Sólo si compartes tu chocolate.

—Hecho —dicho eso, las chicas se dirigieron a la cocina a buscar el chocolate y la fruta cortada a taquitos. Cuando volvieron al sofá, Dalia empezó a hablar con emoción.

Mientras tanto, a varias calles de distancia, en el hostel, Kenai le daba palmaditas en la espalda a su gemelo, orgulloso de que hubiera dado el primer paso con Camelia.

—Esa mujer es terca como una mula, te lo digo yo —Malai, quien sostenía dos cervezas en la mano, le tendió una a Kenai—. ¿Y a ti como te ha ido en el tren del amor?

—Ha sido genial, pero al contrario que tú, aún no he conseguido besarla —si Kenai parecía decepcionado, su hermano aún más.

—¿Cómo puede ser tío? No será porque no habéis tenido oportunidades —el mayor de los hermanos dio un sorbo a su bebida y negó con desaprobación.

—Lo sé, pero siempre hay alguien o algo que se interpone —Kenai imitó a su gemelo y tomó de su bebida—, al menos sé que está igual de dispuesta que yo a luchar por lo que tenemos.

—Sí, todo muy bonito hermano, pero aún no la has besado —para Malai eso hubiera sido impensable, las palabras nunca bastaban sino iban acompañadas de acciones—. Vamos a pasar tres días en Osaka y, como que me llamo Malai, vosotros dos no regresareis a Kioto sin daros un beso.

Kenai no sabía en qué momento habían cambiado las tornas y Malai

había pasado a hacer de *Celestina* en su lugar, pero en algo si estaba de acuerdo, el viaje de los próximos días sería decisivo en la relación de las dos parejas.

## CAPÍTULO 21

Las maletas esperaban a las chicas en la puerta, lo habían preparado todo la noche anterior para no tener que ir con prisas por la tarde cuando saliesen de trabajar. El día había sido de lo más productivo, incluso tuvieron que echar a algunos clientes cuando dieron las cinco y cuarto de la tarde. Cualquier otro día, habrían cerrado la librería más tarde, pero no aquel. No podían permitirse desperdiciar ni un solo segundo de la compañía de los muchachos, ni tampoco podían arriesgarse a perder el autobús que les llevaría a Osaka. Esperaban que fuese un fin de semana increíble, estaban seguras de que iban a disfrutar en grande.

A las cinco y media ya estaban en la puerta de su edificio, preparadas y esperando a que los muchachos las avisasen para reunirse en la estación de autobuses. Antes de que pudiesen darse cuenta, los chicos aparecieron ante ellas con unas enormes sonrisas dibujadas en sus caras.

—¿No habíamos quedado en vernos en la estación? Vaya viaje más tonto habéis hecho —Camelia se rio mientras saludaba a Malai con un abrazo, aunque se hubiesen besado, les costaba mostrar afecto en público.

—Ahí donde lo ves, mi hermano no podía estar más tiempo alejado de ti —Kenai sonrió y abrazó a las chicas, aunque el abrazo a Dalia duró mucho más.

—¡Cállate! ¿Cuándo aprenderás a cerrar la boca?

Todos rieron ante el comentario de Malai, aunque a este no le hizo mucha gracia que su hermano hubiese gritado a los cuatro vientos que él echaba de menos a Camelia. Estaba claro que ambas parejas estaban hechas las una para la otra y en aquel momento no creían que hubiese nada que les

podiese separar. Ellos mismos, se habían hecho la promesa de luchar por su amor y no dejar que nada ni nadie se interpusiese en su camino. Harían todo lo que estuviese en sus manos para permanecer juntos, cualquier cosa que les permitiese pasar el resto de su vida al lado de las personas a las que habían entregado su corazón. Aunque Camelia y Malai habían decidido ir despacio, ninguno de los dos contemplaba la posibilidad de que el final del verano marcara el fin de su relación.

—Entonces, ¿qué? —Dalia miró a sus amigos intentando, como siempre, poner paz entre ellos—. ¿Vamos?

Con un asentimiento, los cuatro pusieron rumbo hacia la estación de autobuses. Aunque tenían poco más de una hora de trayecto hasta Osaka, las chicas estaban deseando poder sentarse y descansar de todo el trabajo de la semana. Debían reconocer que habían trabajado muy duro, pero el hecho de estar haciendo lo que amaban compensaba con creces todo el esfuerzo que ponían para sacar la librería adelante.

Cuando por fin tuvieron sus maletas colocadas, las chicas buscaron los asientos adecuados y se acomodaron. Pensaron en que quizá podrían dormir un poco, pero la emoción del viaje las mantenía demasiado excitadas como para poder descansar. Con una sonrisa, Dalia alzó su móvil enfocando a Camelia, quien se había sentado a su lado y a los chicos que se habían colocado justo detrás.

—Ya estamos con la camarita otra vez —se quejó Malai pero, a pesar de su supuesto disgusto, era siempre el primero en posar para todo—. En eso os parecéis a Kenai, que no suelta esa cámara, a pesar de ser tan aparatosa.

Los comentarios de Malai, lejos de importunarlos, solo les hicieron ensanchar más sus sonrisas. Procurando no hacer mucho el idiota, se tomaron una de las primeras fotografías del que esperaban que fuera un gran viaje.

Una hora y cuarto más tarde, los chicos se encontraban en la estación de autobuses de Osaka. La brisa que corría era fresca, lo que hacía que el calor fuese menos agobiante. Con las pilas bien cargadas, a causa de la emoción por lo desconocido y por la compañía, los amigos se pusieron en marcha para llegar cuanto antes al hostel. Allí podrían dejar las maletas y empezar a descubrir las calles de aquella maravillosa ciudad. Teniendo en cuenta que ya eran más de las siete de la tarde, decidieron recorrer el centro y parar a cenar en algún lugar que encontrasen. Si algo tenían en común, es que no les importaba dónde comer mientras estuviesen en buena compañía.

—Podríamos visitar toda la zona de *Minami*, según Google es uno de los lugares más visitados por los jóvenes —Dalia, haciendo uso de su capacidad para tomar el control en ese tipo de situaciones, empezó a investigar los lugares que podrían visitar esa misma noche—. Seguro que por allí encontramos un buen lugar para cenar.

La chica no se equivocó, después de caminar durante más de dos horas por el distrito de *Minami*, encontraron un restaurante llamado *Umisen Yamasen Bancho Gems Namba*, el cual estaba especializado en mariscos, carnes a la brasa y sushi. Los chicos disfrutaron de una buena comida, que mezclaba su cultura con la japonesa y no pudieron estar más agradecidos por la decisión de la muchacha.

Permanecieron en el restaurante, comiendo y bebiendo hasta bien entrada la noche. Cuando Camelia y Malai empezaron a bostezar, decidieron que lo mejor que podían hacer era volver al hostel para descansar y recuperar fuerzas para así, al día siguiente, poder visitar los lugares más turísticos de la ciudad. Los chicos no permitieron que las muchachas pagasen la cuenta, cosa que a ellas no les hizo mucha gracia, ya que pensaban que las mujeres también

debían pagar, pero al mismo tiempo les agradecieron el gesto.

Cuando se encontraron en el hostel, los cuatro se despidieron y se dirigieron a sus respectivas habitaciones. El día que les esperaba cuando se levantasen estaría cargado de emociones. Una vez todos estuvieron en sus respectivas habitaciones, se acomodaron en las camas y se prepararon para descansar. Debían dormir si al día siguiente querían estar frescos como rosas, nunca mejor dicho.

El sábado a las nueve de la mañana los chicos ya estaban en el pequeño comedor del hostel, disfrutando de un gran desayuno. Habían decidido coger un poco de todo, llenando así sus platos con varias magdalenas, tostadas con mermelada, napolitanas y algún que otro croissant de mantequilla.

—Nunca había visto a una chica, y mucho menos a dos, cargando su bandeja del desayuno sin tapujos ni vergüenzas —aunque Malai lo admiraba, pensaba hacer un poco de broma sobre la situación—. ¿Estáis seguras de que os vais a comer todo eso?

—Que las chicas se alimenten sólo a base de comida verde y líquidos debería estar prohibido —Camelia siempre se había indignado ante la creencia popular de que las mujeres no debían comer tanto como los hombres.

—La vida sin chocolate y magdalenas carecería de sentido —añadió Dalia mordisqueando una magdalena de arándanos.

Las chicas eran conscientes de que se estaban pasando, pero les daba cierta envidia ver como los muchachos comían todo lo que querían. Además, tenían que acumular fuerzas para visitar Osaka en tan solo un fin de semana.

—Déjalas que coman, Malai, más vale tenerlas saciadas si queremos que la excursión sea un éxito —la insinuación de Kenai no pasó desapercibida

para nadie y mucho menos para Camelia y Dalia, quienes no tardaron en ponerse en pie de guerra.

—¡Eh! —gritaron a la vez. Camelia además, procedió a darle un manotazo a Malai, quien reía ante la broma de su hermano y Dalia le robó al chico su magdalena con virutas de chocolate.

Una vez que terminaron de desayunar, y sintiéndose como si se hubiesen comido un elefante, Dalia tomó las riendas de nuevo y encabezó el grupo para guiarlos hacia su primera parada: el castillo de Osaka. Viendo que solo estaban a unos cuarenta minutos andando, y que tenían tiempo de sobra, decidieron ir a pie y así hacer un poco de ejercicio.

—Nos irá bien caminar, últimamente nos estamos pasando con la comida rápida —Malai se dio golpes en el abdomen, intentando simular que su barriga estaba hinchada.

—Cualquiera diría que a ti te hace falta —Camelia le dio un leve empujón, provocando que el chico se riese. Poco después, este le pasó el brazo por encima de los hombros y empezaron a caminar juntos, dejando que la otra pareja caminase unos metros por delante de ellos.

—¿No crees que es increíble? —la chica y Kenai iban caminando cogidos de la mano, como hacían desde que hablaron de sus sentimientos. Dalia miró a sus amigos por encima del hombro, esperando que Kenai hiciese lo mismo para observar la escena—. Hace poco se mataban y ahora parece que no puedan vivir el uno sin el otro.

—El amor es así, pequeña. Aparece cuando menos te lo esperas y te cambia por completo.

Cuarenta minutos más tarde se encontraban a las puertas del castillo,



esperando para ser atendidos y comprar las entradas. Las chicas habían oído hablar mucho de aquel lugar, aunque la vez que estuvieron en Osaka no habían tenido la oportunidad de visitarlo. Cuando por fin, después de esperar más de quince minutos su turno, pagaron las entradas, se sorprendieron al ver que solo les había costado ochocientos yenes la entrada completa, que incluía la visita al castillo y a los jardines *Nishinomaru*, lo que es equivalente a unos siete euros. Felices de poder visitar un lugar tan maravilloso a un coste tan bajo, corrieron hacia el interior para disfrutar todo el tiempo posible de aquel lugar.

Después de visitar los ocho pisos interiores y los cinco exteriores del castillo, donde pudieron conocer mucho más sobre la cultura japonesa y visitar el museo que consiguió transportarles a otra época, decidieron pasear por los jardines, el cual estaba adornado por más de seiscientos cerezos.

—No me puedo creer que os pusierais esos cascos de samuráis — Camelia aún se desternillaba de la risa ante el reciente recuerdo de los chicos quitando piezas de una armadura samurái para probárselas.

—Ocasiones así no se presentan todos los días —Kenai se había sentido como un niño cuando le regalan el mejor disfraz de carnaval y, por la sonrisa de satisfacción de su gemelo, estaba seguro de que había pensado lo mismo.

—Estabais muy monos y, gracias a la camarita, el momento quedará immortalizado para la posteridad —se burló Dalia de los chicos, enseñándoles una foto en la pantalla del móvil.

—¿Monos? —Malai se sentía ofendido ante tal afirmación—. Querrás decir sexis y aguerridos, nena.

—Idiota —Malai se dispuso a atrapar a su amiga y darle un abrazo de oso, ante lo que Dalia intentó escabullirse sin éxito alguno—. Camelia, sálvame, tu novio me va a espachurrar.

La chica no dudó un solo instante en socorrer a su amiga. Cuando

estuvieron fuera del alcance de los chicos, se dieron la mano y empezaron a correr de un lado a otro mirando todas las maravillas de aquel jardín. Los chicos las miraban con alegría y cariño. A Malai, quien aún estaba procesando el comentario de Dalia, le llenaba de orgullo y felicidad que se hubiese dirigido a él como el novio de Camelia, más aún porque ella no lo había negado al escucharlo.

Las chicas se volvieron locas mientras recorrían el espacio y se iban haciendo fotografías aquí y allá, intentando hacerlas dignas de una portada de revista. A lo lejos, los chicos las observaban con cara de bobalicones, estaba claro que no podían estar más enamorados de ellas. Aquellas dos mujeres les habían cambiado completamente la vida, no podían pensar en el día en que tuviesen que dejarlas atrás para volver a España y seguir con sus obligaciones.

—¿Venís o qué? —Dalia agitó sus brazos mientras intentaba llamar la atención de los muchachos, quienes se habían quedado totalmente embobados mientras las miraban.

—¡Ya vamos!

Malai y Kenai empezaron a correr en su dirección. Había algo, una especie de magnetismo que los atraía hacia ellas y no creían que una sensación así se pudiera romper jamás.

Al salir del castillo, se dirigieron hacia la estación de autobuses más cercana y esperaron a que el de la línea *Osaka Loop* les recogiese. Después, tendrían que hacer transbordo con la línea *Nankai* que les llevaría hasta el santuario. No tenían mucho más de cuarenta minutos de trayecto, pero Camelia se quedó profundamente dormida nada más subirse al primer autobús. Cuando

llegó el momento de hacer el cambio de línea, tuvo que sujetarse a Malai para no caer de bruces al suelo.

—Venga, *Bella Durmiente* —la instó Malai a levantarse—, tenemos que cambiar de autobús.

—A la *Bella Durmiente* la despertaron con un beso, no tirándola al suelo —se quejó Camelia, restregándose las manos por los ojos.

—Como si hubiera sido yo el que te ha empujado.

Malai puso un brazo alrededor de ella y la chica se acercó escondiendo su cara en el cuello del muchacho, lo único que quería era continuar durmiendo al lado de su supuesto príncipe.

—Ah, no. Venga, ¡levanta! —se rio el joven, poniéndose en pie y obligando a Camelia a hacer lo mismo ante la atenta la mirada de su hermano y su amiga, quienes intentaban ocultar lo cómico que les parecía la situación.

Después de muchas risas, mientras la chica luchaba por mantener los ojos abiertos, llegaron a la parada final y caminaron unos cinco minutos hasta llegar al santuario. Al encontrarse frente a las puertas, los cuatro se quedaron boquiabiertos; un largo camino decorado con más de setecientas lámparas *tōrō*, donadas por gente del mar y empresas marítimas, se extendía ante ellos. Caminaron maravillados por el pasillo hasta llegar a la entrada y, poco después, hasta el puente *Sorihashi*. Allí se hicieron cientos de fotografías. Aunque en casi todas salían haciendo el gilipollas, había algunas que se podían salvar. Mientras, Kenai se centraba en fotografiar las vistas desde distintos ángulos con su cámara. Le encantaba la fotografía y quería guardar para el recuerdo cualquier momento que estuviesen viviendo los cuatro juntos. Aunque no tuvieron la suerte de ver la iluminación del puente en todo su esplendor, ya que era demasiado pronto para apreciarlo, disfrutaron con gran alegría de las vistas que este ofrecía; la estructura de otra época, el reflejo del puente en el agua... Sin duda, Dalia había hecho un gran trabajo al crear el

itinerario para ese día.

—Es increíble —Dalia apareció detrás de Kenai y, poniendo sus manos sobre los hombros del chico, se asomó para ver la pantalla de la cámara.

—¿El qué? —él la miraba de reojo, pensando en lo bonita que se vería con aquel paisaje de fondo.

—El puente, las vistas, esas fotos que estás haciendo. Tú —la chica le dio un corto beso en el cuello y después le obligó a darse la vuelta—. Tienes mucho ojo para las cosas bonitas.

—Tienes razón, para que negarlo —Kenai aprovechó aquel instante para sacar un primer plano de Dalia, quien, a su modo de ver, era lo más bonito que podría capturar nunca.

Al llegar al final del puente, se toparon con la fuente de ablución. Estuvieron observando aquella magnífica estructura con mucha admiración. Todo lo que estaban viendo dentro del santuario les ayudaba a conocer un poco más la cultura japonesa, la misma que les estaba enamorando poco a poco. A lo lejos, vieron como un monje se acercaba. Cuando estuvo frente a ellos, les saludó juntando las palmas de las manos, agachó la cabeza y sonrió.

—¿Turistas? —a las chicas les sorprendió que, aunque con un claro acento japonés, el hombre hablase español.

—Ellos sí, nosotras llevamos algo más de medio año viviendo en Kioto —Dalia saludó al monje de la misma forma, siendo imitada poco después por sus compañeros.

—¡Oh! Kioto. Ojalá pudiese salir del santuario para volver allí —el monje hablaba en un tono soñador y nostálgico, cosa que conmovió a los muchachos—. Bueno, cambiemos de tema. En esta fuente podéis purificar vuestras manos y vuestra boca. De esta forma, podréis acceder sin impurezas al interior del santuario.

Los chicos agradecieron la información dada por el monje, no querían cometer ningún error dentro de un lugar sagrado. Los cuatro se acercaron decididos y, siguiendo las indicaciones del hombre, mojaron sus manos y sus bocas con el agua que salía de la fuente. Una vez preparados, se despidieron del monje y continuaron su camino hacia el interior del santuario.

Pasearon durante varias horas por el interior de este, el cual estaba compuesto por cuatro salones donde, en tres de ellos, descansaban las figuras de diferentes deidades japonesas. Al salir a la zona central, se encontraron con el hogar de los espíritus de los árboles, donde disfrutaron de las vistas y de la suave brisa que movía con suavidad las ramas de estos. Allí encontraron una zona llena de pequeñas piedras y se fijaron en que algunas de ellas tenían escritos, hechos a mano por sacerdotes del santuario, unos *kanjis*. En las piedras estaban grabados tres ideogramas que querían decir: cinco, grande y fuerza o poder.

—¿Sabéis? Aquí pone que los tres *kanjis* juntos se leen *godairiki*, que se refiere a los cinco grandes poderes: la fuerza física, la inteligencia, la riqueza, la buena fortuna y la longevidad —Dalia señaló la pantalla de su teléfono, desde donde leyó toda la información—. Un foro sobre Japón explica que, si tenemos paciencia, podremos encontrar las tres piedras con los *kanjis* escritos y llevárnoslas como amuleto y recuerdo del santuario.

—Pues, ¿a qué esperamos? —Malai miró a sus compañeros mientras cruzaba la pequeña puerta de madera que les separaba de las piedras—. Somos cuatro, así que tenemos que encontrar una de cada para cada uno. ¡No tenemos tiempo que perder!

Dicho aquello, Kenai, Camelia y Dalia siguieron los pasos de su amigo y se sentaron en el suelo para empezar a buscar las piedras que necesitaban para completar su amuleto. Camelia fue la primera en acabar y miró orgullosa el pequeño tesoro que había encontrado. Viendo que los demás no habían sido

tan hábiles, se dispuso a ayudarles para ir un poco más rápido. Poco después terminaron Kenai y Dalia, quienes, tomando el ejemplo de Camelia, se dispusieron a ayudar en la ardua tarea de encontrar la tercera piedra que le faltaba a Malai. No sabían cuánto tiempo había pasado desde que se habían propuesto encontrar las tres piedras que necesitaban para completar su amuleto, pero el rugido de las tripas de Kenai les avisó de que había llegado el momento de buscar algún sitio para comer.

—¡Pero yo todavía no he encontrado la última piedra! —protestó Malai, mientras buscaba nervioso por toda la parcela intentando encontrar la última pieza que le faltaba. El chico empezó a mover los brazos en todas direcciones, removiendo las piedras y enturbiando el agua rápidamente.

—Espera, te ayudaré —Camelia se acercó a él y se agachó a su lado, tomándole las manos con suavidad—. Si sigues esparciendo las piedras así, no harás más que mezclarlas.

Unos cinco minutos más tarde, los chicos se dirigieron a la salida del santuario para buscar algún lugar donde comer. Malai, con las tres piedras aún en las manos, se sentía como un niño pequeño al que le acaban de regalar el más ansiado juguete y eso hacía enormemente feliz a Camelia. De vuelta en la parada de autobús, tomaron la línea *Nankai* para dirigirse a un restaurante que había encontrado en internet especializado en *Okonomiyaki*, un plato puramente japonés que consiste en una masa con distintos ingredientes hechos a la plancha.

Media hora más tarde, los chicos estaban disfrutando de su comida. No sabían exactamente qué ingredientes llevaba aquella masa, pero estaba para chuparse los dedos.

Hacia las seis de la tarde, habiendo descansado mientras hablaban de cosas banales y veían las fotografías que Kenai había tomado con su cámara, decidieron visitar un lugar más tranquilo y pusieron rumbo a *Umeda*, donde se

encontraba un rascacielos de cuarenta pisos y con un mirador de trescientos sesenta grados.

—Supongo que no habrá nadie con miedo a las alturas —Camelia, en lo más hondo de su ser, hubiera deseado que los gemelos tuvieran vértigo, para poder burlarse de que los dos fortachones por fin estuviesen acobardados por algo, pero no tuvo esa suerte. Al parecer no conseguiría verlos temerosos, al menos no ese día.

Tomaron la línea *Osaka Loop*, que no tardó más de treinta minutos en dejarles en el barrio. Caminaron durante unos minutos hasta llegar al *Umeda Sky Building*, donde, sin dudarlo, entraron con la intención de observar la ciudad desde el mirador. Para acceder al observatorio del Jardín Flotante, tuvieron que comprar una entrada de doce euros, la cual pagaron con mucho gusto. Una vez arriba, observaron con gran asombro las vistas que la altura a la que se encontraban les ofrecía. Estuvieron allí durante casi dos horas, hasta que el atardecer asomó por el horizonte. Los chicos estuvieron haciéndose fotografías a diestro y siniestro para captar cada momento y, cuando la luna se alzó ante ellos y las estrellas empezaron a brillar, los cuatro amigos empezaron a descender para visitar un pequeño jardín botánico que se hallaba a los pies del edificio.

Pasearon por los alrededores durante algunos minutos, hasta que algo en la mente de Malai se encendió. Le había dicho a su hermano que no volverían a Kioto sin que este consiguiese un beso de Dalia y sabía la manera perfecta de conseguirlo. Con una sonrisa, apartó a Camelia del grupo y la miró fijamente.

—¿Qué ocurre? —la chica miró extrañada al muchacho, viendo como este sonreía con orgullo.

—Kenai está muy enamorado de Dalia —Camelia asintió, dándole a entender a Malai que ese dato ya lo conocía—. Quiero decir, míralos —el

chico señaló a la pareja que caminaba unos pasos por delante de ellos—. Se nota que quieren llegar más lejos, pero ninguno de los dos se atreve a dar el paso.

—¿Estás proponiendo que nos vayamos a cenar y los dejemos solos? —la chica alzó una ceja mientras observaba a la feliz pareja, Camelia era una chica lista que había pillado a la primera y sin necesitar muchas palabras lo que quería decir su acompañante.

—Sería una buena opción. Además —Malai atrajo a Camelia hacia él y pegó su frente a la de la chica—, podríamos aprovechar para estar también nosotros solos un rato.

—Qué excusa más mala, pero me parece una idea genial —Camelia le dio un corto beso en la comisura de los labios, sabiendo que lo estaba dejando con ganas de más. Se giró en dirección a Dalia y Kenai y tomó aire antes de gritar—. ¡Chicos! Nosotros nos vamos a cenar por ahí, aprovechad y pasarlo bien.

Sin que a la pareja le diese tiempo a protestar, Camelia y Malai se fueron en dirección contraria tomados de la mano. Parecía que su plan, el cual habían ideado entre los dos sin haberlo pensado apenas, se había puesto en marcha. Sabían que sus amigos necesitaban tiempo a solas para dar el paso que marcaría un antes y un después en sus vidas.

Kenai y Dalia caminaban con tranquilidad, tomados de la mano, mientras buscaban un buen lugar donde cenar. Ya que los otros dos les habían dejado solos, pensaban aprovechar al máximo aquel momento. Cuando Camelia les había gritado apenas unos minutos antes, se habían llevado una buena sorpresa al saber que se marchaban y los dejaban solos. El chico no



podía dejar de observar a la muchacha, quien no dejaba de sonreír maravillada mientras se fijaba en las calles que los rodeaban. Habían acabado en el barrio de *Shinsaibashi*, desde donde se podía ver, a lo lejos, la gran bahía de Osaka. La luna iluminaba todo con su resplandor, aunque las luces del barrio robaban su esencia. Según había leído Dalia en internet por la mañana era un barrio puramente comercial, por la noche los bares, los restaurantes, las discotecas y los karaokes cobraban vida y se volvían los protagonistas.

Tras caminar durante varios minutos, entraron en un restaurante llamado *Ikkaku*, especializado en comida japonesa. Se decidieron por el pollo asado y unas bolas de arroz. Aunque Dalia había comido en distintos restaurantes japoneses, tuvo que reconocer que ninguno le había gustado tanto como aquel. Al acabar, decidieron pasear por las calles de Osaka. Kenai tiraba de la chica con decisión, aunque ella no sabía a dónde quería llevarla. Media hora más tarde, se encontraban en un gran mirador. Desde allí, se podía observar toda la ciudad. Buscaron un banco y se sentaron, contemplando así las maravillosas vistas que ofrecía Osaka por la noche.

—¿Por qué me has traído aquí? —tras unos minutos de silencio, Dalia se decidió a buscar respuestas.

—He creído que era un buen lugar para pasar un rato juntos y hablar de nosotros —Kenai miró a la chica con los ojos vidriosos por la emoción, cosa que la hizo ponerse nerviosa—. Tengo claro que estás dispuesta a luchar por lo nuestro, lo que tenemos, y yo quiero hacer lo mismo, pero creo que ha llegado el momento de poner algunas cartas sobre la mesa —el chico se levantó y tomó las manos de la muchacha, provocando que esta se pusiera en pie—. Quiero estar contigo, siempre. No me importa la distancia, saber que te tengo me hará plenamente feliz. Sé que quizás es demasiado pronto, pero necesito ponerle nombre a esto —el chico vio la expresión de Dalia y pronto

se explicó—. No me refiero a que quiera atarte y no dejarte tu libertad y puede que te parezca una tontería, pero estoy chapado a la antigua y me gusta recordar fechas.

—Kenai, ahora mismo no puedo gritar a los cuatro vientos que estoy enamorada de ti porque solo hace un par de semanas que nos conocemos, pero tengo muy claro que quiero estar contigo en las duras y en las maduras. Deja de preocuparte, nos está yendo bien, nada tiene por qué cambiar si nosotros no lo permitimos —Dalia sonrió, aquel era el momento que había estado esperando durante toda su vida, a pesar de las visibles inseguridades del muchacho, a ella también le gustaba la idea de saber con exactitud el día en que habían dado un paso más en su relación—. Hacía mucho tiempo que no me sentía así, completa. Has cambiado mi vida, Kenai, y siempre, pase lo que pase, te estaré agradecida por el bien que me has hecho.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Formalizamos lo nuestro? Seguro que Malai y Camelia se alegran por nosotros —a Kenai le brillaban los ojos, iba a cumplir el sueño de su vida; estar con una persona que le hiciese feliz, mostrándose tal como era realmente en todo momento.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Los ojos de los muchachos se cruzaron y Dalia bajó la mirada, sintiéndose avergonzada por primera vez en mucho tiempo. Con mucha suavidad, Kenai alzó el rostro de la chica para poder mirarla fijamente a los ojos que parecían oscurecerse por el deseo. Había llegado el momento, ambos lo sabían. Con un simple gesto, se demostrarían todo lo que sentían el uno por el otro. Los brazos del chico se desplazaron hasta la cintura de la muchacha y, con cuidado, la acercó a él. Sus labios se rozaban y sus nervios aumentaban, estaban dando un gran paso en sus vidas.

Malai y Camelia estuvieron paseando por el barrio de *Honmachi*, que estaba lleno de bares y restaurantes, por lo que no les costó mucho encontrar un buen lugar para cenar. Estuvieron bastante rato debatiendo lo que querían comer, ya que Camelia estaba bastante cansada de la comida japonesa, pero al final cedió y le dio el gusto a Malai de comer algo típico de verdad. Entraron en un restaurante llamado *Mimiu Honmachi*, donde pidieron *Naruto*, *Tempura*, *Nigiris* y *Tatakis*. Se habían pasado. Cuando salieron del restaurante, apenas podían caminar. Acabaron sentados en un parque llamado *Utsubo Koen*, este no tenía nada de especial, pero les proporcionaba la tranquilidad que necesitaban en aquellos momentos.

Aquel no era un barrio como los que acostumbraban a ver por Kioto, pues era mucho más comercial y moderno. Las calles estaban repletas de edificios altísimos con grandes carteles publicitarios por todas partes, los cuales brillaban tanto que parecía que fuera de día aun cuando era de noche. Por aquel barrio pasaba una especie de río, que reflejaba las luces que venían de todas direcciones. Aunque a Camelia siempre le habían gustado más las ciudades, prefería sin duda el ambiente tradicional de la que se había convertido en su ciudad antes que los grandes edificios de Osaka.

—¿Crees que les estará yendo bien? —Camelia se recostó sobre el hombro de Malai, mientras este acariciaba su mano con dulzura.

—A estas alturas, seguro que ya han dado un paso más —el chico sonrió, sintiéndose feliz de tener tan cerca a su chica—. Les hacía falta algo así y creo que a nosotros también.

—Y nosotros, ¿cuándo vamos a ir más lejos? —la chica estaba bromeando, todavía no estaba preparada para dar el siguiente paso, pero se sentía bien al saber que al menos estaba dispuesta a hacerlo.

—Cuando quieras, nena —y a modo de promesa, Malai volvió a

besarla, haciéndole saber así que estaba dispuesto a dar todos los pasos necesarios si era con ella.

La cosa pareció subir de tono en minutos, por lo que la pareja tuvo que apartarse, a menos que quisieran montar un espectáculo. La chica, intentando encauzar la situación, volvió al tema anterior.

—Tienes razón, pasamos demasiado tiempo los cuatro juntos y no nos dedicamos lo suficiente a nosotros —la chica suspiró cerrando los ojos, se sentía tranquila y relajada al lado de Malai—. Con esto no quiero decir que no me guste hacer cosas en grupo, solo que a veces también me apetece estar a solas contigo.

—Eso tiene que cambiar, podríamos pasar más tiempo a solas al volver a Kioto —Malai se incorporó, haciendo que la chica lo hiciese con él—. Podría ir alguna tarde, la que tú quieras, a buscarte a la librería e irnos los dos solos a vagar por ahí, ¿qué me dices?

—No podrías haber tenido una idea mejor.

Camelia se acercó a Malai y besó sus labios con dulzura y timidez, como si fuese la primera vez que hacían algo así. En aquel momento, se estaban dedicando en cuerpo y alma el uno al otro y no parecía que nada ni nadie se pudiese interponer entre ellos.

—¿Volvemos? —Malai miró a Camelia con una sonrisa, entrelazando su mano con la de ella—. Pareces cansada.

—Sí, hoy ha sido un día muy largo.

Con el brazo de Malai sobre los hombros de Camelia y el de esta rodeando la cintura del chico, la pareja emprendió el rumbo hacia el hostel, el cual no tenían ni idea de donde quedaba en aquellos momentos. Tras más de quince minutos caminando sin encontrar el lugar, tuvieron que rendirse y, entre risas, hacer uso de *Google Maps* para poder volver. A ninguno de los dos le hacía gracia la idea, puesto que no les gustaba mostrar debilidad, y perderse

lo era, pero estando juntos sentían que cosas así ya no importaban tanto y preferían tomárselo con humor que empezar a pelear de nuevo. Sin duda, estaban hechos el uno para el otro.

—Vaya... —Kenai parpadeó varias veces cuando separó sus labios de los de Dalia, había sido increíble—. No sé cómo he podido esperar tanto tiempo para hacer esto.

—Supongo que ninguno de los dos estaba preparado para dar un paso tan grande como este —la chica acarició la mejilla del muchacho con suavidad, no podría ser más feliz en aquel momento.

—Eso está claro, pero a partir ahora —Kenai se acercó de nuevo a ella y la besó con lentitud y cariño—, pienso hacer esto a todas horas.

Levantándose de un salto, se puso en pie y arrastró a la chica con él. La atrapó entre sus brazos y, levantándola del suelo, la besó de nuevo. Dalia emitió un pequeño chillido que fue acallado por los labios de él. Ese beso fue mucho más apasionado que los otros, no había timidez ni inseguridades, solo amor y deseo.

Las manos de Kenai se colaron poco a poco debajo de la camiseta de Dalia, lo suficiente para poder tocar la suave piel de su cintura y su espalda baja, dejándola poco a poco sobre el suelo. Mientras, ella le dio varios besos en el cuello, haciendo jadear al muchacho. Cuando la chica se separó de él, colgándose de su cuello, le miró con los ojos brillantes por la emoción y una gran sonrisa.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —Kenai habló en un ronroneo, estaba demasiado excitado para expresarse con claridad.

—No soy tan mojigata como creías, ¿eh? —Dalia pretendía sonar sexi

y misteriosa, a lo que obtuvo como recompensa una sonora carcajada de su acompañante.

Kenai, ante aquel momento tan maravilloso, abrazó a la chica con fuerza y la hizo girar entre sus brazos. No eran necesarias las palabras, la presencia de ambos era suficiente.

—Seas como seas, eres perfecta para mí —expresó el chico una vez más.

—¿Qué te parece si volvemos al hostel? —Dalia rio ante el comentario de su chico, era un verdadero romántico y eso, en el fondo le encantaba. Sin embargo, a pesar de lo bien que se sentía en aquel parador con Kenai, necesitaba descansar para afrontar un día más de visitas—. Se ha hecho un poco tarde.

—¡Vamos allá!

Al contrario que sus compañeros, Dalia y Kenai encontraron el camino al hostel sin ninguna dificultad, aunque estaba claro que el mérito era totalmente de la chica. No tardaron más de veinte minutos en encontrar su alojamiento, pero no quisieron entrar, eran reacios a la idea de separarse. Así que prefirieron quedarse un poco más abrazados sentados en un banco frente a su alojamiento. Minutos más tarde, vieron llegar a Malai y Camelia, quienes mostraban dos grandes sonrisas dibujadas en sus rostros. Kenai pensó que su hermano había sonreído más en esas dos últimas semanas que en toda su vida; el amor podía hacer maravillas.

Dalia no tardó en reunirse con su amiga, quien la recibió con un gran abrazo. Ambas emprendieron el camino hacia su habitación con los chicos pisándoles los talones. Estaban deseando quedarse las dos a solas para cotillear sobre sus respectivas citas. Una vez que se encontraron todos de nuevo en el interior del hostel, Kenai y Malai acompañaron a las chicas hasta la planta superior, donde se encontraba su habitación. Estando parados frente a

la puerta, Camelia miró a los muchachos y soltó una pequeña risa.

—No pensaréis que os vamos a invitar a entrar, ¿no? —con una mirada desafiante, se dirigió a los chicos y se cruzó de brazos esperando que se pusieran nerviosos.

—¿Pero con quién te crees que hablas? Nunca nos atreveríamos a proponer algo así —Malai se llevó la mano al pecho, haciéndose el ofendido, lo que provocó que sus compañeros se echasen a reír.

—Entonces, ¿a qué esperáis? ¿Vais a proteger nuestra puerta durante toda la noche? —Dalia miró a los chicos con confusión, empezaba a no entender por qué seguían allí.

—¿Qué te parece, Malai? ¿Les soltamos la bomba? —Kenai miró a su hermano con una sonrisa traviesa y este asintió con la misma expresión. Del bolsillo trasero de su pantalón, el pequeño de los gemelos sacó un sobre que entregó a las chicas—. Abridlo.

Con nerviosismo, Dalia y Camelia se decidieron a abrir el sobre que los chicos les habían ofrecido. No sabían qué podía haber allí dentro. Podrían haberse esperado cualquier cosa, pero en ningún momento hubiesen imaginado lo que contenía en realidad.

—¿Estos son entradas para visitar el parque *Universal Studios Japan*? —Camelia miró los pases sin poder creerse lo que estaban viendo sus ojos—. Pero, ¿cómo...

—Vimos lo emocionadas que estabais cuando visteis que en el parque había toda una zona ambientada en Harry Potter, así que no pudimos evitar adelantarnos y haceros este pequeño regalo —Malai miraba a Camelia con los ojos cargados de amor. Aunque no quisiera admitirlo todavía, no se imaginaba una vida donde no la hubiese conocido.

—Creímos que sería una buena experiencia para vivir juntos —Kenai acogió en sus brazos a Dalia cuando esta se abalanzó sobre él para abrazarle.

No podía creerse lo que habían hecho por ellas—. Descansad, mañana será un día lleno de emociones.



## CAPÍTULO 22

Aquel domingo a las ocho de la mañana, Camelia y Dalia ya estaban aporreando la puerta de los gemelos, ninguna de las dos podía esperar para empezar la gran experiencia que de la que esperaban disfrutar ese día.

—¿Se puede saber qué coño hacéis levantadas a estas horas?! —Malai se mostró hecho una furia, estaba soñando con Camelia el día en que fueron todos juntos al balneario, pero en su sueño podía tocarla libremente, a diferencia de aquel día.

—¿Ha pasado algo? —Kenai apareció preocupado detrás de su hermano.

—Lo que ha pasado es que tenemos que ir ya para el parque y aún estáis en pijama —Camelia estaba exasperada, a ella tampoco le gustaba madrugar pero había ocasiones en las que era necesario y no le gustaba que la hicieran esperar.

—O en bóxer, mejor dicho —añadió Dalia mirando bien a los gemelos, quienes recién salidos de la cama, estaban despeinados y no llevaban puesto nada más que un bóxer negro.

—¿Te gustan las vistas, Dalia? —Malai ya se había puesto en modo modelo, pero eso no impresionó a su amiga.

—Me gustaría más si te hicieras a un lado —y de un empujón, pasó por el lado del chico y se metió en la habitación, donde Kenai la recibió con un beso. Como por fin se habían besado por primera vez, nada les impedía hacerlo cada vez que quisieran.

—Vaya, eso sí que es un buen despertar —Malai los había visto y, con una sonrisa socarrona, volvió a fijarse en Camelia, que todavía estaba en el

pasillo—. ¿Tú no me vas a dar los buenos días de la misma forma?

—Quizá cuando te hayas lavado los dientes —la chica pasó decidida y entró en la habitación, donde tomó asiento en una de las camas—. No nos iremos de aquí hasta que estéis listos, tenemos mucho que hacer hoy.

Dalia se despegó de Kenai y se sentó en la cama con su amiga. Cuando ambos chicos se dirigieron al baño para asearse, Dalia y Camelia soltaron unas risitas nerviosas.

—¿Has visto que paquetes tienen? —los ojos verdes de la chica miraron hacia la puerta del baño con malicia—. Seguro que están bien dotados ahí abajo.

—¡Camelia! —Dalia miró hacia la puerta del baño y, al comprobar que el picaporte no giraba, se volvió hacia su amiga—. ¡Podrían oírnos!

—No pasa nada, seguro que les gusta que apreciemos sus penes — como en ese tipo de situaciones, Camelia le quitó hierro al asunto—. Además, algún día tendremos que averiguarlo y, por supuesto, espero detalles. Es importante saber hasta qué punto se parecen los gemelos.

—No es imprescindible saber si son iguales o no en la cama, ni tampoco anatómicamente —Dalia no era el tipo de persona que gritaba los detalles íntimos a los cuatro vientos, así que no iba a ceder fácilmente.

—Sí que lo es, imagínate que un día nos equivocamos de chico y la única forma de darte cuenta de tu error es conocer lo que tienen entre las piernas —Camelia intentaba bromear, pero su tono práctico a alguien que no la conociera le pondría los pelos de punta—. Piénsalo.

—Lo tendré en cuenta.

Camelia seguía mirando hacia la puerta del baño con actitud soñadora. Dalia se levantó de la cama para recoger una camiseta que estaba tirada en el suelo. Cuando la tuvo en sus manos se dio cuenta de que era de Kenai, pues aquel pedazo de tela desprendía su olor. Solo le hizo falta fijarse un poco para

darse cuenta de que era la camiseta que había llevado el día anterior.

—Por cierto, amiga mía —en algún momento Camelia había dejado de mirar la puerta y de soñar despierta con Malai desnudo, para mirar fijamente a su amiga—. ¿Tú no tienes nada que contarme? —la sonrisa ilusionada de Dalia fue la confirmación de que su amiga le debía una explicación bien gorda.

—Ya sabes que Kenai y yo aún no nos habíamos besado —la chica se acercó más a su amiga, pues no quería que los gemelos la oyesen—, pero ayer por la noche, cuando nos separamos, me llevó a un mirador precioso y me dijo unas cosas tan increíbles que no sé, no pude resistirme. No te dije nada anoche porque cuando vi las entradas me puse tan histérica que no quise quitarle protagonismo al asunto.

—Pues ya tocaba —Camelia la abrazó con fuerza, no podía estar más feliz del gran avance que había hecho la pareja—. Entonces dime, ¿es buen besador?

La chica de ojos verdes alzó sus cejas a modo de interrogación. Sabía que no iba a ser fácil sacarle ciertos detalles a Dalia, pero podría hacerlo si le hablaba sutilmente. Aunque Camelia había besado a Kenai, sabía que para su amiga ese momento habría sido muy diferente al suyo y quería saber cómo se había sentido.

—Créeme que cuando puso sus labios sobre los míos perdí el mundo de vista, no había nada más excepto él —las chicas soltaron unos chillidos emocionados y Dalia se tapó la cara con las manos, menuda vergüenza estaba pasando.

—Joder tía, vaya dos pedazo de hombres que hemos encontrado —la chica no creía que por fin hubieran encontrado a los chicos perfectos, serios pero con un sentido del humor que sacaban a relucir su locura interior, protectores pero independientes, pues sabían cuándo darles su espacio pero

también cuando debían estar ahí.

—Hemos tenido mucha suerte —asintió Dalia, quien sonreía tanto como sus facciones se lo permitían.

Los chicos oían las risas desde el cuarto de baño. Dándose cuenta de lo emocionadas que estaban por su visita al parque, se apresuraron todo lo que pudieron y en apenas veinte minutos ya estaban preparados para reunirse con las chicas, pero antes de salir por la puerta Malai detuvo a su hermano.

—Así que triunfas, ¿y no me dices nada? —Malai miraba a su hermano fingiendo estar decepcionado— No me lo puedo creer Kenai, estas cosas no se callan.

—Ayer besé a Dalia —confirmó su hermano—, y fue el mejor beso de mi vida. Ella se ha convertido en mi mundo en pocos días y cuando la besé, me pareció tan natural, como si fuera el destino, como si sus labios, como si ella, fueran una parte de mi —Kenai no podía creerse que le hubiera soltado ese discurso a su hermano—. Ríete todo lo que quieras ahora, no cambiará nada.

—Tranquilo, no voy a reírme —pero sus débiles carcajadas, las cuales intentaba esconder en el cuello de su camiseta, le delataron—. Bueno, solo un poco.

—Imbécil —el chico se añadió a sus risas y le dio un empujón—. Además, ¿cómo lo has sabido?

—Porque tienes un chupetón en la base del cuello, nuestra *brujilla* es toda una tigresa.

—Cállate y ni se te ocurra hacerle ningún comentario a ella —le amenazó Kenai.

—Venga, relájate hermano —esa vez fue el turno de Malai para darle un codazo a su gemelo—, ya te dije yo que de Osaka no volvíais sin haberos liado.

Dicho eso, Malai abrió la puerta del baño y se reunieron con las chicas.

—¿Todo bien? —Dalia vio la cara de los hermanos, algo había pasado en ese baño.

—Todo genial, *fierecilla* —soltó Malai abriéndose paso hasta Camelia y pasándole un brazo por los hombros, salieron al pasillo seguidos de Kenai y Dalia.

—Ignora a mi hermano —el chico cogió la mano de ella y le dio un beso en la palma—, te lo suplico —Dalia no pudo hacer más que reírse y cerrar la puerta de la habitación. Juntos emprendieron el camino hacia la salida del hostel y al parque, donde esperaban disfrutar a más no poder.

De camino hacia allí, pararon en una cafetería donde pidieron cafés y croissants para llevar, los cuales se comieron en un santiamén. A las nueve en punto, las puertas del parque se abrieron dando paso a los visitantes que formaban una gran fila desde hacía rato. En las taquillas entregaron sus pases y recibieron un mapa del sitio.

—Hay nueve zonas en el parque —Dalia se había agenciado el mapa y, junto con su amiga, decidían por dónde empezar—. Podríamos ir por la zona de *Jurassic Park*, luego seguir por *San Francisco* e ir a *Minion Park*, después de eso volvemos a consultar el mapa.

Todos estuvieron de acuerdo al instante, cosa que fue sorprendente debido a su historial de peleas. Empezaron a andar en dirección a la zona de los dinosaurios, que se encontraba a poca distancia de donde estaban. Camelia, que hasta el momento caminaba junto a Malai, cogió a Kenai de una manga y lo arrastró varios pasos por delante de los demás.

—Explícame algo, Kenai —empezó con un tono muy serio, mirando fijamente al chico que le había robado el corazón a su amiga—, ¿por qué obligaste a mi mejor amiga, mi hermana, a que te besara ayer?

—¿Qué?! —Kenai estaba sorprendido y horrorizado, él nunca obligaría a Dalia a hacer nada, ¿por qué decía Camelia aquellas cosas? Se propuso girarse para hablar con Dalia para preguntarle si se había sentido presionada en algún momento y por qué recurría a Camelia en lugar de decírselo a él, cuando esta hizo que le mirara directamente.

—Responde —Camelia parecía más seria a cada segundo.

—Camelia, no sé cómo has llegado a esa conclusión, pero te juro que no obligué a Dalia a hacer nada —Kenai le suplicaba con la mirada que le creyese, estaba dispuesto a ponerse de rodillas si era necesario—. Te lo prometo.

—Ya lo sé, tranquilo —la risa de Camelia hizo relajarse a Malai y Dalia, que desde la distancia, veían su cara de mala leche y como Kenai estaba cada vez más blanco—. Solo quería que vieres qué pasaría si le haces daño, la fuerzas o, Dios no lo quiera, le pones una mano encima.

—Dios, Camelia, me has dado un susto de muerte —el corazón del chico latía acelerado, ese tipo de bromas no podían ser buenas para su salud—. Pero me doy por advertido.

Caminaron algunos pasos más, sabiendo que sus acompañantes les seguían, pues sus voces no sonaban muy lejos.

—Me gustaría haber podido hablar contigo antes, pero no he encontrado el momento —aprovechando su momento a solas, Kenai pensó que lo mejor era disculparse. Sabía que Camelia no le guardaba ningún rencor pero aun así lo veía necesario para poder estar todos bien—. Sé que lo que hice estuvo mal, Dalia me lo ha dejado más que claro en diversas ocasiones. Sé que no es una excusa, pero lo único que quería era que mi hermano fuese

feliz, que saliera de su burbuja y admitiera lo que yo supe desde el primer momento, que estáis hechos el uno para el otro. En ningún momento quise herirte.

—Lo sé, Kenai. Tu hermano y Dalia me lo han dicho, pero sienta bien que me lo hayas contado tú a la cara —la chica miró al muchacho con una sonrisa relajada, había esperado aquel momento durante muchos días. Al menos, de esa forma, sabía que podrían ser buenos amigos; que se cuidarían el uno al otro—. Gracias.

—No se merecen —Kenai le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso en la coronilla. Le agradaba saber que no eran solo dos parejas, sino que además eran un grupo de amigos que se querían y se apreciaban los unos a los otros.

—¿De qué crees que están hablando? —Malai veía la cara de amenaza de su chica y la de espanto de su gemelo—. Kenai parece estar al borde del colapso.

—Tranquilo, Kenai está en buenas manos. Mira —Dalia señaló a sus amigos, viendo como Kenai abrazaba a Camelia—, no hay peligro —aquello no sirvió para que Malai se relajase y la expresión de su rostro se crispaba por momentos.

—Venga, ¿no me dirás que estás celoso de tu hermano?

—En absoluto —el chico miró a su amiga, dedicándole toda su atención—, confío en que mi hermano no sea tan capullo...

—... y en qué Camelia te quiere, aunque no lo diga, lo hace y no te traicionaría —Dalia quería que el chico confiara en Camelia, sino era así podían surgir problemas—. Ella va de frente, no actuaría a tus espaldas. Además, tú le pediste que confiara en ti, ¿no deberías confiar tú en ella también?

—Tienes toda la razón —Malai cogió la mano de la chica, sintiéndose

agradecido por tenerla a su lado—. ¿Qué haría yo sin ti? Eres la voz de mi razón.

Sin darse cuenta, habían llegado a las puertas de la zona de los dinosaurios. Cuando entraron fue como viajar en el tiempo; los árboles gigantes les envolvían, las plantas eran más altas que ellos y de entre ellas asomaban las figuras de los dinosaurios, las cuales parecían tan reales que asustaban. Entre los helechos, unos de los árboles más antiguos de la Tierra, se encontraba un pequeño diplodocus, acompañado de su imponente madre. En otra zona estaban los velociraptores y otros carnívoros. Al final del recorrido, aparecían los dinosaurios híbridos de las últimas películas, los cuales parecían mucho más terroríficos que en la pantalla. Mientras daban el paseo, los chicos intentaron asustarlas sin éxito alguno. El susto se lo llevaron ellos, cuando Camelia y Dalia se marcharon dejándolos atrás.

No se entretuvieron mucho en la siguiente zona, pero cuando llegaron a los *Minions* las chicas obligaron a los gemelos a hacerles mil fotos con los personajes de los dibujos y les retaron a posar de mil formas para ellas.

—¿A dónde vamos ahora? —Kenai se puso al lado de Dalia y observó el mapa por encima de su hombro—. ¿Estoy viendo bien? ¡Malai! ¡En la siguiente zona está *Spider-Man*!

—No os emocionéis, la zona es la ciudad de Nueva York, no solamente del hombre araña —Camelia también miraba el mapa y estaba deseando que se dieran prisa para llegar al castillo de *Harry Potter*.

—Oye *brujilla*, *Spider-Man* ha formado parte de nuestras vidas desde siempre, así que no te atrevas a meterte con él —a pesar de su tono juguetón, había cierta amenaza y expectación en su voz, no podía ocultar su emoción ante el descubrimiento que habían hecho.

Ambos, Malai y Camelia, se dirigieron a buen paso hacia su próxima parada. Kenai y Dalia iban detrás de ellos, disfrutando de las vistas que les



proporcionaba el parque y del sol que brillaba con fuerza.

—Contesta con sinceridad, ¿te ha amenazado ya Camelia? —Dalia sospechaba que su amiga se había puesto firme con Kenai y, por la reacción de este, supo que no se equivocaba.

—Sí, y lo ha hecho de una forma muy desagradable —Kenai recordó cómo le había dicho que no se aprovechara de su amiga y se sonrojó.

—Es que las amenazas nunca son agradables —Dalia pellizcó al muchacho en la cintura, quitándole algo de tensión al asunto—. No pasa nada, yo te protegeré.

—Gracias, preciosa —Kenai le puso una mano en la parte baja de la espalda—. Entiendo que Camelia tome sus precauciones, pero te prometo que no seré yo quien te aparte de ella.

Aunque a Dalia le habían enternecido sus palabras, no pudo agradecersele a Kenai como hubiera querido, solo le miró y esperó que él la entendiera sin necesidad de expresarse con palabras. Ya estaban a las puertas de Nueva York, con la figura de *Spider-Man* subida a uno de los edificios. Los chicos, a pesar de lo mucho que se habían burlado de Camelia y Dalia, corrieron como dos niños pequeños para ver más de cerca a su súper héroe.

—Míralos —Camelia señaló a los hermanos mientras intentaba contener la risa—, son la versión friki de nosotras.

—Sí, y además son adorables cuando se emocionan así.

Una vez los chicos se hartaron de hacerse fotos y subir a las atracciones de esa zona, echaron una rápida ojeada a la parte de Hollywood y se saltaron la zona infantil de *Universal Wonderland*. A las dos de la tarde llegaron a la mágica zona de *Harry Potter*. Esa vez fue el turno de las dos amigas de emocionarse y echar a correr de aquí para allá. Lo estaban más por la ambientación que por las atracciones.

—¡Es la tienda de *Olivanders*! ¡Y el tren!

—¡Allí está el sauce boxeador! Dios mío, fíjate Camelia, ¡estamos en la villa de *Hogsmeade*!

—Seguro que en algún sitio está el pub de las Tres Escobas.

Los chillidos de las chicas ensordecían a Kenai y Malai. Ellas hablaban a la vez, sin apenas coger aire, se asomaban a todos los aparadores comentando alguna que otra cosa sobre los libros, las películas y el parecido con el parque. Montaron en la atracción del hipogrifo y en una montaña rusa donde se simulaba que los dementores te perseguían, pero aún quedaba lo mejor, el gran castillo de *Hogwarts*.

Era todo como en la descripción de los libros y los detalles de las películas; la gran escalera, el comedor, los cuadros que decoraban todo el pasillo... Era todo completamente igual, por lo que las chicas fingieron durante casi dos horas ser unas alumnas más de la escuela.

—¿Te ha gustado, *brujilla*? —lo primero que hizo Malai cuando salieron de la zona fue coger a Camelia entre sus brazos.

—Sí, ha sido una de las mejores experiencias de mi vida —la chica, a quién no le gustaba demasiado tener a un chico pegado, cedió ante el abrazo del muchacho—. Gracias Malai, por las entradas y por acompañarnos, no habría sido lo mismo sin ti.

Para demostrarle que lo decía de verdad, Camelia se puso frente a él y le dio el beso que le había prometido aquella mañana. Un beso cargado de amor y fuerza. Malai estaba encantado con la situación, disfrutando de la compañía de su hermano, su amiga Dalia y de la chica que quería. Jamás se habían sentido tan afortunado.

Mientras tanto Kenai sostenía a Dalia para mantenerla a su altura, elevándola así un palmo del suelo, y ella le cubría la cara de besos agradeciéndole lo que habían hecho por ellas. Cualquier persona que viera a las dos parejas pensaría que estaba contemplando una escena de amor idílica,

y lo era. Cuatro personas que compartían un vínculo, que se querían, se respetaban y se protegían por encima de todas las cosas, que confiaban ciegamente en sus parejas, como hacen los enamorados y, sobre todas las cosas, deseaban poder permanecer al lado de la persona amada.

Tras disfrutar del *Detective Conan: mystery challenge* y del desfile nocturno que se celebraba cada día, a las nueve estaban saliendo del parque junto a los últimos visitantes. Habían disfrutado tanto, que incluso se habían olvidado de la comida y llevaban todo el día sin probar bocado, por lo que a esa hora estaban hambrientos. Fueron a un restaurante de comida rápida donde se hincharon a comer hamburguesas y patatas fritas como si no hubiera un mañana.

—Tenemos una propuesta para vosotros —las chicas habían estado hablando sobre el tema y habían tomado una decisión, solo faltaba proponérselo y que ellos aceptaran, así que Camelia empezó a tantear el terreno—. Estáis en mitad de vuestro viaje, solo os queda un mes en Kioto y deberíamos aprovechar para vernos lo máximo posible.

—Me parece una idea excelente, *brujilla* —Malai apoyaba totalmente la idea, si por él fuera no se despegaría de las chicas, especialmente de su Camelia, hasta el día en que tuvieran que irse.

—Por eso hemos pensado que podríais quedaros en el piso —Dalia miraba a Kenai, quien aún no había dicho nada, esperando que se mostrase igual de receptivo que su gemelo.

—¿Qué queréis decir con el piso? —Malai no podía haber oído bien, ¿en el piso? ¿Con ellas?

—Claro, tenemos camas de matrimonio, podemos hacer habitación de

chicos y de chicas, como en el hostel —Camelia no quería repartir las habitaciones así, pero no sería ella quien propusiera otra solución. Por suerte, no tuvo que esperar mucho.

—De eso nada, habéis dicho que se trataba de aprovechar al máximo el tiempo juntos, eso significa que vas a dormir en mis brazos hasta el treinta y uno de agosto, ¿me has entendido? —eso último fue dirigido a Camelia, pues el chico de ojos azul oscuro no podía pensar en otra cosa que no fuera aprovechar la oportunidad que les estaban sirviendo en bandeja.

—¿Tú qué dices, Kenai? —ante el silencio del chico, Dalia se empezó a preocupar.

—¿Estás segura que quieres compartir habitación conmigo por el resto del verano? —el muchacho prefería asegurarse antes que malentender algo y llevarse una decepción.

—Kenai, hermano, Dalia quiere compartir contigo algo más que la habitación —Malai no se podía creer que su hermano fuera tan tonto como para no pillar las implicaciones de compartir la habitación y la cama con su pareja.

Fue por ese comentario, por el que en unos segundos después le llovieron golpes por todos lados, nadie en la mesa habría pensado que fuera tan indiscreto.

—¡A ver si vas a dormir en el sofá! —Camelia se planteaba como podía haberse fijado en alguien tan burro. Aunque, si lo pensaba bien, ella no se quedaba corta en cuanto a soltar comentarios de ese calibre.

—Mejor olvidad la propuesta —se apresuró a añadir, ya había pasado suficiente vergüenza. Dalia estaba más roja que el traje de Papá Noel.

Kenai se cambió de asiento para sentarse al lado de la chica y cuando la tuvo frente a él, apartándole los mechones castaños de la cara, la miró fijamente para intentar tranquilizarla.

—Dalia, no vamos a ir si no queréis o incluso, si lo hacemos, no significa ni comporta nada. Nosotros decidimos, siempre; que durmamos en la misma cama, no implica que tengamos que acostarnos si no nos sentimos preparados.

—No, Malai tiene razón, es solo que me ha pillado desprevenida —la vergüenza dio paso a otra cosa, a una promesa no revelada en voz alta, pero que quedó implícita en sus palabras.

—Entonces, ¿nos invitáis o qué? —Malai aún esperaba que la oferta fuera sólida, no veía el momento de pasar más tiempo con Camelia.

—Podéis venir —sentenció Dalia—, pero Malai, ¿estás seguro de que resistirás el ritmo de Camelia durante un mes?

Ese fue el turno del chico para sonrojarse, en cambio, Camelia levantó una mano y la chocó con su amiga. Definitivamente, resultaba imposible complementarse como lo hacían ellas.

Después de la cena decidieron dar una oportunidad a los pubs de Osaka, para ver si eran tan buenos como los de Kioto. Pasaron horas yendo de bar en bar, bebiendo *sake* y cerveza. En realidad Kenai se seguía manteniendo fiel a su promesa de beber solo cerveza y Dalia no era muy bebedora, por lo que después de un par de copas se pasó a la Coca-Cola.

Mientras volvían al hostel, a Camelia y a Malai les costaba hablar, por lo que caminaban detrás de sus compañeros a un paso notablemente más lento.

—Que bien me lo he pasado hoy —Camelia arrastraba las letras más de lo debido e hipaba entre palabras.

—Y yo... Es sorprendente como esos bichitos amarillos te roban el corazón —Malai, en su estado de embriaguez, solía hacer confesiones que no

haría si estuviese bien despierto y en plenas facultades.

—Oye —la chica señaló a Malai y, en su empeño por parecer firme, casi se cae de morros contra la acera—, he pensado que podríamos adelantar eso de compartir habitación, ¿por qué no voy esta noche y me acuesto contigo?

—Acostarse —Malai soltaba unas risitas propias del exceso de alcohol y ya se imaginaba cosas que no eran—. Me parece una genial idea.

—Me refiero a dormir, tonto —la chica arrastró la “o” durante varios segundos, como lo hacen los niños pequeños en el patio de la escuela.

—Vale, entonces voy a tu habitación —intentó aclararse Malai.

—Sí, iré a tu habitación —ambos asintieron con conformidad ante su acuerdo, sin darse cuenta del poco sentido de sus palabras.

Al llegar a la segunda planta del hotel, los gemelos bajaron del ascensor para dirigirse a su habitación y las amigas continuaron hacia el piso de arriba, donde estaba la suya. Dalia y Kenai se despidieron con un beso mientras los otros dos lo hacían con un asentimiento, cuando sus amigos se durmieran llevarían a cabo su plan.

—Venga Camelia, a dormir la mona —Dalia la metió en la cama, solo con la camiseta del pijama, pues no hacía frío y no tenía ganas de tener que sostener a su amiga mientras la ayudaba a ponerse la parte de abajo.

Dalia no tardó en quedarse dormida, su respiración se ralentizó al mismo tiempo que se volvía más y más profunda. Ese día les había dejado a todos agotados y fue tocar el colchón y rendirse a los brazos de Morfeo. Camelia, por su parte, tuvo que luchar con todas sus fuerzas para que los ojos no se le cerraran, pero lo consiguió. Las ganas de reunirse con Malai eran más fuertes que las que tenía de dormir. Así pues, se levantó y, descalza, salió de la habitación y tomó el ascensor para reunirse con Malai en su cuarto.

Cuando abrió la puerta con todo el sigilo del que fue capaz, vio la luz del baño encendida y solo una persona durmiendo en una de las camas

individuales que allí había. La chica contempló a Malai dormido, el pobre debía estar reventado de todo el día, así que se metió en la cama con él, se acurrucó entre sus brazos y se dispuso a dormir. La luz del baño seguía encendida, seguro que Kenai se estaba preparando para irse a la cama. Le preocupaba un poco su reacción al verla acostada con su hermano, pero mientras sus pensamientos se hacían más difusos, provocando que le costase más pensar, supuso que a Kenai no le importaría, al fin y al cabo, ¿por qué debería?

## CAPÍTULO 23

Los tímidos rayos del sol se colaban en la habitación y acariciaban la cara de Dalia, era una sensación agradable poder sentir el calor del amanecer. Era casi tan agradable como dormir junto a la persona amada, qué era lo que parecía estar pasando. Dalia no sabía cuándo se había colado Kenai en su cuarto, pero ahora dormía mientras la abrazaba, pegando el pecho a la espalda de la muchacha.

La respiración del chico acariciaba el cuello y la clavícula de la muchacha, alborotaba su pelo y le causaba estremecimientos por todo el cuerpo; pero había algo que no acababa de encajar. Kenai nunca se habría metido en su cama sin preguntar, siempre había procurado tener su confirmación antes de pasar a otro nivel.

—¿Kenai? —Dalia se dio la vuelta para quedar cara a cara con el muchacho y, procurando no sobresaltarle, le acarició el cabello con ternura—. ¿Cuándo has llegado, cielo? —el chico ronroneó y soltó una especie de quejido, pues lo único que quería era seguir durmiendo. El día anterior había sido agotador y tenía la esperanza de estar acostado hasta bien entrada la mañana—. ¿Kenai? —el escepticismo se mezclaba con la diversión de ver al muchacho intentando taparse la cara con la manta— Venga, despierta.

De un tirón, apartó las sábanas y el chico que se encontraba frente a ella abrió los ojos, unos ojos preciosos de color azul, pero eran demasiado oscuros.

—¿Malai? —de un bote la chica estaba fuera de la cama, mirando a su alrededor intentando buscar a Kenai, pero no había nadie más en la habitación.

—¿Dalia? —Malai se había despertado de golpe y, con la misma rapidez que la chica, saltó fuera de la cama, llevando únicamente unos bóxer,



que era lo que utilizaba para dormir—. ¿Qué haces en nuestra habitación?

—Querrás decir, que haces tú en mi cama —y pensando en lo solos que estaban, añadió—. ¿Y dónde está Camelia?

Malai parecía no entender nada, cuando de repente una lucecita apareció en sus ojos y una idea empezó a formarse en su cabeza. Se asustó al darse cuenta de lo que había sucedido en realidad.

—Oh, no —se lamentó el chico y empezó a correr de cara a la puerta.

Cuando la atravesó a toda prisa, Dalia no dudó en seguirlo, cerrando de un portazo mientras corría detrás de él por el pasillo y escaleras abajo, hasta detenerse frente a la habitación que compartía con su hermano. Entraron los dos en tropel para encontrarse a dos figuras durmiendo abrazadas. Kenai dormía boca arriba y abrazaba a Camelia, quien descansaba con la cabeza apoyada en su hombro y un brazo rodeando la cintura del chico. Sus rostros se veían muy relajados, incluso se podían percibir pequeñas muestras de placer en ellos.

—¿Qué coño está pasando?! —Malai estaba fuera de sus casillas, no entendía cómo su hermano y su chica habían podido hacerle algo así.

Camelia se la había jugado, le había hecho salir de la habitación para quedarse con su hermano. La rabia le carcomía, la tristeza le embargaba y sus emociones estaban disparadas. No podía creer que, cuando por fin le había abierto su corazón a alguien, lo despreciara de esa forma.

Lo primero que vio Kenai al abrir los ojos, fue la cara de mala leche de Malai y la expresión dolida de Dalia. No podía entender qué pasaba, solo quería ir al lado de su chica y calmarla, fuera lo que fuera lo que estuviese sucediendo. Empezó a levantarse cuando se dio cuenta de que a su lado estaba Camelia, desperezándose con la misma cara de confusión que tenía él.

—¿Camelia? ¿Qué haces aquí? —Kenai no entendía nada, ¿por qué la novia de su hermano se había metido en su cama?

—Ahora hazte el tonto, claro —Malai se acercó más a su hermano, dándole un empujón cuando le tuvo lo bastante cerca—. ¿Os habéis divertido engañándonos? ¡¿Burlándoos de nosotros a nuestras espaldas?! —

—¡¿Qué dices, tío?! —viendo la expresión de su hermano, Kenai se dio cuenta de que no podría razonar con él si estaba tan cabreado—. Dalia, no sé qué ha pasado, pero seguro que hay una explicación. Podemos hablar —la chica seguía en estado de shock y cuando el joven se le acercó, ella retrocedió un par de pasos.

—No, Kenai. Ahora no vengas a esconderte detrás de Dalia cuando has pasado la noche con su mejor amiga, con la chica a la que quiero —Malai parecía estar a punto de saltar sobre su hermano.

—Eso no es cierto y... —de repente Kenai se dio cuenta de algo, por lo que miró a su hermano con la misma expresión de enfado—. ¿Dónde has estado tú esta noche? Porque si no te has dado cuenta hasta ahora, es que no estabas en la habitación —su mirada pasó de su hermano a Dalia, quien aún iba en pijama.

—Parece que no soy el único que ha pasado la noche acompañado, ¿o me equivoco? —sus palabras pretendían hacer daño, pero más que su significado era el tono que había empleado.

—Todo ha sido culpa de tu *amiguita* —Malai señaló a Camelia, quien estaba muda ante la situación que se había organizado en tan solo unos segundos—. Anoche me dijo que fuera a su habitación, pero solo quería sacarme del medio para estar contigo a solas. ¡Qué vulgar!

—Eh, imbécil —la chica se dirigió hacia Malai, ella le quería, como había querido a su ex, pero no iba a pasar por lo mismo y soportar que la insultara—, yo no te enredé para nada, te dejé bien claro que vendría a la habitación para estar contigo. A lo mejor pensaste que era tu oportunidad para estar con Dalia, como ella es tan buena y sois tan amigos.

—¿Cómo puedes decir eso, Camelia? Yo no te haría una cosa así — Dalia no paraba de hacer aspavientos con las manos, nada de aquello podía ser real, era demasiado absurdo.

—Tampoco era capaz de hacerlo Camelia, ¿no? —los ojos oscuros de Malai dirigieron su rabia a la otra chica—. Ayer mismo me decías que no me traicionaría, ¿y ahora qué? A lo mejor todo esto solo era una broma para vosotras. Siempre estáis con lo mismo; los retos, las bromas, el humor con el que os tomáis todo y nosotros, los gemelos que se perdieron el primer día en Kioto, hemos sido vuestro juguete.

—¡Tu desvarías, chaval! No he sido yo quien se ha metido en la cama de otra sin mirar siquiera si era la chica correcta —con lo bien que había ido todo y ahora solo podía sentir rabia, lo único que quería Dalia era salir de la habitación y volver a casa.

—Entonces es verdad, te metiste a propósito en su cama —la rabia superó a Kenai, quién para sorpresa de todos le dio un puñetazo a su hermano.

En cuestión de segundos ambos estaban en el suelo lanzando puñetazos a diestro y siniestro. Las chicas, moviéndose como una sola, después de un rato intentándolo, consiguieron separarles a duras penas.

—¡Quieres parar ya! —Dalia empujaba a Kenai con fuerza contra la pared que había cerca del baño, donde la luz aún estaba encendida desde la noche anterior—. Para, por favor.

La chica había empezado a llorar, no solo por ella, sino por todos. Compartían algo muy especial que se había echado a perder en cuestión de segundos.

—Me dijiste que lucharías por lo nuestro —Kenai tenía los nudillos ensangrentados y los ojos brillantes a causa de la rabia que bullía en su interior—, y a la primera de cambio metes a Malai en tu cama, ¿es una venganza por haber besado a Camelia? —Kenai parecía desesperado.

—Da igual lo que haya hecho o no, tú has preferido culparme en lugar de preguntar, de confiar un poco en mí y en lo que teníamos —sin darle tiempo a responder, salió corriendo de la habitación y Kenai se dejó caer al suelo.

—Ayer por la noche vine aquí para estar contigo, pero te confundí con Kenai —Camelia debía explicárselo, quizá así pudieran solucionar todo ese lío.

—Si no puedes diferenciarnos, está bien saberlo ahora y no descubrir dentro de diez años que te has metido en la cama de los dos de forma indiscriminada —Malai estaba demasiado dolido como para darse cuenta del daño que sus palabras podrían causar—. Vete.

El portazo que dio Camelia cuando se marchó retumbó por toda la estancia. Después de un rato, Malai seguía plantado allí donde se había quedado cuando la persona a la que le había dado su corazón se había ido. Kenai continuaba en el suelo, con la cabeza entre las rodillas y las manos en la nuca.

—Ayer por la noche, cuando te dormiste —Malai no se acercó a su hermano, en aquellos momentos era consciente de que no deseaba su compañía —, subí al cuarto de las chicas. Salí de la habitación, subí por las escaleras y entré en su cuarto. Me parece que solo había una de ellas en la habitación, pero iba muy pedo. Me acosté junto a la única chica que dormía allí, solo para dormir y ni siquiera pensé que podría ser Dalia y no Camelia —el chico dirigió la vista hacia su hermano, pero este seguía en la misma postura que estaba antes, no sabía si lo estaba escuchando, pero al menos tenía que intentarlo—. Eso es lo único que puedo afirmar, todo lo demás es demasiado confuso.

En aquel momento, Kenai levantó la cabeza y miró a su hermano con una tristeza desoladora, no entendía cómo habían llegado a ese punto de desconfianza e ira.

—Yo solo sé que cuando me he despertado, tú me mirabas y Dalia... —al decir su nombre la voz del chico se entrecortó, hubo momentos en los que pensó que sería el amor de su vida, pero nada de eso importaba ya—, ella estaba detrás de ti y sus ojos, era como si la hubiera decepcionado, yo solo quería que no estuviera triste. Lo siento Malai, yo tampoco entiendo nada.

—Yo también lo siento.

En el piso de arriba, Dalia no paraba de moverse de un lado para otro, mientras sacaba sus cosas de los armarios.

—¿Qué haces, Dalia? —Camelia estaba sentada en la cama, todavía dolida por las palabras tan duras de Malai.

—Las maletas, me voy a casa —desde que había salido de la habitación de los gemelos su único propósito había sido volver a casa lo antes posible. Cuando había llegado a la habitación, había cogido el móvil que estaba encima de la mesilla y comprobado, con gran alivio, que había un autobús que le permitiría volver a Kioto en poco más de una hora.

—Dalia, yo...

—No pasa nada, Camelia —la chica ya no lloraba, ahora simplemente no manifestaba ningún tipo de emoción, lo cual era peor—. Hace años nos prometimos que ningún chico nos separaría, que no habría peleas entre nosotras por estas cosas. No voy a romper esa promesa, solo quiero irme a casa y fingir que este último mes no ha existido.

—Fingir que algo no ha pasado nunca funciona —Camelia miraba a su amiga con infinita tristeza—, tú lo sabes mejor que nadie.

—Al menos podríamos fingirlo por ahora, ¿vale? —la chica tenía la esperanza de que su amiga le cediera eso al menos—, solo por unos días —

Camelia se sentó al lado de Dalia y le estrechó la mano.

—Ojalá todo hubiera sido diferente —la mayor de las amigas estaba a punto de decirle que todo había sido un malentendido, pero la chica se le adelantó.

—Sé que Kenai no me ha engañado, habéis dormido juntos y al principio ha sido un *shock* pero... Lo que de verdad me duele es que él no ha confiado en mí, ha supuesto directamente que Malai y yo hemos estado juntos a sus espaldas —Dalia se detuvo para coger aire, aún no había acabado con su pequeño discurso—. Me duele que Malai piense que nos hemos estado burlando de ellos y que hemos actuado por cuenta propia, como si fueran juguetes. Me duele que, a pesar de todo, no hayamos sido capaces de confiar los unos en los otros y si no somos capaces de hacerlo no merece la pena continuar con esta relación.

—Tienes razón, hagamos las maletas y marchémonos —Camelia se puso en pie y empezó a recoger sus cosas con vehemencia—, saldremos de esta juntas, como hacemos siempre. No nos hacen falta, todo ha acabado.

—Sí, todo ha acabado.

A pesar de todo lo sucedido aquella mañana, antes de marcharse del hostel, Dalia y Camelia pasaron una nota por debajo de la puerta de los chicos para que supieran que iban a coger el próximo bus y volver a Kioto. Llegaron a la estación cinco minutos antes de lo debido, así que se sentaron en el banco a esperar.

—Camelia, lo siento de verdad —tras una hora de completo silencio, en que las dos chicas estuvieron sumidas en sus pensamientos y sus penas, Dalia había hablado por primera vez.

—¿Por qué? Tú no has hecho nada malo.

—Insistí en juntaros a Malai y a ti, le seguí la corriente a Kenai cuando os dejamos solos en una cita —quizá decirlo en voz alta ya no tenía sentido, pero Camelia debía saberlo—, todo para que te rompieran el corazón.

—Dalia, si no hubierais sido tú y Kenai los que nos empujaron a estar juntos, habría sido otra cosa —el amor no era algo que se pudiera poner en un molde y si ellos sentían algo, hubiera dado lo mismo la ayuda de sus amigos o no, tarde o temprano habrían cedido ante tal sentimiento—. Además, prefiero haber experimentado esta maravillosa sensación y haber estado junto a él, aunque fueran solo unos días, que permanecer impenetrable y fría detrás de mis muros. He estado tanto tiempo protegiéndome del posible dolor que tampoco me he permitido sentir amor.

—Esa es una reflexión muy buena —Dalia vio llegar el bus y tiró de la mano de su amiga para ir subiendo al vehículo—. Es digna de admirar.

Como el autobús iba medio vacío, decidieron sentarse cada una a un lado para poder disfrutar del paisaje e ir más cómodas. En una hora, habían llegado a su ciudad y, con las maletas a cuestas, llegaron hasta el piso. Una vez allí pusieron lavadoras, guardaron la ropa en los cajones y se prepararon un par de manzanillas. A pesar de que solo era mediodía, se sentían agotadas y decidieron irse a descansar.

—¿Te importa que me venga aquí contigo? —Dalia se asomó a la puerta de la habitación de su amiga, después de solo diez minutos de estar separadas.

—Claro que no, ven aquí.

En el momento en que las dos estuvieron envueltas en las sábanas, se pusieron a llorar sin poder evitarlo. La tensión y la pena salieron a la luz, sin que nada pudiera retenerlas o controlarlas. Sus corazones dañados intentaban buscar consuelo en el refugio de su amistad. Así estuvieron un rato y, cuando

ya se encontraron mejor, se enfrascaron en aquello que más les gustaba. Con un libro cada una, prefirieron centrarse en la vida, los problemas y los romances de otros y, sin darse cuenta, en algún momento de la tarde se durmieron esperando que el nuevo día que se avecinaba fuera mejor que aquel.



## CAPÍTULO 24

Cuando el despertador sonó a la mañana siguiente, las muchachas abrieron sus ojos, que estaban rojos por no haber podido descansar como hubiesen necesitado durante toda la noche. Levantándose de la cama de Camelia, donde Dalia había pasado toda la noche, se dirigió al comedor a poner algo de música. Cuando se encontró frente al reproductor, se dio cuenta de que lo había hecho por inercia y que en realidad no le apetecía nada escuchar a alguien cantando sobre lo bonita que es la vida y lo increíble que es el amor. Iba a darse la vuelta para volver a la habitación y acurrucarse entre las sábanas junto a su mejor amiga, cuando uno de los discos llamó su atención. Eran las canciones de las dos películas de *Mamma mia* y pensó que, de alguna forma, sus letras eran la perfecta banda sonora de sus vidas en aquel momento.

Las muchachas habían visto la película cientos de veces en distintos momentos de su vida, pero sobre todo cuando sentían que el mundo se les venía encima y que no había nada que pudiese ayudarlas a seguir adelante. Habían compartido cientos de buenos momentos viéndola; risas, llantos y confesiones que en algunas ocasiones habían considerado que no eran tan importantes como para hacer perder el tiempo a la otra. No sabían cómo, pero la película siempre las hacía ver la vida de otra forma y les despertaba las ganas de seguir luchando.

La primera canción fue *Honey honey*, la cual en seguida decidió pasar, pues a Dalia no le apetecía oír nada demasiado romántico. Toqueteando diferentes botones, llegó a la canción estrella *Mama mia*, que describía perfectamente los sentimientos contradictorios que tenían las muchachas en

aquel momento. Cuando la chica volvía a su habitación, Camelia la interceptó por el camino y la llevó hasta la sala de estar, donde se pusieron a cantar esa canción que siempre les había parecido preciosa. Camelia le dio a su amiga uno de los peines que llevaba en las manos, los cuales a menudo hacían la función de micrófono. Luego sonó *One of us* que, a pesar de ser una canción bastante triste, las hizo darse cuenta de lo fuertes que eran. No era la primera vez que pasaban por una ruptura difícil y si lo habían superado otras veces, podrían volver a hacerlo ahora.

Estuvieron bailando, saltando y riendo por todo el salón, olvidándose así por un momento de la tristeza que invadía sus maltrechos corazones.

Cuando quisieron darse cuenta ya se les había hecho tarde, por lo que tuvieron que vestirse a toda prisa y aplicarse el maquillaje a todo correr. Aunque viendo sus caras, Camelia tuvo la genial idea de llevarse el maquillaje y acabar de pintarse en el local, cosa que hicieron por turnos mientras atendían a los primeros clientes.

Aquel martes, por primera vez desde que habían abierto, el señor Takeshi no apareció, lo cual preocupó un poco a las chicas pero, entre los clientes que entraban en tropel y sus propias historias, no tuvieron tiempo de dar más vueltas al tema. En el fondo sabían que el hombre estaba en perfectas condiciones, ya que de lo contrario alguien les hubiese avisado. Aunque Kioto era una ciudad grande, la gente vivía como en familia y siempre estaban al tanto de todo lo que les pasaba a sus vecinos.

—Menos mal que ya es hora de cerrar —Camelia puso el cartel de cerrado en la puerta y se dejó caer en una de las sillas de detrás del mostrador—. Es la primera vez que me siento desde las nueve de la mañana.

—Parece como si hoy la gente se hubiera vuelto loca —afirmó Dalia, quien miraba a través de las cristaleras hacia la calle—, no han parado de entrar y salir.

—No están ahí —Camelia siguió la mirada de su amiga, para comprobar lo que ya sabía—, yo también he estado mirando.

—No sé de qué me hablas —Dalia se apartó de donde estaba y empezó a recoger las cosas. Era cierto que había estado pensando en ellos, esperando que aparecieran por la puerta, pero no creía que las cosas pudieran ser tan sencillas.

—Si tú lo dices —la chica no le dio más importancia, cuando su amiga quisiera hablar del tema lo haría—, pero que sepas que a mí no me engañas.

A pesar de no haber comido casi nada en todo el día no tenían hambre, pero sabían que no podían jugar con su salud. Su estado de ánimo no podía interferir en su dieta. Así pues, antes de subir al piso, compraron un par de ensaladas en el supermercado. Cuando ya se encontraban en la tranquilidad de su hogar, no tardaron en hacer una especie de merienda cena y, de postre, comieron un poco de pan con chocolate, cosa que las transportaba directamente a la infancia cuando el amor era cosa de los cuentos de hadas y el sufrimiento no tenía cabida en sus vidas.

Los días que siguieron fueron bastante aburridos. A pesar de las numerosas ventas del martes, el resto de la semana fue muy tranquilo, tanto que el viernes decidieron cerrar una hora antes, pues se habían pasado más rato leyendo y charlando que trabajando. El sábado no fue mucho mejor. Las chicas no habían conseguido volver a su anterior rutina después de conocer a los gemelos.

Los chicos habían cambiado su vida por completo, las habían hecho volver a sonreír, algo que nunca había sido tarea fácil. Kenai y Malai habían conseguido que volviesen a mostrarse tal y como eran, sin tapujos, sin miedo

al qué dirán. Habían logrado hacer felices a las chicas y, viendo que no estaban, se les hacía duro volver a sonreír sin ellos a su lado.

Después de toda la mañana haciendo el vago, Dalia cogió el ordenador para pasar las fotos que estaban saturando su teléfono. No tardó en darse cuenta de la mala decisión que había tomado. Al ver las caras de sus amigos en la pantalla, la nostalgia la invadió. La chica se quedó quieta mirando la pantalla sin decir nada, sus ojos no se apartaban de sus caras sonrientes, como si nada pudiese salir mal. Pero algo había salido muy mal, puesto que estaban separados y sin saber cómo seguir adelante los uno sin los otros.

—¿Dalia? —Camelia había entrado en la sala de estar para ver a su amiga, que aunque estaba de cuerpo presente, parecía que su alma estaba muy lejos—. ¿Qué pasa?

La chica levantó la cabeza como si la hubieran despertado de un sueño. Aunque no había llorado, sus ojos estaban muy rojos a causa de la irritación y la impotencia.

—Ven, mira esto —Dalia se movió en el sofá y recibió a su amiga a su lado.

Las dos amigas se sentaron a ver las fotografías. La primera que apareció había sido tomada el día de la cafetería; los hermanos iban vestidos con los kimonos tradicionales y tenían un paraguas y un abanico en las manos. Las chicas estaban a su lado sonriendo a la cámara. La siguiente fue tomada el mismo día, estaban exactamente igual que antes pero en lugar de mirar a la cámara estaban desternillándose de la risa y mirándose entre ellos.

Luego aparecieron las fotos del karaoke, cuando las chicas habían estado bailando y cantando. Recordaban aquel día con cariño. Habían conocido una faceta de los chicos que era totalmente desconocida para ellas hasta aquel momento y habían disfrutado de lo lindo al ver cómo se las ingeniaban para seguirles el ritmo.

—Dios mío —Dalia se llevó una mano a la boca, ella no había tomado las fotos, pero estaban en su móvil—. Kenai debió hacerlas.

—Eso te pasa por no tener contraseña en el móvil —Camelia le había dicho mil veces que se pusiera contraseña, pero su amiga la veía innecesaria—. Además, ¿cómo te se ocurre dejarte el móvil tirado sobre la mesa? Podría haberlo cogido cualquiera.

—Esa noche nos lo pasamos tan bien que dejé el móvil al llegar al pub y me olvidé de él por completo.

En las fotos las chicas bailaban juntas, sin mirar a la cámara. Eran unas fotos increíbles, se notaba que el chico las había hecho con mucho cariño y que tenía un don para capturar la esencia de cada momento. Así era Kenai, sabía captar aquello que los ojos eran incapaces de ver a simple vista.

También había algunas del día que comieron en el piso, después ir al balneario. Recordaban aquella noche como si la hubiesen vivido hacía unas horas. Habían podido conocer otra versión de los chicos, aunque casi hubiesen matado de un infarto a Kenai. Dalia recordaba aquella jornada con mucha ternura, ya que el chico por fin se había decidido a poner las cartas sobre la mesa y confesar lo que sentía por ella.

—¡Fíjate en esta! —Camelia señaló una donde todos habían posado con caras raras; Malai ponía los ojos bizcos, Camelia había colocado todo su cabello a un lado posando ridículamente mientras intentaba sacar su lado más sensual sin demasiado éxito, Dalia hacía morritos y tenía los brazos sobre su amiga y Kenai, quien sostenía la cámara y ponía cara de circunstancias, hacía un gesto con la mano libre que dejaba entender la locura que reinaba en aquel instante.

Cuando llegaron a las fotos de Osaka, ambas cogieron aire y se dieron la mano. Necesitarían la fuerza de la otra para afrontar lo que venía. Aquel día aún estaba reciente en sus mentes, hacía demasiado poco que se habían

peleado y habían decidido separar sus caminos. No estaban preparadas para enfrentarse a aquellas fotografías, las que anunciaban el inminente desastre. La primera instantánea había sido sacada en el autobús, la emoción se notaba incluso a través de la pantalla. Viendo aquella imagen, nadie se habría aventurado a pensar que una gran tristeza invadiría sus corazones unos días después.

—Esta es preciosa —en la foto, Camelia estaba sentada en las escaleras del castillo de Osaka, Malai estaba a su lado y ella pasaba las piernas por encima de las de él. La chica acababa de quitarle el gorro que llevaba y se lo había puesto ella, como consecuencia él le había quitado las gafas de sol, pero en lugar de pelearse se reían por lo ridículas que le quedaban. No les hicieron falta más de cinco minutos para encontrar una razón por la que discutir, por ese motivo en la siguiente foto se veía a Camelia sacándole la lengua al chico y a este mirándola con cara de mala leche. En la tercera estaban sentados dándose de espalda y con los brazos cruzados.

—Recuérdame porque os peleasteis, por favor —Dalia estaba riendo abiertamente, recordando como desde el pie de las escaleras veían y capturaban todo el espectáculo.

—Me encantaría, pero lo más penoso es que no me acuerdo —Camelia no dudó en seguir a su amiga en sus incontrolables carcajadas, por un momento volvieron a sentir que todo iba bien.

Siguieron viendo todas las fotos que se habían hecho ese día, que no fueron pocas, y después llegaron a las fotos del parque. En la primera aparecían los cuatro posando en frente de un tiranosaurio. Todos fingían estar asustados, sus caras de horror y miedo y sus gestos eran bastante cómicos vistos desde la pantalla. Camelia se escondía detrás de Malai, que tenía los puños en alto, y Kenai abrazaba a Dalia como si quisiera protegerla. Nadie podía negar que los gestos de los muchachos pretendieran defender a las

chicas a toda costa, lo que hacía más duro para ellas ver la foto en ese momento.

—¿Cómo hemos llegado a este punto? —Dalia se lamentaba, veía los brazos de Kenai en torno a ella y casi podía sentirlos en ese instante.

—Si lo supiera no dudaría en hacer todo lo posible para arreglarlo —Camelia puso la cabeza sobre el hombro de su amiga y pasó a la siguiente foto.

En ella salían las dos chicas abrazadas a un *minion*. Se habían tomado varias fotos con él, en una de ellas las chicas sacaban el culo hacia fuera y se inclinaba para besar las mejillas del muñeco, una por cada lado.

—¡Mira estas! —Camelia le señaló a su amiga la siguiente foto— Parecen dos niños.

En la foto salían los chicos al lado de una estatua de *Spider-Man* con los brazos extendidos y las manos medio cerradas, simulando lanzar telarañas como hacía el personaje de los cómics. En las siguientes fotos aparecían en la zona de *Harry Potter* y, en todas y cada una de ellas, las chicas tenían unas caras de alucinadas imposibles de disimular. En una aparecía Camelia poniéndole el sombrero seleccionador a Kenai y como este lo miraba con recelo.

—Aún no me puedo creer que no hayan visto las películas de *Harry Potter* —Dalia recordaba el impacto que le habían causado sus palabras cuando los gemelos se lo dijeron. La chica realmente se había planteado renunciar a su amistad, cosas así no se podían permitir—, tendríamos que...

Sus palabras se perdieron en el aire cuando se dio cuenta de que no habría más “tendríamos que”, ni habría más “nosotros” en su vida. Ahora solo eran ellas. Habían estado solas siempre y no habían necesitado a nadie más, pero después de conocer a los gemelos, sabían que nada volvería a ser lo mismo.

—Tendríamos que volver a verlas —Camelia, como no podía ser de otra forma, salvó la situación y evitó que volvieran a caer en pensamientos que no las iban a ayudar en nada—. Tenemos dos días enteros para ver las siete películas de la saga y las dos de *Animales Fantásticos*, ¿no te parece?

—Creo que es la mejor idea que has tenido estos días —estuvo de acuerdo Dalia mientras se apretaban la mano como si acabasen de cerrar un buen trato.

En la siguiente foto aparecían Dalia y Malai con boinas de detective y lupas, las cuales eran parte del vestuario para la actividad del *Detective Conan* en la que habían participado ese día. Estaban espalda contra espalda mirándose de reojo, como si compartieran algo que solo ellos sabían.

En las siguientes fotos ya era de noche. Una de ellas era un primer plano de Kenai y Dalia. La chica tenía los brazos alrededor del cuello de él y el muchacho la sostenía con un brazo mientras con el otro le apartaba algunos mechones de la cara. Se les veía de perfil y se apreciaban sus sonrisas y sus miradas cómplices y cariñosas, sus frentes estaban pegadas, como si fueran a compartir un beso. Al fondo, podían observarse los fuegos artificiales del desfile. Se les veía tan enamorados, tan metidos en su mundo que no se dieron cuenta de que les estaban haciendo una foto. La naturalidad de sus facciones era lo que hacía tan bonita la fotografía, al menos así lo creía Camelia. En la siguiente, Dalia miraba a la cámara con la cabeza recostada en el pecho de Kenai, mientras este tenía los ojos cerrados y escondía su cara en la melena de ella.

Sin decir nada Dalia pasó la foto, que era la penúltima. Eran unas fotos cargadas de sentimentalismo y se prometió que las imprimiría, aunque fuera para guardarlas en un cajón, no soportaba la idea de que nunca vieran la luz. Al menos le servirían para recordar el amor que en su día había compartido con una persona maravillosa, que probablemente no iba a permanecer en su



vida, pero eso no hacía que su amor fuera menos puro.

En la última foto estaban los cuatro sentados en la acera de una de las calles decoradas tradicionalmente, se notaba que estaban cansados de estar todo el día de aquí para allá sin parar ni un segundo. El momento había sido gracioso, estaban los cuatro sentados, hechos polvo, cuando un hombre muy amable se les acercó y les dijo si quería que les hiciera una foto. Cuando superaron la sorpresa inicial, aceptaron y posaron para la cámara.

Después la pantalla quedó en negro durante unos segundos, Camelia y Dalia permanecieron en silencio, sin saber qué decir o cómo proceder ahora que la herida se había abierto de nuevo. Sabían que costaría aliviar aquel dolor y lo peor de todo era que no tenían la menor idea de cómo volver a empezar y reconstruir sus corazones.

—¿*Harry Potter* y palomitas? —se atrevió a decir Dalia después de unos minutos.

—Dulces para mí, por favor —Camelia siempre había sido amante de las palomitas dulces, para disgusto de Dalia, quien no las soportaba.

—¿Cómo te puedes comer esa asquerosidad? —Dalia ya se había levantado y buscaba las palomitas en los armarios de la cocina.

—Creo que es la única cosa en la que nunca nos pondremos de acuerdo —la chica se reía desde la sala de estar, al mismo tiempo que volvía a buscar una de las fotos que había visto en el ordenador.

En ella aparecían los cuatro, estaban envueltos en un abrazo colectivo. Dalia y Camelia estaban en primer plano riendo mientras los gemelos las estrujaban entre sus brazos. La seleccionó y se la envió por correo. Sería un bonito fondo de pantalla y su amiga no se daría cuenta en al menos unos días. Aunque no estaba haciendo nada malo no quería que viéndola se sintiera peor. Camelia la necesitaba para recordarse que se merecían la felicidad y el amor que el mundo podía darles, para recordarle a aquellas personas maravillosas

que, aunque sin querer, les habían roto el corazón.

## CAPÍTULO 25

—¿Cómo que no pueden cambiarnos el día del vuelo?! —Kenai caminaba de una punta de la habitación a otra, sosteniendo el teléfono pegado a su oreja con tanta fuerza que parecía que lo fuese a hacer añicos en cualquier momento—. Bueno, entonces háganos el reembolso y reservaremos para otro vuelo.

Malai estaba sentado en el sofá de la habitación del hostel. Pasaba distraídamente de un canal a otro sin encontrar nada que le llamara la atención.

—¿Qué el reembolso no es posible? ¡¿A santo de qué?! —el chico llevaba unos días irascible, estaba enfadado a todas horas y muy inquieto. En cambio, Malai parecía haber perdido las ganas de todo y se limitaba a pasarse el día tirado en el sofá.

Habían pasado ya cinco días desde el regreso de su fin de semana en Osaka. Las últimas noticias que habían tenido de las chicas se remontaban a aquella nota que les pasaron por debajo de la puerta en la que les decían que habían vuelto a casa. El día anterior habían ido a la librería sobre la hora de cierre para intentar hablar con ellas, pero habían encontrado el local a oscuras y con el cartel de cerrado. Después de eso, habían vuelto al hostel y tras meditarlo habían decidido volver a España y dar sus vacaciones por terminadas. No había nada que les motivara a seguir en Japón.

—¿Sabe qué? No importa, nos las arreglaremos —y sin dar pie a una contestación, colgó el teléfono—. Cuando llegemos a casa volveré a llamar y conseguiré que nos reembolsen el billete.

Dicho eso se pusieron a buscar vuelos para los días más próximos. Encontraron uno que estaba bastante bien de precio y las horas de trayecto

eran razonables, con una escala en Helsinki que les permitiría estirar las piernas. El martes a las cuatro y cinco de la tarde, subirían a un avión que los llevaría de regreso a casa.

—¿Por qué no quieren cambiarnos el día? —Malai intervino por primera vez en el monólogo de su hermano.

—Porque según la operadora las tarifas no son las mismas y no quieren reembolsarnos el dinero porque ya hemos hecho el trayecto de ida y contratamos vuelos cerrados de ida y vuelta —Kenai dejó el móvil sobre la mesa y se puso la chaqueta.

—¿A dónde vas? —Malai miraba a su gemelo, extrañado por el empeño que le movía.

—A comprar un par de hamburguesas para la cena —respondió Kenai mirando en dirección al sofá. Esperaba por parte de su hermano una reacción que no llegó—, ¿vienes o no?

—Sí, un segundo —el chico se puso las deportivas y la chaqueta y en un santiamén se plantó enfrente de Kenai—. Listo. Venga, hermano, yo invito.

El restaurante de comida rápida no estaba muy lejos del hostel. Se compraron dos hamburguesas con patatas fritas, dos rollitos de pollo y lechuga y, cuando ya casi se iban, decidieron coger una cajita de bolitas de pollo rebozado.

De vuelta al hostel, caminando a paso rápido para que no se enfriara la comida, les pareció ver una cara conocida. Era un hombre que estaba sentado en un portal, con la nariz metida en un libro.

—¿Señor Jae? —Kenai se acercó indeciso, últimamente todo le recordaba a Dalia y no sería de extrañar que le pareciera ver la cara de un hombre que pudiera relacionar con ella.

El hombre levantó la cabeza confuso, pero no tardó en reconocer a los dos muchachos que se le acercaban.

—¿Vosotros sois los amigos de Dalia y Camelia? —el hombre se levantó del suelo para saludarles y examinó la cara de los chicos.

—Sí, señor —Malai se puso al lado de su hermano, sonriendo con simpatía al hombre.

—Hace algunas semanas que no las veo —se lamentó, aún le quedaba un libro de los últimos que le habían llevado, pero tenía muchas ganas de poder charlar con ellas—. No les habrá pasado nada, ¿no?

—No lo creo, señor —Kenai miró a su hermano, a ninguno de los dos les gustaba ir contando sus penas a los demás pero no querían que el señor Jae se preocupara más de lo necesario—. Nos hemos peleado.

—No hemos hablado con ellas en los últimos días —dijo Malai completando así la explicación de su hermano.

—Eso explicaría su reciente desaparición, deben estar muy tristes —el hombre negó con la cabeza y miró a los ojos a los gemelos—. Vosotros también lo estáis, puedo verlo.

Ese fue el turno de los hermanos para agachar la cabeza, era verdad que habían estado tristes, decepcionados, enfadados y nostálgicos incluso, pero les molestaba que alguien que no les conocía de nada pudiera notarlo con tanta facilidad.

—Chicos, si me permitís un consejo —el señor Jae les dejó unos segundos de silencio, si querían detenerlo aquel era el momento—. Os diré que, en ocasiones, las mujeres pueden ser muy complicadas, pero también son lo más bonito que hay en este mundo. Esas dos chicas, sin lugar a duda, podrían ser las que más embellecieran vuestro mundo, pero para eso hay que saber cuidarlas y respetarlas. Si os decidís a luchar por ellas, no os arrepentiréis nunca.

Ante aquellas palabras tan sabias y llenas de pasión, los dos chicos fueron incapaces de emitir respuesta alguna. Kenai decidió ofrecerle parte de

la comida que habían comprado y Malai susurró un débil agradecimiento. Con eso, los gemelos volvieron al hostel donde contemplaron las maletas a medio hacer y consiguieron guardar la ropa que habían esparcido por todas partes, ¿qué se suponía que debían hacer?

El martes las chicas volvieron a la rutina. Abrieron la tienda con puntualidad, recibieron un pequeño pedido, cortesía de una editorial japonesa, y se pusieron a atender a los clientes. Sobre las once de la mañana, el señor Takeshi apareció cogido de la mano de una mujer que no habían visto nunca. Al instante las dos chicas dejaron de hacer sus tareas para centrarse en los recién llegados.

—*Floreillas*, me gustaría presentaros a alguien —el hombre les pidió con gestos que se acercaran a ellos.

—Buenos días, señor Takeshi —Dalia y Camelia tendieron la mano al hombre y a la señora que le acompañaba, los ojos grises de la primera estaban expectantes, deseando conocer por fin a la mujer que tenía el corazón de su amigo.

—Chicas, ella es Hayami Kimura —señaló con mucho cariño a la mujer, quien les hizo un asentimiento a las chicas a modo de saludo—, tendréis que disculparla, no habla español.

—*Ohayō gozaimasu* —les dio los buenos días la señora Kimura en su idioma natal.

A pesar de su edad, la mujer se mantenía bastante bien; su cabello era canoso pero lo tenía largo justo por debajo de los hombros con un corte que le daba un aspecto juvenil, sus ojos negros aún brillaban con el recuerdo de la juventud y del amor que le profesaba a su acompañante.

—Hemos decidido irnos a vivir juntos —continuó el hombre con la misma ilusión de un veinteañero—, pero pensé que antes debía presentárosla.

—Estamos encantadas de conocerla —Camelia abrazó a la mujer, sacando a relucir su carácter cariñoso—. ¿Verdad, Dalia?

—Sí, por supuesto —la chica se unió al abrazo, se alegraba muchísimo de que su amigo hubiera encontrado el amor después de todo lo que había pasado.

El señor Takeshi, con el apoyo de Hayami, siguió explicándoles que sería él quien se mudaría al apartamento de la mujer. De hecho, para alegría de todos, el piso se encontraba en la misma calle que la librería.

Camelia y Dalia querían mostrarse completamente felices por la noticia y por la confianza de su amigo, quien no había podido acudir la pasada semana a causa de la mudanza, pero su felicidad, por mucho que lo intentaban, no estaba completa. En un rincón de su cabeza aparecían ellos, con sus sonrisas, sus comentarios de sabelotodo, su vulnerabilidad y toda la alegría que habían traído a sus vidas en el último mes.

—*Floreillas*, ¿qué os pasa? —el señor Takeshi sabía que ellas se alegraban por él, pero aun así había algo que las reconcomía.

—Nada —Dalia le sonrió intentando ocultar su pena, lo último que deseaba era estropear aquel momento—, es que los últimos días han sido muy movidos y me siento algo cansada. Por su parte, Camelia ha estado escribiendo sin parar y apenas ha dormido —la chica en seguida respaldó la historia de Dalia con varios asentimientos, a ella tampoco le apetecía hablar del tema en aquel momento.

—A mí no me engañois, sé que no estáis bien —el hombre se acercó más a ellas y, elevando sus barbillas, inspeccionó sus caras al detalle—, vuestros ojos ya no brillan como lo hacían hace dos semanas y estoy seguro de que es por esos chicos, a los que tirasteis un cubo de agua la primera semana

de su estancia aquí, justo unos días después de haberos encontrado con ellos, ¿estoy en lo cierto? —Camelia soltó una risita triste, no pudo evitarlo. Recordó el día en que los chicos entraron completamente empapados y echando humo en el local.

—Lo último que me contasteis es que os ibais a pasar unos días a Osaka, ¿cómo fue?

—Fue increíble, señor Takeshi. Disfrutamos de la bonita ciudad y nos llevaron al parque temático —Dalia parecía casi feliz ante tal recuerdo, pero la pena lo teñía todo—, pero ahora estamos peleados.

—Así que, después de pasar un fin de semana tan especial con los hombres de vuestra vida y con amigos de verdad, ¿os peleáis y todo se acaba? —su amigo negaba con la cabeza, veía que las muchachas no le estaban contando toda la verdad, pero no necesitaba saberla para estar seguro de lo que iba a decir—. No es un final muy bonito.

—Es un final horrible —Camelia, en su papel de escritora, sabía que los cuentos no podían acabar así, con una pelea tan sumamente ridícula como aquella—, no nos quisimos escuchar los unos a los otros y...

—... empezamos a desconfiar —Dalia seguía dándole vueltas a la cabeza sobre qué había pasado aquella noche y por qué se había despertado al lado de Malai—. La tristeza dio paso a la ira y todos dijimos cosas que estaban fuera de lugar.

—Entonces decidme, si sabéis que tiene solución, ¿por qué no hacéis nada? —el señor Takeshi, que las había calado a la perfección desde el primer día, buscaba las palabras correctas para empujarlas hacia la decisión que marcaría sus vidas.

—No merece la pena luchar por una relación donde no hay confianza —Dalia mantenía la mirada fijada en el frente, perdida entre las estanterías de libros.



—O por alguien que cree que para ti todo es un juego, como si no tuvieras sentimientos —Camelia miraba al suelo, retorciéndose las manos con fuerza hasta que se dio cuenta de los rasguños que se estaba provocando.

—Puedo entender eso, pero, ¿y ellos? ¿Habéis pensado en cómo deben sentirse? ¿Y si están pensando lo mismo que vosotras? —Takeshi se preparó para abrirles su corazón de par en par y esperaba que ese detalle las hiciera reaccionar al fin—. Cuando conocí a mi preciosa mujer, ella me lo puso muy difícil. Acababa de llegar con su familia a Japón, sus padres eran profesores y daban clases de lengua y literatura española en el instituto. Yo tenía poco más de veinte años y ella estaba en último curso, cada día cuando iba a buscar a mi hermano de doce años la veía salir del edificio —el hombre parecía volver a aquel momento, sus ojos se pusieron vidriosos y aquella fue la señal que alertó a la señora Kimura de que estaba hablando de su mujer fallecida. Al contrario de lo que cabría esperar, ella le puso una mano en el hombro animándole a continuar—. Solía llevar el cabello suelto, apartado de la cara con diademas o cosas por el estilo. Era tan diferente a cualquier chica que hubiera conocido por aquel entonces que me fascinaba verla incluso hacer algo tan simple como caminar. Le pedí a mi hermano que me enseñara español para poder hablar con ella y, cuando por fin me atreví a hablar con ella, las primeras palabras que me dedicó fueron algo así como; no soy idiota, sé hablar japonés o no me habría mudado a la otra punta del mundo. Ese día continuó andando sin mirar atrás, pero no me rendí, la esperé cada día en la salida del colegio, justo en el lugar por donde sabía que pasaría y al final, una de esas tardes, me invitó a tomar un té.

Las chicas sabían que su mujer era española y que había sido amor a primera vista, al menos para su amigo, pero nunca les había contado con tanto detalle cómo se habían conocido.

—Desde ese día nos vimos todas las tardes, pero nuestra burbuja de

felicidad se rompió cuando, al acabar el curso, sus padres decidieron volver a España. Ella estaba tan feliz, no podía creer que no sintiera pena por dejarme, empecé a desconfiar y a estar enfadado con el mundo y con sus padres, por llevársela tan lejos —el señor Takeshi sacó un pañuelo del bolsillo y se secó las lágrimas antes de que se deramaran por sus mejillas—. Pasamos cuatro años comunicándonos por carta, pero cada vez escaseaban más. Al final dejó de escribirme, no quería luchar por un amor así. Yo estaba convencido de que habría encontrado a otro y solo esperaba el momento adecuado para cortar conmigo y, como no pudo, simplemente dejó de escribirme. En realidad lo que nos alejaba no eran los kilómetros, sino la falta de fe el uno en el otro, en nuestra relación —Takeshi cogió aire y se preparó para contar la última parte de la historia—. Un día llegué a casa, como sabéis aquí dejamos las puertas sin llave, sobre todo en aquella época, la cuestión es que fui hacia el comedor y allí estaba. Sentada en una de mis butacas fumándose un cigarrillo con una de esas boquillas de mujer. Me dijo que no se hacía esperar a una mujer durante horas, que era de mala educación, pero yo la había esperado durante cuatro años, así que era lo justo —el hombre miró a las chicas, que desde detrás del mostrador intentaban no echarse a llorar—. *Floreциllas*, no esperéis cuatro años solo porque ahora parece que todo está perdido. No dejéis que la falta de confianza en ellos y en vosotras mismas, sea más fuerte que el amor. Yo tuve la suerte de tener una segunda oportunidad y, ahora, una tercera al lado de Hayami.

A través de la conmoción, Camelia y Dalia consiguieron darse cuenta del error que habían cometido. Necesitaban hablar con ellos, intentar arreglar las cosas y si al final resultaba que no era posible, al menos les serviría para sanar sus heridas.

—Supongo que podríamos ir al hostel a ver si los encontramos — Camelia fue la primera en ceder. Aunque le costase admitirlo, no soportaba el

hecho de seguir alejada de Malai—.Podemos pasarnos al cerrar la tienda y, si no están, podemos dejarles una nota en recepción.

—Sí, es la mejor opción —después de esa espantosa semana, quizá no estuviera todo perdido, quizá todavía estaban a tiempo de recuperar al amor de su vida y a su amigo.

—Chicas, si vais a esperar durante horas para ir a por ellos, es que no lo habéis entendido —solo un empujón más y las convencería de volver a la carga—. Hayami y yo atenderemos a los clientes hoy, vosotras ya podéis echar a correr. Es la una, a lo mejor los encontráis en el restaurante del hostel.

Dalia y Camelia se dedicaron una de esas miradas que decían más que las palabras. Sin perder más tiempo en pensar, cogieron sus bolsos y le dejaron las llaves al señor Takeshi para que cerrara el local si ellas no llegaban antes de las cinco. Con un rápido abrazo y unos cuantos agradecimientos, las dos amigas empezaron a correr en dirección al hostel.

—Ha habido un problema con las cintas transportadoras, así que tendrán que cargarlo hasta el embarque, donde una azafata lo recogerá —les informó la mujer de la taquilla. Tras una hora haciendo cola para embarcar el equipaje, la cinta había dejado de funcionar.

Sin contestar a la mujer, Malai y Kenai arrastraron las maletas junto con su mala leche por todo el aeropuerto hasta llegar a la zona de seguridad y las aduanas.

—Estamos tomando la decisión correcta —Kenai no había parado de repetir esas palabras durante todo el día, tratando de convencerse a sí mismo de que era lo mejor.

—Estamos tomando la decisión fácil —le contestó Malai aquella vez.

Se sentía devastado, cuanto más tiempo pasaba alejado de Camelia, más se daba cuenta de lo mucho que la necesitaba.

Nada de lo que hacían estaba bien, nada de lo que sentían estaba en orden, pero ya no había marcha atrás.

Cuando la chica de recepción les dijo que los gemelos habían dejado el hostel, el mundo se les vino encima. Todo aquello era mucho más complicado de lo que habían pensado al principio. En un primer momento la mujer no había querido darles mucha información, pero al ver la desesperación de las muchachas, la recepcionista se compadeció de ellas y les dijo que se habían ido al aeropuerto. En seguida se pusieron manos a la obra y llamaron a un taxi, ya que, aunque les costara un dineral, era el único medio con el que, con suerte, conseguirían llegar antes de que el avión despegara. No habían estado demasiadas veces en aquel aeropuerto, pero sabían lo suficiente como para moverse con rapidez por los pasillos y terminales del edificio.

—Los pasajeros del vuelo 5358 con destino a Helsinki y enlace a Barcelona pueden proceder al embarque por la puerta 18 —la voz se oyó por todo el aeropuerto, anunciando en diferentes idiomas que ya se podía subir al avión, el cual se llevaría a Kenai y Malai si no hacían algo cuanto antes.

—¡Tenemos que hacer algo! —Camelia se puso a gritar, se resistía a creer que después de todo, los chicos se marcharan así.

—¡Lo sé! Piensa, Dalia, piensa —la chica se daba golpecitos en la cabeza, pero el ruido de los altavoces no la dejaba hacerlo con claridad—. ¡Malditas azafatas! ¡Además de que no se les entiende nada, no me dejan pensar!

—Esos altavoces son un incordio, resuenan por todas partes —Camelia

miraba el panel que indicaba los despegues y aterrizajes de los vuelos, en apenas media hora el avión sobrevolaría sus cabezas.

—¡Eso es, Camelia! Tenemos que ir a megafonía —Dalia cogió la mano de su amiga y ambas corrieron hacia la sala donde se controlaban todos los altavoces del aeropuerto.

Subieron varios tramos de escaleras y finalmente, después de varios minutos, encontraron la puerta que buscaban y entraron sin dudar. Dentro había una chica que las miraba con cara de espanto, a saber las pintas que llevaban después de estar corriendo desde que salieron de la librería. Sin darle tiempo a que las echara, sacaron a la chica de la habitación y se centraron en los botones que deberían pulsar para que su misión tuviera éxito.

—Creo que debemos esperar a que esto se ponga verde —Camelia señaló una pequeña lucecita sobre el panel, quizá había diferentes radios en todo el edificio y la luz era para que no se solaparan.

—¿Qué les decimos? —las dudas habían empezado a invadir a la chica, después de una semana sin intercambiarse siquiera un triste mensaje, ¿estarían dispuestos a escucharlas?

—Deberías hablar tú —Camelia, que siempre había sido un genio par la informática, ya estaba toqueteando botones—. Desde que tengo uso de razón has sido la mente racional en este dúo. Además, ya renunciaste al amor por mí una vez, creo que te lo debo.

—Tú no me debes nada, no digas tonterías.

—Empieza a hablar —la chica miraba la luz y el botón de debajo, lo pulsó y en segundos ya estaba verde—. ¡Ya!

Los siguientes segundos se hicieron eternos, el silencio lo invadió todo y solo se oía el latido de sus corazones.

—¿Kenai? —la voz de Dalia tembló—. ¿Malai? No sé si me estáis escuchando, a lo mejor ya estáis en el avión y es demasiado tarde —la chica

miraba a su amiga, quien la animaba a seguir hablando con gestos exagerados.

—Somos Camelia y Dalia —aún no había dicho casi nada y ya estaba llorando, ¿y si no funcionaba? Al menos lo habría intentado, se decía, y eso fue lo que le dio la fuerza necesaria para decir las siguientes palabras—. Kenai, tengo vuestras fotos, las del desfile, escondidas debajo de la almohada. Las he mirado cada noche desde que nos separamos y he deseado una y otra vez volver a ese momento. Camelia, aunque no me lo haya dicho, se ha puesto una foto de nosotros cuatro de fondo de pantalla —la chica la miró con cara interrogante y articuló un “¿cómo lo sabes?” a lo que su amiga respondió con una sonrisa, ya tendrían tiempo de hablar luego.

—Puede que esto no signifique nada para vosotros, pero antes de tomar un avión y marcharos para siempre era necesario que lo supierais, que entendierais que habéis cambiado vuestras vidas y ya no hay vuelta atrás. Aunque os vayáis, siempre formareis parte de nosotras porque lo que toca el corazón no se puede borrar —con la mano, Dalia le pidió a su amiga que se acercara, que dijera algo, cualquier cosa que pudiera hacer que se quedaran.

—Chicos, hemos venido hasta aquí para evitar que subáis a ese avión, nos hemos dejado un dineral en el taxi y hemos tenido que correr un maratón para llegar a tiempo. Vosotros sabéis lo poco que me gusta correr —Camelia optó por la vía práctica, si con el romanticismo de una y el humor de la otra no conseguían que se quedaran, nada lo haría—. Además, si decidís darnos la oportunidad de hablar os pagaremos la mitad del billete, ¿qué me decís? —de repente, se oyeron unos golpes en la puerta acompañados de una voz con fuerte acento japonés que les ordenaba que abrieran y le dejaran entrar.

—Kenai, Malai —Dalia volvió a tomar control del micrófono, antes de que entraran y las echaran—, sé que si habláramos lo podríamos solucionar, que... —de un golpe, la puerta se abrió y entraron tres policías, dos de ellos atraparon a las chicas y el otro fue hacia el panel de la emisora.

—¡Dejadnos! —Camelia forcejeaba con todas sus fuerzas, no eran nadie para tratarlas como si hubieran matado a alguien, quizá entrar en la radio por la fuerza no fuera la mejor opción, pero aun así no tenían derecho a tratarlas como delincuentes—. ¡Suéltame gilipollas!

—¿Qué hacéis?! ¡No me toques! —Dalia estaba enfadada y aunque intentaron hacer uso de su fuerza para liberarse, les fue imposible.

No pararon de decir todo tipo de cosas, pero los agentes no las entendían, de lo cual se aprovecharon para soltarles algún insulto inofensivo. Por más que lo intentaron todo, no pudieron evitar que el tercer policía apagara la radio y, con ello, las esperanzas de volver a ver a los chicos.

## CAPÍTULO 26

Los altavoces no paraban de anunciar que era la hora de embarcar, pero Malai había decidido a última hora beberse dos litros de agua y en aquel momento estaba en el baño. Kenai esperaba junto a la puerta impaciente, cuanto antes se subieran a ese avión antes podrían dejarlo todo atrás. No veía el momento de echar a volar y olvidar todo lo que había ocurrido en las últimas semanas. Si algo tenía claro en aquel momento, era que jamás tendrían que haber hecho ese viaje.

—Ya estoy —Malai apareció por la puerta ajustándose la bragueta—, ¿nos vamos?

—Eso mismo te iba a preguntar yo —Kenai le lanzó una de las maletas a su hermano, mostrando así su impaciencia.

Los gemelos se pusieron al final de la cola, la que había crecido notablemente en los últimos diez minutos. Al final, había una azafata recogiendo los equipajes en un carro para llevárselos a la bodega del avión. Los minutos se hacían eternos y la gente avanzaba lentamente. Algunos con cara de cansados, después de haber disfrutado de sus vacaciones, otros alegres pues sus días de descanso solo habían empezado, el resto lloraba de tristeza, tras una despedida inevitable de familiares y amigos o tal vez solo lo hacían porque aquello significaba una inminente vuelta a la rutina.

—¿Kenai? ¿Malai? —una voz temblorosa habló por megafonía, haciendo que se pusieran en alerta al instante—. No sé si me estáis escuchando, a lo mejor ya estáis en el avión y es demasiado tarde.

Por un instante no supieron como reaccionar, no daban crédito a lo que estaban escuchando. ¿De verdad eran ellas o era su imaginación que les estaba



jugando una mala pasada?

—Somos Camelia y Dalia —sin duda aquella era la voz de Dalia.

—¿Qué cojones? —Malai estaba alucinando, miraba a su hermano como si este pudiera resolver el misterio de la voz de megafonía—. Hermano, ¿esa es tu chica?

—No es mi chica —protestó Kenai, estar con ella era lo que más deseaba en el mundo, pero aquello había quedado atrás.

—Eso no te lo crees ni tú —se burló Malai cruzándose de brazos y mirando el altavoz más cercano, como si Camelia y Dalia fueran a aparecer por ahí en cualquier momento.

Los chicos escucharon cómo Dalia contaba lo de las fotos y hablaba de sus sentimientos. Poco a poco ambos empezaron a sentir cómo su corazón volvía a la vida. Un hombre los empujó por detrás, los gemelos estaban colapsando la cola. Sin pensárselo mucho, se echaron a un lado para dejar pasar a los demás. Había gente, la que parecía entender el español, que los miraba con expresiones de alegría y añoranza, pues debían de suponer que eran ellos los chicos a los que llamaban por los altavoces. Definitivamente, las historias de amor gustan a todo el mundo.

—Nos hemos dejado un dineral en el taxi y hemos tenido que correr un maratón y vosotros sabéis lo poco que me gusta correr. Además, si decidís darnos la oportunidad de hablar os pagaremos la mitad del billete, ¿qué me decís? —una voz más decidida, puede que incluso un poco enfadada, tomó el relevo de la anterior.

—Entonces, debo entender que esa es tu chica, ¿no? —Kenai miró a su hermano, pero este solo asentía con una especie de orgullo.

—Eso espero —afirmó Malai.

Los hermanos continuaron escuchándolas hasta que unas voces en japonés y unos golpes los pusieron en alerta, pero lo peor fue escuchar los

gritos de las chicas. Si antes habían tenido sus dudas respecto a volver a su lado, en aquel momento se esfumaron por completo. Nadie podía tocarlas sin tener una reprimenda. A pesar de lo mal que lo habían pasado, de la rabia contenida por lo que pasó en Osaka, de la incertidumbre y de la pena, seguían queriéndolas con locura y se sentían, en cierta manera, responsables de su protección. Sabían de sobra que las chicas podían defenderse sin la ayuda de nadie, aun así no era agradable que tuvieran que pasar por un mal trago si podían evitarlo.

Arrastrando las maletas, se pusieron a correr por todo el aeropuerto, debían encontrarlas fuere como fuere. Cuando llegaron a las aduanas, les fue un poco complicado explicar que debían salir lo más rápido posible, se hicieron un lío entre el inglés, el español y las pocas palabras en japonés que habían aprendido en las últimas semanas. Al final optaron por la opción sencilla y acabaron saltando una valla, pero la pregunta seguía siendo la misma: ¿dónde estaban Camelia y Dalia?

—Así no vamos a conseguir nada —Kenai se agarró el cabello con las manos y le dio un fuerte tirón.

—Si la policía se las ha llevado, deben dirigirse al cuartel, ¿no? —Malai recordaba aquella vez que habían arrestado a uno de sus amigos, no tardaron más de diez minutos en llevarlo a comisaría.

—¡Tienes razón! —el chico no podía creer que no se le hubiera ocurrido antes—. Hemos pasado por delante cuando hemos llegado esta mañana.

Malai y Kenai no dudaron en echar a correr de nuevo, aún no habían llegado al cuartel cuando las oyeron.

—¡Suéltame gilipollas! —la voz de Camelia estaba cargada de ira, sin verla siquiera, podían imaginar su cara roja de rabia.

—No podéis hacer esto, seguro que incumple alguna ley —la voz de

Dalia no sonaba más relajada, pero al menos no soltaba tacos como un marinero.

Los gemelos dieron la vuelta en una esquina y se toparon con algo que no hubieran querido ver ni en sueños. Uno de los agentes agarraba a Camelia por la cintura mientras la chica pataleaba al aire. Mientras tanto, otro de los policías sujetaba a Dalia, con las manos detrás de la espalda. Esta le hablaba con un tono muy serio al tercer agente, quien tenía los puños cerrados a ambos lados del cuerpo.

—No estábamos haciendo nada malo —intentaba explicar la chica, el cabello se le había despeinado y le caía por la cara, haciéndola parecer más vulnerable—, solo queríamos evitar que los chicos a los que queremos se fueran.

—No es tan difícil de entender, ¿sabéis?! —Camelia intentó dar un cabezazo al que la retenía, sin éxito pues este apartó la cabeza hacia el lado contrario.

La furia de los guardias aumentaba por segundos, Kenai y Malai continuaron acercándose, pero ni las chicas ni los agentes habían percibido su presencia.

—Malditas mujeres, solo traen problemas —soltó el guarda que sujetaba a Dalia, en japonés.

—Estoy segura de que sabéis hablar inglés —la chica había empezado a hablar en ese idioma, esperando tener una respuesta que no llegaba—, pero os importa bien poco hablar con respeto. Se supone que estáis para proteger, pero yo más bien creo que estáis para intimidar.

Ese último comentario fue la gota que colmó el vaso, el policía que se encontraba en frente de Dalia levantó la mano y le habría dado un buen bofetón, de no ser por Kenai que se interpuso capturando el brazo del agente impidiendo de esa forma que tocara a la chica.

—Creo, agente, que ha habido un malentendido —el muchacho soltó el brazo del policía y, sin dejar de mirarlo, le retó a que le llevara la contraria—. Esta chica de aquí no ha hecho daño a nadie, y está siendo tratada con una gran falta de respeto y por la fuerza, injustamente. Lo mismo vale para Camelia, ellas solo intentan defenderse de sus agresiones y las de sus agentes.

Malai también había llegado al lado de Camelia y había conseguido liberarla del policía. Acto seguido se dirigió hacia su amiga e hizo que la soltaran también.

—Mire el público que se ha formado y dígame quién tiene todas las de perder —Kenai señaló a toda la gente que se había reunido a su alrededor, tanto turistas como trabajadores, quienes desde sus puestos observaban el espectáculo que estaban dando.

—Marchaos y sacadlas de aquí —el agente se dio cuenta de que si se llevaba a las chicas, podía montarse una buena, por lo que tuvo que ceder a regañadientes—. ¡Ya!

No les dio tiempo a dar un solo paso antes de que los tres policías empezaran a alejarse, maldiciendo en su idioma. En aquel momento se quedaron los cuatro a solas, ya no había nada que les impidiese poner las cartas sobre la mesa. No había lugar donde esconder sus sentimientos.

Malai y Camelia se miraban de reojo, habían deseado con toda su alma verse de nuevo, decirse todas aquellas cosas que se no habían dicho la última vez que estuvieron juntos, pero ahora que el momento había llegado no eran capaces de pronunciar ni una sola palabra. Kenai aún estaba quieto, mirando al frente, sin atreverse a girarse hacia Dalia. ¿Qué le diría cuando se encontrase con sus ojos? ¿Qué había intentado huir como un cobarde? No podía explicárselo o le odiaría más de lo que seguramente ya lo hacía. Aún pensaba en todo lo que le dijo en el hostel en Osaka y en la gran cagada que fue no correr tras ella cuando vio la nota. Podría haber intentado detenerla,

pero prefirió autocondolerse.

—¿Kenai? —Dalia seguía esperando que se girara. Había ido hasta el aeropuerto por él, ¿es que no se daba cuenta?

Camelia y Malai se miraron expectantes, si se marchaban los dos solos para tener un momento de intimidad, ¿se darían cuenta sus amigos?

Al final el momento de tensión pareció pasar. Kenai decidió darse la vuelta, lo primero era hablar, después ya decidirían qué hacer. Apenas tuvo tiempo de procesar lo agitada que parecía estar Dalia, ya que esta se tiró a sus brazos rodeándole el cuello.

—Gracias por quedarte —le susurró la chica, dejando que su aliento rozase el cuello del muchacho, quien soltó un suspiro de satisfacción y la estrechó con fuerza.

—Gracias a ti por venir a detenerme —Kenai la apartó un poco y la miró fijamente—. Has cumplido tu promesa, has luchado por nosotros.

Mientras tanto, Camelia había deslizado su mano por la de Malai, agarrándola con firmeza. No permitiría que se volviera a escapar de su vida. Todavía tenían muchas cosas que hablar, como pareja y como amigos, pero tenían la seguridad de que su historia no había acabado, que el avión que en aquel momento sobrevolaba sus cabezas no los separaría para siempre.

Aún en el aeropuerto, los cuatro se sentaron en una cafetería que tenía varias mesas que daban al exterior. Dalia iba a sentarse al lado de su amiga, pero esta se apresuró a sentarse junto a Malai. Ninguno de los dos quería estar más tiempo separados, además el miedo estaba ahí, acechándolos. Tenían una conversación pendiente y nadie estaba seguro de cuál sería el resultado, así que iban a aprovechar su mutua compañía mientras pudieran.

—¿Por qué habéis venido? —Malai fue el primero en hablar, necesitaba que las chicas hablaran claro.

—Hemos venido porque nos hemos dado cuenta de que nuestra vida es mejor cuando estáis vosotros en ella—la voz de Dalia era débil y suave, pero aun así sonaba segura—. Aunque hay muchas cosas de las que hablar.

—Como lo que pasó en Osaka —se atrevió a decir Kenai.

— Y la poca confianza que tuvimos los unos en los otros —añadió Camelia.

—Antes de entrar en temas más espinosos —Malai señaló a la chica, aludiendo al tema que había dejado caer como una bomba sobre sus cabezas —, hablemos de lo que pasó esa noche.

Las caras de todos reflejaban lo poco que les gustaba ese tema, pero era un mal menor comparado con los días que habían pasado. Kenai levantó la cabeza como si mirara al cielo y Dalia le miró rezando para mantener la cama, ella también creía que había una explicación lógica a lo que pasó aquella noche.

—Tienes razón, he estado pensando bastante en esa noche y creo que todo fue un malentendido —los ojos verdes de la chica suplicaban a sus amigos que la escucharan antes de hacer malas interpretaciones de nuevo.

—Explícate —aunque Kenai intentaba ser amable, la rabia de aquel día seguía bullendo por su sangre, la diferencia era que en la situación actual se odiaba sobre todo a sí mismo. Si se hubiera parado a escuchar aquel día, todo habría sido diferente.

—Esa noche Malai y yo pensamos que estaría bien dormir juntos — Camelia agachó la cabeza, decir esas palabras en voz alta le daba un poco de vergüenza aunque no fuera algo propio de ella, pero al ver a Malai hacer lo mismo se sintió un poco mejor.

—Kenai, ya te dije lo que pasó —continuó el chico—, subí a

encontrarme con Camelia y no me di cuenta de que no era ella hasta la mañana siguiente. Lo siento.

—Yo no sabía nada —quiso añadir Dalia—, debéis entender que ninguno de los dos fue consciente de la situación hasta que nos despertamos y, por supuesto, no pasó absolutamente nada.

—Para mí fue lo mismo —Kenai miró a su hermano y después a la chica—, vi tu cara cuando nos encontraste, no sé porque abrazaba a Camelia —y señalando a su amiga se apresuró a decir—. Sabes que te aprecio mucho, pero todo lo sucedido fue un tremendo error.

—Sí, por supuesto —para ella era obvio que por mucho cariño que se tuvieran, nunca traicionaría a su amiga ni a Malai —después de eso se quedaron en silencio unos minutos, no estaba todo arreglado, pero al menos había sido un comienzo.

—Espera un momento, Camelia. Tú me dijiste que bajaste a la habitación de los chicos para verte con Malai —Dalia había llegado al punto crucial de la situación.

—Pues sí, bajé y solo estaba Kenai, aunque creía que era Malai —Camelia miró interrogante a su amiga y entonces se dio cuenta de lo que quería decir esta—. ¡Claro! ¿Cómo es posible que no nos encontramos por el camino? —tres pares de ojos se dirigieron hacia Malai, esperando que él tuviera la respuesta al dilema que tenían ante ellos.

—La luz del baño estaba encendida cuando yo llegué, pero si tú hubieras salido después me hubieras visto, ¿no? —Camelia no entendía cómo, habiendo el chico salido antes de que ella llegara, no habían coincidido—. Se supone que tendríamos que haber coincidido en el ascensor.

—¿El ascensor? —el rostro de Malai fue de la confusión a la claridad en cuestión de segundos—. Yo subí por las escaleras y tu debiste bajar por el ascensor, por eso no nos encontramos.

—Entonces, ¿hemos estado peleados casi dos semanas por esto?! —al final todo había resultado ser una gilipollez y casi habían estado a punto de separarse. Camelia empezaba a entenderlo todo y se arrepentía de no haber intentado encontrar respuestas antes.

Todos soltaron un gran suspiro. Siempre habían oído la frase de “hablando se entiende la gente”, pero nunca les pareció tan cierta como en ese momento.

—A mi modo de ver, hemos estado peleados por algo más que eso — antes de que todo se diera por resuelto, había que hablar de algo más y Dalia no iba a contentarse con menos—. Es verdad, ha sido todo una equivocación, pero en algún momento perdimos la fe y la confianza en nosotros mismos y en los demás. Ese es el verdadero problema —la chica miró a Kenai, lo que iba a decir podía cambiar las cosas para bien o para mal, pero no podía callárselo—, y una relación sin confianza no tiene futuro.

—No digas eso —Kenai cogió la mano de la chica, por primera vez se atrevía a tocarla libremente—, no hemos llegado hasta aquí para nada.

Kenai sentía que si después de todo lo que habían pasado, al final ellas se alejaban, su corazón que parecía estar volviendo a recomponerse se rompería de una forma irreparable.

—Nos dijisteis cosas horribles —Camelia recordaba cómo la había tratado Malai aquella mañana, como si fuera incapaz de quererle. Aunque le doliera en el alma admitirlo, le recordó un poco a Kevin—, y ya pasamos por eso una vez. No vamos a permitir que sean dos.

—Oye Camelia, yo nunca te haría lo que ese capullo te hizo —Malai cogió la cara de la chica entre sus manos, tratando de usar todos los métodos de los que disponía en ese momento para que le creyera—. Cuando te vi con él, pensé en lo idiota que había sido contigo todos esos días, creí que al final habías decidido buscar algo mejor y eso me mató por dentro, pero es más fácil



enfadarse que sentir tristeza —aunque no quisiera admitirlo, el chico estaba a punto de llorar—. Me merezco todo el rencor que me guardes, pero, por favor, dame una oportunidad para demostrarte cuánto te quiero y lo mucho que puedo cuidarte.

—No me digas esas cosas tan bonitas, ¿quieres? —la chica tenía un pañuelo entre las manos e intentaba ocultar sus lágrimas. Había sufrido muchísimo durante aquellas últimas semanas y en aquel momento parecía que el dolor empezaba a desvanecerse—. Las palabras dulces siempre van antes de la tormenta.

—No habrá más tormentas —Malai acercó a la chica hacia él y le dio un beso en la cabeza—, solo amor, felicidad y muchos retos, espero.

—Yo también lo siento, no te merecías todo lo que te dije.

—Eso ya está olvidado —el chico le apartó un mechón y se lo puso detrás de la oreja.

La pareja sonrió y, sin dar importancia a la gente que había a su alrededor, Camelia se lanzó a sus brazos y le besó con ganas. Durante días había estado esperando vivir otro momento así. El chico le devolvió el beso con pasión, demostrándole todo lo que sentía y todo lo que sería capaz de hacer por ella.

Dalia, quien había estado atenta a todo lo que Malai le decía a su amiga, apartó la mirada cuando esta se lanzó a sus brazos para mirar al chico que tenía sentado al lado.

—Al menos ellos tendrán su final feliz.

—Nosotros también podemos tenerlo —los ojos claros de Kenai la observaban, preparándose para cualquier posible reacción—, si tu quieres.

—Quiero, por supuesto que quiero —Dalia miró para otro lado, no quería ver su cara cuando le dijera lo que quiso expresar desde ese día en Osaka—. Lo que no quiero es estar con alguien que piense que puedo

acostarme con su hermano por rencor, ¿te crees que porque besaste a Camelia, antes de que estuviéramos juntos, yo sería capaz de hacer algo tan rastrero para devolvértela?

—Dalia...

—No, Kenai. Escucha —la chica se había girado hacia él y había levantado la mano, indicándole que la dejase hablar—. No quiero que nos sintamos inseguros acerca de nuestra relación, no me gusta que nos reprochemos cosas del pasado y odio, sobre todo, que no confíes en que eres todo lo que quiero y necesito.

Kenai le sonrió, esa era la chica que le volvía loco. A pesar de parecer tímida y delicada en extremo, era una mujer segura y fuerte, capaz de soltar un sermón a cualquiera con tal de ser fiel a sus principios.

—Dalia, tienes razón —el chico vio de reojo como su hermano y Camelia habían parado de besarse y hablaban en susurros, mientras se hacían arrumacos—. No me había pasado nunca, pero desde que te conocí me he vuelto inseguro y envidioso. Veo la relación que tenéis Malai y tú y, aunque sé que solo sois amigos, inconscientemente todos esos sentimientos vinieron a mi cuando os vi. Trabajaré en ello, aunque me saques de tu vida definitivamente ahora, lo haré —Kenai estaba feliz de sincerarse con ella, pasase lo que pasase al final se sentiría orgulloso de poder afrontar sus conflictos interiores—, lo haré por mí, pero sobre todo lo haré por los dos.

—Eso me gusta más —Dalia por fin sonrió con plena felicidad.

—Entonces, ¿estamos juntos? —Kenai pegó su frente a la de la joven.

—Así que, ¿por fin admites que no puedes vivir sin mí? —la chica ya tenía sus manos agarrando el pelo de Kenai para acercarlo a ella.

—Pensaba que ya había quedado claro.

Después de unos minutos en que las parejas aprovecharon para colmarse de besos, una nueva cuestión salió a relucir.

—Qué suerte haber llegado en el último momento —bromeó Malai.

—Qué suerte que hayamos venido, porque si fuera por vosotros, íbamos apañados —Camelia le dio un codazo, mientras soltaba una pequeña risa.

—Nosotros también dimos un paso adelante —aclaró Kenai, las chicas tenían derecho a saberlo—. El viernes pasado fuimos a buscaros sobre las cuatro y media y la librería estaba cerrada.

—¿En serio vinisteis a buscarnos? —Dalia abrazó al chico, al final ellos estaban tan dispuestos a recuperarlas como ellas.

—Por supuesto, cielo.

—Sí, nosotros también intentábamos recuperaros, *brujillas* —intervino Malai, más preocupado por asuntos básicos en lugar de tanto romanticismo—, pero ahora tenemos otro problema.

—¿Y es...? —le instó Camelia a continuar.

—No tenemos donde quedarnos, hemos dejado el hostel y no sabemos si tendrán habitaciones libres.

—Cuando nos fuimos, ya había gente en recepción ocupando nuestro cuarto —se lamentó Kenai, si continuaban gastando así sus ahorros, sus padres los matarían.

—Eso tiene fácil solución —Camelia miró a su amiga, había un posible arreglo y ambas lo sabían.

—Os quedaréis en el piso —Dalia cogió la mano de Kenai y le ayudó a levantarse de la silla. Había llegado el momento de volver a casa.

## CAPÍTULO 27

Camelia y Dalia estaban que no cabían en sí de gozo; habían conseguido que los muchachos se quedasen con ellas unas semanas más en Kioto. Lo habían pasado realmente mal mientras corrían hasta el aeropuerto, pensando y temiendo que quizás no llegaran a tiempo y un malentendido los separara para siempre. En el momento en que los cuatro estuvieron juntos de nuevo, el sol volvió a brillar con fuerza para ellos. Por un momento, las chicas habían perdido cualquier esperanza de volver a verles y, cuando los agentes las intentaron arrestar, el mundo cayó sobre ellas. Todo cambió cuando les vieron aparecer en su busca y las fuerzas que habían perdido al enterarse de que los muchachos habían decidido dejarlas, volvió a ellas como una ráfaga de aire fresco.

En el camino hacia el apartamento de las chicas, Kenai y Malai no dejaron de abrazarlas, agarrarlas y besarlas; no podían vivir sin ellas. Si las chicas habían vivido un auténtico calvario mientras se dirigían al aeropuerto, los muchachos no lo habían pasado mejor. Estando a punto de embarcar, sintieron como sus corazones se contraían y perdían la luz que ellas les habían proporcionado durante semanas. Al escuchar sus voces, sintieron que sus corazones volvían a la vida y que seguían teniendo motivos para luchar por ellos. Camelia y Dalia se habían tragado el orgullo y era algo por lo que siempre les estarían agradecidos.

—Durante días no he dejado de pensar en cada momento que hemos pasado juntos —Kenai abrazaba a Dalia con delicadeza y le hablaba muy cerca de la oreja, con la frente apoyada en su cabello—, intentando encontrar una razón para justificar nuestro distanciamiento, el porqué de que aquella

mañana todo saliera tan mal. Sienta bien saberlo ahora.

—Sí —la chica se giró hacia él apartándose algunos mechones de la cara, había echado de menos pasar las manos por su pelo y sentir cómo el chico se relajaba entre sus brazos.

—Sienta bien que quieras que siga a tu lado a pesar de mis inseguridades y defectos —Kenai agachó la cabeza, no podía mirarla a la cara cuando admitía cosas así.

—Vamos a trabajar en esas inseguridades juntos, ¿vale? —Dalia le levantó la cabeza, haciendo que la mirase fijamente—. No hay nada que temer ni de lo que avergonzarse, tus defectos son los que te hacen más real, más humano y más perfecto para mí —ante eso Kenai no pudo decir nada, solo continuar en silencio oyendo el rumor de la conversación que llevaban Camelia y Malai.

Al llegar a casa, los gemelos dejaron las maletas en el comedor sin ningún miramiento y se dejaron caer en el sofá, como si hubiesen visitado aquel lugar todos los días de su vida y fuese, en parte, suyo. Estaban agotados, los nervios y el casi viaje les había dejado baldados. Aún no podían creerse que estuviesen con ellas de nuevo y menos que fuesen a compartir con las chicas cada minuto durante el tiempo que les quedaba en Kioto. Las muchachas, por otro lado, se dirigieron a la cocina a preparar algo de picar, ya que estaban muertas de hambre y sabían que posiblemente los muchachos se sintiesen igual. Ellas sabían que los gemelos necesitaban descansar, así que pensaron en hacer algo rápido para que se pudieran acostar un rato.

En diferentes platos pusieron patatas, olivas, galletas saladas y alguna que otra croqueta. No tenían ganas de cocinar y esperaron que con ese pequeño tentempié los chicos se quedasen más o menos saciados. Habían vivido una auténtica carrera a contrarreloj en las últimas horas y necesitaban olvidarse de todo y volver a empezar. Todos sabían que el final llegaría y

tendrían que separarse pero mientras querían aprovechar al máximo el tiempo que les quedaba.

Aunque la felicidad les invadía, el miedo también estaba presente. Convivir con una persona podía ser muy complicado y, aunque las chicas habían aprendido a entender y respetar las manías de la otra, no sabían cómo se comportarían los chicos al estar en casa. Quizás Kenai roncase como un elefante y no dejase a dormir a Dalia, era posible que Malai tuviese la costumbre de ocupar toda la cama y pegar manotazos o dar con los pies a su acompañante y aquello era algo que Camelia no podría soportar. El miedo a poder agobiarse al compartir piso con los chicos era latente, pero verles sonreír les hacía dejar de pensar en lo malo y centrarse en disfrutar de los días que todavía les quedaban junto a ellos.

—Sienta bien llegar a casa —oyeron que decía Malai desde el comedor.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo Kenai, a Camelia y Dalia les habría gustado ver sus caras, pero si supiesen que les estaban observando no hablarían con tanta libertad—. Ellas son nuestro hogar y no creo que haya nada mejor para nosotros.

Durante horas, estuvieron riendo y repasando todo lo que había sucedido en los últimos meses, desde que se habían conocido hasta aquel preciso instante donde los cuatro se encontraban tirados entre el sofá y el suelo del salón. Estaban enormemente agradecidos de que las chicas tuvieran aquella idea en el último momento y hubiesen hecho todo lo posible por recuperar a sus amigos. Si no lo hubieran hecho, los gemelos ya estarían de camino a España y se habrían arrepentido toda la vida de no haber luchado lo

suficiente por esas chicas que tanto bien les hacían. Sabían que su partida era inevitable, pero al menos intentarían que la despedida fuese lo más agradable posible; sin gritos, peleas o malentendidos, solo amor y la promesa de volver a verse. Además, en aquel momento habían ganado varias semanas más y eso no podía hacerle daño a nadie. No pensaban separarse ni un solo segundo aunque eso significase estar pegados a ellas como lapas.

—Entonces, ¿qué? —Malai miró a sus compañeros, mientras se estiraba para relajar sus músculos—. ¿Pedimos la cena?

—En serio, tío, comes como los cerdos —Camelia se echó a reír, pero dejó de hacerlo cuando Kenai miró a su hermano con la aprobación reflejada en su rostro—. Sois la hostia, chicos.

—Déjalos, tienen que alimentar esos cuerpos serranos —Dalia se levantó mientras ella y su amiga se echaban a reír y se dirigió a su habitación para coger el ordenador—. ¿Os parece bien sushi? Así también comemos nosotras y no será tan pesado como una pizza o algo por el estilo.

—Es vuestra casa, vosotras mandáis —Kenai le sonrió a su chica, mientras esta se disponía a hacer un pedido online.

Unos minutos más tarde, Dalia ya había hecho el pedido para los cuatro, aunque en realidad había encargado raciones de más, y se dirigía a la cocina para descorchar una botella de vino blanco; había llegado el momento de celebrar que todos estuviesen juntos y revueltos de nuevo. La chica le pasó la botella a Camelia, quien la abrió rápidamente.

Pronto sirvieron cuatro copas y las alzaron, mirándose unos a otros. Durante unos segundos reinó el silencio y solo se escuchaban las respiraciones de los cuatro amigos, hasta que Malai decidió que había llegado el momento de acabar con él.

—Brindo por vosotras —al decir aquello, miró a las chicas, quienes no podían dejar de sonreír—. Habéis sido nuestra luz durante todo este tiempo,

sin vosotras este viaje habría sido lo mismo. Es cierto que en un principio iba a ser una escapada para estar los dos solos y unirnos un poco más, pero gracias a vosotras hemos descubierto aspectos de nosotros mismos que no conocíamos —con una sonrisa, estiró su brazo para poner su copa más cerca de las de los demás—. Por ello, creo que os merecéis este reconocimiento.

Entre risas y mientras las chicas intentaban ocultar las ganas de llorar que las palabras de Malai habían provocado en ellas, chocaron las copas y bebieron con la felicidad dibujada en la cara. Justo cuando dejaron las copas sobre la mesa, el timbre sonó y Malai se levantó a abrir la puerta con rapidez. Seguro que era su comida.

—Sin duda estas cosas están más buenas de lo que me gusta admitir —Malai volvía hacia el comedor con las bandejas de sushi en las manos—. Creo que al final, aunque no hubierais aparecido, me habría quedado igual solo por esto.

—¿Ah, sí? —Camelia se inclinó hacia delante apoyando los codos en la mesa, mirando fijamente al chico que tenía frente a ella—. Pues diles a tus manjares de sushi que te den una cama donde dormir esta noche.

—¡No, Camelia!, era una broma —el chico parecía espantado, no iba a perder la oportunidad de estar cerca de ella ni de coña—. Sabes que me he quedado porque eres el aire que respiro.

—Vale, ahora te has pasado —aunque por dentro se derritiera, no podía dejar que nadie creyese que le encantaban esas *ñoñerías*. De todas formas, sus amigos la conocían demasiado bien por lo que no tardaron en estallar en carcajadas ante sus salidas con Malai.

Sin prisa pero sin pausa, los cuatro amigos se pusieron a comer, mientras disfrutaban de las risas y la compañía. Los chicos eran conscientes de que tendrían que poner todo de su parte para convivir correctamente en el apartamento. Dalia y Camelia estaban acostumbradas a vivir solas y Kenai y



Malai nunca habían compartido nada con nadie que no fuesen ellos mismos. Todos tendrían que hacer un esfuerzo para superar las semanas que iban a pasar allí, pero el amor que sentían los unos por los otros era más fuerte que cualquier inconveniente.

—Y por cierto, ¿cómo habéis pensado que durmamos? —Kenai estaba nervioso, deseaba pasar esos últimos días con Dalia pero no quería forzarla.

—¿Pues cómo vamos a dormir? Cada oveja con su pareja —Camelia le dio una colleja a Malai y este no pudo hacer nada más que echarse a reír—. ¿Qué? No pretenderéis que no aprovechemos para estar con vosotras, ¿no?

—Anda, tira, que me tienes contenta.

Malai no dejó de reír hasta que Camelia le empujó al interior de su habitación, si algo tenía el muchacho es que siempre conseguía lo que se proponía. Por otro lado, Kenai no dejaba de mirar fijamente a Dalia, esperando que esta le confirmase que no había ningún problema en que durmiesen juntos.

—Vamos, anda —la chica le tomó de la mano con una sonrisa y le arrastró hasta su dormitorio—. No pensarás que voy a dejar que duermas en el sofá, ¿no?

—¿En serio acabas de cagar en mi baño? —Camelia miró a Malai con cara de pocos amigos, no podía creerse lo que su chico acababa de hacer.

—¿Y dónde quieres que cague? —Malai no entendía la irritación de su chica, no había hecho nada malo.

—Pues no lo sé, ¡no cagues! —la chica salió echa una fiera hacia el comedor, donde se encontró a Dalia con la misma expresión que tenía ella dibujada en el rostro—. ¿Qué pasa?

—¡Es un cerdo! Estábamos durmiendo casi me ahoga —Dalia miraba con enfado a Kenai, mientras este intentaba contener la risa.

—¡Sois asquerosos! —Camelia les empezó a tirar cojines a los muchachos, no podía creerse que fuesen tan poco delicados—. ¡Sois los dos iguales!

—Creo que tenemos que poner remedio a esto —Kenai se acercó a las chicas y las condujo hasta el sofá, indicándoles que se sentasen—. Está claro que ninguno de nosotros está acostumbrado a vivir con otras personas aparte de aquellas con las que hemos estado toda la vida y va a costar adaptarse estas semanas —las chicas asintieron, dando la razón al muchacho—. Por ello, creo que lo ideal sería que, ya que hay dos baños, nosotros usemos uno y vosotras otro —el menor de los gemelos miró a los presentes, esperando ver la aprobación reflejada en sus rostros—. ¿Os parece bien?

—Con tal de no tener que volver a soportar ese olor putrefacto, lo que sea —Camelia le dio un golpe en la cara a Malai con un cojín, esperaba que se diese por aludido.

—¡Eh! Las que decidisteis la cena fuistéis vosotras, ahora no me echéis a mí la culpa de los olores.

Como siempre, ante los comentarios del mayor de los gemelos, los chicos se echaron a reír. Estuvieron riendo y jugando hasta que las chicas se dieron cuenta de la hora que era, tenían que ya o de lo contrario llegarían tarde al trabajo. Las chicas se dirigieron como alma que lleva al diablo hacia sus respectivas habitaciones y se cambiaron con rapidez. Dalia soltó un grito cuando recordó que ese mismo día les llegaba un gran pedido y tenían que llegar antes para poder ordenarlo todo.

—¡Camelia, corre!

—¿Qué pasa? —Camelia salió de su habitación, abrochándose el botón del pantalón mientras corría por el apartamento.

—¡Hoy llega el camión! —Dalia miró a su amiga con los nervios claramente reflejados en sus ojos.

—¡Vuela!

Las chicas cogieron sus bolsos y se dirigieron a la puerta lo más rápido que pudieron, olvidándose por completo de que los chicos estaban en el apartamento. Salieron de allí y cerraron de un portazo, dejando a los gemelos totalmente boquiabiertos.

—¿En serio acaban de dejarnos como a dos perros? —Malai miraba hacia la puerta sorprendido, no entendía qué estaba pasando.

—Más bien, creo que se han olvidado de que existimos —Kenai se encontraba en la misma situación que su hermano, no comprendía a las muchachas.

Viendo el panorama, no tardaron en resignarse a pasar el día en pijama y en el sofá. Decidieron que aprovecharían para descansar y, como mucho, por la tarde irían a buscar a las muchachas, quienes en aquel momento los habían dejado a su suerte en un apartamento que no conocían y en el que no sabrían dónde buscar si necesitaban algo. Segundos más tarde, la puerta principal se abrió (y vieron asomarse por ella la cabeza de Dalia, seguida por la de Camelia).

—Perdonad, ¿queréis venir? —las chicas le sonreían, esperando que aceptasen pasar con ellas todo el día.

—No nos lo perderíamos por nada del mundo.

## CAPÍTULO 28

Llegaron a la librería justo cuando el camión de reparto estacionaba frente al local. El hombre les miró con una sonrisa, estaba claro que nunca fallaban. Camelia y Dalia abrieron la tienda con rapidez, echándose a un lado para que el repartidor dejase todas las cajas justo enfrente del mostrador. Los gemelos lo miraban todo sin perder detalle, estaba claro que aquellas cajas debían pesar una barbaridad y el hecho de pensar que durante todo aquel tiempo sus chicas las habían transportado y colocado por todo el local ellas solas, les hizo darse cuenta de su implicación con su trabajo y de lo increíbles que eran. Una vez que el hombre se había ido, las muchachas miraron las cajas y se dieron cuenta de que iban a tener mucho más trabajo del que habían pensado. Los chicos las miraron, conscientes de que tendrían que ayudarles para que la librería abriese a tiempo.

Kenai y Malai se apresuraron a ayudarlas, por lo que empezaron a subir cajas al piso de arriba y a colocarlas donde ellas les indicaban. En menos de una hora todos los libros estaban ordenados y pudieron abrir la librería a tiempo. Estaba claro que, sin la ayuda de los gemelos, no podrían haberlo hecho aquella vez.

—¿Y ahora, qué hacemos? —Kenai miró a las muchachas, esperando que no los echasen mientras tuviesen que trabajar—. Prometemos no molestar, nos aguantaremos los sarcasmos y no notareis que estamos aquí si nos dejáis quedarnos.

—Podéis quedaros por aquí si queréis —Camelia no tuvo que pensárselo demasiado, no les habían hecho ir hasta allí para echarles a las primeras de cambio.

Los chicos se miraron sorprendidos, había sido mucho más fácil de lo que habían esperado. Las dos amigas ya parecían haberse puesto manos a la obra y ellos no sabían muy bien qué hacer, deberían buscarse algún entretenimiento para las próximas horas. Quizá se aventurasen en algún libro de los que habían sacado de las cajas.

—Pero quedaros tiene un precio, debéis ayudarnos a colocar algunos libros que aún tenemos en el almacén —Camelia les pasó una lista escrita a mano, donde aparecían los títulos de más de trescientas novelas—. Subrayadas en amarillo tenéis las que podéis colocar en estanterías, son las que ya han sido publicadas y por tanto pueden estar a la venta. Las demás, aún no se pueden ofrecer al público.

—Procurad no liarla, por favor —Dalia miró a los muchachos, intentando esconder una sonrisa.

—¿Quién te crees que somos? —Malai miró a su amiga, haciéndose el ofendido—. Sabemos leer una lista.

—¿Qué os parece si jugamos? —Camelia miró a los chicos, mientras Dalia asentía con entusiasmo—. Si lo hacéis bien, os daremos algo a cambio.

—¿Ya empezamos con los retos? —Kenai se llevó las manos a la cabeza, intentando mostrarse nervioso—. Mucho estaba durando ya la paz y la tranquilidad.

—Claro, ¿qué sería la vida sin un poco de diversión?

—Entonces, ¿qué sugieres? —Malai estaba impaciente por ver qué podía salir de esas cabecitas locas.

—Os retamos a... —Dalia le echó un vistazo rápido a toda la tienda, deteniéndose en un punto, viendo que Camelia miraba en la misma dirección, se dio cuenta de que pensaban lo mismo—. Hay una parte de la lista especialmente divertida de ordenar, vamos a ver si sois capaces de hacerlo antes del mediodía.

Los chicos se acercaron más, esperando que las muchachas les indicasen que debían hacer exactamente. Cuando ya lo tuvieron claro, se dirigieron escaleras arriba.

—Vamos, esto será pan comido —Malai sacó pecho ante la simplicidad de la tarea, aquella vez iban a impresionarlas—. Han dicho mediodía pero lo haremos antes de las once de la mañana.

—Malai, ¿estás seguro de que han dicho estos? —Kenai aguantaba la lista, dándole vueltas y poniéndola de todas las manera posibles.

—Sí, ¿por qué? —el chico se acercó a su gemelo y le quitó la lista de las mano—. Déjalo ya, que la vas a marear.

—¡Eres idiota! Vanaglóriate todo lo que quieras, ¡que nos han dado la lista de ejemplares en japonés!

Los chicos se pasaron toda la mañana subiendo y bajando las escaleras, limpiando las cristaleras o intentando atender a los clientes solo para conseguir algunas muestras de afecto por parte de sus chicas. Los gemelos tenían claro que no les hacía falta ganarse el cariño de ellas, pero les gustaba compartir aquellos ratos de diversión con sus *brujillas*. Así se habían ido conociendo, mientras ellas les retaban para darles una mínima información sobre sus vidas y ellos les seguían la corriente como dos bobos que hubieran descubierto la luz después de vivir en una cueva.

Entre una tarea y otra aprovechaban para mirarlas, en más de una ocasión Malai le dio una palmadita en el culo a Camelia o pasó la mano por la cabeza de Dalia, despeinándola. Kenai también aprovechaba los momentos en que las veía desocupadas para robarle algún beso a su chica y susurrarle palabras al oído. Además, no podía evitar acercarse a Camelia para intentar

sonsacarle los secretos que las dos amigas guardaban, pero como buena confidente que era la chica no dijo ni *mu*.

—Venga, dímelo —le suplicó Kenai a la chica de ojos verdes—, solo quiero saber cuándo es vuestro cumpleaños. Tampoco os estoy pidiendo la contraseña de acceso del gobierno.

—¡Ah, pues eso sí podría contártelo! —Camelia le dedicó una mirada risueña, hacer rabiar a Kenai podía resultar tan divertido como provocar a su hermano.

—No sé por qué preguntas —Dalia se acercó a su amiga y al chico, llevando un par de libros de vuelta a su sitio—. ¿No sabes que todo tiene un precio? Si quieres la información, tendrás que ganártela.

—Me la ganaré —el chico se acercó a ella y, con un beso en la frente, le quitó los volúmenes que llevaba en las manos—, conseguiré todo lo que necesite saber para quedarme a tu lado.

—Venga, tira, *Romeo* —Camelia empujó al chico en dirección a los estantes—, que aquí *Julieta* tiene que atender a los clientes.

Cuando llegó la hora de comer, los chicos se ofrecieron a ir a por algo para que las chicas no tuviesen que cerrar, ya que parecía que aquel día iba a estar cargado de trabajo. No querían que sus chicas pasasen hambre y, mucho menos, que perdiesen clientes cuando ellos podían encargarse de la comida. Kenai y Malai se dirigieron con rapidez a un supermercado cercano, intentando agilizar el paso para que Dalia y Camelia no tuviesen que esperar demasiado. Era tarde, cerca de las tres, y los cuatro necesitaban algo que llevarse a la boca para recargar las pilas.

Una vez estuvieron en la tienda, se dirigieron con rapidez hacia las estanterías de las comidas ya preparadas y pensaron que una ensalada bien completa saciaría el hambre de las chicas. A ellos no les importaba quedarse o no con hambre, en aquel momento solo pensaban en satisfacer a las dos

muchachas que les esperaban en la librería. Siguiendo el camino de los preparados hasta la caja, decidieron coger también un par de sándwiches vegetales y un par de pollo, dejarían que fueran ellas las que escogieran entre la poca variedad que habían encontrado. Después compraron cuatro *Coca-Cola* para que la cafeína les diera el empujoncito necesario para no solo mantenerse en pie, sino volver a la carga con toda su fuerza. Habían conseguido abastecerse bien.

—¿Qué vamos a hacer sin ellas cuando tengamos que irnos? —Malai miró a su hermano mientras esperaban para pagar—. No sé si seré capaz de vivir sin Camelia, no después de todo lo que hemos vivido y de cómo me hace sentir.

—Encontraremos la manera, no nos queda otra opción. Si para algo nos ha servido la experiencia de ayer es para darnos cuenta de que con empeño podemos permanecer unidos.

Después de eso, los chicos se dirigieron de nuevo a la librería, esperando que los clientes hubiesen dejado de llegar y que las muchachas tuviesen un rato de descanso para comer. Nada más entrar por la puerta, se encontraron con un hombre que hablaba muy animado con ellas.

—¡Chicos! —Dalia se acercó a los muchachos y les empujó hasta dejarlos frente al hombre y Camelia—. Este es el señor Takeshi, gracias a sus consejos estamos donde estamos.

—Es un placer conocerle, señor —Kenai, tan atento como siempre, extendió rápidamente su mano al hombre. Seguidamente, lo hizo Malai.

—Las chicas nos han hablado mucho de usted —el mayor de los gemelos le sonrió, sintiéndose agradecido de que siempre estuviera al lado de ellas cuando le necesitaban.

—El placer es mío, muchachos —el señor Takeshi les abrazó, como si les conociese de toda la vida—. Me alegra conocer por fin a los chicos que



les han devuelto la sonrisa a mis *floreциllas*, nunca las había visto tan felices.

—Hacemos lo que podemos, señor —Malai miró con cariño a las chicas, no entendía cómo les podían haber hechizado de aquella forma y mucho menos, cómo ellas podían corresponder a lo que ellos sentían—. No sabríamos cómo vivir sin ellas.

Así pasaron el rato, charlando y compartiendo anécdotas. Los gemelos por fin pudieron reírse a costa de las dos amigas cuando el señor Takeshi les habló de sus primeros días en la ciudad y de cómo la liaban cuando intentaban hablar en japonés con los clientes. Las chicas también se rieron, aunque se sentían algo avergonzadas al recordar todos los errores que cometieron en el primer mes que estuvieron en la librería. Si no fuera por la confianza que tenían con los hermanos, ya los habrían despachado solo para que no descubriesen sus inicios en Kioto.

—Chicas, ¿os importa dejarme un momento a solas con ellos? —el hombre miró a sus *floreциllas*, sonriéndoles con amabilidad.

Las chicas asintieron y sonrieron llenas de felicidad y, con los corazones rebosantes de amor y alegría, se dirigieron hacia el almacén y aprovecharon para comer antes de que los clientes volviesen a aparecer. Sabían que los chicos estarían bien con el señor Takeshi, pero estaban nerviosas por saber qué tenía que decirles. Podrían haberse quedado a escuchar a escondidas, pero decidieron respetar la intimidad del hombre que les había ayudado a seguir adelante cuando no tenían nada más que un local medio vacío y desconocido para la sociedad.

—Tened algo presente —el señor Takeshi miró fijamente a los muchachos y estos no pudieron hacer nada más que tragar saliva—. No voy a amenazaros, porque jamás he sido así, pero tened en cuenta que si les hacéis el más mínimo daño, seré yo quien me encargue de daros caza y acabar con vosotros.

## CAPÍTULO 29

—¿Crees que será buena idea? —Malai no estaba muy convencido del plan de su hermano, en su opinión dar tal paso sin el consentimiento de las chicas podía acabar de una forma catastrófica.

—Sí, cállate y ayúdame que deben estar a punto de llegar —Kenai estaba intentado acoplar el ordenador a la pantalla de la televisión y haciendo los últimos arreglos para asegurarse de que todo iría según lo previsto—. Enchufa ese cable ahí.

—Esto es una locura —a pesar de su desacuerdo, el chico en seguida se prestó a echar una mano a su hermano.

—Con ellas todo es una locura, ya deberías estar acostumbrado.

Cinco minutos más tarde ya lo tenían todo listo y habían movido el sofá para que quedara más cerca de la pantalla. Después de eso, no tuvieron que esperar demasiado antes de que las chicas llegaran a casa.

—¡¿Hola?! —la voz de Camelia inundó todo el piso, haciendo que los chicos reaccionaran, especialmente Malai, quien se puso más recto que el palo de una escoba. Sin pensárselo dos veces, corrió hacia la entrada para recibir a su chica.

—Hola, mi vida —el chico se inclinó para depositar un suave beso en los labios de la chica, quien le miró extrañada.

—¿Cuándo te has vuelto tan cariñoso? —Dalia pasó por el lado de su amiga y le dio un suave abrazo a Malai, entonces se dirigió al comedor donde se encontraba Kenai.

—Cuando me pediste que me quedara, aún a riesgo de ser detenida —le sonrió con picardía a la muchacha, que negaba la cabeza con vehemencia.

—¡Que tonto eres! —mientras, Dalia había llegado a la sala de estar y le daba un abrazo a Kenai cargado de cariño y energía.

—¿Cómo ha ido el día? —Kenai la cogió con delicadeza, acercando su cara a la de la chica hasta que sus narices se rozaron—. ¿Ha ido el señor Takeshi a veros?

—Sí, como todos los días —Dalia acortó la distancia que les separaba y le dio un beso en la comisura de los labios—, nos ha dicho que os enviáramos un saludo de su parte —susurró antes de que él la besara.

—Es un buen hombre, se nota que os tiene mucho cariño —Kenai se apartó de la chica, aunque no demasiado, y la llevó hasta el sofá donde tomó asiento con ella en su regazo.

—Y le habéis caído bien, es todo un logro.

—Nosotros caemos bien a todo el mundo —Kenai lo decía en serio, pero la chica no pudo hacer más que reírse ante la seguridad que tenía el chico cuando se lo proponía.

Cuando aparecieron en el comedor, Malai y Camelia también se sentaron en el sofá, esa tarde iban a pasar algo de tiempo juntos.

—¿Por qué está el sofá tan cerca de la tele? —Camelia se dio cuenta de ese pequeño detalle después de llevar unos minutos sentada.

—De eso queríamos hablaros —tomo la iniciativa Kenai—. ¿Te acuerdas de cuando te dije que me gustaría que pudieras conocer a mi madre? —el menor de los gemelos miró a su chica, esperando que recordase sus palabras.

El día de su cita, Kenai le había dicho que quería luchar por su relación y que, sin duda alguna, un día le presentaría a sus padres. Dalia asintió indecisa, no sabía a dónde quería llegar con eso.

—Pues el momento ha llegado —dijo entusiasmado.

—¿¿Qué?!! —exclamaron las dos chicas a la vez, no entendían que

intención tenían los chicos.

Sus caras eran de total desconcierto, ¿qué tramaba Kenai? Haber traído a sus padres hasta allí hubiese sido una locura y si lo que pretendía era que fuera ella la que se trasladara a su casa, lo llevaba claro. No dejaría su trabajo, aunque fuera por unos días, no podía permitírselo.

—Antes de que pongáis el grito en el cielo, escuchad —Kenai atrapó a la chica antes de que esta pudiera sentarse en otra parte—. A Malai y a mí nos gustaría que nos dierais un voto de confianza y os dejarais vendar los ojos un momento —al ver la reacción de las muchachas, quienes se mostraron reacias a la idea, el chico rectificó—. Al menos cerradlos, pero sin hacer trampa.

—¿Confiarás en nosotros? —Malai habló al oído de Camelia, quien se volvió hacia él y le sonrió desafiante.

—Quizá me fie de Kenai —la chica no desaprovechó la oportunidad de desafiarlo, por lo que perfiló la mandíbula de este con el dedo índice y se acercó a su oído para hablarle en un tono seductor—. De ti, voy a tener que pensármelo un poco más.

—Qué mala eres cuando quieres —Malai se llevó una mano al pecho, como si le hubieran herido con un arma de lo más afilada.

—¿Yo? Si soy un angelito caído del cielo —la chica batió sus pestañas con rapidez, mostrando así su lado más tierno.

—Lo que yo decía, un *diablillo* —el chico lanzó un ataque de cosquillas que dejó a Camelia lo suficientemente indefensa como para ponerle una venda sobre los ojos.

—¿Nos va a gustar? —quiso saber Dalia mientras Kenai le tapaba los ojos, ambos se habían levantado, pero las piernas de la chica aún rozaban la tela del sofá—. No me gusta esto de no poder ver.

—Solo será un momento, y sí, os va a gustar... —Kenai le dio un rápido beso en el cuello y la hizo sentarse de nuevo—. Al menos, eso espero —esto

último lo dijo en un susurró que pasó inadvertido al resto de los allí presentes.

Las chicas esperaron sentadas en el cómodo sofá durante varios minutos, sin ver nada, solo oyendo el suave sonido de un teclado y, de vez en cuando, la voz de Kenai quien, a pesar de hablar bajito, no conseguía engañar al oído de las muchachas.

—Vamos allá —Malai y Kenai se situaron cerca de las chicas, para así poder quitarles las vendas—. Tres, dos, uno...

Los ojos de las chicas se abrieron con expectación, al principio no encontraron nada especial en el salón, todo estaba igual que antes. Los chicos las miraban mientras buscaban como locas algún cambio, sin éxito alguno, pero de repente un sonido les llamó la atención, venía de la televisión. Cuando el ruido se repitió, entendieron qué era. Las risas de sus madres era algo que hubieran reconocido en cualquier parte del mundo. Volvieron a fijarse en la televisión y allí estaban, en una parte de la pantalla, sus padres, y en la otra, una pareja que no habían visto nunca antes, pero que enseguida dedujeron que serían los padres de los gemelos.

—¡Mamá! —exclamó Camelia completamente feliz de ver a sus padres.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —Dalia también estaba radiante, mirando sorprendida a sus padres mientras estos les sonreían.

—Cogimos sus números de contacto de vuestros móviles —Kenai en seguida se puso a saludar a sus padres, por lo que Malai aprovechó para explicárselo a la chica y, viendo la reacción que habían tenido, agenciarse un poco el mérito—. ¿A que hemos tenido una excelente idea? Ya le dije yo a Kenai que iba a funcionar.

—Mamá, papá, estas son Camelia y Dalia —Kenai estaba de lo más emocionado, era la primera vez que presentaba a sus padres a alguien especial.

—Es un placer conoceros, chicas —la madre de los gemelos hablaba

con la emoción latente en su voz—. Nos han hablado mucho de vosotras.

—Eso es cierto —el padre de los muchachos asintió con convicción, dándole la razón a su mujer mientras la miraba embelesado—. Aún no nos han contado lo que han visitado, eso sí, cada vez que nos llaman de lo único que sabemos es de vosotras.

Después de la sorpresa inicial y de las presentaciones, todos se calmaron y empezó el momento de sentirse incómodos con las preguntas de sus progenitores. Luego llegó el turno de las bromas, seguido por comentarios como “¿ya comes? Te veo más delgada”, y después los halagos, que fueron la peor parte de todas.

—Me siento orgullosa de ti hija, has cazado a una buena pieza —la madre de Camelia no se cortó ni un pelo a la hora de expresar su punto de vista.

—¡Mamá! —la chica se sonrojó en segundos, era increíble que su madre, con casi cincuenta años, siguiera haciendo ese tipo de comentarios, más con su padre delante.

—Tienes toda la razón, si yo tuviera la edad de nuestras niñas me buscaría a alguien como ellos —la madre de Dalia no tardó en darle la razón a su vecina, sus hijas habían sabido elegir bien.

—No, esto no puede estar pasando —Dalia escondió la cara entre sus manos, el hecho de que sus madres las estuviesen avergonzando delante de sus novios les parecía muy fuerte.

—Venga, hija, no seas tan tímida. Seguro que desde el primer momento no les has quitado el ojo de encima —continuó la mujer, sin dejar que su sonrisa se desvaneciese.

—Eso, Camelia, ni se os ocurra dejarlos por ahí que seguro que alguna urraca os los quita —se apresuró a añadir la madre de esta.

Los chicos apenas podían contener las risas. Las madres de las

muchachas se habían quedado embrujadas con ellos desde el momento en que se pusieron en contacto. Por lo menos, sabían que contaban con el apoyo de sus suegras, con lo cual ya tenían mucho terreno ganado.

—Pueden estar tranquilas, por mucha mujer que haya, ninguna va a ser como sus hijas —Kenai pasó uno de sus brazos por encima de Dalia, intentado tranquilizarla y haciéndole saber que no debía avergonzarse.

Después de eso continuaron charlando con sus familias sobre las últimas aventuras que habían vivido juntos, cada cual más emocionante. Hubo momentos en los que empezaban a hablar todos a la vez y no había Dios que los entendiera. Después de casi una hora, llegó el momento de despedirse, no sin antes prometer que harían más videollamadas de ese tipo. Los primeros en desconectar fueron los padres de los gemelos, los cuales se notaba que por muchos años que llevaran juntos, estaban tan enamorados como el primer día.

—Me alegro de todo corazón de que mis niños hayan encontrado dos flores como vosotras —la mujer se llevó la mano al corazón, quería a sus hijos más que a nada en el mundo y le apenaba tenerlos lejos. Lo único que la había alegrado durante aquellas semanas de separación era saber que habían encontrado a alguien que les amaba casi tanto como ella—. Cuidadlos por mí, muchachas, ellos son mi más preciado tesoro. Os quiero mis niños.

Tras eso, la pareja desapareció de la pantalla, las chicas estaban encantadas de haberlos conocido. Aunque al principio se habían mostrado algo tímidas, al final habían acabado conversando como si se conociesen de toda la vida, cosas que pasan cuando te encuentras con gente tan agradable.

—Bueno chicas, nosotros también vamos a dejaros —la madre de Camelia ya tenía lágrimas en los ojos, odiaba las despedidas, todo cuando tenía que despedirse de su hija.

—Si no os importa, nosotros querríamos hablar con los chicos —dijo su marido secándole las lágrimas aún no derramadas—, a solas.

—Eso significa, chicas, que nos gustaría que fueseis a otra habitación —insistió el padre de Dalia ante la falta de reacción de las muchachas, quienes seguían en el sofá cogidas de la mano de sus parejas.

—¡Os queremos pequeñas! —se despidieron las madres de estas, quienes recibieron decenas de “te quiero” como respuesta. Poniéndose en pie, aunque reticentes a irse, al final dejaron a sus maridos a solas.

—Venga, Dalia, sabes que no podemos hacerles nada —siguió insistiendo el padre de esta—. Estamos hablando a través de una pantalla, por si no te acuerdas.

A Dalia y Camelia no les hizo ni pizca de gracia que sus padres quisieran quedarse a solas con los gemelos, pero sabiendo que en aquella ocasión no se podrían salir con la suya, decidieron claudicar. Despidiéndose de los dos hombres que las habían criado y protegido toda la vida, se marcharon del salón. Lo que sus padres no sabían era que solo un mostrador separaba esa sala de la cocina, donde permanecerían escondidas sin que ellos las vieran y de esa forma oírlo todo.

—Bueno, chicos. Hablo en nombre de los dos cuando digo que nos habéis caído bien y eso ya es mucho —el padre de Camelia luchaba por encontrar las palabras correctas, mientras su amigo asentía—, pero si les hacéis el más mínimo daño a nuestras niñas no habrá lugar en el mundo donde podáis esconderos. Os encontraremos y os cortaremos las pelotas.

—Eso es todo —terminó diciendo el padre de Dalia, sin dejar de sonreír ni un solo segundo—, disfrutad de las vacaciones, ¡aunque no demasiado!

La risa medio burlona y diabólica de los dos hombres fue lo último que oyeron antes de que la pantalla se quedara totalmente en negro. Los chicos tenían la boca abierta de par en par e, inconscientemente, llevaron sus manos a la entrepierna para asegurarse de que sus partes seguían allí, intactas. Era la



segunda amenaza que recibían en pocos días. Lo único que los despertó de su propia pesadilla fue la risa de las chicas, quienes en seguida se acercaron y se lanzaron sobre los gemelos para agradecerles el maravilloso detalle que habían tenido al ponerlos a todos en contacto por fin.

Aquel lunes las chicas se levantaron lo suficientemente temprano como para organizar el día y volver a casa antes de que los chicos se despertaran. Cuando llegaron, entre risas, se pusieron los pijamas, los mismos que habían dejado preparados en el recibidor para no molestar a los muchachos. Luego, entraron sigilosamente en sus respectivas habitaciones y volvieron a esconder la ropa que se habían puesto aquella madrugada.

Camelia miró a Malai, enredado entre las sábanas. Parecía tan tranquilo y vulnerable que la chica deseó abrazarlo y compartir con él aquel momento de paz, pero tenían mucho que hacer y no podían desperdiciar ni un minuto.

—¡A despertarse marmota! —la chica se lanzó a por el muchacho, quedando sentada encima de él.

—Camelia... —Malai pronunció su nombre a modo de protesta, pero a oídos de la muchacha era el sonido más maravilloso que nunca hubiera escuchado.

Incluso a medio camino de la consciencia, el joven puso sus manos a ambos lados de la cintura de la chica, atrayéndola hacia abajo. Dando la vuelta se colocó encima de ella, de manera que quedara atrapada.

—Ahora vuelve a dormirte, *brujilla* —ronroneó Malai, quien deseaba volver a cerrar los ojos.

—Como si eso fuera posible —la muchacha sentía como la erección

mañanera de su acompañante se sentía peligrosamente cerca de cierta zona que, por el momento, prefería mantener para ella—. Venga, son casi las diez.

Por mucho que lo intentara, el chico siguió protestando y procurando por todas las vías posibles que se quedaran en la cama. Mientras, en la habitación de al lado, Dalia tenía una discusión similar con su chico.

—Tenéis todo el día libre, ¿para qué levantarse tan temprano? —a pesar de sus protestas, Kenai se entretenía apartando los mechones que caían por la cara de Dalia y jugueteando con su cabello.

—No es temprano —si algo habían aprendido en las últimas semanas, era que los chicos tenían un sueño muy profundo y les gustaba disfrutar de una buena siesta siempre que fuese posible—. ¿Cómo puedo convencerte para que te levantes?

Kenai fingió pensárselo durante algunos minutos, con esa expresión tan peculiar que tenía cuando estaba ingeniando algo.

—Podrías intentar darme un beso, un beso de amor verdadero — propuso alzando una ceja—. Como el que le dieron a la *Bella Durmiente* para despertarla de su letargo.

—¿Crees que funcionará? —la chica se preparó para darle ese beso, inclinándose cada vez más—. Cierra los ojos, relájate... —Dalia esperó a tenerlo exactamente como quería y, con mucha lentitud, llevó sus labios hasta la oreja del chico—. Que te lo has creído.

Dicho aquello se levantó de la cama de un salto y se dirigió corriendo al comedor, con Kenai detrás de ella, quejándose por haber sido engañado.

—¿Cómo has podido?

—Mi objetivo era hacer que te levantas de la cama y lo he conseguido, ¿no? —mientras se dejaba atrapar, vio aparecer a su amiga y a Malai por el pasillo. Al parecer ambas habían tenido que sudar la gota gorda para sacarlos de la cama.

Cuando todos estuvieron en el comedor, las chicas prepararon cuatro cafés bien cargados y untaron de mantequilla y mermelada varios cruasanes que tenían en el armario. Necesitarían bastante energía para afrontar el día que les esperaba.

—Chicos —empezó a decir Camelia, mientras les miraba detenidamente—, como recompensa por vuestra paciencia y los detalles que siempre tenéis con nosotras, Dalia y yo os hemos planeado algo especial para el día de hoy.

—Cuando Dalia y tú os juntáis para organizar cualquier cosa, nada bueno puede salir —pensando en sus anteriores ocurrencias, a Malai no le hacía ni pizca de gracia seguirles el rollo, pero reconocía que en realidad se lo pasaba genial con ellas y sus locuras.

—Ahora es vuestro turno de confiar en nosotras, ¿os atrevéis? —Dalia miró esperanzada a su chico y después a su amigo, quienes no pudieron negarse a nada.

—¿Qué tenemos que hacer? —Kenai fue el primero en rendirse, sabía que aunque se opusiera, acabaría haciendo cualquier cosa que ellas propusieran.

—Tenemos que ir a vestirnos, poneos ropa cómoda —Camelia sonrió y chocó la mano con su amiga—. Cuando estéis preparados, os contaremos el resto.

—¿Una yincana? —Kenai empezaba a arrepentirse de su decisión de confiar en las dos amigas, con ellas era imposible saber que tramaban—. No participo en una desde las colonias del instituto.

—Venga, será divertido —Camelia intentaba animar a los chicos a toda

costa, cosa difícil dado que los dos estaban repanchingados en el sofá con las mínimas ganas de hacer lo que ellas les proponían.

—Y la recompensa que tendréis promete —Dalia intentó apoyar a su amiga en su propósito y al parecer lo consiguió con sus palabras.

—¿Así que una recompensa? Eso me gusta más —Malai miró a Camelia de una forma demasiado íntima y personal para hacerlo estando en grupo.

—No ese tipo de recompensa, pervertido —Camelia cogió uno de los cojines que tenía a mano y se lo lanzó con fuerza al mayor de los hermanos.

Dalia y Kenai no pudieron hacer otra cosa que reír ante tal escena, había cosas que nunca cambiarían. Cuando sus miradas se cruzaron, llenas de amor y ternura, supieron definitivamente que esos sentimientos perdurarían para siempre.

—Entonces, ¿empezamos? —después de la sorpresa y la reticencia inicial, Kenai estaba deseando comenzar y ver qué se proponían con todo aquello Dalia y Camelia.

—Sí, por supuesto —Camelia dio un par de palmaditas y miró a su amiga—. ¿Quieres hacer los honores?

—Claro, tenéis cuarenta segundos antes de que salgamos por esa puerta y cerremos con llave, si eso pasa olvidaos de vuestro premio —la chica sacó el móvil de su bolsillo y preparó el cronómetro—. Debéis prepararos otra muda de ropa, zapatos y una toalla cada uno.

—Bien, chicos —Camelia miró la pantalla del móvil de su amiga y actuó como si se preparase para una carrera de coches —. Preparados, listos, ¡ya!

Los primeros cinco segundos fueron de confusión total, los chicos las miraban desde el sofá sin entender nada y cuando sus cabezas decidieron empezar a funcionar, volaron a sus habitaciones a buscar lo que les pedían.

Solo había un problema, no había toallas por ninguna parte, por mucho que buscaban habían desaparecido. Visto que no iban a encontrarlas en tan poco tiempo, decidieron volver al salón a por alguna pista.

—¡Habéis escondido las toallas! —se quejó Malai, en aquel momento daba toda la impresión de ser un niño pequeño.

—Menos mal que os habéis dado cuenta a tiempo, sino mal empezábamos —Dalia paró el cronómetro y miró a su amiga, esperando que les diera la siguiente pista.

—Encontraréis aquello que buscáis en el lugar donde empezó todo —Camelia estaba orgullosa de aquella frase, ya que sabía que los chicos tendrían que darle un par de vueltas antes de llegar a la conclusión correcta.

—¿Dónde empezó qué? —Kenai no tenía muy claro a qué se refería y eso quedaba reflejado en su cara— ¿Nos estáis diciendo que debemos ir al aeropuerto?

—Menuda forma de echarnos de casa —bromeó Malai, viendo que básicamente les habían hecho hacer la maleta y en aquel momento les enviaban de vuelta a Osaka.

—¡Qué idiotas! —Dalia no se podía creer lo que estaban insinuando, a veces no podían ser más estúpidos—. Si quisiéramos que os fueseis os lo diríamos alto y claro, no con indirectas.

—Entonces si no es eso, creo que no entiendo el enigma —Kenai miró a su hermano en busca de ayuda, pero estaba igual de perdido que él.

Las chicas estaban alucinando, habían esperado que les costara un poco resolver la pista, pero no tanto. O bien lo hacían a posta o bien eran más cortos que las mangas de un chaleco.

—Me ofende que no lo entendáis —a las chicas no les quedó otra que regalarles la pista casi mascada, así que eso mismo hizo Camelia—. ¡Chicos! El sitio donde nos conocimos, donde empezó todo.

—Eso quiere decir... —Kenai miró a su hermano, entrecerrando los ojos.

—Estás pensando... —Malai señaló hacia la puerta y, con la ropa y los zapatos en las manos, los gemelos echaron a correr hacia ella.

—Joder, son guapísimos, pero a veces no entiendo qué hacen dos chicas inteligentes como nosotras con dos chicos con tan pocas luces —Dalia empezó a recoger sus bolsos y las llaves para ir detrás de los hermanos.

—Cuánta razón tienes, amiga. Aunque, ¿no te has parado a pensar que quizás les imponemos demasiado y eso les impide pensar con claridad? —Camelia cogió su bolso de las manos de la otra chica mientras esta asentía, convencida por sus palabras—. Que no se te olvide cerrar la puerta con llave.

—¡Eso jamás!

Echaron a correr detrás de los chicos y, para cuando llegaron, ellos ya habían encontrado las mochilas con sus nombres que habían dejado ellas en el recibidor. Dentro estaban las toallas que debían encontrar.

—¡Aquí están! —Malai enseñó el objeto a modo de trofeo, no entendía porque les hacían sufrir tanto— No ha sido tan difícil.

Ignorando el comentario y la sonrisa engreída del muchacho, decidieron que ya era hora de ir a por la segunda prueba. Viendo lo que les había costado la primera, pasarían horas antes de que llevasen a cabo todas las demás.

—¿Qué es lo más nos gusta de vosotros? —Camelia lanzó la pregunta sin más, cruzándose de brazos y sonriendo, sin darse cuenta de que Dalia estaba haciendo exactamente lo mismo.

—Esa es fácil. Nuestros abdominales —y como prueba de ello, Malai no dudó en levantarse la camiseta. Aunque al ver las caras de las chicas, supo que no se referían a eso.

—¿Nuestros ojos? —intentó probar Kenai con algo nuevo.

—Nuestro humor —si no iba relacionado con el físico a lo mejor sería algo de su carácter—. No, esperad, os encanta que seamos gemelos, os gusta que vuestros novios sean iguales, ¿a qué sí?

—¡No! —gritaron las chicas a la vez, no sabían si reír o estar horrorizadas, menudas ocurrencias estaban teniendo.

—Que seamos ingenieros, os gusta que seamos unos empollones — Kenai pensó en sus dos títulos, aunque de bien poco les estaban sirviendo en aquellos momentos.

—No, tiene que ser algo más profundo, como el amor que demostramos hacia ellas —en aquellos momentos Malai pensó que se saldrían antes con la suya si empezaban a pensar como una chica, pero ¿cómo se hacía eso?

Fue entonces cuando los chicos se dieron cuenta de algo. Mientras ellos habían estado divagando, Dalia y Camelia se habían ido acercando más la una a la otra hasta llegar a cogerse la mano, tal y como habían hecho siempre.

—Les gusta que respetemos su amistad, que entendamos que, aunque nos quieran no debemos interponernos en su relación —las chicas se derritieron ante sus palabras, era la respuesta perfecta y dicha por Kenai hasta sonaba mejor que en sus cabezas—. Además, les encanta que seamos tan tontos.

Ante eso último nadie pudo aguantar una carcajada, sin duda había muchas cosas que les encantaban de los chicos, incluidos sus abdominales, pues todas y cada una los convertía en las personas que amaban, pero que respetaran los que sus antiguos novios no habían sabido entender, era un gran punto a favor.

—Ahora que lo habéis dicho, os habéis ganado el derecho a este objeto que os llevará al segundo reto —dicho eso, Dalia procedió a la entrega de un mapa con un punto marcado en rosa.

Tal y como era de esperar, les costó casi media hora encontrar el lugar

señalado, pues cuando uno de los chicos indicaba hacia la derecha, el otro lo hacía hacia la izquierda y así sucesivamente sin llegar a ningún sitio. Para cuando llegaron al lugar marcado, casi era la una del mediodía. Se encontraban en una especie de lago, en un parque relativamente cerca del centro. Cuando se pararon en su orilla, Malai y Kenai dejaron sus respectivas mochilas en el suelo.

—¿Quién se acuerda de lo sucedido en nuestro segundo encuentro? — les preguntó Dalia sin mostrar ninguna expresión.

—Que nos tirasteis un cubo de agua a la cabeza —Malai habló medio afirmando, medio preguntando lo sucedido.

—Esta vez la habéis acertado a la primera —Camelia miró a Dalia, era el momento y debían actuar a la vez o su plan se iría al garete—, así que disfrutad del recuerdo.

En un visto y no visto, los gemelos pasaron de estar plantados frente a ellas a estar sumergiéndose en las aguas del lago. Las chicas no habían dudado en tirarles sin remordimiento alguno y en aquel momento se reían mientras recogían las mochilas del suelo y esperaban a que los gemelos volvieran a la superficie.

—¡Os echamos una carrera hasta la otra orilla del lago! —Dalia les lanzó un grito cuando hubieron salido a flote.

Las dos amigas echaron a correr bordeando el lago, mientras veían como los gemelos lo cruzaban a nado. Cuando llegaron al otro lado, les entregaron las bolsas para que se cambiaran. Si hasta el momento la situación había resultado cómica, la cosa empeoró cuando Kenai y Malai se desnudaron detrás de unos arbustos e intentaron cubrirse sus vergüenzas con las ramas. En cuanto estuvieron vestidos, se reunieron con las chicas demostrando que tenían ganas de más. Aquello había pasado de ser un juego a convertirse en un reto personal e iban a superarlo fuera como fuera.



—Ahora debéis encontrar el lugar donde abundan las flores del amor —Camelia miró a Malai con picardía, él sabía la respuesta, solo le faltaba hacer un poco de memoria.

—¿Flores del amor? ¿Se trata de algún lugar místico? —Kenai no tenía la menor idea de a donde querían ir a parar. Con cada enigma que las chicas les mostraban, más confusos estaban los muchachos.

—No se refieren literalmente a las flores del amor, sino aquellas que lo representan —Malai le dedicó a Camelia una mirada de complicidad, se refería al lugar donde acudieron en su primera cita—. Sígueme hermano, esta vez sé a dónde voy.

Aquella vez Malai fue perfectamente capaz de guiar al grupo hasta el lugar de la tercera prueba, la cual superaron con éxito. En todos los lugares, Dalia y Camelia les preguntaban a los gemelos algo sobre las aventuras que habían vivido juntos, sobre los gustos de ellas y después les proponían un reto. Al llegar a la cuarta y la quinta prueba, la cosa se complicó, por lo que superarlas les costó más de lo esperado. Por ello, antes de darles la siguiente pista para llevar a cabo la sexta prueba, tuvieron que parar a comer.

Los chicos estaban radiantes por haber superado la mitad de las pruebas y, viendo todo el trabajo y las ganas que le habían puesto Camelia y Dalia, la recompensa tenía que ser enorme. Kenai y Malai engulleron los sándwiches que habían comprado, pues estaban impacientes por continuar. Sin embargo, las chicas comieron más despacio de lo habitual, dispuestas a alargar un poco más su agonía.

—La siguiente pista es... —Dalia decidió dejar la frase en suspense durante unos segundos para dar más emoción al asunto y, a causa de ello, casi consiguió que los muchachos se pusieran de los nervios. Acercándose más a su chico, le susurró— ¿Dónde te sinceraste conmigo por primera vez? ¿Dónde me dejaste claro lo que sentías?

—¿Qué?! —el hecho de que Malai no hubiese podido escuchar la pista, le sacaba de sus casillas—. ¿Qué te ha dicho?

—El balneario —Kenai contestó a su hermano, pero en ningún momento había apartado la mirada de Dalia—. Debemos ir allí.

No hizo falta decir más, los cuatro echaron a correr hacia las instalaciones de aguas termales de la ciudad. Allí las muchachas les informaron que debían buscar aquello que perdieron la primera vez. Después de muchos intentos fallidos, Malai recordó su problema con el calcetín de *Batman*. Resuelto el enigma, ambos se organizaron para peinar el lugar como dos detectives profesionales en busca del calcetín, el cual finalmente encontraron. De hecho, no había solo uno, estaba la pareja.

—Para que reemplaces el que perdiste —se burló Camelia.

—Pero estos son de *Spiderman*, no de *Batman*.

—Si no te gustan, puedes dármelos, no hay problema —intervino Kenai robándole los calcetines a su hermano.

Así transcurrió la tarde, entre risas y quejas, retos y misterios. Malai y Kenai casi habían olvidado el porqué de toda aquella jornada cuanto llegaron a la última prueba. Aquella estaba situada en la estación de tren, donde entraron y empezaron a caminar por los andenes. Los chicos estaban cargados de energía a causa de la adrenalina que habían ido acumulando en las últimas horas, al principio del día nunca hubieran creído que iban a pasárselo tan bien.

—¿Cuál es la prueba? —tras unos minutos de silencio, Kenai exigió saber a qué obstáculos debían enfrentarse para completar la yincana.

—No hay ninguna prueba, cielo —Dalia sacó del bolso un sobre al mismo tiempo que lo hacía Camelia—. Tomad, os lo habéis ganado.

Los gemelos cogieron los sobres sin saber exactamente qué iban a encontrar dentro. Los abrieron sin darse demasiada prisa, temiendo que fuera un papel con la palabra “inocentes” o algo por el estilo. Cuando por fin

entendieron lo que aquellos sobres contenían, no podían creérselo.

—¡Billetes de tren para visitar Tokio! —Malai estaba emocionado, le encantaba que las chicas organizaran excursiones en grupo.

—También tenemos el alojamiento reservado, os daremos todos los datos cuando llegemos a casa —añadió Camelia, cuando Malai fue a abrazarla. Kenai también se había reunido con Dalia y le había dado un beso digno de película.

—¿Cuándo nos vamos? —el muchacho sonrió a su chica, estaba deseando pasar unos días con ella en una nueva ciudad.

—Os vais el viernes en el tren de las seis de la tarde —los ojos grises de Dalia miraron a Kenai, expectante por ver su reacción, pues no tenía muy claro cómo se lo tomaría.

—Eso es fantástico... —en el momento en que Kenai procesó cada una de las palabras de la chica, su sonrisa se esfumó—. Has dicho “os vais”, ¿qué quieres decir?

Dalia miró a su amiga en busca de ayuda, era el momento de hacerles entrar en razón, cosa que no sería tarea fácil ni de su gusto, pero no tenían otra opción.

—Nosotras no vamos a ir —explicó Camelia, intentando sonar calmada—. Sabemos que pensabais que era una excursión para estar juntos los cuatro, pero esta vez solo iréis los dos.

—De eso nada, no vamos a ir a ninguna parte sin vosotras —Malai parecía ofendido, como si su decisión de no ir fuera algo personal.

—Chicos, tenéis que ir porque sería muy feo que desperdiciarais nuestro regalo —intentó convencerles Dalia, no querían que los chicos perdiesen una oportunidad así—. Además, lleváis casi dos meses aquí y no habéis conocido la capital.

—Debéis ir —Camelia le dio la razón a su amiga, los chicos no podían

negarse—. No os preocupéis por nosotras, os acompañaríamos, pero va a venir un agente de una editorial a firmar un contrato con nosotras. Están dispuestos a regalarnos varios ejemplares de algunas novelas que vayan saliendo y no podemos dejar pasar esta oportunidad.

—¿No puede venir otro día? —intentó razonar Kenai, no se imaginaba pasar un fin de semana alejado de Dalia.

—Por desgracia, no —Dalia cogió la mano del muchacho, no le gustaba verle triste—. Además, se suponía que este era un viaje de hermanos y nosotras no nos hemos separado de vosotros, es justo que tengáis ese viaje para pasar más tiempo juntos.

A los gemelos no parecía gustarles ni pizca lo que las muchachas les estaban diciendo, pero en el fondo sabían que tenían algo de razón, no podían dejar pasar aquella oportunidad, más sabiendo que habían invertido su dinero en algo para ellos, aunque les entristeciera alejarse de ellas.

## **16:55**

No vamos a llegar al piso a tiempo, lo sentimos.

Cuando Kenai recibió el mensaje no esperaba que pusiera aquello. Camelia y Dalia les habían prometido que cerrarían un poco antes la librería para así acompañarlos a la estación de tren, pero al parecer la tarde se les había complicado y no podrían ir con ellos. Tendrían que verse el lunes, a la vuelta del viaje que las chicas les habían organizado con todo su cariño.

Bastante decepcionados con la situación, pero sobre todo enfadados con el agente de la editorial, quien les había chafado la oportunidad de disfrutar del fin de semana y del viaje con las chicas, se dirigieron a la estación. Al llegar buscaron el andén donde les esperaba el tren que les llevaría a Tokio y no tardaron en encontrarlo.

Según se iban acercando vieron una imagen que les resultó extrañamente familiar. Dos chicas, de baja estatura, estaban cuchicheando con las cabezas muy juntas. Una de ellas tenía el cabello negro como el carbón, mientras la otra lucía una melena castaña bastante corriente, pero a ojos de los gemelos nada de aquello les parecía ordinario. Habrían reconocido sus figuras en cualquier lugar y en cualquier condición. De repente, las chicas se dieron la vuelta y corrieron hacia ellos, lanzándose a sus brazos.

—¿Ni siquiera vas a saludarme? —Dalia estaba frente a Kenai, esperando que correspondiera a sus muestras de afecto, pero el chico estaba tan sorprendido que le costó algo más reaccionar.

—¿Qué hacéis aquí? —Malai tampoco daba crédito a lo que estaba sucediendo y agarraba a Camelia con fuerza, deseando que el tren no llegase para no tener que soltarla.

—¿Habéis conseguido venir a despediros? —pudo articular al fin Kenai.

—¿Despedirnos? De eso nada —Camelia, ante la mirada divertida de su amiga, sacó un sobre de su bolso con dos billetes más para el tren que les llevaría a todos a Tokio.

Antes de irse a trabajar aquella mañana se habían asegurado de meter algo de su ropa en la maleta de los chicos, quienes, al parecer, no se habían dado cuenta. A veces, a las chicas les iba de perlas que los gemelos fuesen tan despistados y no vieses más allá de lo que tenían ante las narices.

—Sois increíbles, no me puedo creer que hayáis rechazado la entrevista con la editorial para acompañarnos —Kenai y Malai estaban realmente enamorados de las muchachas y, con cada minuto que pasaban junto a ellas, se iban dando cuenta de que nunca volverían a vivir un amor como aquel.

Camelia y Dalia no pudieron evitar echarse a reír y negaron con la

cabeza; seguía sin entender cómo podían ser tan inocentes. ¿Cómo no podían haberse dado cuenta de que lo tenían todo planeado desde el principio?

El tren llegó sacándoles de su ensoñación, arrastraron las maletas por varios vagones antes de encontrar cuatro asientos vacíos que estuviesen juntos.

Cuando llegaron a Tokio, los chicos por fin entendieron que sus *brujillas* se la habían vuelto a jugar.

Había pasado tres semanas desde que los muchachos se habían instalado en el apartamento de las chicas y tres días desde su escapada a Tokio. Aquel miércoles las chicas llegaron a casa tras haber disfrutado mucho de la jornada. Sonreían y cuchicheaban como dos quinceañeras. Estaban en un punto de sus vidas en que todo les iba a las mil maravillas: tenían un trabajo ideal, estaban haciendo realidad sus sueños y salían con dos chicos que las aceptaban tal y como eran y, lo mejor de todo, respetaban y compartían su amistad. Aquella tarde habían aprovechado para ir de compras las dos solas y comprarse un par de modelitos que harían que a los chicos se les cayera la baba.

—Me encanta ese vestido que te has comprado —pocas veces las chicas se permitían caprichos de ese estilo, pero habían decidido que por una vez no pasaría nada. Además, era por una buena causa.

—¿A qué me queda genial?

Camelia estaba extremadamente feliz, siempre había querido un vestido de ese estilo; rojo vino de seda, ajustado al cuerpo y con un agujero en la parte trasera que dejaba buena parte de su espalda baja al descubierto, dejando cubierta la parte de arriba. El atuendo le llegaba justo por encima de las rodillas, haciéndola parecer sexi sin tener la necesidad de enseñar demasiado.

—Tú tampoco puedes quejarte, se te veían una piernas larguísimas con el que has elegido tú —animó Camelia a Dalia, a quien le había costado una eternidad decidirse.

—Suerte que estabas allí para darme coraje, si no nunca me lo habría probado.

El vestido de Dalia era largo hasta casi tocar el suelo, con un estampado de flores, como los típicos kimonos japoneses. Se ataba por delante, con la falda cayendo alrededor de las piernas dejando una buena apertura en la parte delantera del vestido, mostrando así sus piernas en todo su esplendor.

Abrieron la puerta y se apresuraron a guardar sus modelitos en sus respectivos armarios, no querían que los chicos los vieran por el momento. Su felicidad desapareció al llegar a la sala de estar y ver las maletas de los gemelos preparadas y apoyadas al lado del sofá. Además, sobre la mesa, había dos billetes de avión de regreso a España.

—¿Qué es esto?! —Camelia cogió los billetes con enfado, tentada a hacerlos trizas.

Los chicos aparecieron desde la cocina, habían estado preparando una succulenta cena para las chicas. Querían que esa noche fuera especial, pues sería la última que pasarían juntos, al menos en un largo tiempo, pues no sabían cuánto pasaría antes de que pudieran volver a verse.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritas así? —Malai lo había dejado todo en la encimera y había salido corriendo, esperando que no les hubiera pasado nada a las muchachas.

—¿Os vais a ir?! —Camelia se acercó al chico y le estampó los billetes en el pecho—. ¿En serio? No me lo puedo creer, todos sois iguales, nos dais falsas esperanzas y os largáis.

—Para el carro, ¿quieres? —Malai no podía creerse que Camelia le

hablara de esa manera—. Sabías perfectamente que este día iba a llegar.

—Camelia podemos hablar de esto...

—¡Cállate Kenai! Os vais, no hay nada más que hablar —aunque en el fondo sabía que su comportamiento era mezquino e infantil, no podía soportar la idea de que, a pesar de todo, los chicos decidieran marcharse en lugar de quedarse con ellas en Kioto.

—Kenai, déjala —durante los últimos días, Dalia y Kenai habían hablado e intentado prepararse para lo que se avecinaba. Algo que al parecer no habían hecho Camelia y Malai.

La chica comprendía a la perfección que debían irse, pero también comprendía la amargura en la voz de su amiga ante tal hecho. Con pasos lentos, se acercó hacia su pareja y le cogió de la mano, después se acercó a Camelia.

—Dalia, ¿es que no lo ves? Se van a ir —los ojos de Camelia estaban a punto de derramar las primeras lágrimas de aquella noche.

—Sí, se van a ir, pero eso ya lo sabíamos, Camelia —Dalia se encogió de hombros, como si no le quedará otra opción.

—¿De verdad que no te importa nada? ¿Te vas a quedar ahí de brazos cruzados viendo cómo se van?

—¿Y qué quieres que haga? —la ira reflejada en los ojos verdes de la chica sorprendió a su amiga. Nunca había sido muy buena gestionando sus sentimientos, por esa razón a través del enfado, a Dalia no le sorprendió ver la súplica en su mirada.

—Diles que se queden —la postura y la voz de Camelia se mostraban derrotadas, toda ella se hacía añicos ante las tres personas con las que había vivido increíbles aventuras aquellos últimos meses—. A ti siempre te escuchan, por favor —Dalia negó con la cabeza, por mucho que doliera no les podía pedir eso.



—Genial, ponte de su lado —si no podía convencerla, al menos la haría sentir igual de mal de lo que ella se sentía—. Tienes razón, mejor que se vayan, no quiero volver a verles.

—Camelia, espera —la chica había empezado a andar hacia su habitación, pero Malai no estaba dispuesto a que las cosas acabaran así—. ¿A dónde vas?

—A mi habitación y tú no me vas a acompañar —la rabia le hizo apartar la mano del joven de un manotazo—, hoy dormirás en el sofá.

—Camelia, nos vamos mañana al mediodía. No quiero pasar nuestras últimas horas separados y marcharme con un mal recuerdo de nuestra última noche —le suplicó el chico intentando atrapar su cara entre las manos—. Necesito saber que estamos juntos.

—No, habértelo pensado antes —Camelia continuó andando hasta llegar a su habitación—. Olvídate de que mañana vaya a despedirte al aeropuerto.

Dicho aquello, cerró de un portazo, dejando a todos con muy mal sabor de boca. ¿Cómo cuatro personas que se querían tanto y habían vivido tantas cosas juntos podían acabar, una vez más, así? Malai se acercó derrotado a la puerta del amor de su vida, la podía oír llorar y lo peor era saber que la culpa era suya y no podía hacer nada para solucionarlo. Era imprescindible que los gemelos volvieran a España. Solo deseaba que algún día Camelia lo entendiera.

El momento que tanto habían temido, al final había llegado. Los tres que se habían quedado en el salón se encontraban mirando hacia al suelo con expresiones apenadas. Camelia y Dalia no podían hacer nada para impedir que se marchasen, pero sabían que podrían haber terminado aquello de otra forma. Ya en ese instante, antes incluso de que ellos se hubieran ido, empezaban a sentir que sus corazones no volverían a estar completos después de que los

gemelos hubiesen arrasado sus vidas.

—No desperdiciéis la oportunidad que tenéis de estar juntos —Malai también tenía lágrimas en los ojos cuando se dejó caer, derrotado, en el sofá—. Al menos vosotros podréis ser felices una noche más.

## CAPÍTULO 30

Dalia no dudó en ir hacia Malai y darle un fuerte abrazo. Quería a Camelia con todo su corazón, pero no soportaba ver al chico de esa forma, no se lo merecía. Ninguno de los cuatro se merecía ese final, pero el verano estaba terminando y ellos debían regresar.

—Eres un buen amigo, Malai —no solo iba a separarse de Kenai, sino que también lo haría de un buen amigo, y eso la acongojaba—, sabes que puedes contarme cualquier cosa.

El chico soltó una risilla triste, recordaba cuando él le había dicho lo mismo, parecía que había pasado una eternidad desde entonces, pero aquella noche aún permanecía nítida en sus pensamientos. Sí, la mayor de las amigas le había robado el corazón, pero la menor siempre ocuparía un lugar especial en él.

—Lo sé, *brujilla* —el chico le acarició el pelo en un gesto fraternal y la instó con la mirada a que fuera con su hermano, que estaría deseando pasar esa última noche con ella—, seguiremos escribiéndonos, ¿vale? Esto no ha terminado.

—No, no lo ha hecho —Dalia le dio un beso en la mejilla y se volvió para reunirse con Kenai, pero antes decidió que Malai merecía saber la verdad—. No la juzgues, Camelia parece hecha de piedra a veces pero también sufre, tú lo sabes. Solo está dolida y, a su manera, enfadada con la situación y lo paga con quien no debería.

Con eso, Dalia dio por terminada la conversación, recorrió los pasos que la separaban de Kenai y se puso a su lado. El chico la cogió de la mano y asintió con la cabeza a su hermano, en cierta manera disculpándose, pero

sobre todo agradeciendo su comprensión.

Cuando llegaron a su habitación, la chica cerró la puerta y se recostó contra ella, apoyándose con la espalda e intentando no resbalar hasta el suelo. Contempló al chico sentarse a los pies de la cama y esconder la cabeza entre sus manos. Parecía que la esperanza se esfumaba de esa habitación de la misma forma que lo había hecho de las caras de Camelia y Malai.

—Dalia... yo... Simplemente no sé qué decir —Kenai parecía devastado más allá de toda cura—. Hemos hablado de esto y, te prometo que si no fuera estrictamente necesario, no me movería de tu lado. Necesito saber que lo comprendes.

—Kenai, acércate —no hizo falta que alzara mucho la voz para que le oyera, la casa estaba tan silenciosa que parecía que estuviesen solos.

El chico caminó hacia ella. Parecía que estuviera poseído, siguiéndola sin más, sin cuestionarse ni el cómo ni el porqué de lo que le pedía, mucho menos en momentos como aquel. Cuando estuvo suficientemente cerca para abrazarlo, acercó sus labios a los del muchacho. Empezó con timidez, pero poco a poco todo eso se dejó a un lado cuando la boca de Dalia se abrió más, dándole a Kenai todo el acceso que quisiera.

—Dime que lo comprendes —Kenai se había apartado para coger aire, su pecho subía y bajaba rápidamente y sus manos estaban enterradas en el cabello de Dalia. Necesitaba su respuesta tanto como necesitaba sus besos, abrazarla y saber que sus sentimientos no habían cambiado.

Kenai esperaba una respuesta pero, en lugar de eso, sintió las manos de Dalia colándose (por) debajo de su camiseta, para agarrarla del dobladillo y quitársela por la cabeza. Él se dejó hacer, pensando que se suponía que aquel sería un momento feliz, que cuando te entregas a otra persona deberías sentir únicamente felicidad y amor, pero lo único que sentía era pena.

—Dalia, necesito saber que entiendes por qué me marchó.

—Lo entiendo, cielo, lo entiendo —la chica continuó besándolo, pero había algo más que decir—, pero no iré mañana al aeropuerto.

—¿Por qué? —Kenai deseaba gritar, dar un puñetazo a algo, pero en lugar de eso se quedó mirando a Dalia como si esta tuviera todas las respuestas, esperando que su decisión no estuviera teñida por el odio.

—Debo quedarme con Camelia. Además, si te acompaño, será más difícil para todos. Confía en mí, es mejor así —con la mano, la chica empezó a recorrer las facciones del joven, intentando que la tensión se esfumara de ellas.

Viendo la tristeza del muchacho, la chica se inclinó y le dio un beso en el pecho, cuando volvió a alzar el rostro, había una gran sonrisa en su cara.

—Kenai, solo nos quedan unas horas y quiero recordarlas con alegría, quiero verte sonreír y saber que tus sentimientos no han cambiado. Dios sabe que los míos no lo han hecho —la muchacha cogió a Kenai de la cinturilla de los pantalones y lo acercó aún más a ella.

—No han cambiado.

—Genial, porque quiero darte un regalo de despedida. Algo que no olvidarás jamás.

Dicho aquello, Dalia volvió a lanzarse a los labios de Kenai. Sus besos eran cada vez más atrevidos, sus caricias más decididas, sus manos curiosas vagaban por sus cuerpos buscando aquellos puntos donde el placer se intensificaba. Dalia besó a Kenai en el cuello y él el valle de los pechos de la chica. Pronto no tenían puesto nada más que la ropa interior. Apoyados todavía en la puerta, la pareja se miraba con anhelo intentando memorizar cada curva del cuerpo del otro. A pesar del momento ambos sonreían, porque estar con la persona amada causa ese efecto, te nubla la mente y crees que de alguna manera, todo va a salir bien.

Camelia se había pasado lo que parecían horas llorando, había visto como la luna subía cada vez más a través de las rendijas de su ventana. Sentía el vacío en su cama esa noche. Se había acostumbrado a dormir con Malai y no conseguía conciliar el sueño.

Sabía que no había sido justa, pero tampoco estaba preparada para pedir perdón, había creído que por algún milagro los chicos al final se quedarían y todos tendrían su final de cuento de hadas. Por desgracia, en aquel momento, no paraba de dar vueltas en la cama, sola, sabiendo que el chico al que quería estaba en el sofá, con las maletas en la puerta y un billete de avión encima de la mesa. Sin poderlo resistir un minuto más, salió de la cama y se dirigió al comedor.

Desde el pasillo podía ver la figura de Malai. Estaba boca arriba, con las manos cruzadas a la altura del pecho y los ojos cerrados. Camelia intentó acercarse sin hacer ruido, pero el chico abrió los ojos antes de que ella llegara a su lado.

—No quería despertarte —la muchacha intentaba sonar firme, pero ya no lo engañaba, conocía cada uno de sus gestos y en aquel momento veía como se desmoronaba por dentro.

—Estaba despierto —los ojos rojos de Malai, señalaron lo que Camelia había intuido pero no había querido admitirse ni a sí misma.

—¿Has llorado? —la chica seguía sin acercarse, pero el joven se sentó en el sofá, indicándole con una palmada en el sofá que se sentase a su lado.

—¿Crees que a mí no me duele esta situación? Pues estás muy equivocada —la ironía y el desdén en la voz de Malai la puso en alerta, si no paraban pronto empezaría una nueva discusión, a pesar de ser lo último que ambos desearan.

—No he venido a pelear —Camelia al final se decidió y se sentó al lado de Malai.

—¿Y a qué has venido? —Malai quería abrazarla y no soltarla jamás, pero no lo haría a menos que ella demostrara que más allá de su ira, sentía lo mismo que él.

—He venido a pasar la noche con el amor de mi vida —la contundencia de la chica les sorprendió a los dos, pero ninguno se quejó, sus palabras eran como el agua en medio de una sequía; reconfortantes, dulces y sanadoras.

Estuvieron varios minutos sentados en el sofá, uno al lado de otro, sin apenas moverse, hasta que el sueño les fue venciendo y se acostaron. Acurrucados en el comedor, se sentían muy cerca pero a la vez tan lejos como si los miles de kilómetros entre Japón y España ya les estuviesen separando.

—Yo nunca quise esto —Malai besó a su chica en la frente, fue un beso largo, simplemente sus labios pegados al cuerpo de ella, pero esperaba que bastara para que entendiera todo lo que sentía.

—¿Nunca quisiste qué? —Camelia había empezado a trazar círculos con el dedo sobre la clavícula de Malai, la cual quedaba al descubierto gracias al cuello de la camiseta que llevaba.

—Hacerte daño, separarme de ti, verte llorar por otra cosa que no fuera de felicidad, que te pelearas con Dalia... Podría seguir, pero mejor lo dejo ahí —durante esos meses habían hecho muchas cosas mal, eso no podía negarlo nadie, pero nunca había sido algo intencionado—. Tampoco quise enamorarme de ti, pero lo hice y es lo mejor que me ha pasado nunca. No pretendas que me arrepienta de haberte conocido, es imposible, y espero que tú tampoco lo hagas.

—No haberte conocido lo hubiera hecho todo más fácil, me hubiera evitado el sufrimiento de ahora, pero tampoco habría conocido este

sentimiento que llaman amor —la chica levantó la cabeza y se fijó en esos maravillosos ojos azules que la tenían fascinada—. No me arrepiento de nada, si no volvemos a vernos, al menos quiero que tengas esa certeza.

—Volveremos a vernos...

—No, no lo sabes, así que no me lo prometas. Vamos a vivir muy lejos el uno del otro. Cuando empieces a trabajar tendrás unas responsabilidades que cumplir —Camelia odiaba cada palabra que salía de su boca, pero debía afrontar su realidad desde ese momento o la herida iría creciendo hasta desgarrarla completamente—. No me digas que nos volveremos a ver cuándo lo más seguro es que no sea así.

—Vale, tranquila —el chico empezó a acariciarle el pelo, intentando calmarla—, tranquila.

—Malai, no quiero hablar más —la voz de la muchacha temblaba y mucho se temía que iba a llorar de nuevo.

—Vale, mi vida, ya está —si era lo que quería, se conformaría con abrazarla durante lo que restaba de la noche.

Los minutos pasaron y Camelia se aferraba cada vez con más fuerza al cuerpo de su chico, de vez en cuando ella temblaba y Malai le susurraba palabras bonitas al oído. En ningún momento la apartó de su lado, la sostenía mientras le acariciaba el cabello. Poco a poco la chica se fue relajando, cerró los ojos y su respiración se profundizó. En un último acto de consciencia, volvió a abrir los ojos y miró directamente a los de Malai.

—Te quiero.

—Te quiero, mi vida, más que a nada —el chico estaba sorprendido por la declaración de su acompañante, pero feliz de tener otro motivo por el que luchar.



—Si me sigues mirando tanto rato, nos darán las uvas —Dalia seguía en la misma postura que antes y Kenai, quien se había quedado mirándola embobado, parecía no darse cuenta de lo rápido que pasa el tiempo.

Cuando aquellas palabras llamaron su atención y se dio cuenta de la sonrisa pícaro de Dalia, no dudó en llevarla en volandas hasta la cama. Allí retomaron su sesión de besos y caricias sin pudor alguno. Kenai estaba medio tumbado encima de ella, con un codo apoyado contra el colchón, la chica había rodeado su cintura con una de sus piernas, haciendo que la erección del chico encajase a la perfección entre las caderas de ella, aún por encima de la ropa. Ese simple contacto les producía un placer inmenso.

Cogiendo impulso y con cierto esfuerzo, la chica consiguió cambiar de posición, quedando a horcajadas sobre Kenai. Vestida con su ropa interior y el cabello alborotado, a Kenai le parecía una diosa. Incorporándose la abrazó por la cintura y continuó con lo que estaban haciendo y deslizando sus manos por la suave espalda de ella llegó hasta al broche del sujetador, el cual deshizo con torpeza y nerviosismo. A eso le siguieron más caricias y besos, en zonas que hasta el momento habían sido inexploradas por la pareja.

Cuando creían que no iban a poder resistirlo más, Kenai dejó a la chica otra vez sobre la cama, se deshizo de la poca ropa que les quedaba y se puso entre sus piernas.

—No quiero que pienses que esto es solo porque es la última noche — Kenai tenía la cara de la chica entre sus manos, acariciándola como si fuera lo más precioso del mundo—. Podríamos parar ahora o continuar, no me importa, si al menos no me echas de esta habitación.

—No quiero que pares, estamos preparados —la chica le besó para animarlo y arqueó la espalda para acercarse más.

El chico puso una mano entre ellos para comprobar que de verdad

estuviera preparada y lo estaba, por lo que Kenai no tardó en ponerse un condón y entrar en ella. Ambos gimieron ante el contacto y la inesperada sensación que les producía estar juntos de aquella forma. El chico permaneció unos segundos inmóvil, esperando que cada uno se adaptara al cuerpo del otro y, cuando estuvo seguro de ello, continuó entrando y saliendo de ella, al principio suave, pero cada vez más rápido y más fuerte. Dalia lo recibía y lo animaba a continuar, no recordaba que el sexo fuera así y supuso que, cuando el verdadero amor hacía acto de presencia, todo parecía nuevo y diferente. El orgasmo llegó y ambos tuvieron que reprimir sus gemidos en el cuerpo del otro, esperando que nadie les oyera.

—¿Estás bien? —Kenai abrazó a la chica, quien se sentía relajada y cómoda al lado de su amor.

—Sí —alzando la cabeza le dio un suave beso en los labios—, ha sido nuestra primera vez, ¿cómo no iba a estar bien?

—La primera —en segundos, Kenai la tuvo sentada a horcajadas encima de él y sonriendo se acercó al oído de Dalia—, pero no la última.

No volvieron a hablar, sino que se quedaron entrelazados, amándose, compartiendo sus cuerpos y deseando que el amanecer no llegara nunca.

Camelia se había levantado más pronto de lo habitual y ya estaba preparada para irse a trabajar. Cogió el bolso, aunque dejó las llaves sobre el tocador, ya las cogería Dalia más tarde. Ya se encaminaba hacia la puerta cuando la imagen de Malai durmiendo en el sofá la detuvo. Retrocediendo hasta el salón, lo contempló una vez más, se acercó y le dio un suave beso en los labios.

—Recuerda lo que te dije —le suplicó la chica, aunque sabía que él

estaba dormido y no la oiría—. Te quiero, mi amor.

Camelia se levantó, ya no lloraba, no le quedaban lágrimas aquella mañana. Cuando se dio la vuelta se encontró con su amiga, envuelta en un batín y con ojeras en la cara.

—¿Te vas a algún sitio? —por el tono adormilado de su voz, se notaba que se acababa de despertar.

—A la librería, tengo trabajo que hacer —Camelia recogió el bolso del suelo y fue hacia la puerta, pero su amiga la siguió al recibidor y la detuvo.

—Voy contigo —Dalia ya se había encaminado hacia su habitación a arreglarse, no podía perder el tiempo.

—No, Dalia, no es...

—Dame diez minutos —la muchacha le sonrió, a pesar de todo lo que pasaba siempre le quedarían sonrisas para su buena amiga.

Treinta minutos después salían de una cafetería, con un capuchino cada una. Caminaron en silencio, no había mucho que decir después de las diferencias de opinión de la anterior noche.

—Siento haberme enfadado contigo ayer —empezó a hablar Camelia—. En realidad, no creo que ni siquiera estuviese enfadada, pero aún no me hago a la idea de que no volveremos a verlos.

—Eso no lo sabes —replicó Dalia, le dio un pequeño sorbo al café para humedecerse la garganta, se negaba a creer que nunca volvería a ver a Kenai.

Camelia no quería llevarle la contraria, prefería que al menos una de ellas mantuviera viva la esperanza, aunque en su opinión había muy pocas probabilidades de que se vieran y, aunque consiguieran verse una vez cada seis meses, no sería suficiente.

—Anoche me acosté con Kenai —soltó de sopetón Dalia, no se avergonzaba de ello y quería compartir su alegría con su mejor amiga—. Sé

que ahora mismo no estás feliz, ni te pido que lo estés, pero quería que supieras que anoche, que cada día desde hace casi dos meses, me ha hecho muy feliz. Hemos conocido a dos personas maravillosas que quizá no pueden quedarse en nuestras vidas, pero al menos se quedarán en nuestro recuerdo y en nuestro corazón.

Los ojos verdes de la chica miraron a su amiga, sí que se la veía feliz, pero también triste por la inminente partida de los gemelos, pero aun así la fe en su relación con Kenai le sentaba bien.

Al llegar tan pronto a la librería tuvieron tiempo de ordenar todos los libros, subir cajas con volúmenes viejos y bajar los nuevos para colocarlos en los estantes. Casi era la hora de abrir cuando las chicas se pusieron detrás del mostrador.

—Anoche le dije que le quería —Dalia miró a su amiga, orgullosa de ella, viendo cómo por primera vez en muchas horas, Camelia también sonrió.

Kenai sintió la soledad y el frío de la cama antes incluso de abrir los ojos. Acostado boca abajo, las sábanas le cubrían hasta la cintura, pero debajo seguía estando desnudo. Volvió a cerrar los ojos y recordó la noche anterior; cómo se había sentido al estar dentro de ella, amándola con todo su ser. Fue una experiencia maravillosa que recordaría durante mucho tiempo, cuando se sintiera solo y desolado.

—¡Se han ido! —Malai había abierto la puerta sin miramientos y entrado con los ojos inyectados en sangre—. Se han ido sin despedirse, se han esfumado a primera hora de la mañana.

—Malai, sabíamos que esto pasaría —poniéndose de espaldas a su gemelo, Kenai recuperó sus calzoncillos del suelo y se los puso antes de

levantarse de la cama—. Es hora de ponerse en marcha. No podemos permitirnos más dramas.

Los gemelos se pusieron a recoger las pocas pertenencias que aún tenían en los cajones y tiradas por el suelo del piso y acabaron de meterlo todo en sus mochilas. Al abrir su bolsa, Malai se dio cuenta de la cajita que aún reposaba allí, esperando que alguien la abriera. Sin poder llevársela consigo, pues sería demasiado doloroso, dejó el regalo encima de la mesa. Se apresuró a buscar un papel y un bolígrafo, pues aunque Camelia no hubiera querido despedirse, él sí quería dejarle algo que le recordara su amor. Así, sorbe la cajita, dejó una nota en la que escribió todas y cada una de las palabras que tenía guardadas en su corazón y que corroboraban el amor que sentía por la chica.

*Para el amor de mi vida,  
Cuando pienso en ti me vienen millones de recuerdos a la cabeza. Recuerdo como quisiste pegarme la primera vez que nos vimos, como me retabas con la mirada y con tus palabras, recuerdo que cuando te vi en bañador en el balneario quise secuestrarte y llevarte a algún sitio para tenerte en exclusiva. Ese día te enamoraste de un colgante y yo un poco más de ti. Espero que, cuando no esté, te sirva para que tu también te acuerdes de lo mucho que te quiero.*

*Malai.*

Mientras, en la habitación de Dalia, Kenai se tomaba la libertad de

colgarle un cuadro que había hecho el mismo con un programa informático. Hacía poco más de una semana que lo había mandado a imprimir y enmarcar. Se trataba una foto que se habían tomado en los jardines del palacio de Osaka. En la foto salían los dos, entre las flores de cerezo. Estaban a punto de besarse, cuando Camelia disparó el flash de la cámara, sin duda había captado la esencia del momento a la perfección. Lo interesante del cuadro era que cuando te fijabas, te dabas cuenta de que estaba creado a partir de miles de fotos, todas las que habían estado haciendo a lo largo de aquellos meses. En algunas aparecían los cuatro, en otras estaban en pareja, también había fotos donde salían solos. Había añadido fotografías del bosque de *Arashiyama*, las cuales había tomado con su cámara. Además, también las había pasado al ordenador de la chica para que las conservase.

—¿Listo? —Malai le esperaba en la puerta de la habitación, no había dicho nada mientras su hermano colgaba el cuadro con mucho cariño—. El autobús sale en media hora.

—No, no estoy listo, pero no tenemos elección.

Los gemelos recogieron todas sus bolsas y maletas y se encaminaron al recibidor, echando un último vistazo al piso donde habían vivido las últimas semanas y donde se quedaba un poquito de ellos. Entonces, cerraron la puerta y se alejaron de allí sin mirar atrás.

## CAPÍTULO 31

Las chicas abrieron la librería aquella mañana sin ninguna gana de hacer nada, pero no podían dejar a un lado sus obligaciones y echar por la borda todo lo que habían conseguido. Tan solo habían pasado cinco días desde que los gemelos habían vuelto a España y, en aquel momento, pensaban que nada volvería a ser lo mismo. La mayor de las amigas no podía dejar de pensar en los momentos que había vivido al lado de Malai y tener el collar que este le había dejado sobre la mesa antes de irse, hacía todo más difícil.

Cuando pensaba en el día en que se fueron, en el momento exacto en el que llegó a casa para encontrar la caja sobre la mesa del comedor, se le venía el mundo encima. Al principio no había querido ni acercarse, no quería saber que era y mucho menos quería leer la nota que lo acompañaba. Al final, Dalia la había convencido para que la leyeran juntas, acurrucadas en la cama de esta, quien también se había echado una buena llorera al ver el cuadro que Kenai debía haber colgado aquella misma mañana. Desde aquel día no se había quitado el collar y la nota seguía en la mesita de noche, de donde la recuperaba para leerla cada día antes de irse a dormir.

Durante días, Camelia y Dalia habían deseado con todas sus fuerzas que Takeshi acudiese a la librería para darles un rayo de esperanza y cuando lo hizo, no pudieron sentirse más agradecidas.

—Contadme, Hayami me ha dicho que ha pasado por aquí esta mañana y no ha visto en vosotras esa felicidad que os caracteriza —Takeshi miró a su alrededor, dándose cuenta de algo importante—. ¿Dónde están los gemelos?

—Volvieron a España, algo más importante que nosotras les esperaba allí —Camelia hablaba con la voz teñida por el dolor.

—Eso no es así, Camelia —Dalia se acercó a su amiga y la abrazó con dulzura. Cada uno afronta la separación a su manera—. Lo sabes perfectamente o no llevarías puesto ese collar.

—Si de verdad hubiesen sentido algo por nosotras, no se habrían ido —la mayor de las amigas estaba dolida y no podía pensar con claridad.

—Sabes tan bien como yo que no podíamos pedirles que se quedaran, de la misma forma que ellos nunca nos habrían insistido para que volviésemos a España —la chica miró a su amiga, intentando que lo comprendiese.

—Eso lo dices tú que parece que vuestro amor es totalmente inquebrantable —Camelia salió de detrás del mostrador y se dirigió a la planta superior para acabar de colocar los libros que les habían traído y que aún descansaban en las cajas.

—No lo lleva bien por lo que veo —Takeshi observó como una de sus *floreccillas* se alejaba sin decir nada más, estaba claro que necesitaba estar sola.

—Va a costarle más de lo que pensaba superar esto —Dalia vio cómo su amiga se escondía tras las estanterías mientras sujetaba el collar del que ella se había encaprichado y que Malai le había regalado, le costaba llorar incluso frente a ella.

—Necesita tiempo —Takeshi se acercó a la chica y la abrazó con fuerza—. Ambas lo necesitáis.

El hombre decidió que se pasaría la mañana en la librería, ya que consideró que las chicas necesitaban apoyo y compañía. Camelia tardó más de una hora en volver a la planta baja y, cuando lo hizo, sus ojos reflejaron que había estado llorando a moco tendido. Dalia se limitó a sonreír, demostrándole que le brindaba todo su apoyo.

—Siento haberme ido así—Camelia se acercó a su amiga y a Takeshi, que hablaban sobre los nuevos libros que habían llegado a la librería.



—Tienes todo el derecho del mundo a estar triste, nadie te reprochará nada —el hombre se acercó a la chica y la abrazó con fuerza—. Creo que sé lo que necesitáis, nos vemos mañana.

Y dicho aquello, Takeshi se despidió de sus *floreциllas* y se fue derecho al apartamento que compartía con su pareja. Camelia y Dalia observaron como se iba, pero no tuvieron tiempo de ir tras él para conseguir respuestas, puesto que varios clientes acababan de entrar en busca de algo nuevo que leer.

A la mañana siguiente, las chicas se levantaron con parsimonia y se dirigieron juntas hasta la cocina para empezar a prepararse el desayuno antes de irse a trabajar. La música ya no sonaba en su apartamento, era una costumbre que habían perdido al irse los muchachos.

—Dalia, ¿crees que todo volverá a ser como antes?

Camelia llevaba días haciéndose la misma pregunta, pero no conseguía encontrar una respuesta. Con el paso de los días creyó que la presión en su pecho desaparecería, pero esta no hacía más que crecer. Por otro lado, Dalia había empezado a tener pesadillas por las noches y se despertaba a causa de los escalofríos y los sudores fríos. No entendía qué le estaba pasando y mucho menos sabía qué remedio ponerle. Estaba claro que tanto Kenai como Malai se habían llevado una parte importante de ellas al volver a España y, aunque les costase admitirlo, sabían que sin ellos no volverían a ser las mismas.

—Creo que después de haber vivido algo así, jamás volveremos a lo que antes considerábamos normalidad —Dalia miró a su amiga y sonrió con tristeza—. Pero, ¿sabes qué? Somos fuertes y nos las arreglaremos sin ellos, como hemos hecho siempre. Buscaremos otra nueva normalidad, aunque, ¿sabes qué? Creo que esto de las rutinas y lo ordinario está sobrevalorado

—Nada podrá con nosotras —Camelia asintió con convicción. No podía seguir pensando en lo malo, tenía que empezar a centrarse en lo bueno.

Con las energías renovadas, las chicas se comieron el yogur con plátano que se habían preparado y pusieron rumbo hacia la librería. Al llegar, la sorpresa les inundó cuando se encontraron con dos personas muy queridas para ellas.

—¿Señor Jae? —Dalia abrazó a su amigo lector, estaba realmente cambiado—. Le sienta genial esa ropa.

—Han creado un proyecto de reinserción a la vida laboral, me han ofrecido un lugar donde vivir —el señor Jae se mostraba feliz, hacía tiempo que las chicas no veían esa luz en los ojos de alguien—. Es una residencia y tengo que compartir muchas cosas, pero la compañía es buena y me han ofrecido un trabajo para repartir los pedidos de la frutería de aquí al lado.

—¡No sabe cuánto me alegro por usted! —aquel momento estuvo cargado de felicidad, por fin el señor Jae podría volver a tener una vivienda digna y demostrar al mundo que incluso de las peores situaciones se puede salir si luchas y eres capaz de pedir ayuda cuando la necesitas.

—Solo hacía falta que alguien confiase en mí y vosotras lo habéis hecho en todo momento —el hombre miraba a las chicas con admiración, sin ellas no hubiese tenido las fuerzas suficientes para seguir adelante.

—Siempre estaremos aquí cuando nos necesite, cuando lo necesiten los dos —las chicas miraron a Takeshi y este asintió agradecido.

—Ahora lo que tenemos que hacer es centrarnos en que esa luz que os caracteriza vuelva a vuestros rostros, nos está matando veros así —Takeshi acompañó a las chicas al interior del local y las ayudó a encender las luces, a la par que el señor Jae se disponía a abrir las persianas.

Permanecieron algunos minutos en silencio, mientras ponían a punto la librería para un nuevo día. Tanto a Camelia como a Dalia les sentaba bien

tener a sus amigos allí, su compañía les ayudaba a no pensar en nada más que en sonreír para que ellos no se preocupasen más de lo debido. En todos los momentos que recordaban haber necesitado ayuda estando en Kioto, los señores Takeshi y Jae siempre habían estado a su lado dispuestos a acompañarles y brindarles su apoyo.

Una vez que todo estuvo listo, las chicas colgaron el cartel de abierto en la puerta y los clientes no tardaron en llegar. Sus amigos les ayudaban en todo lo que podían; el señor Takeshi se dedicó a alcanzarles los libros a los clientes y el señor Jae no hacía más que recomendar todos aquellos que había leído. Viéndoles trabajar con tanto entusiasmo, las chicas pensaron por un momento que quizás deberían plantearse contratarles. Cuando tuvieron un momento de descanso, los señores se acercaron a sus chicas con sendas sonrisas dibujadas en sus rostros.

—Sabéis que podéis contar con nosotros siempre que lo necesitéis, ¿no? —Takeshi miró a sus *florechitas*, esperando que estas fuesen conscientes de que él siempre estaría disponible para ellas.

—Lo sabemos y le estamos muy agradecidas por todo lo que ha hecho y hace por nosotras —Camelia sonrió con sinceridad, no podía creerse que hubiese tratado tan mal al hombre el día anterior.

—Pues como ya sabéis eso, también queremos que sepáis otra cosa —Jae las miró fijamente, dejando que sus ojos brillasen con esa emoción que le invadía desde que se había reunido con sus chicas. Miró a Takeshi y asintió en su dirección, dándole paso para que hablase.

—El amor es complicado, todos lo sabemos, pero también es algo maravilloso —el hombre vio como las chicas contenían el aliento, esperaba calarles hondo con sus palabras—. Nosotros perdimos a los amores de nuestras vidas y, en aquel momento, creímos que no podríamos volver a ser felices. Como sabéis, Jae ha vivido una situación que no deseo a nadie, pero

miradle ahora, está feliz y radiante. ¿Y sabéis por qué? Porque tuvo fe. Creyó en que no necesitaba a nadie más que a sí mismo para salir adelante y lo consiguió —Camelia y Dalia intentaban contener las lágrimas, se habían estado compadeciendo por algo que, al lado de las vivencias de sus amigos, no tenía importancia—. Y miradme a mí. Cuando mi mujer murió pensé que yo moriría con ella. Elena lo fue todo para mí, me hizo sufrir en muchas ocasiones, pero todas las relaciones pasan por situaciones de crisis, en cambio también fue la persona que me hizo sonreír en más momentos de mi vida —el hombre vio como las chicas le miraban entre confusas y nostálgicas, estaba claro que no entendían el mensaje.

—Lo que Takeshi quiere decir es que, menos de la muerte, de todo se sale —el señor Jae salió al rescate, cosa que su amigo agradeció—. Ambos perdimos a personas muy importantes para nosotros y no porque tuviesen que irse, sino porque la vida nos las arrebató. Pensad en vosotras mismas a partir de ahora, sois lo bastante fuertes para valeros sin tener que apoyaros en nadie más.

Al tener la compañía de los señores Jae y Takeshi, el día pasó con mucha más rapidez de lo que lo hacía últimamente. No tenían ganas de volver a casa y encerrarse, su apartamento solo les traía recuerdos de los días en que los chicos habían vivido con ellas. Con una débil pero sincera sonrisa, se despidieron de sus amigos y les agradecieron sus palabras y su apoyo. En aquel momento las chicas estaban devastadas, pero si sus amigos habían superado sus pérdidas, ellas también podrían superarlo.

Nada más llegar al apartamento, Dalia se dirigió corriendo a la cocina para preparar chocolate caliente mientras Camelia se dirigía a su habitación

para ponerse algo más cómodo que los tejanos y la blusa que llevaba. Cuando la mayor de las amigas estuvo lista, se dirigió al salón y se dejó caer sobre el sofá. Estaba exhausta. Llevaba varias noches sin dormir a causa de las lágrimas que acudían a sus ojos cuando se acostaba y el cansancio estaba empezando a pasarle factura.

Observó su reflejo en la pantalla del móvil y se sorprendió al ver que tenía unas ojeras que estaban adoptando un tono morado, en su rostro se notaba que había perdido mucho peso en los últimos días y, por primera vez, se dio cuenta de que tenía que hacer algo para no seguir decayendo de esa forma. Cuando Dalia se dirigió a ella se fijó en que su amiga no tenía mejor aspecto, tenían que solucionar aquello cuanto antes o acabarían enfermando.

—¿Qué te parece si el próximo fin de semana vamos al balneario? Creo que nos iría bien relajarnos y desconectar un poco, empezamos a dar asco —Camelia miró a su amiga y luego a sí misma. La chica de ojos grises solo asintió, mostrando que estaba totalmente de acuerdo con la idea de su compañera.

La pequeña de las chicas no quería sacar a relucir el tema de los gemelos, pero tenía que hablar con Camelia antes de que pasase más tiempo. Durante los últimos días, había mantenido cortas conversaciones con Kenai, mientras intentaban que su relación no se fuese completamente a pique. Dalia pensaba que hablarían a todas horas, que incluso podrían hacer alguna que otra videollamada, pero cuando la hora de la verdad llegó hubo muchos más impedimentos de los que ambos habían previsto, pero al menos sabía que Kenai estaba allí, luchando junto a ella. Aunque no hablaban mucho, dado que la diferencia horaria era enorme y no podían coincidir todo lo que les hubiera gustado, no quería dejar de intentarlo. En una de ellas, el chico le había informado de que su hermano no hacía otra cosa que intentar ponerse en contacto con su chica, pero que esta simplemente abría la conversación y la

volvía a cerrar sin darle una respuesta.

—¿Has sabido algo más de Malai? —Dalia le extendió una taza de chocolate caliente a su amiga y esta negó con rapidez.

—No desde que me avisó de que ya habían llegado —la chica agachó la cabeza, centrando su mirada en la taza que sostenía entre sus manos.

—Camelia, ¿por qué me mientes?—Dalia se dejó caer en el sofá junto a su amiga, no podía seguir viéndola sufrir—. Kenai me ha estado diciendo que Malai no deja de enviarte mensajes y que te limitas a ignorarlos.

—No puedo volver a pasar por algo así, otra vez no —Camelia suspiró y dejó la taza de chocolate sobre la mesa, quemaba demasiado—. No voy a volver a verle, ¿por qué alargar lo inevitable?

—¿Sabes? Quizás tengas razón —Dalia suspiró y repitió la acción de su amiga, dejando su taza junto a la otra—. He estado dándole vueltas y estaré agradecida si tengo suerte de ver a Kenai un par de veces al año, pero no voy a dejar de intentar hacer todo lo posible para encontrar una solución.

—Kenai haría cualquier cosa por ti, está claro que encontraréis la manera de hacer que vuestra relación funcione —Camelia sonrió, aunque no tenía fuerzas para nada, quería mostrarle todo su apoyo a su mejor amiga.

—Vosotros no sois diferentes, seguro que encontráis una opción.

—No hay opciones cuando se trata de intentar mantener algo que ya se ha roto.

Los días fueron pasando y el fin de semana llegó de nuevo, era el tercero que pasaban sin los gemelos y las horas se antojaban eternas sin su presencia. El sábado por la noche las chicas encargaron unas pizzas para cenar y hacer una maratón de películas dramáticas. Aquellos momentos, por

muy extraños que pareciese, les ayudaba a evadirse y darse cuenta de que, aunque fuera en la ficción, había personas que lo pasaban peor que ellas. Cuando Dalia se sentó en el sofá y dejó el móvil a un lado, del cual no se había separado ni un solo segundo en los últimos días, Camelia se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —la chica de ojos verdes se centró en su amiga dejando a un lado el mando, ya elegiría la película después.

—Kenai y yo hemos estado hablando, durante estos días nos hemos ido distanciando y hemos decidido que lo mejor para los dos es dejarlo correr. En realidad ha sido decisión mía, él me ha suplicado que no lo hiciera —Dalia suspiró, observando el móvil que descansaba sobre la mesilla auxiliar que se encontraba a un lado del sofá—. Está claro que nos queremos, pero mantener una relación así es imposible. Tenías razón, no hay opciones cuando algo se ha roto —sabía que lo que iba a decir tal vez no le sentaría bien a su amiga, pero con el paso de los años había aprendido que no debía esconder lo que sentía—. Además, veros tan mal a ti y a Malai nos ha hecho darnos cuenta de que nosotros podemos acabar pasándolo de la misma manera, aunque él quizás quiera ignorarlo, yo no puedo —unas lágrimas amargas empezaron a rodar por sus mejillas, a pesar de todo lo que sentía por el chico la situación la había superado y de alguna forma también, la había acobardado.

—Siento que mi manera de actuar con Malai te haya hecho separarte de Kenai —Camelia notaba como las lágrimas empezaban a quemarle la garganta—. Sabes que intento estar bien, pero es pronto y me cuesta superar que se haya ido para siempre.

—No tienes que esconderte, lo sabes muy bien —Dalia abrazó a su amiga, sabía que esta jamás se atrevería a expresarle todo lo que realmente sentía pero lo hiciese o no siempre estaría a su lado, siendo paciente, esperando el momento oportuno en que se dejara ayudar.

—Saldremos de esta, siempre lo hacemos.

La chica de ojos grises abrazó a su amiga y respiró profundamente, intentando así deshacer el nudo que se había formado en su garganta. En el tiempo que llevaban juntas, habían superado situaciones muy semejantes a aquella y siempre se habían tenido la una a la otra para hacerlo. Se prometieron estar en las buenas y en las malas y, hasta aquel día, no se habían fallado.

Las horas fueron pasando y un mensaje les llegó a las chicas a la vez, eran las fotografías que se habían hecho en el aquel viaje a Tokio que las chicas les habían regalado un par de fines de semana antes de marcharse. Kenai hizo unas fotos con su cámara en aquella ocasión y había prometido pasárselas cuando las tuviese preparadas. Después ellos se marcharon y ellas habían relegado al olvido tanto el viaje como las fotos. Hasta este momento.

*Siento no haberlas incluido en el cuadro.*

Junto a las fotos que le llegaron a Dalia, se podía leer un triste mensaje de Kenai, cosa que le hizo sentirse todavía más culpable por su decisión. Le había fallado en su promesa de no rendirse con su relación y eso era algo que le costaría digerir y perdonarse a sí misma.

Durante todo aquel fin de semana que pasaron en Tokio, los cuatro estuvieron de aquí para allá, visitando lugares como el palacio imperial, el barrio *ginza*, el Jardín *koishikawa korakuen* y el mercado del pescado *tsukiji*, donde tenían unas fotografías de lo más graciosas. Las chicas rieron al



recordar lo mal que lo pasaron cuando entraron al comercio y lo mucho que se rieron cuando los gemelos cogieron un gran pez para hacer un pequeño teatro.

También había varias fotos de la habitación que habían compartido los cuatro. Era un cuarto con dos literas y, fieles a sus principios, las chicas habían aprovechado la noche para hacerles todo tipo de gamberradas, como pintar con rotulador a Malai o decorar con maquillaje las uñas y los labios de Kenai, haciendo algunas fotos para la posteridad.

Las chicas se observaron durante algunos minutos y comprendieron entonces lo que los señores Takeshi y Jae les habían intentado hacer entender hacía unos días; debían quedarse con lo bueno de cuanto habían vivido con ellos y alegrarse por haber disfrutado. Decidieron que recordarían a los chicos con cariño y amor, jamás olvidarían cómo les habían hecho sentir. Kenai y Malai habían marcado un antes y un después en la vida de Dalia y Camelia y era algo por lo que siempre les estarían agradecidas. Ellos les habían enseñado a ser fuertes y a sonreír sin dejar de ser ellas mismas, haciendo así que les dejase de importar lo que los demás pensasen de ellas. En aquel momento decidieron seguir adelante y no rendirse jamás.

Casi un mes había pasado desde que sus dos amores las habían dejado, y aunque les echaban de menos, el dolor ya no era tan intenso. Las chicas eran capaces de hablar de ellos sin que les temblase la voz, de recordar momentos a su lado sin que se les hiciese un nudo en la garganta. Casi sin darse cuenta, comenzaron a sonreír con más frecuencia y su estado de ánimo iba mejorando conforme pasaban los días.

Camelia por fin había conseguido dormir durante toda la noche, pero seguía leyendo la nota de Malai mientras el colgante aún reposaba en su

cuello. Dalia seguía pasando horas analizando el cuadro que Kenai le había regalado, no se veía con fuerzas para quitarlo, pero a ninguna de las dos les importaba, cada cosa a su tiempo. Por la noche, la chica también había conseguido hacer desaparecer las pesadillas, pero seguía soñando con el chico de ojos claros que aún tenía su corazón.

Parecía que empezaban a levantar cabeza, aunque estaba claro que aún les quedaba mucho trabajo por delante para llegar a recuperarse del todo. Sabían que ellas solas eran fuertes, pero junto a ellos habían sido poderosas. A veces el amor puede hacerte perder la cabeza y, otras veces puede ayudarte a encontrar lo mejor de ti mismo, para bien o para mal, ellas pertenecían a los dos grupos.

## CAPÍTULO 32

Habían pasado ya treinta días desde que los chicos habían tenido que volver a España y quince desde que habían dejado de tener noticias suyas. Al principio, a pesar de haber acabado peleados, se habían escrito diciéndose lo mucho que se echaban de menos y que les encantaría estar juntos, pero pronto esos mensajes desaparecieron. Camelia decía haber confirmado algo que ya sabía y Dalia se había dado cuenta de que la distancia era un gran impedimento para seguir con su relación y habían decidido acabar con todo tipo de contacto para no seguir sufriendo. Al menos por su parte, ya que los gemelos habían seguido mandándoles mensajes durante poco más de una semana, antes de darse cuenta de que las muchachas no iban a darles respuesta alguna.

A las chicas les había costado mucho volver a la normalidad y seguir adelante, no podían creerse que hubieran perdido al amor de su vida. Tenían muy claro que no volverían a encontrar a dos chicos así, pero jamás les hubiesen obligado a quedarse, de la misma forma en que ellos no les habían querido incitar a volver a España. Aún en aquel momento, cuando pensaban que solo llevaban un mes sin ellos y que no era nada en comparación de todo lo que les esperaba, se les venía el mundo encima, pues el desamor, igual que el enamoramiento, cuando llega arrasa con todo.

Durante algunos días, debatieron la posibilidad de trasladar su librería a España y volver para refugiarse en sus familias, pero pronto se dieron cuenta de que aquella no sería una buena solución. Podrían estar con los gemelos sí, pero sabían que acabarían reprochándoles el hecho de haber abandonado su sueño por estar con ellos. Al principio pensaron en que les iría bien un

descanso, así que optaron por cerrar la librería durante unos días y tomarse unos días de relax, pero inmediatamente vieron que aquella no era la mejor idea que habían tenido. Estar encerradas en casa no les dejaba avanzar y se pasaban el día viendo las fotografías que se habían tomado con los chicos y viendo películas totalmente dramáticas o de lo más románticas, aquellas que les recordaban que existían parejas que vivían un final feliz, a pesar de que ellas no lo tuvieran. Dos días fueron suficientes para que se diesen cuenta de que la distracción de estar trabajando las ayudaría a seguir adelante.

Takeshi las había visitado durante cada día desde que Malai y Kenai se habían ido, puesto que sabía que sus *floreccillas* necesitaban de todo su apoyo. Además, viviendo tan cerca, no le costaba nada dejarse caer por la librería durante una hora cada día. Gracias a las visitas del hombre y a la charla que les dieron este y el señor Jae, las chicas recuperaron parte de la luz que habían perdido y pronto volvieron a la carga, aunque seguían echando en falta a los chicos. Les habían cambiado la vida y era algo que no podrían suplir con facilidad.

—¿Qué te parece si nos los llevamos? —Camelia miró a Dalia mientras le enseñaba un par de libros de comedia que acababan de llegar—. Nos irá bien reírnos un rato.

—Estaría bien, la verdad —Dalia cogió los libros con una sonrisa y los metió en su bolso, abrazando a su amiga poco después.

Eran un par de tomos individuales, de la misma autora, quien al parecer escribía mucho sobre comedia, con aquellos volúmenes retomarían una de sus aficiones más queridas.

—Tengo ganas de reírme de forma sincera, no esas sonrisas que nos toca fingir delante de los clientes —Camelia sabía que su amiga la entendería, pues no había sido la única en simular una felicidad que en aquel momento era totalmente inexistente.

La más pequeña de las chicas sabía lo mucho que le costaba expresar sus emociones a su amiga y verla llorar durante horas en el último mes le había acabado de partir el corazón. Aunque ella también estaba sufriendo la pérdida de los chicos, le costaba menos desahogarse cuando lo necesitaba. Dalia era consciente de que a Camelia le requería un gran esfuerzo abrirse a los demás y que, ahora que Malai se había alejado de ella, no tardaría mucho en volver a alzar esos muros que tanto tiempo le costó derribar.

Durante el último mes Camelia y Dalia no se habían separado ni un solo segundo. Nunca se habían hecho tanta falta como en ese tiempo y ninguna de las dos estaba dispuesta a dar de lado a su compañera de vida. Después de treinta días de sufrimiento, habían empezado a ver el lado bueno de las pequeñas cosas, empezaron a disfrutar de nuevo de su trabajo en la librería; se esforzaban por reírse con los clientes, escuchaban sus historias y se iban a casa con un sentimiento agri dulce en el cuerpo, lo cual ya era mucho más de lo que podían decir hacía un par de semanas.

Cuando llegó la hora de cerrar, las chicas apagaron las luces de la librería y se dirigieron al apartamento tomadas de la mano, costumbre que habían vuelto a adoptar desde que los gemelos habían vuelto a su hogar. Aquello, por muy tonto que pareciese, les hacía sentirse más unidas al notar el calor de la otra.

—Tengo que contarte algo —Camelia no pudo resistirse a contarle lo que le había pasado aquel día y que, en realidad, las atañía a las dos—. ¿Te acuerdas de cuándo estabas en la planta de arriba buscando el ejemplar de cocina para aquella mujer?

—Claro, la que quería preparar un banquete para el cumpleaños de su hija —Dalia sabía que en el desván tenían un libro de recetas que había tenido mucho éxito al inicio de la apertura de la librería y no había dudado en vendérselo a la señora casi rebajado a la mitad de precio.

—Pues han entrado dos chicos, quienes al parecer hacía rato que nos observaban desde la calle —la chica recordó el momento y no pudo reprimir una de esas sonrisas sinceras que tanto le hacían falta—. La cuestión es que han entrado para invitarnos a una cita. La parte positiva es que son autóctonos de Kioto, por lo que no parece que se vayan a marchar y hablan español e inglés a la perfección. La parte negativa es que llegan tres meses tarde.

Dalia le estrechó la mano con fuerza, entendía perfectamente lo que quería decir, pero eso no explicaba qué había pasado con los dos chicos.

—¿Qué les has dicho? —los ojos grises de Dalia observaron como una sonrisa traviesa empezaba a formarse en la cara de su amiga.

—Les he dicho que manteníamos una relación romántica estable y monógama.

La verdad es que a Dalia no le sorprendía en absoluto la salida de su amiga. Como bien había dicho, en otro momento de su vida posiblemente hubieran aceptado la cita, al menos le hubiera servido para distraerse y pasar un rato en nueva compañía y, quizá, empezar algo más, pero en aquellos momentos lo último que querían era aceptar una cita.

Al llegar a casa, prepararon la cena y se pusieron a ver una película, repitiendo la rutina que habían adquirido últimamente. Era su momento de desconexión, ese momento en el que podían echarse a llorar y gritar sin que nadie las tildase de locas. A pesar de que había pasado bastante desde que los chicos se habían ido, aún no habían conseguido que todo volviese a ser como antes de su llegada. Aunque habían conseguido volver a sonreír, algo en su interior todavía las oprimía. Durante los primeros días habían mantenido la esperanza de verlos aparecer por allí. Poco a poco empezaron a aceptar que no sería así, que los chicos no volverían a por ellas, que eso solo pasaba en los cuentos de hadas. En aquellos momentos, solo podían dar gracias porque parecía que ya no costaba tanto apaciguar ese sentimiento que las removía por

dentro.

Kenai y Malai habían cambiado sus vidas por completo; las habían ayudado a ser fuertes, a volverse más poderosas y a no tener miedo de mostrar sus debilidades, siendo conscientes de que siempre habría alguien a su lado que las ayudaría a seguir adelante.

Mientras veían la película *Lo mejor de mí*, se dieron cuenta de lo débiles que se habían vuelto desde que los chicos habían regresado a España y, en ese mismo instante, decidieron que tenían que ponerlo todo de su parte para volver a ser las que eran antes de que ellos irrumpiesen en sus vidas. Sin embargo eran conscientes de que con toda probabilidad no volverían a sentir por nadie lo que todavía sentían por los gemelos.

A la mañana siguiente, siendo ya viernes, las chicas se levantaron con las pilas cargadas y con ganas de acabar su semana de trabajo. Aquella mañana, por primera vez, decidieron que ya era hora de que la música volviera a ser la reina de sus mañanas, por lo que encendieron el reproductor del salón, el cual había empezado a acumular polvo. Aunque habían empezado a superar la pérdida de los muchachos, aún les quedaba mucho trabajo por delante. Era cierto que ir a la librería les ayudaba a evadirse, pero también necesitaban descansar y volver a enderezar sus vidas. Mientras caminaban hacia el local, Dalia estrechó con fuerza la mano de Camelia.

—¿Estás bien? —la chica de ojos verdes miró a su amiga con preocupación, ya no sabía cómo actuar para sanar sus corazones.

—Sí, simplemente creo que va siendo hora de que dejes de llorar a escondidas por las noches —Dalia había estado escuchando a Camelia berrear sin control desde su habitación aquella madrugada, parecía que había sido una

noche especialmente mala, quizá la aparición de aquellos dos chicos el día anterior en la librería había alterado la poca estabilidad que había conseguido ganar en los últimos días. Sabía que le costaba mucho expresarse y, si llorar a solas era lo que necesitaba realmente, lo respetaba, pero el hecho de no poder ayudarla la estaba matando lentamente. Durante el último mes, solo se había abierto con ella en un par de ocasiones y en ambas casi acabaron tirándose de los pelos—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. Siempre les echaremos de menos, pero ha pasado un mes y tenemos que empezar a vivir nuestras vidas al margen de ellos. No hablo de lanzarse a los brazos del primer chico que pase por delante pero sí de empezar a salir, ir a bailar, a pasear, volver a nuestra cafetería especial, ese tipo de cosas.

—Tienes razón, lo siento —Camelia miró a su amiga con una débil sonrisa, no quería volver a derrumbarse—. Sabes que confío plenamente en ti, pero no quería que te preocupases por mí cuando tú tampoco estás para tirar flores —Dalia le sonrió agradecida, siempre pensaba en ella incluso antes que en sí misma—. Además, he vuelto a escribir. Es algo totalmente nuevo y espero poder terminarlo pronto. Jamás lo hubiese imaginado, pero todo esto me ha ayudado a creer que puedo conseguir todo lo que me proponga y eso es lo que pienso hacer a partir de ahora. Sacar provecho de lo perdido.

—¡Eso es estupendo! —Dalia abrazó a la chica justo cuando llegaron a la librería, no podía sentirse más orgullosa de ella—. ¿Cuándo pensabas contármelo? Podría haber estado a tu lado brindándote mi apoyo, preparándote tazas de café...

—No quería decir nada hasta no haber avanzado, sabes que he empezado muchos proyectos y que siempre he acabado dejándolos de lado —Camelia se mostró tímida al confesarle aquello a Dalia, aunque la última sabía que acabaría sacándolos todos adelante. Siempre había confiado en el potencial de su mejor amiga, cosa que a esta le había ayudado a no rendirse



nunca.

—Lo harás genial, yo estaré a tu lado para asegurarme de ello.

Con un nuevo abrazo, se armaron de valor para enfrentarse al último día de la semana. Dalia y Camelia continuaron caminando, hacía apenas una semana que habían abierto una nueva cafetería a dos calles del local. Estaba perfectamente situada, pues les pillaba de camino al trabajo, pero como últimamente no habían tenido muchas ganas de nada, aún no habían ido a investigar.

—¿Sabes, amiga mía? —los ojos grises de la chica se habían dirigido al otro lado de la calle donde la bollería artesanal se veía desde los mostradores de cristal—. No hay nada mejor para coger energía para todo el día que un buen bollito de crema.

—¿Sabes? —Camelia alzó las cejas e inclinó un poco la cabeza—. Me acabas de leer la mente.

—Creo que nos podemos permitir abrir unos minutos tarde —Dalia no dudó en dirigirse hacia la cafetería, con su amiga caminando a su lado con el mismo entusiasmo—. Además, estamos de celebración —añadió aludiendo al hecho del próximo proyecto de su amiga.

Menos de veinte minutos después de poner el cartel de abierto en la puerta, los clientes empezaron a entrar en tropel. Si las ventas seguían así, pronto tendrían que hacer un pedido masivo. Poco a poco las aguas habían vuelto a su cauce y los clientes, al ver que las chicas estaban recuperando aquella actitud que les había atraído en primer lugar, volvieron a acudir a la librería diariamente. Los rumores se habían seguido extendiendo y cada día más personas nuevas decidían dejarse caer por el local de las muchachas. Incluso una editorial nueva se había puesto en contacto con ellas. Quizá otros aspectos de su vida fueran de mal en peor, pero la librería no había dejado de prosperar desde su apertura.

Las chicas estaban orgullosas de todo lo que habían conseguido; habían levantado un negocio desde sus cimientos y no habían necesitado la ayuda de nadie. Habían conseguido numerosas becas y participado en diferentes concursos donde habían obtenido varios premios que les habían permitido conseguir el dinero para la inversión inicial. Aquello les había ahorrado tener que pedir dinero a sus familias, aunque sabían que estas se lo hubieran prestado encantadas. Habían cumplido su sueño y lo habían hecho juntas, sin permitir que el estrés del trabajo se interpusiese nunca en su amistad. Habían superado con creces todas las adversidades que la vida había decidido ponerles en el camino y nunca se habían rendido. No solo habían conseguido levantar el local, sino que también se habían mudado a la otra punta del mundo, sin conocer el idioma y apenas estando informadas sobre las tradiciones y costumbres japonesas, pero lo habían conseguido y se habían adaptado a la perfección en muy poco tiempo.

En un momento dado de la mañana, acudió una chica a la cual recordaron de hacía algunos meses, cuando las había visitado para comprar un libro de narrativa romántica. La muchacha en cuestión fue a agradecerles que tuvieran tantos libros de ese estilo y, antes de irse, se compró otro.

—¿Te acuerdas de las señales que se suponía que nos mandaba el destino? —Dalia recordaba el inicio del verano, cuando parecía que el mundo las avisaba de la llegada de los gemelos.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que volveremos a verles? —Camelia se dirigió a su amiga cuando esta había terminado de atender al último cliente de la cola que se había formado en apenas unos minutos. Era una pregunta que llevaba tiempo rondando por su mente y que no había podido seguir conteniendo, cuando la misma Dalia le había puesto la oportunidad en bandeja —. Sé que es absurdo, pero hay algo en mi interior que me dice que un amor así no termina a la primera de cambio.

—Creo que estamos mal acostumbradas, en las novelas románticas todos los finales son felices —Dalia suspiró, mientras guardaba el dinero en la caja registradora—. Nosotras sabemos que no es así.

Las chicas se miraron fijamente durante unos minutos, intentando no volver a hundirse, ya que todavía les quedaba una larga jornada por delante. En aquel momento reconocieron que haber dejado que Malai y Kenai estuviesen con ellas en la librería había sido una mala idea, puesto que todo les recordaba a ellos. Incluso en su puesto de trabajo, siempre había algo o alguien que no les permitía deshacerse de su recuerdo.

El sonido de la campanilla de la puerta les informó de que alguien había entrado en el local. Miraron el reloj de la planta de arriba mientras ordenaban algunas estanterías del piso superior y, al ver la hora, supusieron que Takeshi habría pasado a desearles una feliz noche.

—¡Un momento! —las chicas se apresuraron a ordenarlo todo, sabían que Takeshi las esperaría todo el tiempo que hiciese falta, pero tampoco querían hacerle esperar demasiado.

—¿Por qué no sube? —Dalia miró a sus espaldas, había supuesto que el señor Takeshi no tardaría mucho en aparecer, pues en ocasiones similares había corrido a donde fuese que estuvieran las chicas a ayudarlas o a charlar con ellas mientras estas movían cajas.

—Estará cansado, lleva muchos días viniendo de continuo para hacerse cargo de nosotras —Camelia sonrió, sintiéndose agradecida con el hombre que les había devuelto la sonrisa y la esperanza.

—Será eso —la chica de ojos grises rio, estando totalmente de acuerdo con su mejor amiga. Seguro que el hombre estaba cansado de darles consejos y que ellas pasasen completamente de lo que les decía.

Habiendo colocado correctamente los últimos libros, los cuales algunos clientes habían dejado sobre las mesas auxiliares, cosa que en más de una ocasión las había sacado de sus casillas, se dirigieron con rapidez a las escaleras para darle la bienvenida a su amigo. Bajaron con parsimonia, charlando entre ellas y sonriendo, después de todo lo que Takeshi había hecho lo mínimo que se merecía es que ellas intentaran ser felices y lo deleitaran con alguna que otra sonrisa en lugar de tantos llantos. Al llegar abajo, no pudieron creer lo que tenían frente a sus ojos.

—¿Nos echabais de menos?

## CAPÍTULO 33

—¿Qué hacéis aquí? —Dalia se había quedado totalmente muda al ver a Kenai en la entrada de la librería cargado de maletas, por lo que fue Camelia la que tuvo que reaccionar, aunque de forma dubitativa. Sin pensárselo, se llevó la mano a collar, costumbre que había adquirido de forma inconsciente en las últimas semanas.

La chica dio un par de pasos hacia Malai, necesitaba tanto sus explicaciones como su contacto, pero no llegó a acercarse demasiado.

—Antes de irnos, decidimos que solo volveríamos a España para arreglar los papeles necesarios y poder trasladarnos definitivamente aquí — Malai se acercó a su chica con rapidez, no aguantaba un segundo más separado de ella—. Sentimos mucho habernos ido sin deciros nada, pero no queríamos daros falsas esperanzas si luego había algún problema y no éramos capaces de cumplir nuestro plan.

—Sois imbéciles... —Camelia, por primera vez en su vida, no pudo evitar echarse a llorar frente a alguien que no fuese su mejor amiga y se tiró a los brazos de Malai—. No puedo creerme que estés aquí. Dios, fui tan estúpida, acabé no solo con lo nuestro sino con la amistad que teníamos los cuatro porque no pude ver más allá de mi propio dolor.

—No te dejaría por nada del mundo, mi vida —el chico besó a la muchacha con pasión, no había esperado un mes para andarse con cursilerías—. No quiero que te disculpes. Nadie te culpa por enfadarte o estar dolida, peor hubiese sido que no te importara.

Por fin la tenía entre sus brazos y le importaba bien poco si en aquel momento la librería estaba a rebosar o sin un solo cliente. Lo único que sabía

era que Camelia y él volvían a estar juntos y que todos los reproches que habían salido a la luz la última noche que estuvieron juntos ya estaban olvidados.

Dalia no se había movido ni un centímetro desde que había visto a los chicos y Kenai, quien estaba seguro de cómo actuaría la muchacha, no sabía muy bien cómo dar el primer paso. Dalia lo miraba con desconfianza, había soñado infinidad de veces con que se volvían a encontrar, que un día despertaría y Kenai estaría acostado junto a ella, le daría los buenos días con un beso y todo no habría sido más que una pesadilla. Kenai había pasado las dieciséis horas de vuelo imaginando como sería la reacción de Dalia ante la sorpresa que le tenía preparada, pero en ningún escenario ambos se quedaban mirándose sin poder abrir la boca.

La pareja se estuvo observando durante algunos minutos, absortos en cada posible detalle que les indicara que algo había cambiado entre ellos en el último mes, hasta que la voz de Malai les hizo reaccionar.

—¿A qué esperáis?! No nos hemos trasladado a la otra punta del mundo para que os quedéis como pasmarotes.

La chica de ojos grises no dudó ni un solo segundo más y corrió hacia los brazos del amor de su vida. Aquel era el momento que había esperado durante un mes y que pensaba que jamás llegaría. Su chico había vuelto a su lado y no podía sentirse más feliz en aquel momento. Él también se adelantó, hasta que la tuvo en sus brazos. La chica le rodeaba el cuello con fuerza con los brazos y con las piernas rodeaba su cintura. Parecía un koala pegada así a Kenai. Pasada la primera impresión bajó al suelo, quedando frente a él.

—¿De verdad eres tú? —Dalia apretaba con fuerza los brazos de Kenai, desplazando sus manos poco después hacia su pecho—. ¿Esto es real?

—Claro que es real pequeña, te prometí que lucharía por lo nuestro — Kenai tomó las manos de Dalia con dulzura y se las llevó a su rostro—. ¿Ves?

Soy de carne y hueso.

—Sí, aquí —Dalia deslizó su mano hasta el pecho del joven, donde su corazón latía acelerado.

La chica seguía sin poder creérselo. Mientras acariciaba el rostro del pequeño de los gemelos, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Kenai se las limpió con suavidad, sin darse cuenta de que él estaba a punto de hacer lo mismo, y se apresuró a unir sus labios con los de ella en un suave beso, que sabía a la sal de sus lágrimas

—Lo siento, lo siento, lo siento —repitió Dalia contra la camiseta del muchacho

—No hay nada que lamentar, por fin vamos a tener nuestro final feliz — intentó calmarla una vez más el chico, haría lo que fuese por verla sonreír cada día de su vida.

—Kenai, mientras tú luchabas por volver a mi lado yo te dejé a pesar de todo lo que te había prometido —viéndolo en perspectiva, la chica no creía merecer la suerte que estaba teniendo—. Sé que no es excusa, pero me sentía tan triste y sola que no vi otra salida.

—Cariño debes perdonarte, yo ya lo he hecho.

Cuando por fin se habían tranquilizado y se habían saludado los unos a los otros, ayudaron a llevar las maletas a los chicos hasta el almacén, ya que todavía les quedaban algunas horas de trabajo por delante. No veían el momento de volver al apartamento y disfrutar, por fin, de la compañía de los muchachos.

—Tengo algo para ti —Malai sacó un papel arrugado del bolsillo trasero de su pantalón—. Llevo guardándolo desde que fuimos a aquel restaurante japonés.

Camelia tomó el papel con manos temblorosas y lo desdobló ansiosa por saber que palabras se escondían en este. Cuando las leyó, no pudo evitar

que se le escapase una risita y procedió a leerlo en voz alta.

—El camino a la felicidad nunca fue fácil —la chica se perdió en los ojos de Malai, nunca había estado tan de acuerdo en algo.

—¿Ves? No ha sido fácil, pero tampoco imposible —el chico abrazó a la muchacha con dulzura; haría cualquier cosa por ella. En ese momento se le encendió la bombilla y decidió poner un nuevo plan en marcha—. Y después de este acto tan romántico y nada ensayado, no podríais, no sé... —Malai fingió pensarse sus siguientes palabras, cuando en realidad estaban más que calculadas—. ¿Cerrar la tienda por el resto del día?

—No —Camelia acompañó su respuesta con un suave beso. Nunca había sido muy dada a las muestras de afecto, pero aquella ocasión lo merecía.

Dalia estaba sentada sobre el mostrador, con Kenai muy cerca de ella, susurrándole al oído y aprovechando para darle pequeños mordisquitos en el cuello y el lóbulo de la oreja.

—¿Segura? —Malai le indicó que mirara a sus amigos con una inclinación de cabeza—. Esos dos parecen necesitar una habitación.

—¡Te he oído!— exclamó Dalia desde donde se encontraba.

Aún estaban todos riéndose cuando la campanilla les avisó de que unos nuevos clientes habían entrado en el local y que había trabajo por hacer. Los chicos miraban embobados a las muchachas mientras estas atendían con los rostros llenos de felicidad, estaba claro que estar juntos era lo que todos necesitaban. En un momento en que la librería quedó desierta, los cuatro se posicionaron detrás del mostrador.

—¿Cuándo pensasteis todo esto? —Camelia seguía sin creerse que aquello fuese permanente, que tendría a Malai por el resto de sus días. El chico no tardó en colocarse detrás de ella y abrazarla.

—La verdad es que la idea fue de Malai, teniendo dos carreras no creímos que fuese muy difícil encontrar trabajo —Kenai se encogió de



hombros y abrazó a Dalia, no quería separarse de ella—. Cuando vimos la oportunidad, no dudamos en aceptarla.

*—¿Estás seguro de esto? —Kenai miraba a su gemelo con asombro, no podía creerse la idea que había tenido—. ¿Estás dispuesto a dejar toda tu vida atrás por Camelia? —apenas les quedaba una semana junto a las chicas y la expectativa de poder pasar toda una vida con ellas era un regalo.*

*—Nunca he estado más seguro de algo en mi vida —Malai estaba totalmente convencido de su decisión, no pensaba separarse de ella ni un solo segundo más de lo necesario—. Además, creo que es una gran oportunidad profesional para nosotros. Tendremos todo lo que siempre hemos querido.*

*A espaldas de su hermano, Malai había estado buscando como loco puestos de trabajo en los que pudieran empezar a trabajar y tener, así, una nueva vida. Japón era reconocido por tener una amplia gama de ingenieros de todo tipo. Cuando, en la pantalla de su móvil, aparecieron dos ofertas para trabajar como ingeniero aeronáutico e ingeniero químico, no dudó en consultarlo con su hermano.*

*—Es un trabajo de becarios, pero creo que con nuestro potencial podemos subir escalones con rapidez —Malai estaba convencido, necesitaba que su hermano también lo estuviese para empezar a idear su plan de mudarse a Kioto y vivir su vida al lado de las chicas de las que se habían enamorado sin poder remediarlo. No soportaba una vida sin Camelia, pero tampoco le gustaba la idea de abandonar a su hermano—. ¿Qué me dices? ¿Lo mandamos todo a la mierda y empezamos de cero?*

*—Hermano, no podría estar más de acuerdo contigo —Kenai y Malai chocaron las manos y se fundieron en un fraternal abrazo, hacía tiempo que no se sentían tan unidos—. Tendremos que preparar muchas cosas, creo que es mejor que no les digamos nada a las chicas hasta no tener las cosas claras y todo sea un poco más seguro.*

*—Tienes razón, si conseguimos trasladarnos aquí, podríamos darles una gran sorpresa apareciendo sin avisar.*

*Los chicos se miraron y sonrieron, estando totalmente de acuerdo con el plan. Si todo les salía como habían planeado, volverían a estar con ellas antes de que se diesen cuenta.*

—Jamás hubiese imaginado que una idea así pudiese salir de alguien tan cazurro como tú —Dalia le dio un suave golpe en el hombro a su amigo, estaba orgullosa de lo que había hecho.

—No podía dejar que mi hermano siguiese lloriqueando por los rincones —Malai se encogió de hombros, mientras Kenai se echaba a reír sin poder evitarlo.

—No fui yo quien no paró de berrear en el avión de vuelta a España gritando algo como: ¡¿Pero qué voy a hacer yo sin Camelia?! Jamás podré salir de esta.

Malai bajó la mirada al suelo, sintiéndose avergonzado porque su hermano le hubiese dejado con el culo al aire. Era cierto que había estado llorando durante semanas, sobre todo cuando Camelia decidió que lo mejor que podían hacer era cortar todo tipo de contacto para no seguir sufriendo. Habría hecho cualquier cosa por seguir a su lado y, en aquel momento, ya no le costaba reconocerlo.

—Así que, no puedes vivir sin mí, ¿eh? —Camelia se acercó a su chico para besarle, pero antes de poder hacerlo, un cliente muy especial cruzó las puertas de la librería.

—¡Pero qué ven mis ojos! —Takeshi se acercó a los muchachos, con la alegría reflejada en su voz—. ¡Mis *floreccillas* vuelven a sonreír! —el hombre abrazó a las muchachas y luego les tendió la mano a los gemelos—. Me alegro de que hayáis decidido permanecer a su lado, no os arrepentiréis de vuestra elección.

—Estamos seguros de ello —Kenai besó la frente de Dalia, demostrándole así todo el amor que sentía por ella.

Los cinco estuvieron hablando largo y tendido. Los muchachos le contaron a Takeshi y a las chicas todo lo que habían hecho durante el último mes; cómo habían batallado con sus padres para que entendiesen que se iban, cómo les habían dado el trabajo al hacer una entrevista de éxito a través de *Skype*, cómo habían ido de aquí para allá arreglando papeles y el momento en que habían decidido aparecer en la librería para darles una sorpresa.

Takeshi estaba emocionado y se sentía orgulloso de que sus *floreccillas* hubiesen encontrado el amor, él sabía todo lo que habían sufrido e iba siendo hora de que volviesen a ser felices. Siempre se habían tenido la una a la otra, pero a todos nos hace falta complementarnos con alguien más. El hombre quería haberse quedado con ellos durante lo que restaba de día, pero su futura mujer apareció y le instó a dejar solos a los chicos. Se despidió de sus *floreccillas* con pena y les prometió que, a pesar de que los muchachos habían vuelto, seguiría visitándoles cada día como había hecho hasta aquel momento.

Cuando los cuatro se encontraron en el apartamento, donde habían

decidido que vivirían los chicos permanentemente, Camelia y Dalia les ayudaron a ordenar todas sus pertenencias en sus respectivas habitaciones y les dejaron espacio para todas aquellas cosas que todavía tenían que llegarles. Sabían que podían convivir sin problemas y, al tener habitaciones de matrimonio, cada uno podía sentir que tenía su espacio.

Una vez que lo tuvieron todo organizado, decidieron celebrar el regreso de los chicos por todo lo alto y recordar viejos tiempos, así que, después de cenar unas pizzas en casa, pusieron rumbo al karaoke más cercano para quemar la noche. Los cuatro sabían que aquella noche marcaría un antes y un después y les ayudaría a recuperarse de la tristeza que habían vivido en el último mes. Las chicas habían optado por ponerse los dos vestidos que habían comprado antes de que los chicos se marchasen a España y que habían permanecido en el fondo del armario, pues no se habían visto con fuerzas para llevarlos.

Dalia y Camelia decidieron vestirse en la habitación de esta mientras los gemelos se arreglaban en la de Dalia, que había pasado a ser también la de Kenai. Querían darles una buena sorpresa y para eso se requería un poco de intimidad y paciencia.

—Yo me encargo del maquillaje si tú lo haces del pelo —Camelia le tendió la mano a su amiga, como si fueran a cerrar un trato de negocios.

—Hecho —la chica le estrechó la mano con ganas y se preparó para que Camelia hiciera magia con sus potingues de todos los colores y tonos.

Cuando acabaron de maquillarse, Camelia se sentó frente al espejo con Dalia detrás tocándole el pelo. Había hecho un trabajo excepcionalmente bueno esa noche, las chicas estaban preciosas pero de una forma natural, sin demasiado colorete o sombra de ojos.

—¿Cómo quieres llevarlo? —Dalia cogió el pelo de Camelia e intentó levantarlo, ponerlo de lado, trenzarlo, pero nada le convencía. Se giró un

momento para ver el vestido y al ver su espalda supo qué tenía que hacer—. Me gusta suelto.

—¿Suelto? ¿Sin más?

—Sí, fijate en la espalda de tu vestido —Camelia miró por encima de su hombro a donde apuntaba su amiga—, no queremos que a Malai le dé un infarto tan pronto, ¿no?

—No, me lo guardo para cuando vea el conjunto de lencería que me he puesto —la chica se levantó el vestido para enseñarle a su amiga los cachetes, los cuales quedaban a la vista puesto que el *culote* de encaje negro no tapaba demasiado. Su rostro tenía dibujada una expresión provocativa que decía que no tardaría en hacer de las suyas.

Al final Dalia dejó el pelo de su amiga suelto, pero se las arregló para que su melena pareciera salvaje y desarreglada sin llegar a estar despeinada. Ella, en cambio, se hizo un semirecogido, poniendo su pelo en un moño bajo pero dejando algunos mechones sueltos que le resbalaban por el pecho y la espalda.

Cuando estuvieron vestidas posaron juntas delante del espejo. Miraron sus reflejos dándose cuenta de que, más allá del esfuerzo que habían puesto en su atuendo, lo que las hacía resplandecer eran los chicos que ya las esperaban en el salón.

Cuando las chicas aparecieron ante ellos los gemelos no pudieron hacer otra cosa que intentar cerrar la boca y esconder las evidencias del impacto que les habían causado, las cuales estaban teniendo lugar en sus entrepiernas.

—Mujer, pero, ¿qué llevas puesto? —Malai se acercó a su chica y se

llevó una sorpresa cuando esta se dio la vuelta y le enseñó la espalda del vestido o, mejor dicho, la falta de ella.

—¿No me vas a decir lo guapa que estoy? —la chica sabía que debía de parecerle bonita, por mucho que tratara de ocultarlo, había numerosas pruebas de ello.

—¿Guapa? No, tú estás preciosa —el chico le dio un beso en un lado del cuello—, sexi —le dio un beso en el otro lado—, arrebatadora —el siguiente beso iba directo a la boca, pero Camelia le detuvo poniendo un dedo en los labios del chico.

—Aún no, la noche acaba de empezar y me estropearás el pintalabios.

En otra parte del salón, Kenai contemplaba a Dalia como si no la hubiera visto antes. A veces pensaba que se había vuelto un cursi, pero le parecía que cada vez que veía a su chica algo en ella había cambiado, descubriendo así nuevas facetas, expresiones y detalles de esta.

—Pareces un hada así vestida —el chico la llevó hasta el refugio de sus brazos, pegó su frente a la de ella y continuó hablando—. Dulce, inocente, tímida... pero eso son solo apariencias, a mí no me engañas —Kenai recordaba su última noche juntos, no había habido nada de timidez entre ellos, nada que les impidiera mostrar su pasión tal y como era.

—Yo nunca dije que fuera una niñita inocente —y para demostrarlo Dalia le mordió el labio inferior a Kenai—, eso lo supusiste tú.

—Me encantas tal y como eres. No cambiaría nada de ti. Por cierto, esta noche estás preciosa.

Tras poder desengancharse los unos de los otros, al fin, decidieron ir al local al que habían ido por primera vez, para rememorar cómo los chicos habían cantado para ellas después de retarles a cambio de respuestas. No querían perder aquellos momentos y no dejarían que el tiempo se los arrebatase.

Estuvieron cantando, bailando y bebiendo durante más de tres horas, hasta que sus cuerpos decidieron sacar a florecer el cansancio de toda la semana y les suplicaron volver a casa para poder descansar. Además, los chicos habían realizado un largo viaje, por lo que se sintieron cansados mucho antes de lo habitual. Aunque Kenai se había prometido que no volvería a beber *sake* hacía algún tiempo, había decidido que la ocasión lo merecía, aunque en aquel momento se arrepentía.

—¿Te ves capaz de volver a casa? —Dalia reía mientras intentaba mantener en pie a Kenai, quien se balanceaba de un lado para el otro—. No me puedo creer que hayas sucumbido.

—Estoy perfectamente —Kenai había empezado a hipar, estaba claro que su relación con el alcohol no era muy buena—. Sé volver perfectamente al apartamento. Suéltame, te lo demostraré —la chica hizo caso a la petición de su chico y, nada más soltarlo, este cayó al suelo de bruces.

—Hermano, me estás avergonzado —los chicos no podían dejar de reír mientras veían como Kenai batallaba para levantarse, sin éxito alguno.

—Cállate y ayúdame a levantarme, cabrón —el pequeño de los gemelos estiró sus brazos, esperando que su hermano le ayudase sin rechistar.

Tardaron más de una hora en volver al apartamento, ya que era imposible hacer caminar a Kenai durante más de cinco minutos seguidos. Una vez estuvieron allí, entre los tres metieron a Kenai en la cama que ahora compartía con Dalia y le dejaron dormir la mona. Era lo que necesitaba en aquel momento.

—¿Te apañas con él? —Malai miró con desconfianza a Dalia, no quería que tuviese que cargar con su hermano durante toda la noche.

—Tranquilo, creo que dormiré como un bebé —la chica se despidió de sus amigos con un corto abrazo y, antes de que estos saliesen de su habitación, les sonrió con picardía—. Disfrutad de la noche, vosotros que estáis serenos.

Cuando los chicos salieron de la habitación, Dalia se sentó al lado de Kenai y le acarició el pelo. Ante el contacto el chico abrió los ojos, al parecer no estaba dormido del todo.

—¿Sabes lo que más me gusta de este vestido? —Kenai arrastraba las palabras e hipaba, pero nada de aquello importaba en aquel momento—. Que solo tirando de este lazo, te lo puedo quitar.

Y eso hizo, le quitó el vestido y ella a él la camiseta. Se acostaron el uno al lado del otro, Dalia con la cabeza sobre su pecho, oyendo su corazón de fondo, mientras el sueño la atrapaba. Kenai permaneció con la cara medio enterrada en el pelo de la chica, su aroma le aseguraba que cuando abriese los ojos Dalia seguiría estando en sus brazos, haciendo que el infierno de estar separados acabara.

Entre risas, Camelia y Malai se dirigieron a su habitación y se dejaron caer sobre la cama, estando totalmente vestidos. No tenían ganas de cambiarse, no iban a morir por dormir vestidos una noche. Se quedaron dormidos antes de darse cuenta, pero los movimientos de Camelia despertaron a Malai en mitad de la noche.

A través de la oscuridad intentó alcanzar a la muchacha pero, a pesar de que la cama no era tan grande, no conseguía encontrarla. De repente empezó a asustarse, ¿y si no se encontraba bien? ¿Y si le había hecho daño de alguna forma mientras dormía?

—¿Estás bien? —el chico encendió la luz de la mesilla y observó cómo la muchacha se revolvía con los brazos posicionados en su espalda.

—Me molesta el sujetador —la chica intentaba desatárselo sin quitarse el vestido sin obtener ningún éxito, por lo que el mayor de los gemelos pronto se preparó para la acción.

—Creo que puedo ayudarte con eso.

Con un rápido movimiento, puso a Camelia sobre la cama y se colocó



sobre ella, quedando sentado a la altura de su cintura. Con una sonrisa pícaro, se inclinó hacia ella y empezó a besarle el cuello con delicadeza, provocando que esta se estremeciese. Llevó sus manos hasta la tira del sujetador de Camelia, esperando algún tipo de confirmación por su parte para continuar. Cuando esta le sonrió, se apresuró a deshacerse de la lencería de encaje de color negro que había escogido la muchacha para ese día. Sintiéndose libre por fin, Camelia provocó que Malai quedase tumbado sobre la cama y no tardó mucho en posicionarse sobre él para deshacerse con rapidez de su camiseta. Habían esperado aquel momento durante mucho tiempo y no pensaban seguir perdiéndolo.

Antes de que pudiesen darse cuenta, ambos estaban desnudos y Malai se movía con suavidad mientras introducía su miembro en el interior de Camelia. Esta soltó un pequeño grito, fruto de llevar años sin tener un momento de intimidad como aquel. El chico se apresuró a besar los labios de la muchacha, interrumpiendo así cualquier sonido que pudiese despertar a sus compañeros de piso. Tenían confianza, pero tampoco querían que Kenai y Dalia se enterasen de lo que hacían o dejaban de hacer en la intimidad de esas cuatro paredes.

Camelia sentía que estaba volviendo a la vida con cada embestida, cada beso y cada caricia que su chico le proporcionaba en aquellos momentos. Por otro lado, Malai sentía que volvía a estar completo y se alegraba de haber esperado tanto tiempo a que llegase la chica perfecta para volver a repetir algo como aquello.

Pasados unos minutos, el ritmo de las respiraciones de los muchachos se aceleraron, anunciando que el orgasmo era inminente. Sintiéndose complacidos los dos, se dejaron caer sobre la cama y Malai dejó que Camelia se abrazase a él, manteniendo la cabeza sobre su pecho. El chico cerró los ojos y sonrió, no podría ser más feliz en ese momento.

A la mañana siguiente, mientras Camelia y Malai disfrutaban de unos minutos más entre las sábanas, Dalia y Kenai se encontraban en la cocina preparando el desayuno para los cuatro. Aunque a la chica nunca le había gustado demasiado cocinar, le encantaba tener esos momentos con el pequeño de los gemelos, más cuando implicaba besos con sabor a chocolate y mermelada. Una vez lo tuvieron todo preparado, la chica se dispuso a ir a llamar a sus compañeros, pero Kenai la detuvo. Del bolsillo de su pantalón, sacó una pequeña caja que contenía un amuleto, el cual Dalia miró con confusión.

—Se llaman *Kokeshi*, son amuletos de la suerte, sobre todo del amor y la amistad. Me ha parecido adecuado —se explicó Kenai, mostrándole la pequeña muñeca de madera que simulaba una niña japonesa. A ambos lados de la muñeca había unas cuerdecitas que servían para atar el amuleto como si fuera una pulsera.

—¿Un amuleto de la suerte? —la chica miró el objeto que Kenai le había ofrecido, intentando entender por qué le había regalado algo así.

—Durante este último mes en el que hemos estado separados, me he dado cuenta de que eres mi suerte y quería representarlo de alguna forma —la chica no pudo evitar que sus ojos se llenasen de lágrimas, no podía creer que Kenai fuese tan atento y detallista con ella.

—No podría estar más enamorada de ti —Dalia se acercó a Kenai y besó sus labios con dulzura, transmitiéndole así todo el amor que sentía por él.

—¿Estás enamorada de mí? —al chico se le abrieron los ojos como platos, por fin la chica había decidido expresar sus sentimientos.

—Sí, te quiero y no puedo seguir guardádomelo para mí —Kenai tomó

las manos de su chica y las besó con dulzura.

—Yo también te quiero, eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

La campanilla de la librería avisó a Dalia y Camelia de que había un nuevo cliente. Era la una del mediodía y la mayor de las amigas se había ofrecido a ir a comprar un par de sándwiches, ya que nadie había pasado por el local en casi dos horas. Les jodía mucho que, cuando por fin se decidían a salir un momento, los clientes decidieran que era la oportunidad perfecta para entrar y empezar a pulular por el local. Pintándose una sonrisa falsa en la cara, salieron a prestar sus servicios a quien fuere que hubiese entrado. La sorpresa fue que no era nadie desconocido, eran Kenai y Malai, que se habían escapado de sus respectivos trabajos para traerles la comida.

—Sois nuestros salvadores —Camelia se acercó a ellos, pero en lugar de darle un beso y un abrazo a su chico le robó la bolsa de comida de las manos y se la llevó detrás del mostrador.

—¿Cómo ha ido? —Dalia fue a darle un pequeño beso a Kenai, quien enseguida le pasó un brazo por los hombros y la abrazó.

—Bastante bien, la verdad —Kenai no hablaba con arrogancia, simplemente parecía estar marcando un hecho real—. Mientras veníamos estábamos hablando de lo bien que les caemos a nuestros jefes, no paran de deshacerse en halagos y de decirnos lo mucho que les gusta nuestra forma de trabajar. No creo que tardemos en ascender.

—¡Qué bien! —Camelia dejó sus patatas fritas a un lado, para felicitar a los gemelos—. ¡Y tan solo en dos semanas!

—Es impresionante, hace un mes nada de esto parecía posible —estuvo de acuerdo Malai, quien aprovechó la distracción de Camelia para robarle un

par de patatas de la bolsa.

—Pues sí —la chica vio la oportunidad perfecta para decir algo que hacía tiempo que se guardaba—. Hablando de logros, yo también tengo algo que contaros.

Tres pares de ojos la miraron expectantes, Camelia solía ser muy directa y si utilizaba el misterio como introducción a su noticia, es que era algo muy gordo.

—Cariño, dime que no estás embarazada —Malai se había puesto blanco; no podía ser—. Quiero tener hijos, de verdad, pero no creo que por el momento esté capacitado para cuidar de un bebé.

—Por eso mismo va a ser solo mi bebé —replicó Camelia, la decisión estaba tomada y ya no había marcha atrás.

—Camelia, ¿es eso cierto?! —Dalia estaba asombrada, ¿cómo se había quedado embarazada tan rápido? Sí que había puesto ganas Malai en eso de estar cerca de ella a cada minuto posible.

—Sí, es cierto, pronto voy a tener mi primer bebé literario —aplaudió la chica cuando por fin soltó la bomba.

—¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! Tenemos que hacer hueco en el aparador y las estanterías —Dalia estaba igual de emocionada que su amiga, si no más. Se soltó de Kenai y corrió hacia su amiga dando saltitos cuando la alcanzó—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Quería esperar a tener la confirmación de la editorial y me llegó ayer por la noche.

Malai recuperó el color de la cara cuando entendió lo que de verdad significaban las palabras de su chica. Su hermano se acercó a él, dándole golpecitos en la espalda y burlándose de su expresión anterior. En seguida el pequeño de los hermanos fue a felicitar a su amiga, seguido por Malai, quien la felicitó con un beso y con una reprimenda, no era justo que le diera ese tipo

de sustos.

—Váyase usted a la verga, hermosa —la regañó Malai con acento latino, o al menos eso pretendió.

—¿Verga? Verga la que tienes tú entre las piernas —Camelia no pudo resistirse a continuar con la broma.

Después de eso, les costó mucho contener la risa y los cuatro estallaron en una gran carcajada. Dalia y Kenai miraban a sus amigos, parecía que nada iba a cambiar nunca. Ambos estaban locos, pero habían nacido para estar el uno con el otro. Cuando se calmaron y tomaron asiento para comer sus hamburguesas, las cuales empezaban a enfriarse, las dos parejas siguieron charlando animadamente.

—Dalia, ¿tú no tienes nada que contar? —Camelia había visto hacía unos días una carta de una asociación de personas sin hogar, pero su amiga no le había comentado nada aún.

—Creo que no —la chica miró extrañada a su amiga, sin saber a qué se refería.

—Algo relacionado con una carta y una solicitud para ser voluntaria, ¿no te suena?

—¿De qué está hablando? —Kenai cogió la cara de la chica por la barbilla, haciendo que le mirase.

—No es nada, hace unos días me enviaron una carta pidiendo mi colaboración para una asociación de personas sin hogar —Dalia dejó su comida sobre el mostrador y se preparó para dar las explicaciones correspondientes al asunto—. Al parecer el número de personas sin hogar de origen español y latino han aumentado y necesitan a alguien que les traduzca. El señor Jae les habló de mí.

—¿Y no se te ocurrió contárnoslo?! —Malai seguía sorprendiéndose de la mucha información que siempre se guardaba su amiga—. ¿A qué estabas

esperando? ¿A que las ranas críen pelo?

—No me pareció relevante —la chica se encogió de hombros, no le parecía que sus amigos tuviesen que hacer un drama por algo así.

—Lo es, todo lo que tiene que ver contigo nos parece importante —estuvo de acuerdo Kenai, no podía creerse que su chica restara importancia a sus logros.

—Aún no he decidido nada, si accedo no podré pasar tantas horas en la librería.

—Dalia, no te preocupes por la librería, ni por mí —la chica cogió las manos de su amiga entre las suyas—. Debes hacer aquello que creas conveniente, nadie te culpará por ello.

—Gracias —con la mano cogida a la de Camelia y con los hombros cubiertos por el brazo de Kenai, todos quedaban conectados de alguna manera. Su amiga tenía las piernas sobre las de su chico y los gemelos estaban sentados codo con codo—. Gracias por apoyarme, pero sobre todo gracias por aparecer en mi vida.

Ante esas palabras se dieron cuenta de que aunque diesen las gracias todos los días desde ese momento, nunca podrían agradecer lo suficiente al destino por haberles juntado. Cada uno de ellos era imprescindible en el grupo, único y especial y, aunque podría parecer que su historia de risas, llantos, retos y aventuras había acabado con el verano, en realidad, no había hecho más que empezar.

## EPÍLOGO

Habían pasado tres años desde que Malai y Kenai se habían instalado definitivamente en Kioto y en el apartamento de las chicas, el que habían compartido muy a gusto hasta hacía tres meses. Hacía casi un año que los cuatro decidieron que era mejor que las parejas buscaran apartamentos separados, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a separarse de los demás. Por lo que durante más de ocho meses estuvieron buscando pisos que tuvieran todas las cosas que ellos deseaban; comodidad, espacio, cercano al centro y no muy alejados entre ellos. Al final, hacía poco menos de cuatro meses habían encontrado unas pequeñas casas adosadas donde no tardaron en instalarse. Los gemelos continuaban en las mismas empresas que los habían contratado como becarios, con sus respectivos trabajos y no podían sentirse más orgullosos de lo que estaban consiguiendo. No habían tardado en impresionar a sus superiores y empezaban a ser reconocidos por sus compañeros y por la competencia, quienes habían intentado contactar con ellos en más de una ocasión. Gracias a ello, habían ascendido con rapidez y habían conseguido ocupar el puesto de gerente. Así, habían conseguido empezar a llevar el cotarro de todo.

—Si algún día no quieres ir a trabajar, podemos intercambiar los papeles —Malai miró a su hermano y ambos se echaron a reír, estaba claro que tenían soluciones para todo.

—La verdad, sería divertido ver la cara de nuestros jefes al ver que algo no les encaja.

—¿Lo probamos? —los chicos se miraron y se echaron a reír, estaba claro que había cosas que jamás cambiarían y eso les hacía enormemente

felices.

Por otro lado, las chicas empezaban a ver como su preciado sueño se hacía realidad; Camelia había terminado una trilogía romántica, escrita en español y traducida al inglés, y ya tenía planeadas varias presentaciones por toda la zona de Tokio y Dalia había conseguido terminar los estudios y empezar a trabajar a tiempo parcial en una asociación para personas sin hogar, la misma que le había pedido que fuese voluntaria unos años atrás. Las amigas se habían prometido que no dejarían de lado la librería, así que Dalia trabajaba allí por las tardes, mientras que por las mañanas lo hacía en la asociación y Camelia compaginaba la escritura y la atención a los clientes desde el mismo local. Desde luego, aquella chica había nacido para ser multitareas.

Para los señores Takeshi y Jae también llegaron tiempos mejores; el primero se había unido en matrimonio con la mujer que le había devuelto la ilusión y las ganas de vivir y el segundo trabajaba codo con codo con Dalia, ayudando a que las personas sin hogar tuviesen un sitio donde vivir, trabajar y prosperar.

Todo empezaba a irles que ni pintado a los chicos, estaban viviendo algo mejor que todo lo que siempre habían soñado. La vida a veces te sorprende y te demuestra que, aunque puede ser muy puta, al final siempre hay una forma de superar sus obstáculos y hacerte más fuerte.

Hacía días que habían quedado en hablar, por el tono de los dos, ambos sabían que era algo urgente, pero últimamente parecía que todo iba en su contra y no habían podido reunirse a solas ni un segundo. Aquella tarde, los gemelos se reunieron en el punto acordado y se miraron con nerviosismo,



estaba claro que tramaban algo gordo.

—Tengo algo que contarte —Kenai y Malai hablaron a la vez, siendo incapaces de ponerse de acuerdo para hablar por turnos—. Habla tu primero —viendo que podrían tirarse así horas, tomaron una acertada decisión—. Vale, los dos a la vez —los chicos se miraron y contaron hasta tres antes de soltar la gran bomba.

De los bolsillos de sus pantalones, sacaron una pequeña caja y las abrieron, mostrando así los anillos que estaban guardados en ellas.

—¿Vas a pedirle que se case contigo?!